

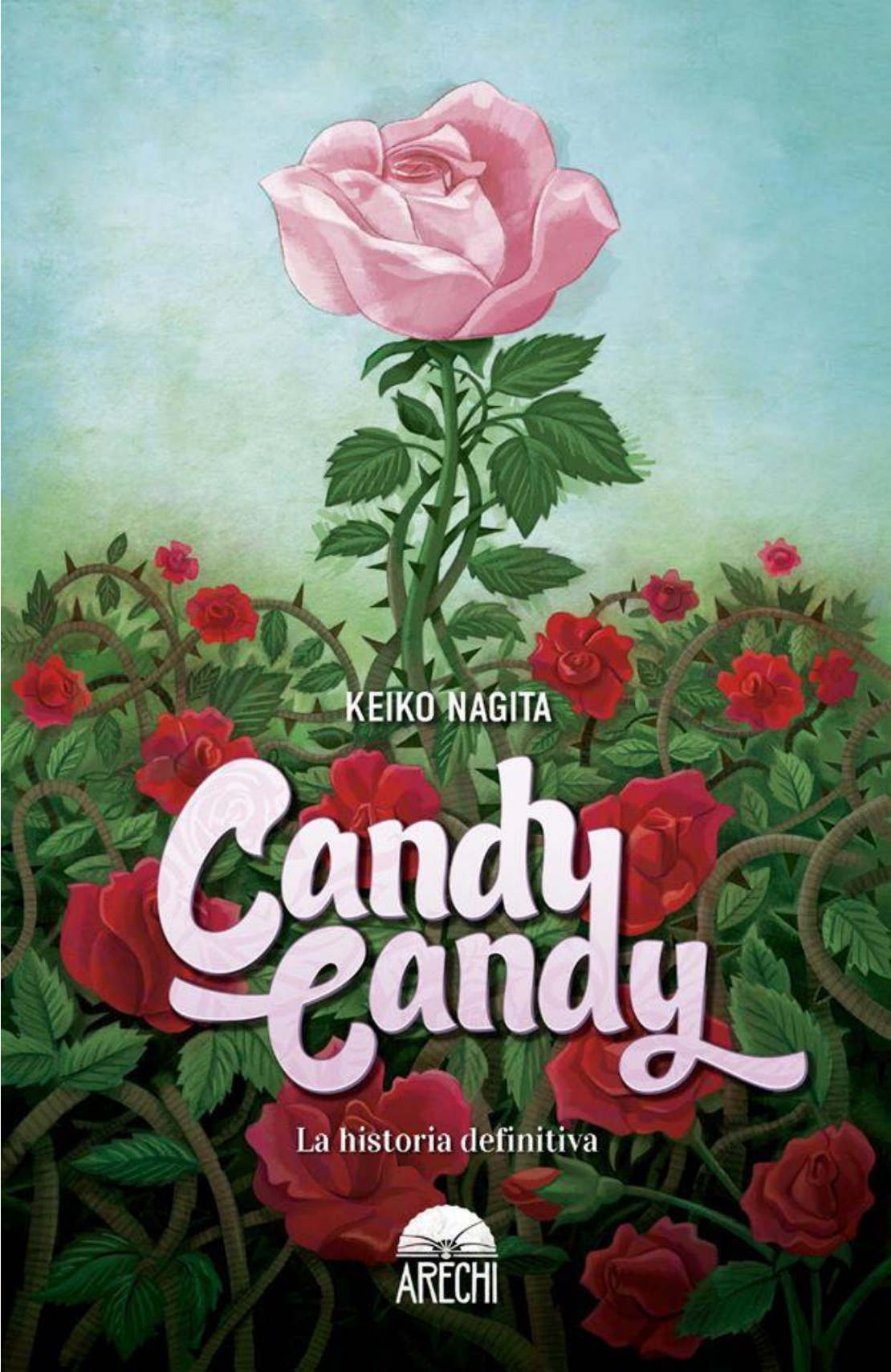


KEIKO NAGITA

Candy Candy

La historia definitiva





KEIKO NAGITA

Candy Candy

La historia definitiva


ARECHI

KEIKO NAGITA

Candy Candy

La historia definitiva



PREFACIO

Estados Unidos, a principios del Siglo XX. Mientras pasa su infancia en el seno del Hogar de Pony, Candice "Candy" White teme haberse vuelto ya demasiado grande para ser adoptada. El día en que su mejor amiga Annie se va con sus nuevos padres adoptivos, Candy conoce a un joven que viste en el traje tradicional escocés que practica con la gaita sobre la colina cerca del orfanato, y quien le da un consejo que la acompañará durante el resto de su vida: siempre sonreír, incluso cuando todo parece ir mal. Desde ese día, el Príncipe de la Colina está siempre en sus pensamientos, pero nunca más vuelve a encontrarse con él. Candy finalmente llega a ser adoptada por una familia adinerada. Sin embargo, le espera una desagradable sorpresa: Su papel en aquel hogar es el de compañera de juegos para los malcriados hijos de los propietarios. La maldad de ambos, quienes odian el carácter de Candy, su bondad y su predisposición a ser bien recibida por cualquier persona, se profundiza hasta hacerle la vida imposible, pero un encuentro casual con tres maravillosos muchachos, los representantes más jóvenes de una noble familia de origen escocés, le permite dar un giro inesperado a su existencia. Uno de ellos, además, se parece increíblemente al Príncipe de la Colina a quién conoció años atrás, aunque su corta edad deja claro que no puede tratarse en absoluto de la misma persona...

A partir de ese momento, los acontecimientos obligaran a Candy a tomar importantes decisiones acerca de su destino para evitar quedarse a la deriva, afrontando así una gran aventura que la llevara desde América hasta Europa, en un mundo que se está preparando para la Primera Guerra Mundial...

Keiko Nagita nace en Tokio en noviembre de 1949 bajo el signo de sagitario y se gradúa en literatura en el Bunka Gakuin. Desde pequeña manifiesta una gran imaginación, tanto para creer que un día alguien llegaría, a bordo de un carruaje, dispuesto a llevársela consigo. A los diecisiete años fue seleccionada para un concurso de novelas para adolescentes, y dos años después debutó como escritora en este género narrativo.

Simultáneamente comienza a probarse a sí misma en las obras originales del mundo del manga y colabora en numerosas historias, casi todas ambientadas en el extranjero, ¡Entre las cuales se encuentra Sanremo ni kampi (¡Saludos a San Remo!)!, donde la historia se desarrolla en Italia. Publica más de

veinte tomos pero, después de algunas consideraciones, decidió dedicarse a la literatura infantil. Candy Candy le valió, junto a Yumiko Igarachi, el premio Kodansha de manga, mientras que como autora de la letra para el tema musical de la versión animada, recibió un Disco de Oro. Gracias a la novela Reinatte- Kin Iro no Ringo, también incluida en la lista de lecturas recomendadas, ganó además el premio otorgado por la Asociación Japonesa para Escritores de Literatura Infantil, y su historia de Akai Mi Hajiketa está presente desde hace muchos años en los textos escolares de la escuela primaria. Para terminar, su historia infantil Shampoo ji no Bouken llegó a ser adaptada en versión animada.

Vive en lo que ella misma ha llamado La Colina Soleada más allá de la Cuesta de la Leche y pasa los días escuchando su querida música y a cantantes italianos (Mina, Ornella Vanoni...), sin dejar de imaginar innumerables historias.

PROLOGO

Querida Señorita Pony...

El solo escribir aquel nombre en esta hoja en blanco me inunda el corazón de emociones, obligándome a abandonar la pluma.

Emito un profundo suspiro de alivio y gratitud y, sin darme cuenta, junto las manos.

En estas semanas no he podido hacer nada más que rezar; rezar intensamente y escribir cada día a la Señorita Pony.

El Hogar de Pony está tan lejos... Hasta ahora no había odiado tanto el hecho de que se encuentre al otro lado del mar, ¡Cuánto habría querido estar al lado de mi benefactora para cuidarle e infundirle coraje!

Abandono la carta en la que a duras penas escribí el encabezado y empiezo a leer de nuevo el mensaje en el cual la Hermana Lane me informa que la Señorita Pony ha superado el momento crítico y se está recuperando.

Las palabras, escritas en una caligrafía fina, parecen sonreírme y bailar sobre la hoja.

Querida Candy:

Casi tengo la impresión de poder oír tu voz preguntándome:

“Herma Lane, ¿Es la verdad? ¿No lo dice solo para tranquilizarme?”. Así que también quiero enviarte una carta de parte de la Señorita Pony. Estoy segura que, cuando se recupere un poco, recibirás una mucho más larga.

Continúe leyendo y releendo las pocas líneas escritas por la Señorita Pony, encontrándome cada vez llorando.

Querida Candy:

Siento haberte hecho preocupar, pero ahora puedes estar tranquila. Todavía tengo mucho que hacer por mis niños y no tengo intención de morir antes de volver a abrazarte. Estoy segura que el Señor va a escuchar mi plegaria.

Paulina Giddings

Con la punta del dedo trazo delicadamente la firma. Aquella escritura grande y redondeada representa a la perfección el carácter afectuoso de la persona a la cual pertenece.

Quizá carece de la energía que normalmente la distingue, pero puedo imaginar su voz y el aroma a hotcakes recién hechos.

-Señorita Paulina...- Dijo en voz baja, incapaz de contener una sonrisa.

Me entere de su verdadero nombre cuando ya era más grande.

-Me llamaban Pony desde que era niña, ¿Sabes? Era idéntica a un caballito regordete que era criado en la granja de los vecinos. Al parecer, mi complexión no ha cambiado nunca-

, me contó una vez riendo.

Cada vez que se habla de nombres, la Hermana Lane no dejaba de hacer una divertida confesión.

-¿Tienen alguna idea de cuánto se burlaban de mi de pequeña debido a mi nombre? Lane Roache... me avergonzaba de aquel apellido que sonaba como "cucaracha"... Para evitar esto trataba de alterar la pronunciación todo lo posible. Es el apellido que recibí de mis antepasados y que debí haber honrado, pero en lugar de eso me comporté de manera reprochable...

Incluso vuelve a mi mente su imagen, concentrada y sumamente seria, expresándole al cielo todo su arrepentimiento.

La cálida chimenea del Hogar de Pony, el crepitar de la leña, la Señorita Pony descansando cómodamente en una vieja silla y la Hermana Lane que me ofrece un chocolate caliente y humeante, diciendo:

-Ten cuidado Candy, está hirviendo.-Sentada frente al fuego ni siquiera le dejo completar la advertencia, me llevo la taza a los labios y termino por quemarme. Qué nostalgia al recordar esa escena invernal...

-Ah, Candy... ¡Nunca cambiarás!

La Señorita Pony que se echa a reír, el sabor del malvavisco asado al fuego y afuera la nieve que cae. El ala apartada donde descansan los niños se ha quedado ya en silencio, pero yo sé que no están durmiendo: todos ellos están a la espera de que caiga la nieve.

Una vez que nos retiremos, los pequeños se levantarán silenciosamente para ir a construir un gran muñeco de nieve, con el fin de sorprender a las directoras cuando se despierten a la mañana siguiente.

Yo también hacía lo mismo: Con Annie y Tom, a costa de agarrarnos a pellizcos para no quedarnos dormidos, permanecíamos despiertos hasta altas horas de la noche, esperando a que la nieve cayese sobre el suelo.

Agradezco a mis padres por haberme abandonado en el Hogar de Pony: esa es mi casa, un lugar a donde regresar.

Me levanto del escritorio y me dirijo lentamente hacia el aparador. En la pared, dentro de un marco hecho a mano, hay una pintura al óleo cuyas dimensiones son 53 por 41

centímetros.

Mi amado Ila ha colocado de tal modo que sea visible desde cualquier ángulo. Fue él mismo quien, hace algunos años, la descubrió en el Mercado de Pulgas de Londres. Qué maravilloso regalo me hizo. Entre muchas antiguas pinturas al óleo, le bastó una sola mirada para darse cuenta que aquella representaba al Hogar de Pony, por demás retrasada en su totalidad desde la cima de la colina.

De pie frente al cuadro, permanezco observándolo cuidadosamente. Poco visible, en una esquina de la obra, se puede leer la firma del autor: Slim. Cuando lo descubrí, casi se me salió el corazón. ¡Slim!

Slim era un niño mulato de ojos grises y tristes. Al caer la noche, siempre se echaba a llorar. Vuelven a mi mente las palabras llenas de dolor pronunciadas por la Hermana Lane, la misma que le había dado ese nombre: -Lo encontramos al atardecer, y estaba llorando... Era solo un recién nacido, pero me pregunto si aún recuerda cuando lo abandonaron.

Era extremadamente tímido, pero se encariño conmigo. Por la mañana venía a despertarme suavemente, frunciendo los labios como para pedir disculpas. A menudo se orinaba en la cama y, a pesar de los esfuerzos para arreglar todo antes que los demás se dieran cuenta, creo que para las directoras ciertamente no era un secreto. Era delgado y muy menudito. No hacía otra cosa que dibujar.

De pronto vuelve más vivo que nunca el recuerdo de las palabras que la Señorita Pony dijo suspirando para sí:

-Cómo hubiera querido que aquel niño estudiara el arte del dibujo...

Cuando regresé al Hogar de Pony, Slim ya no estaba ahí. Había sido adoptado por una familia que manejaba una herrería en una ciudad lejana, y las directoras estaban profundamente apenadas al pensar que el niño viviría en un mundo donde no había espacio para el dibujo.

Sin embargo tú, Slim, ¡No has olvidado tu pasión por la pintura! El trazo es delicado y preciso. Solo él habría podido representar al Hogar de Pony tal y como lo conocíamos

entonces, dando la impresión de tenerlo ahí mismo, frente a nuestros ojos. Con el curso de los años la estructura que nos acogió se ha vuelto, de hecho aún más espléndida.

¿Pero cómo hizo la pintura al óleo de Slim, un niño adoptado por un herrero, para dejar la lejana América, arribar a Londres, y sobre todo llegar al Mercado de Pulgas?

La única cosa que puedo imaginar es que su vida, así como la mía, no ha sido fácil.

Querida Candy:

Esta coincidencia es como un milagro y solo puedo pensar que se ha producido para darte ánimo. Cuida del cuadro: ahí adentro estamos todos nosotros. Candy, nosotras siempre velamos por ti, y seguramente en esa pintura también están Slim y los demás. Te recomiendo, tenerlo siempre cerca.

Cuando le comuniqué a la Señorita Pony que había encontrado una pintura de Slim, ella me respondió con estas tranquilizadoras palabras. En realidad, mi intención era la de enviarlo a las dos personas que siempre habían conservado en su corazón el recuerdo de aquel niño, pero creo que la Señorita Pony y la Hermana Lane habían entendido de algún modo cuánto me era necesario aquel cuadro.

Un lugar al cual regresar... aunque lejano, desde aquel día el Hogar de Pony siempre está aquí, en mi sala de estar.

Sin embargo, observando aquel paisaje, no puedo evitar dejar de pensar que su autor lo había hecho para mí.

El espléndido mayo que reviste la Colina de Pony con ranúnculos y tréboles blancos, el Hogar que, rodeado de árboles de un verde intenso y casi cegador, se alza sobre la colina; el pasto largo y tierno, los miles de colores de las flores de los lupinos y de las rudbeckias que crecen alrededor del edificio.

Casi tengo la impresión de poder ver en cualquier momento a la Hermana Lane que sale del viejo portón de madera chirriante para perseguir a Tom, culpable de haber hecho alguna travesura.

Estamos ahí. Annie y yo. Aquel día en que mi vida cambió por completo. Aquel día en que ella fue adoptada por la familia Brighton...

Cierro los ojos mientras el tiempo pasado parece volver rápidamente hacia atrás.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

-¡Annie! ¡Annie! ¿Pero ha donde has ido?

Con el corazón latiéndole fuertemente, Candy descendió corriendo la Colina de Pony y, al llegar frente al almacén de leña, casi choco con la Hermana Lane.

-Oh, Candy, ¿Has encontrado a Annie?

-No la encuentro por ninguna parte, Hermana Lane... ni siquiera en la Colina de Pony.

-¿Qué podemos hacer? El momento de la partida se acerca... ¿A dónde podrá haber ido?

La Hermana Lane miró a su alrededor con una expresión de preocupación.

-¡No se preocupe, Hermana Lane! ¡Le juro que la encontraré! ¡Nadie puede escapárseme, ni siquiera cuando jugamos a las escondidas!

Candy pronunció alegremente aquellas palabras con la esperanza de animar a la religiosa y de nuevo se echó a correr. Aún no había revisado el gallinero. Si no la encontraba cuanto antes, el matrimonio Brighton quizás pensaría que Annie había cambiado de parecer. ¿Y

si en ese momento ya hubieran decidido marcharse, renunciando a adoptar a esa niña?

Annie, tu deseo finalmente se ha hecho realidad... Ahora tienes una mamá y un papá maravillosos, y tú al contrario...

Aproximadamente una hora antes, cuando los señores Brighton habían llegado para llevársela, Annie parecía muy feliz en su vestido que le habían regalado, azul como el cielo de la mañana. Sin embargo, cuando el momento de la partida se acercaba, de repente había desaparecido.

Annie, ¿Ya no quieres ser adoptada?

Mientras se acercaba al gallinero, una dulce esperanza nació en el corazón de Candy. De hecho, tener que alejarse de su amiga para ella era un gran dolor; sentía como si alguien estuviera por arrancarle la mitad de su propio cuerpo.

Desde que eran unas recién nacidas, y durante sus seis años de vida, siempre habían estado juntas. La llorona Annie no hacía otra cosa que seguirla a todas partes.

Si no la encontramos por ningún lado, no se convertirá en la hija adoptiva de los Brighton y podremos quedarnos juntas para siempre...

Pero Candy se sacó inmediatamente aquel pensamiento de la cabeza.

¡No, no, Candy! Si Annie se oculta es solo porque, como siempre, le falta valor. ¿Acaso no eres tú, Candy, quien debería saber mejor que nadie cuánto desea tener una mamá y un papá?

-Sí, sí, lo sé bien-. Se dijo asintiendo enérgicamente con la cabeza, dirigiéndose a las gallinas que se habían acercado cacareando y agitando el cuello.

Salió del gallinero. Annie no estaba ahí, y tampoco en el antiguo granero. ¿A dónde podría haber ido? Solo quedaba el bosque, pero sería posible que, siendo tan miedosa, ¿Hubiera ido sola?

Pero existe la posibilidad... Quiero comprobarlo.

Candy se dirigió rápidamente hacia el denso bosque que crecía detrás del Hogar de Pony.

Corrió con toda su energía entre la sombra de los árboles, adentrándose cada vez más, en las franjas creadas por el sol que se filtraba entre las ramas. Debía apresurarse a encontrar a Annie.

-¡Annie! ¡Responde, Annie!

Los pajaritos, asustados por su voz llena de nerviosismo, se alzaron en vuelo agitando ruidosamente sus alas. Bajo sus pies, pisándolas a gran velocidad, las ramas secas se rompían haciendo un crujido. En ese momento, Candy repentinamente se detuvo. Por un instante, le había parecido vislumbrar detrás de un árbol que se encontraba más adelante, un reflejo azul. Respirando profundamente, Candy se dirigió corriendo en dirección de ese árbol recubierto de musgo.

Annie estaba ahí. Siendo iluminada por un rayo de luz, estaba llorando de cuclillas al pie de un enorme tronco.

-¡Annie... te he encontrado!- dijo Candy después de recuperar el aliento. Al escuchar aquella alegre voz, su pequeña amiga levantó la mirada humedecida por las lágrimas.

-Candy...

-¡Oh, Annie! ¡Estaba muy preocupada! ¿Qué te ha pasado?

Aunque Candy se esforzaba por hablarle alegremente, los ojos de Annie seguían llenándose de lágrimas.

-Candy... no quiero ir a ninguna parte... no quiero alejarme de ti...

-Annie, ¿Aún sigues con lo mismo? Tendrás una mamá y un papá maravillosos ¿Sabes?

-Pero... tengo miedo, Candy...

El largo cabello castaño oscuro de Annie brillaba bajo el sol. Candy se sentó cerca de ella.

No podía creer que su compañera de juegos, quien generalmente le tenía mucho miedo al bosque, había decidido refugiarse en ese preciso lugar. Seguramente su corazón se estaba rompiendo en pedazos por la ansiedad de tener que afrontar una nueva vida, pero con certeza también estaba lleno de una esperanza igual de grande.

Candy sonrió y acercó su rostro al de Annie.

-¿Tienes miedo? Bueno, lo entiendo... Pero a mí no me parece que los Brighton se parezcan a Drácula-, dijo mostrando los dientes y torciendo los ojos.

-Candy, nunca cambiaras...- dijo Annie riendo mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

-¡Muy bien, Annie! ¡Debes sonreír! ¡Hoy es el día en que serás feliz!

Candy agarró con fuerza la mano de su amiga para ayudarla a levantarse, luego le quitó las hojas que se le habían pegado al vestido azul.

-Además sería un gran problema para mí si no llegasen a adoptarte los Brighton.

Habíamos hecho una promesa, ¿Recuerdas? ¡Tú me invitarías a una villa con muchísimas habitaciones, y luego podría comer un montón de cosas deliciosas! ¡No veo la hora, señorita Annie!

-Tienes razón, Candy... Me convertiré en una señorita y viviré en una villa... -respondió Annie de manera soñadora, conservando todavía en los ojos rastros del llanto previo.

-¡Vamos, Annie! ¡Verás que tu mamá y tu papá te estarán esperando!

Annie sonrió y asintió. Sujetándole la mano, Candy se apresuró a salir del bosque, tratando de contener las lágrimas. Aquella mano y su calor... Nunca más podría sostenerla mientras corrían juntas. Pero no debía llorar: Quería

despedirse de su Annie con su sonrisa, quien se alistaba para empezar una nueva y feliz vida.

Poco después, cuando Annie se subió al carruaje de la familia Brighton, tirado por dos caballos, los otros niños lo rodearon contrariados, mirándolas fijamente y sin decir una palabra.

Candy se apresuró a alcanzar a su amiga y no pudo dejar de notar que sus ojos nuevamente se estaban llenando de lágrimas.

-Annie, te he dicho que debes dejar de llorar, ¿Cierto?- Dijo Candy, "moviendo las cejas arriba y debajo de forma gradiosa: su has bajo la manga, hasta que el rostro de Annie se aparecio una sonrisa .

Una vez que se despidieron de las directoras, los señores Brighton también se subieron al carruaje y el cochero tiró de las riendas a manera de hacer que los caballos se movieran.

La Hermana Lane rápidamente alcanzó el carruaje y dijo con la voz ahogada. -Annie, ten cuidado de no enfermarte de la panza...

-Siempre estarás en nuestras oraciones Annie-, añadió la Señorita Pony a sus espaldas, asintiendo y esforzándose por sonreír.

Annie, no pudiendo contenerse más, se echó a llorar.

-Señorita Pony, Hermana Lane... Candy... chicos...-. Entonces se quedó sin palabras.

Mientras los señores Brighton le acariciaban con dulzura los hombros, el carruaje ruidosamente empezó a cobrar velocidad.

-¡Adiós, Annie!

-¡Buenas suerte!

Siendo despedida por las voces de los niños reunidos alrededor del carruaje, Annie se volvió hacia atrás con el rostro cubierto de lágrimas

“Candy”... ¿Quizás Annie había pronunciado su nombre?, Candy, incapaz de hablar, observaba cómo el carruaje se hacía cada vez más pequeño. Ni siquiera tuvo fuerzas para correr tras él, como al contrario lo hacían sus compañeros. Cuando el carruaje desapareció del horizonte, repentinamente empezó a correr hacia el roble más alto que crecía en los alrededores del Hogar de Pony. Trepó de manera desordenada entre las ramas recubiertas por los nuevos brotes.

-¡Candy, es peligroso... baja!- Le gritó la Hermana Lane, secándose las lágrimas.

-¡Hermana Lane! ¡Desde aquí todavía se puede ver el carruaje de Annie!- respondió la niña desde lo alto del enorme árbol.

-¡Annie, se feliz! ¡Estaré esperando tu invitación!

- Candy Sujetate bien firme a las...

La Señorita Pony tocó delicadamente el hombro de la Hermana Lane, interrumpiéndola.

-Dejémosla tranquila por hoy, Hermana Lane. En este momento la persona que más está sufriendo seguramente es esa niña...

-Sí...si, Señorita Pony- coincidió la Hermana Lane, secándose nuevamente las lágrimas y levantando la mirada para observarla.

-Tendría que felicitarla, Hermana Lane. Desde el momento en que se supo que Annie sería adoptada, Candy no ha dicho ni siquiera una vez que está triste o que lo lamenta...

-murmuró la Señorita Pony, levantando también la mirada.

Candy, sentada en una fuerte rama, miraba un punto lejano.

-Tiene razón... Señorita. Fueron abandonadas el mismo día... Ojalá que Candy también encuentre la felicidad...

La mente de la Hermana Lane volvió a aquel hermoso día soleado de mayo de hace seis años.

El viento soplaba ligeramente llevando consigo los blancos pétalos del espino que crecía a lo largo del camino, casi como queriendo señalar una dirección exacta. Frente al Hogar de Pony, había una recién nacida. Pateaba el interior de una cesta desgastada, llorando a todo pulmón. Era un llanto tan lleno de energía que parecía desviar los pétalos blancos que caían sobre la bebita. El Hogar de Pony era un orfanato dirigido con esfuerzo por dos religiosas. En la entrada de aquella edificación, anexa a una pequeña y sencilla iglesia de madera, frecuentemente sucedía que abandonaban a recién nacidos.

-Pero mire, al parecer hoy, ¡Es el día de las mujercitas!- dijo la Señorita Pony mirando a la Hermana Lane.

Levantaron amorosamente del suelo a la bebita, quien envuelta en una toalla raída, lloraba apretando los puños.

-¿Vio, Hermana Lane? Ya ha dejado de llorar ¡Y mire como sonrío ahora!

Después de entrar en el hogar con la pequeña en los brazos, la Señorita Pony se inclinó para observar a otra bebita que dormía tranquila en una mísera cesta. –Ustedes han sido abandonadas el mismo día, En cierto sentido, podríamos considerarlas hermanas...

Miremos, ¿Cómo podríamos llamarlas?

En efecto, apenas dos horas antes, otra recién nacida había sido abandonada frente al Hogar de Pony. Se trataba de Annie.

-Una es muy tranquila, la otra en cambio, ¡Es verdaderamente vivaz! Hermana Lane, vamos a tener mucho que hacer de ahora en adelante – dijo la Señorita Pony, mientras que en sus mejillas regordetas se dibujaba una sonrisa, al observar el feliz rostro de la bebé.

-Hoy ambas ya tienen seis años ... *“Cómo han crecido desde entonces”*...

-Es verdad. Aunque Candy parece tener demasiada energía para una niña de su edad...

Las dos mujeres todavía la estaban observando mientras ella seguía sentada en el árbol.

-Tiene mucha razón, Señorita Pony. Cuando la encontramos, tenía la piel blanca como la nieve, y por eso la hemos llamado Candice White. En cambio, mire ahora como está de bronceada...

Las directoras, una vez que se aseguraron de que pudo descender sana y salva del árbol, se apresuraron a regresar al Hogar de Pony, cuando de pronto escucharon una voz: -

¡Señorita Pony! ¡Hermana Lane!

Mike el soplón corría gritando hacia su dirección.

-Hermana Lane, hoy le tocaba a Candy limpiar el gallinero, pero en lugar de hacer su tarea, ¡Se está dirigiendo hacia la colina! ¡Mírenla!

Siguiendo la dirección señalada por el niño, vieron la figura de la pequeña que subía la elevación a toda velocidad. La Señorita Pony y la Hermana Lane se miraron y se dieron cuenta que compartían el mismo pensamiento.

-¡Hermana Lane! ¿No está enojada?-, presionó Mike, molesto por el silencio de ambas.

Candy apenas se había tenido que separar de Annie. Para el Hogar de Pony aquella despedida fue un gran acontecimiento. Los niños lo olvidarían rápidamente, pero Candy... ¿Cómo podrían en algún momento regañarla? Ni siquiera había llorado una vez.

¿Cuánto había sufrido para contener todo ese dolor en un cuerpecito tan pequeño? Sin embargo, incluso en ese momento, casi parecía que Candy estaba subiendo la colina, saltando.

Capítulo 2

Llegando de un solo aliento hasta la cima de la colina, Candy se dejó caer entre las matas.

El olor a la hierba fresca le hizo cosquillas en la nariz. Se dio la vuelta y quedó recostada sobre su espalda para ver el casi deslumbrante azul del cielo. Desplazándose, las blancas nubes parecieron tomar la forma de un carruaje que, haciéndose cada vez más pequeño hasta desaparecer de la vista, se había llevado a Annie. ¿Quién sabe si su amiga aún estaría llorando? Candy todavía podía ver la imagen de la niña que, cabizbaja, se había sentado entre los amables señores Brighton. Se esforzó por mantener los ojos bien abiertos, por temor que al solo parpadear, aquella imagen podría desaparecer.

-Annie, ¿Ahora si te has ido de verdad? -. Tan pronto susurró aquella frase, todas las emociones que había retenido hasta ese momento, de pronto comenzaron a liberarse, buscando una salida a través de sus ojos. Annie se dirigía a Chicago, una ciudad de la que Candy no había ni siquiera escuchado hablar. Para ella era un lugar casi tan lejano que parecía ser de otro mundo.

-Pronto la colina se cubrirá de flores, pero ya no podremos jugar a perseguirnos... y tampoco podremos pescar o nadar en el río...

La mente de Candy fue invadida por el recuerdo de los días pasados en compañía de Annie: el tiempo en que, mientras hacían guirnaldas con los ranúnculos, habían decidido llamar “Colina de Pony” a esa colina, o cuando jugaban a hacer predicciones sobre mamá y papá, deshojando las pequeñas margaritas con el fin de entender si un día, alguien llegaría para llevárselas. Para Candy, aquella niña abandonada el mismo día que ella, realmente era como una hermana. No importaba lo que hacían Annie siempre estaba cerca. La miedosa y llorona Annie.

-Annie... incluso ahora si alguien se burlara de ti, ya no puedo protegerte, ¿Sabes?

Al escuchar sus propias palabras, Candy se estremeció y se limpió las lágrimas. Ya no era necesario correr al rescate de su amiga: ahora ella contaba con unos maravillosos padres.

-Pero soy yo quien ha perdido algo. Ahora no hay quien se disculpe por mí...

Era exactamente así. Annie siempre la defendía : *“Señorita Pony, no se enoje con Candy, perdónela, se lo ruego”*...

Cada vez que Candy hacía una de las suyas y sucedía que la descubrían, Annie suplicaba de aquel modo a las directoras, de manera que no la reprendían tan duramente. ¿De cuántos sermones y castigos se había salvado a lo largo de los años, gracias a esas intervenciones? Tal vez fue ella la que siempre había necesitado la ayuda de Annie y no al contrario.

-Tengo miedo de lo que me espera...

Candy se volvió a poner de pie, frotándose los ojos con las palmas de las manos. Sin embargo, las lágrimas no parecían estar dispuestas a detenerse. Trató de contener la respiración pero sus ojos continuaron llenándose de llanto.

Oh, suficiente... se ve que he tratado de reprimirlas demasiado... si regreso con esta cara la Señorita Pony y la Hermana Lane se preocuparán... Ah, también tengo que limpiar el gallinero... Está bien, ¡Deseo llorar en este momento todas las lágrimas que tengo!

Habiendo tomado la decisión, Candy inhaló profundamente y empezó a llorar en voz alta, con todas sus fuerzas, gritando. Escuchando como su llanto se extendía por todas partes, las lágrimas comenzaron a detenerse y Candy se comenzó a sentir un poco ridícula.

Mi llanto se parece al aullido de un lobo hambriento.

Ante ese pensamiento, no logró reprimir una risita.

-Justo como pensaba. Eres más linda cuando ríes que cuando lloras.

Al oír esa dulce e inesperada voz, Candy levantó el rostro sorprendida. En el fondo del cielo, se destacó la figura de un muchacho con vestimentas extrañas. La observaba desde arriba sonriendo y llevaba en el hombro un objeto extraño, similar a la forma de un corazón que una vez había visto en

una enciclopedia ilustrada. Candy parpadeó. ¿Quién era ese chico que parecía haber caído repentinamente del cielo?

-Pero tú... ¿Vienes del espacio?- Le susurró asombrada.

El muchacho se echó a reír con una voz fresca y respondió: -¡Dices cosas tan graciosas, pequeña! Sin embargo, aunque me veas vestido así, te garantizo que soy un ser humano.

-Será... ¿Pero por qué llevas falda, dado que eres varón?

-Esto no es una falda: Esto es un kilt y es la vestimenta tradicional de Escocia.

-¿Un kit de escacia?- Repitió Candy. Era la primera vez que escuchaba esas palabras.

El muchacho se rió de nuevo: -¡No, no! Es un kilt de Escocia. Y esto es una gaita, un instrumento musical. Mira, se toca de esta manera- Observando divertido a una incrédula Candy, el joven se llevó la gaita a la boca, produciéndose repentinamente un misterioso sonido.

-¡Se parece al sonido que hace un grupo de caracoles al arrastrarse!

Exclamó Candy sorprendida, pegando un brinco. El muchacho nuevamente se echó a reír y el sonido “del grupo de caracoles que se arrastraban” cesó. - ¡En verdad eres una chiquilla divertida!

Al observar el sonriente rostro que parecía emitir una luz propia, aquellos brillantes cabellos rubios que le caían ligeramente sobre la frente, y esos ojos azules y dulces, casi iguales al cielo despejado de ese día, Candy tuvo la impresión de que podía contarle cualquier cosa.

-¿De dónde eres? Yo me llamo Candy. ¿Ves esa iglesia? Ese es el Hogar de Pony, y aunque desde aquí se ve muy pequeño, es a la vez una iglesia y un orfanato. ¡Y también es la escuela donde estudian los niños del pueblo! Esta es la Señorita Pony que es gordita, la Hermana Lane que es flaca, y yo...-. Candy estaba distraída hablando y señalando el edificio a los pies de la

colina, pero cuando se volvió para ver al muchacho, no pudo reprimir un pequeño grito. Ya no estaba allí. No había rastro alguno del joven.

-Ha desaparecido...-dijo, mirando a su alrededor con la boca abierta. No había nadie.

Había desaparecido repentinamente tal como había aparecido.

Quizás fue un sueño...

No, no fue un sueño. Candy aún podía escuchar claramente aquella voz que resonaba en sus oídos diciendo: *“Eres más linda cuando ríes que cuando lloras”*.

-Parecía un príncipe... -murmuró de manera distraída. De repente, notó algo que brillaba entre la hierba. En el suelo había un broche de plata con la forma de un águila, y bajo sus alas colgaba una campanilla. –Esto... debe pertenecer al Príncipe... -.Candy recogió el objeto y sonrió. Aquel broche tan fino y costoso debía ser seguramente de gran valor. –

Definitivamente tengo que devolvérselo. Quién sabe si vuelva a encontrármelo mañana...

Al sentir como la esperanza nacía dentro de ella, Candy sintió como si su corazón fuera iluminado por un brillante rayo de luz y acariciado por un viento suave. El Príncipe de la Colina verdaderamente era un chico maravilloso. Si se lo volvía a encontrar el siguiente día, le contaría muchas otras cosas.

Sin embargo, Candy no vio al joven al día siguiente, ni el posterior. Iba todos los días a la cima de la colina llena de expectativas, pero nunca logró encontrar a su misterioso Príncipe de la Colina.

El día en que Annie se había ido. El día que había conocido al Príncipe. Todo lo que le quedaba era el broche de plata, como si fuese el fragmento de un recuerdo

Capítulo 3

Entre las ramas del roble, encorvadas bajo el peso de las hojas, el mundo parecía teñirse de verde. El aire estaba impregnado del olor del viento y de la tierra contenida en el follaje y, al mirar al cielo alto, se podían vislumbrar maravillosos pedacitos de cielo. Sentada sobre una de las ramas, Candy estaba merendando una manzana. Los pajaritos, que tenían la intención de posarse sobre el árbol, al verla se detenían asustados batiendo sus alas en el aire, y luego se alejaban volando.

Candy sonrió: -Pensarán que soy uno de ellos, pero mucho más grande. Ah, cómo me gustaría poder volar...

Desde arriba, Candy podía divisar la Colina de Pony. Recubierta de flores amarillas, rosas, blancas, azules y de todos los colores, la elevación parecía ser el vestido de una reina.

En cinco días Candy cumpliría trece años.

Cuando era pequeña, en esa época del año siempre pasaba los días en la colina. Nunca se cansaba de recolectar flores junto a Annie y, por muchas que recogieran, todo el tiempo volvían a nacer. Era como un regalo destinado solamente para ellas. De niñas entrelazaban collares de flores para celebrar sus respectivos cumpleaños. Ninguna de ellas conocía la fecha exacta de su propio nacimiento. El día en que habían sido abandonadas en la Colina de Pony: ése era su cumpleaños.

Trece años ya... Me pregunto cómo lo celebrará Annie.

Suspirando, Candy colocó un tercio de la manzana en una de las ramas, dejándola para los pajaritos.

Siete años habían transcurrido ya desde que Annie había sido adoptada por los Brighton.

El tiempo había pasado y Mike el soplón, Tom, el compañero de travesuras de Candy, e incluso la pequeña Milly, habían encontrado una familia. Ahora Candy era la niña más grande que quedaba en el Hogar de Pony.

En ese lapso de tiempo, Annie le había escrito con frecuencia solo al principio, y ahora rara vez le enviaba noticias suyas. Casi siempre era Candy

quien le enviaba cartas. Incluso la Navidad pasada no había recibido la tan ansiada invitación que esperaba cada año.

Annie debe estar muy ocupada con los estudios y las clases de piano... Después de todo, ahora es la señorita de la casa de los Brighton...

Con la mirada dirigida hacia el cielo, Candy entrecerró los ojos. Aquel color límpido le recordaba al vestido que Annie llevaba puesto el día de su despedida.

Trece años... Creo que me estoy haciendo demasiado mayor para... ¡Eh! Aquélla es la Hermana Lane...

Al ver a la monja pasar bajo el árbol, Candy se agachó entre las hojas del roble, tratando de esconderse.

Sin embargo, quizás lo que más ha envejecido de todo es el hábito de la Hermana Lane...

A través de las ramas, Candy observó la túnica que, después de tantas lavadas, estaba completamente descolorida. Incluso tenía varios remiendos muy visibles. La muchacha era consciente de la difícil situación financiera que se encontraba en el Hogar de Pony.

-¡Candy! ¿Te has subido de nuevo a ese árbol?- Exclamó la Hermana Lane después de haber alzado la mirada en su dirección.

-¡Rayos, me ha descubierto! Hermana Lane, usted realmente tiene muy buena vista-, comentó Candy asomándose entre las hojas.

La mujer le dirigió una suave mirada de reproche y replicó divertida, señalando las piernas de la muchacha: -¡Es la pura evidencia! ¿Cómo no podría ver esas dos cosas largas que cuelgan de las ramas hacia abajo?

-¡Ups, que despistada!

-¡Vamos, apresúrate a bajar!

-¡Voy!- respondió alegremente. Candy se desplazó ágilmente a una rama que se encontraba más abajo, pero inesperadamente aquella rama a la que se había aferrado se rompió, haciéndola caer estrepitosamente al suelo. Ciertamente no era la primera vez que se caía de esa forma, pero haberse precipitado de ese modo...

La Hermana Lane corrió inmediatamente y la ayudó a levantarse con un aspecto de preocupación. – Candy, te dije que no podías treparte más a los árboles...

-Pero, Hermana Lane, ¡Le aseguro que nunca he tenido problemas! ¡Ay!- Sobándose la espalda, Candy alzó la vista para mirar incrédula al árbol.

-¡Estoy asombrada de que nunca antes te haya pasado nada igual! Dentro de poco tendrás trece años, ¿Lo sabes! Incluso dejando a un lado tu estatura, de todas maneras has superado el peso promedio de tu edad y...

-¡Guau, guau! ¡Miau, miau!- la interrumpió Candy, imitando continuamente a manera de broma el sonido de los animales, hasta que la Hermana Lane se echó a reír.

-¡Ah, se me olvidaba, tengo mucho trabajo que hacer! Debo limpiar el gallinero, ir a sacar agua, lavar los delantales de los niños... ¡Ah, cuántas cosas!

Sonriendo, la Hermana Lane se quedó observando a Candy, quien se marchaba a toda prisa: - Esta muchacha es incorregible... Oh, se le ha caído algo - En el suelo, brillando a la luz del sol, estaba el broche de plata. Recogiéndolo, la Hermana Lane se apresuró a llamar a su propietaria: - ¡Candy, has perdido algo importante!

-¡Gracias, Hermana Lane!- Candy apenas había ido a sacar agua al pazo, se secó las manos en la falda y completamente sonrojada, recuperó su broche.

-Veo que lo observas de vez en cuando. Debe ser algo muy valioso para ti.

-Así es, Hermana Lane... es mi pequeño tesoro, mi amuleto de la suerte -, respondió sonriendo y llevándose con firmeza el broche al pecho.

El Príncipe de la Colina... Aquel objeto era la prueba de que el encuentro de tantos años atrás no había sido solo un sueño. Estaba segura que, conservándolo, un día encontraría de nuevo a su propietario. Qué maravilloso muchacho... Candy recordaba perfectamente aquel rostro sonriente que había sido capaz de aliviar su dolor.

"Eres más linda cuando ríes que cuando lloras"

Su voz era tan dulce... Volvía a pensar en esas palabras cuando estaba triste y así era que volvía a sonreír. Pero no podía contarle a nadie sobre el Príncipe, ni siquiera a su querida Hermana Lane: aquel era su más valioso secreto.

-Cómo estás de rara Candy, te quedas ahí riéndote sola... Vamos, apresúrate a terminar tus tareas y ven a ayudarme a preparar la cena. Hoy la Señorita Pony volverá tarde.

-¿A dónde ha ido?

-Tenía que ocuparse de Becky...

-¿De Becky? ¿En serio? ¡Entonces es seguro que la adoptarán!

-Sí, esperemos que todo salga bien... No olvides lo que te pedí, Candy.

Cuando se quedó sola, la muchacha suspiro profundamente.

Así que también Becky será adoptada... ¿Por qué soy la única que no encuentro ninguna familia que me quiera...?

De vez en cuando en la iglesia de la ciudad se celebraba una reunión entre niños y aspirantes a padres adoptivos. En aquellas ocasiones Candy a veces era abordada, pero después el asunto no progresaba más.

En poco tiempo cumpliría 13 años. Era la primera vez que una chica tan mayor permanecía en el Hogar de Pony y Candy sabía que el orfanato no tenía tanto dinero como para poder permitirse seguir haciéndose cargo de niños ya mayores.

-¿La gente de este mundo tiene los ojos para ver? Y pensar que aquí hay una chica tan bonita, buena y trabajadora... -dijo para sus adentros, dando un golpecito al balde para darse ánimo.

Nancy había cumplido hace poco tres años y no podía dormir sin ella. Esa noche, después de meter a la pequeña en la cama, Candy salió al pasillo.

-De quien estoy preocupada es de Candy.

La muchacha se quedó inmóvil al oír el murmullo de la Señorita Pony que provenía de una de las habitaciones.

¿Está hablando de mí? ¿Por qué está preocupada?

Suspirando, trató de comprender lo que estaba sucediendo.

-Señorita Pony, yo quisiera que se quedara para siempre con nosotras...

-Hermana Lane, a mí me sucede lo mismo, pero, ¿Realmente es lo mejor para Candy? A este paso nunca recibirá una educación adecuada y yo quisiera en cambio que tuviera la oportunidad de aprender muchas cosas más. Además, a partir del próximo mes tendremos que ocuparnos de un niño de dos años y no podremos contar con otras donaciones...

A los suspiros de la Señorita Pony se unieron los de la Hermana Lane: - Cierto, nada me haría más feliz que verla adoptada por una buena familia, pero... es una niña tan buena, me pregunto por qué será tan desafortunada.

No pudiendo escuchar más esas palabras cargada de dolor, Candy volvió al dormitorio.

Le era insoportable pensar que las dos directoras estuvieran tan tristes por su culpa. Si fuera posible, ella también preferiría quedarse a vivir en el Hogar de Pony, pero la situación actual era complicada.

Si yo me marchó, podrán tener al menos a tres huérfanos más...

Candy hizo la ronda por las camas para arropar a los niños, después apoyó la frente en la ventana y observó el cielo nocturno. La luz de la luna se filtraba

suavemente en el dormitorio, mientras las estrellas, casi sonriendo, parecían bailar a su alrededor. Sacó del bolsillo el broche del Príncipe y lo agitó ligeramente. La campanilla tintineó suavemente, como si quisiera animarla.

Trece años es una edad inconveniente... Soy demasiado joven para trabajar y tal vez demasiado mayor para ser adoptada... ¿Tú también lo crees así, campanilla?

Candy sonrió al objeto que había respondido a su pregunta, pero de pronto la vista se le nubló y se apresuró a guardar su valioso amuleto. No sabía por qué, pero no quería que la viese llorar.

¿Qué tengo que hacer ahora?

La única a quién podía pedir consejo era Annie. A menudo su correspondencia era solo de ida, pero probablemente eso se debía a numerosas tareas. Su amiga seguramente comprendería el problema en el que se encontraba.

Intentaré pedirle ayuda. Aunque si no puedo ser adoptada, quizás los Brighton puedan ayudarme a encontrar un lugar donde trabajar.

Dejar el Hogar de Pony y empezar a trabajar: sí, aquella era la mejor decisión. Pero aunque estaba convencida de su elección, Candy se sentía tan triste que tenía ganas de llorar.

¡No! ¡Basta ya de lágrimas! ¡Aquí se necesita un poco de ejercicio espanta-tristeza!

Dándose ánimos, se dirigió frente al espejo, separó los pies el uno del otro, dobló las rodillas y extendió los labios hacia adelante. ¡Estaba lista!

¡Bien, que el ejercicio espanta-tristeza comience! ¡Adelante! ¡Uno-dos-tres! ¡Uno-dos-tres!

Una vez establecido el ritmo, Candy empezó a moverse saltando como una rana. Ella misma había inventado esos movimientos y, cuando los repetía frente a un espejo, siempre terminaba viéndose tan cómica que olvidaba el motivo de su tristeza. Esta vez también estaba pasando lo mismo.

-¡Uno, dos, tres! ¡Salto! ¡Uno, dos, tres!

-Candy, ¿Qué estás haciendo?

-Uno, dos... ¿Eh?- Se volvió sorprendida y se encontró frente a Nancy, Slim y todos los demás niños que, en lugar de dormir, la miraban confundidos.

-Bueno, este..., yo... sabe, mi pierna estaba un poco... ¡Oh, vamos! ¡Váyanse a dormir!

Candy apagó el candil con un rápido soplo.

Esa noche escribiría la carta para Annie, iluminada por la luz de la luna.

Capítulo 4

Querida Candy:

Gracias por haberme escrito. Yo estoy bien

Pronto sera mi recital de piano y todos los días me encuentro muy ocupada con los ensayos.

Candy, gracias por todas las cartas que me has enviado. Cuando las leo, siempre vuelvo a pensar con nostalgia en el pasado y me dan ganas de llorar. Siento no haberte respondido con regularidad.

Siempre quise escribirte con sinceridad sobre mis sentimientos, pero luego me faltó coraje.

Hoy, sin embargo, he decidido armarme de valor.

Estoy segura que te enojarás, pero quiero ser sincera: Candy, por favor, no me escribas más.

Ya han pasado siete años desde que fui adoptada por los señores Brighton. Ellos me tratan como si fuera realmente su hija y yo también los amo mucho.

No quiero que nadie sepa que he vivido en un orfanato, ni que fui abandonada. No quiero ni siquiera recordar todo esto.

Ahora tengo muchísimos nuevos amigos. Todos son chicos de buena familia, convencidos de que realmente soy hija de los Brighton.

Pero si supieran de dónde provengo... el solo pensarlo me llena de temor.

Candy, de ninguna manera quiero que esto se sepa.

Perdóname, ni siquiera he sido capaz de mantener mi promesa de invitarte a mi casa.

No te escribiré más, por tanto, por favor, tú tampoco lo hagas.

Perdóname.

Deseo de verdad que tú puedas encontrar la felicidad, Candy.

¡Créeme!

¡Perdóname!

Adios Candy

Annie Brighton

P.D

No he podido hablarle a papá sobre el asunto del trabajo del que me has escrito. Te pido profundamente disculpas también por esto.

Hacía tanto tiempo que no recibía inmediatamente una respuesta de Annie, que Candy por la felicidad, incluso había estrechado contra su corazón el sobre que le había llegado.

Dando saltos de alegría, se dirigió corriendo a la Colina de Pony para poder leer la carta sin que la molestaran.

Seguramente Annie había entendido la situación crítica en la que se encontraba y quizás los señores Brighton le habrían encontrado un lugar donde poder trabajar. Se sentó entre las briznas de la hierba que se mecían y rasgo ansiosamente el sobre.

A medida que la lectura avanzaba, sus dedos empezaron a temblar.

"Adiós, Candy"

¿Había leído mal? Casi no podía respirar. Annie no podía haber escrito algo así.

Seguramente se trataba de otra persona que había firmado en su nombre, o bien había sido forzada. Tratando de convencerse, Candy leyó y releyó varias veces aquellas páginas.

"Adiós, Candy"

No, no estaba equivocada. La delicada escritura de Annie, parecida a su vocesita, parecía temblar sobre el papel de color celeste. Como si las fuerzas la hubieran abandonado completamente, Candy se desplomó sobre sí; eso es lo que realmente pensaba su amiga.

Debí haberlo comprendido antes...

El hecho de que casi nunca le respondiera le había infundado un poco de duda. Conocía bien el carácter temeroso de Annie, siempre tendiendo a preocuparse por lo que pudieran pensar los demás, sin embargo había querido ver solo aquello que le convenía.

Oh, Annie... Cuan preocupada debes de haberte sentido cada vez que recibías una carta mía... Debe haberte dolido mucho...

Sin que se diera cuenta, las lágrimas empezaron a surcarle las mejillas.

Annie, ¿Qué tiene de malo venir de un orfanato? No es nuestra culpa que hayamos sido abandonadas. Debemos caminar con la frente en alto...

Pero Candy no quería culparla.

"¡Perdóname!"

Le parecía escuchar la voz de Annie quebrada por el llanto. Seguramente tuvo que haber reunido todo el valor que tenía para poder escribir esas líneas.

No, perdóname tú, Annie... Incluso me he permitido pedirte ayuda para encontrar un trabajo... Ya no tienes nada que temer... No te escribiré más...

No había terminado de murmurar aquellas palabras, cuando una lágrima cayó sobre la carta. Candy se recuperó y parpadeó. No quería llorar.

Pero a lo mejor, si ahora me pusiera a llorar en voz alta, podría aparecer el Príncipe de la Colina, justo como aquella vez...

"Eres más linda cuando ríes que cuando lloras": Volviendo a pensar en esas palabras, los labios de Candy se suavizaron. Sacó de su bolsillo el broche de plata en forma de águila con la campanilla que siempre llevaba consigo.

-Príncipe de la Colina... no lloraré más. –La campanilla plateada tintineó suavemente. –

Cómo me gustaría que esta campanilla fuera mágica y haciéndola sonar sobre la carta de Annie, ¡De repente convirtiera estas palabras en una invitación para ir a verla! Pero es imposible...

Jugando entre ellas, dos mariposas blancas estaban revoloteando por el aire y Candy se pudo a pensar que se parecían a Annie y a ella de niñas. Ahuyentó inmediatamente ese pensamiento de su mente.

Lo importante es que sea feliz ¿No? Pero ahora... ¿Cómo haré para encontrar un lugar dónde trabajar?

Suspirando, observó el Hogar de Pony a los pies de la colina. En ese momento los niños estaban tomando la siesta vespertina. Envuelto por los cálidos rayos solares del final de la primavera, incluso el edificio parecía estar dormitando.

-Ahí viene un auto-, advirtió Candy, poniéndose de pie en medio de la pradera. En aquel panorama somnoliento se veía en efecto, un lujoso automóvil azul oscuro que avanzaba levantando nubes de polvo. Venía del pueblo y se detuvo justo frente al Hogar de Pony.

De él salió un hombre que se dirigió hacia el orfanato. Incluso desde la distancia, su porte elegante hacía entrever que se trataba de un visitante importante.

-Me pregunto quién será y qué vendrá a hacer aquí. ¡Quizás esté interesado en algunos de los niños! "Buenas tardes, señor... Aunque no soy muy alta y tengo pecas, ¿No me encuentra lo suficientemente bonita como para querer adoptarme?" Qué hermoso sería, si fuera realmente esa clase de persona...

Mientras hablaba consigo misma, Candy vio a la Hermana Lane salir corriendo del edificio gritando: -¡Candy! ¡Candy!

La religiosa miró entre las ramas del roble, intentando encontrarla. La muchacha guardó el broche en el bolsillo y bajó la colina a toda velocidad.

-¡Oh, menos mal, Candy! La Señorita Pony te está buscando - dijo la Hermana Lane al verla -Quizás una familia de Lakewood esté interesada en ti...

Candy sintió de pronto el corazón latirle incontrolablemente:

-¡Entonces por fin ha venido alguien que me quiere como su hija adoptiva! Hermana Lane, ¿Se trata del hombre que ha llegado hace poco en un auto reluciente?

-Sí, el mismo... Creo que la familia tiene una enorme villa...

Candy dio un salto de alegría: -¡Viva! ¡Toda esta espera ha valido la pena! ¡Soy realmente una chica afortunada! Hermana Lane, siempre he pensado que tarde o temprano este momento llegaría, ¿Sabe?

-Candy... no se trata de una familia que quiera adoptarte...

Pero Candy no escucho aquellas palabras murmuradas en voz baja y cruzo el umbral dando saltos. Una vez dentro, trató de respirar profundamente para tranquilizarse. El tan esperado día por fin había llegado.

Debo comportarme educadamente y ser elegante.

Se limpió la tierra del vestido y llamó a la puerta de la oficina de la Señorita Pony, ciertamente tratando de actuar de manera despreocupada. Al oírla llegar, la directora levantó la vista. Tenía una expresión indescifrable. El hombre, que hasta hace un momento había estado sentado en una silla, se puso de pie para girarse a observarla, sin siquiera sonreír. Candy enderezó bien la espalda, preguntándose si aquel señor de semblante todavía joven, se convertiría en su papá. Sin embargo, sus esperanzas se derrumbaron en un instante.

-Candy, éste es el señor Stewart. Viene de parte de la familia Lagan que reside en Lakewood porque la señorita... bueno, a la señorita Eliza le gustaría tener una

“compañera de juegos”- le comunicó la Señorita Pony, evitando mirarla a los ojos.

¿Una compañera de juegos? ¿No una hija adoptiva?

Su corazón, tal lleno de expectativas, pareció vaciarse físicamente. Candy no pudo evitar volverse hacia la Hermana Lane, que estaba entrando justo en ese momento. La religiosa bajo la mirada, con las manos unidas frente al pecho y con expresión preocupada.

-Señor Stewart le presento a Candy White. Tiene trece años, la misma edad que la señorita Eliza.

El señor Stewart la escrutó como si quisiera analizarla, asintió y dijo:

-Parece mucho menor para su edad, pero lo importante es que sea una chica llena de energía. Bueno, será mejor recoger todas sus cosas.

-Pero, ¿Ahora mismo?

Aquel grito había salido de la boca de la Hermana Lane.

También la Señorita Pony se levantó de la silla y, desplazando ansiosamente la mirada del señor Stewart hacia Candy, objetó: -La Hermana Lane tiene razón, primero deberíamos saber qué es lo que piensa la persona interesada... Hasta este momento todavía no sabía nada. Recibí esta noticia por parte del reverendo en la ciudad, pero...

-Estoy seguro de que la iglesia ya habrá recibido toda la información necesaria junto a la donación. De todas formas, la muchacha debe ser llevada inmediatamente a casa -, comentó inexpresivo el señor Stewart.

-Yo... ¡Quiero ir! -, intervino enérgicamente Candy que, hasta ese momento, se había limitado a observar a las dos preocupadas directoras.

-¿Qué dices, Candy? Primero debes entérate bien cómo están las cosas. También puedes rechazarlo, ¿Sabes? -, exclamó perturbada la Señorita Pony.

-Señorita Pony, ¡Yo ya lo he decidido! ¡Voy a ir! Iré inmediatamente a prepararme.

Al recibir la sonrisa de Candy, el señor Stewart asintió aliviado.

Debía ser decidida. No importaba que fuera la compañera de juegos de la señorita Eliza Lagan o de otro; lo que importaba era que al fin había encontrado una familia que se hiciera cargo de ella. ¿Acaso no era precisamente la ocasión para dejar el Hogar de Pony?

La habían criado durante trece años, que ya era suficiente. Candy trató de convencerse con estas explicaciones.

-Candy, ¡Piénsalo bien! Si no quieres, simplemente di que...

-¡No se preocupe, Hermana Lane! Después de todo, ¡Tengo trece años! – Respondió con una sonrisa, tratando de tranquilizar a la mujer que estaba a punto de llorar.

Habían hablado de los preparativos, pero no había gran cosa por hacer. El momento de partir llegó en un santiamén y Candy subió al auto con el señor

Stewart. Incluso en ese momento no era muy consciente de lo que estaba sucediendo; casi le parecía estar caminando sobre nubes de algodón. Nunca pensó que un día tendría que dejar el Hogar de Pony de manera tan repentina.

-Por favor señor Stewart, solo espere un momento. Déjeme despertar a los niños para que puedan despedirla... -Suplicó la Hermana Lane, con una expresión de quien se encuentra entre la espada y la pared.

-Hermana Lane... Para mí sería demasiado duro verlos llorar... Déjelos dormir -, murmuro la muchacha. Si hubiera visto los rostros de los pequeños, probablemente ella habría sido la primera en desmoronarse.

-Bueno. Debo volver antes de la puesta del sol, así que... -El señor Stewart encendió el motor y el auto empezó a moverse lentamente.

-¡Señorita Pony! ¡Hermana Lane! – Las llamó Candy inesperadamente, asomándose por la ventanilla. Quería agradecerles por todo lo que habían hecho por ella, pero no conseguía pronunciar palabra.

-¡Candy!

La Señorita Pony, que se había quedado inmóvil y muda, corrió hacia el auto como si una fuerza repentina la hubiera impulsado y dijo: Ten, Candy, toma esto-. La directora se quitó la cruz que siempre llevaba consigo y se la puso alrededor del cuello: -Candy, rezaré para que siempre seas feliz...

Tras los cristales de las gafas, los ojos de la Señorita Pony estaban humedecidos por las lágrimas. La Hermana Lane, manteniendo ambas manos sobre su boca y los ojos llenos de lágrimas, la miraba fijamente.

“No debo llorar” pensó enfáticamente Candy.

-Gracias... Señorita Pony, Hermana Lane, ¡Adiós!

Se despidió sonriendo, con amplios gestos de la mano. Después, no se volvió más hacia atrás.

Capítulo 5

Hasta que el auto no dejó el pueblo atrás, Candy permaneció en silencio e inmóvil al lado del señor Stewart, concentrado en conducir. Temía que, si hubiera hablado habría estallado en lágrimas y ciertamente no podría practicar su ejercicio espanta-tristeza en el interior del vehículo. Recordó la última imagen que había visto de las dos directoras en el espejo retrovisor; dos figuras que se hicieron cada vez más pequeñas hasta que desaparecieron.

Ni siquiera pude despedirme de los niños... Seguro que Nancy cuando despierte de la siesta, se pondrá a llorar.

-En verdad, debo de haberla tomado por sorpresa-, empezó a decir el señor Stewart, como para consolarla. – El señor y la señora Lagan, ambos son personas que quieren obtener inmediatamente lo que desean y cuando las cosas no salen precisamente como ellos esperan, se ponen de mal humor, causándoles muchos problemas a quienes trabajan para ellos... -

El hombre sonrió amargamente pero, tal vez temiendo haber hablado demasiado, agregó inmediatamente en tono amable: -Todavía falta mucho para que llegemos, por favor, descanse.

-Gracias-, respondió en voz baja Candy, feliz de tanta atención.

Ciertamente no podía presentarse con ese estado de ánimo ante los Lagan. La habían considerado para ser la compañera de juegos de su hija, pero mientras tanto se harían cargo de cuidar de ella: debería mostrarles una hermosa sonrisa. Pero por mucho que se esforzara, no podía sacarse de la mente la expresión de tristeza de la Señorita Pony y de la Hermana Lane.

No se preocupen... He decidido que encontraré la felicidad.

Candy estrecho suavemente la cruz que le acababan de regalar y observó cómo cada vez se hacían más distantes aquellos queridos parajes que conocía de toda la vida.

-¡Santo cielo!- Exclamó tan pronto como salieron del camino que atravesaba el bosque.

-¿Qué sucede? –Preguntó alarmado el señor Stewart, volviéndose hacia ella.

En ambos lados de la carretera parecían fluir dos interminables arroyos azules de flores de lupino.

-¡Jamás había visto tantas flores de lupino en mi vida! ¿Solo hay azules? ¡En la Colina de Pony también crecen de color rosa y violeta!

-¿Lupinos? En realidad el señor Hawkins los llama bluebonnet- dijo sonriendo el señor Stewart. Su expresión ahora era muy relegada.

-¿Quién es el señor Hawkins?

-Es el jefe de jardineros de la familia Ardlay. Él sabe todo lo referente a las flores.

-¿La familia Ardlay?

-Es una familia muy rica, incluso muy conocida en Chicago. Posee amplios terrenos también en esta zona. El clan de los Lagan también forma parte de la familia Ardlay.

-¿El...clan?- Preguntó Candy sorprendida. Aquella era una palabra majestuosa que solo se podía leer en las novelas históricas: verdaderamente debía tratarse de una prestigiosa familia.

-¡Oooh!

-¿y ahora qué le ocurre?- pregunto riendo el señor Stewart.

-Pero es... ¡Maravilloso!

El auto había dejado atrás el camino azul de lupinos y ahora estaba cruzando una pradera de hierba llena de flores de todos los colores. Era como si el vehículo estuviera atravesando una cortina floreada que se abría a su paso. Más allá de la pradera, se alzaba un lago azul aún más profundo que el de los lupinos... o de los bluebonnet, como los llamaba el jardinero de los Ardlay. Iluminado por los rayos del sol del ocaso, el brillante espejo de agua parecía crear un camino que llevaba directamente al paraíso.

Candy sintió recuperarse de su tristeza y suspiró: -Jamás he visto un paisaje tan bello...

-Tiene razón. Los Ardlay cuidan mucho de sus posesiones-, dijo casi orgulloso el señor Stewart, sacando el pecho.

-Después de que hayamos rodeado el lago y pasado esa colina, podremos ver la villa de los Lagan.

Repentinamente la ansiedad asalto a la joven: de hecho había algo que le preocupaba.

-Oiga... la señorita Eliza... ¿Qué clase de persona es?

Por un instante, el chofer pareció sacudido por un escalofrío, pero después de un instante, respondió: -Bueno..., cómo se la podría decir... Digamos que es... que es una chica encantadora...

-Como pensaba...-Puesto que vivía en una villa inmersa en un espléndido ambiente como aquél, no podía ser de otra manera que bonita.

Debe de tener una salud delicada, de lo contrario ¿Por qué habría de necesitar en algún momento una compañera de juegos?

Candy se prometió tratarla con amabilidad.

Me pregunto si con ella pueda llevarme tan bien como con Annie...

Cuando la luz del ocaso resaltó en el cielo, similar al chal desplegado de una dama, el señor Stewart anunció: -Hemos llegado. Esa es la villa de los Lagan.

Sacudida por la voz del hombre, repentinamente desprovista de cualquier entusiasmo, Candy empezó a inspeccionar por la ventanilla. Más allá de los árboles que se estaban oscureciendo, la muchacha la observó conforme se acercaba cada vez más.

-¡Qué magnífica edificación! ¡Parece el castillo de un cuento de hadas!

Candy suspiró. Seguramente Eliza debía ser como la imaginaba: una joven parecida a Blancanieves. Pensó que era verdaderamente afortunada por poder vivir en una casa así y, conteniendo la emoción, descendió del auto. Siguiendo al chofer se dirigió hacia el gran portón de dos hojas, cuando escucho una voz gritar: ¡Ahí esta!

Justo se estaba preguntando de dónde provenía ese grito, cuando del balcón del segundo nivel cayó una cascada de agua. Completamente empapada debido a aquella repentina y violenta lluvia que le había caído encima, Candy levantó la cabeza estupefacta como para comprender, que había provocado ese suceso inesperado.

Una muchacha de espléndidos rizos castaños claro la observaba con malicia desde arriba.

Cerca de ella también se encontraba un joven que sujetaba en la mano un gran jarrón. Él también la miraba con una sonrisa burlona pintada en el rostro.

-Bueno... Esa es la señorita Eliza... Y al lado de ella está su hermano mayor, el señorito Neal...

-¿Eliza? ¿Esa es Eliza?- exclamó Candy volviéndose para mirar al señor Stewart.

El hombre se limitó a bajar la mirada. Estaba visiblemente avergonzado y no sabía qué hacer. También le había caído un poco de agua sobre su chaqueta.

Así que esa es Eliza... No me parece para nada enferma... pero quizás sea solo mi impresión...

Candy pensó que probablemente solo se había tratado de un incidente. Se armó de valor alzando la vista con una hermosa sonrisa, agitó la mano mojada en señal de saludo.

¡Hola!

-¡Adiós! No necesito ninguna compañera de juegos-, respondió fríamente Eliza. Después, riendo burlonamente, volvió a entrar a la casa junto a su

hermano.

-Vamos de prisa, debe cambiarse antes de conocer a la señora...

Pero Stewart no tuvo tiempo de terminar la frase. Seguida de una carcajada, una mujer de penetrantes ojos y con aspecto irritado hizo su aparición. Traía puesto un espléndido vestido de raso color índigo, pero aquellos ojos tan fríos eran idénticos a los de Eliza. Sin duda alguna, se trataba de la señora Lagan.

-Te has tomado tu tiempo, Stewart. ¿Esta es la muchacha? ¿Cómo es que está toda mojada? Ciertamente no se habrá caído al lago, ¿Verdad? Santo cielo, acabará por mojar la alfombra. ¡Haz que se cambie rápidamente y llévala con nosotros para que se presente como se debe!

Después de apenas haberle dirigido la mirada, la mujer se marchó a paso veloz.

La habitación que le había sido reservada se encontraba en el ala norte de la edificación.

Era un cuarto pequeño y con telarañas en las esquinas. Tenía todo el aspecto de haber sido un desván el día anterior y en el interior solo había una cama de madera y un viejo armario, pero de todas maneras Candy estaba entusiasmada.

¡Esta habitación es completamente mía!

Siempre había deseado tener un cuarto sólo para ella. Se cambió rápidamente de vestido, pero la verdad era que solo tenía otro vestido.

Eliza Lagan... ¿Será ella la chica “encantadora”?

Recordando el perfil rígido del chofer cuando pronunció esas palabras, Candy no pudo evitar encontrar la escena cómica. Ahora entendía el verdadero significado de aquella frase, pero ciertamente no podía negar que, a primera vista, Eliza fuera bonita.

A partir de ahora tendré que tratar de hacerme su amiga... ¿Me pregunto si lo lograré?

Absorta en sus pensamientos, Candy salió de la habitación y por poco se tropezó con un pie de Neal, extendido a propósito. Pero ella no era de las que se caían al suelo por algo así.

El muchacho la miró fijamente irritado y dijo: -Vienes del orfanato, ¿Verdad? ¡No eres más que una pordiosera abandonada por sus padres!

Al darse cuenta de que el muchacho estaba acostumbrado a hablar en ese tono hiriente y lleno de odio, a Candy la tomó tan desprevenido que ni siquiera pudo enojarse. Viendo que la muchacha no respondía al ataque y que se limitaba a quedársele mirando

asombrada con los ojos abiertos de par en par, Neal se sintió satisfecho y se marchó por el pasillo silbando victorioso.

¡Increíble! ¡La Señorita Pony sí que habría sabido darles un castigo memorable a esos dos! Pero a mí estas cosas no me afectan.

Candy recordó que, después de todo, en el pueblo cercano al Hogar de Pony también había muchos niños mezquinos y rencorosos respecto a los huérfanos. Pero en ese momento no tenía la mínima idea de hasta dónde podían llegar los dos vástagos de la familia Lagan.

Mary, la criada, la condujo a una lujosa sala completamente decorada en verde oscuro.

Allí la esperaban los señores Lagan.

Cuando entró en la sala, Candy observó estupefacta a Eliza y Neal: los dos estaban sentados al lado de su madre, con expresión dócil e incluso presumiendo una impecable sonrisa de inocencia. Parecían completamente diferentes a las que había conocido un poco antes.

-¿Tu nombre?- preguntó la señora Lagan , señalándola con la barbilla.

-Me llamó Candice White.

-Bien. Quisiéramos que ayudaras a Eliza en los estudios y que seas su compañera de juegos. A decir verdad, hubiéramos preferido a alguien que proviniera de buena familia, pero por lo visto tendremos que conformarnos, ya que nuestro profesor ha dejado repentinamente su puesto y tuvimos poco tiempo para encargarnos de esto. Eliza, por alguna extraña razón, tiene dificultad para hacer amigos, a pesar de ser una muchacha muy buena.

Al decir esas palabras, la señora Lagan tomó la mano de su hija que, a su vez, se acurrucó dulcemente a su lado.

-Yo tendré que ausentarme frecuentemente por trabajo. Te recomiendo que obedezcas las indicaciones de mi esposa- intervino el señor Lagan entre una y otra bocanada de su pipa.

Sin dejarse desanimar por la dura mirada del hombre, Candy hizo una pequeña reverencia y respondió alegremente en voz alta: -¡Claro! ¡Le aseguro que lo haré lo mejor que pueda!

Esa noche cenó en la enorme cocina junto a la servidumbre. Le dijeron que se trataba solo de sobras, pero a ella le pareció un banquete tan rico que le daban ganas de ir a compartirlo con todos en el Hogar de Pony. En esa ocasión le contaron muchas anécdotas sobre cuán mimados y embusteros eran Eliza y Neal que más tarde, no podía recordarlas todas. Le dijeron que habían cambiado de profesor privado al menos treinta y ocho veces. La señora

Lagan había atribuido la breve permanencia de los docentes al hecho de que su hija no tuviera amigos, así que había decidido encontrarle una compañera de juegos.

-Ni siquiera se le pasa por la cabeza que sus hijos sean odiosos. Los señores Lagan son realmente demasiado indulgentes. No por nada esos dos chicos tienen en realidad una doble personalidad...

Candy escuchó asintiendo a las historias de Mary.

Finalmente aquel agitado día estaba llegando a su fin, pero Candy no podía dormirse.

Acostada en su cama, aún no podía creer el hecho de encontrarse en semejante lugar.

Desde que había nacido, era la primera vez que no dormía en el Hogar de Pony.

¿Cómo estarán la Señorita Pony y la Hermana Lane? ¿Nancy estará llorando? Slim, no te hagas pipi en la cama, por favor. Ya no podré ayudarte a poner todo en orden antes de que los demás se den cuenta...

Uno tras otro, aparecieron los rostros sonrientes de las directoras y de los niños. Después, se volvió a encontrar pensando en la Colina de Pony.

Príncipe de la Colina, no podré ir más a la Colina de Pony. Pero estoy segura que, estés donde estés, un día volveremos a encontrarnos.

Candy les deseó buenas noches al broche y a la cruz que había colocado junto a la almohada, y finalmente cerró los ojos.

Capítulo 6

Si todos los chicos más malos del mundo se reunieran, ciertamente no podrían superar las maldades de Eliza y Neal.

-¿Por qué no te decides a quitarte esos asquerosos pijamas?- le recriminó sarcásticamente Eliza, torciendo la boca apenas la vio a la mañana siguiente.

-Esto no es una pijama. Y no tengo otra cosa que ponerme, ¿No recuerdas? El otro vestido me lo mojaste ayer- respondió Candy de manera indiferente.

-¿Cómo te atreves a dirigirte a mí hablándome de "tú"? ¡Debes llamarme señorita!-, ordenó apremiante Eliza. Luego acercó su nariz a Candy: - ¡Oh, pero parece que apesta!

¡Neal, ven acá! ¿No sientes que extraño olor tiene está aquí?

-¡Es cierto! ¡Debe ser el olor del orfanato! ¡Ah, como apesta!-, la respaldó Neal, tapándose la nariz en un gesto teatral.

Molesta, Candy los enfrentó: -¡Son unos maleducados al decir ciertas cosas! ¡En el Hogar de Pony la higiene esta en primer lugar! ¡Siendo ustedes dos, en todo caso, son los que tienen un olor extraño!

-¡No puedo creerlo! ¡Esto es imperdonable! ¡Neal, hálale el cabello!- dijo Eliza dándole una orden directa a su hermano mayor.

-¡Ten cuidado, huérfana bastarda!

Candy sujetó rápidamente la mano del joven que se extendía hacia su cabello y la retorció con fuerza.

-¡Ay! ¡Ay!

-¡Oh, no! ¡Mamá! ¡Mamá! –Llamo Eliza, usando repentinamente su voz de chica buena.

La señora Lagan salió corriendo de una de las estancias. –Mamá, mira lo que le ha hecho a la mano de Neal...-, se lamentó falsamente Eliza, parpadeando con preocupación. El hermano se apresuró a mostrarle a su madre la mano que se había puesto toda roja.

-Santo cielo, que muchacha más violenta. ¡Acaba de llegar y ya está fuera de control! –

Exclamó la mujer mirando amenazadoramente a Candy.

-¡Mamá, está chica es terrible! ¡También me ha jalado el cabello!

-¿Qué dices? ¡Pero es completamente falso!- protestó la acusada, tomada por sorpresa.

Por supuesto su llanto era fingido y, a través de los dedos, estudiaba las reacciones de Candy.

-¡Esta muchacha de bajo estrato social es verdaderamente insoportable! ¡Candy vete a tu habitación y no salgas hasta que expresamente no se te sea requerido! ¡Quiero que medites en lo que has hecho!

-Está bien...- No teniendo otra opción, Candy se retiró, acompañada de una sacada de lengua que Eliza a escondidas le dirigió.

Primer round. Hay que saber ceder para vencer...

Recordaba bien los consejos que Mary le dio la noche anterior- Si quieres quedarte aquí, no debes hacer enojar a la señora. Cualquier cosa que te digan los chicos, ignóralos. Hay que saber ceder para vencer, ¿Sabes?

Sin embargo, las palabras de Eliza, dichas intencionalmente para herirla, le atravesaron el corazón: -¡Mamá, no quiero jugar con una chica tan violenta que además viene de un orfanato!

-¡Y que apesta!- le hizo eco Neal.

-Tienen razón. Justamente es por eso que no me convencía la idea de traer a una huérfana.

¡Toda la culpa es del reverendo! Sólo es bueno para llenarse la boca con hermosas palabras... ¡Mira qué clase de pobretona nos ha presentado! No nos queda más que esperar y probar a ver todavía por algún tiempo como le irá.

Candy apresuró el paso en un intento de escapar de aquellas palabras. Cuando llegó a su habitación y cerró la puerta, se mordió el labio. Huérfana bastarda. Muchacha de bajo estrato... Escuchaba resonar en su cabeza aquellas dos voces llenas de desprecio.

No debes enojarte, no debes estar triste, Candy. Al fin y al cabo, aunque sin tacto, solo están diciendo la verdad...

Acariciando la cruz que llevaba oculta en el pecho, Candy trató de tranquilizarse.

Exacto. Mira, Candy, a diferencia de ellos, ciertamente no puedes decir que provienes de una buena familia. Eres huérfana, fuiste abandonada y por lo tanto vienes de un orfanato... Todo es cierto. Pero estas cosas superficiales no son importantes. ¿No te acuerdas? La Señorita Pony siempre decía que, aunque no se ve, el corazón es lo que cuenta.

-¡Exactamente así!- se dijo alegremente.

Muy bien, Candice White, ¡No te dejes abatir por tan poco!

Y además no quería por ningún motivo ser enviada de vuelta al Hogar de Pony.

¡Sigamos adelante!

Candy flexionó los brazos como para mostrar los músculos.

Había pasado una semana desde que había llegado a la casa de los Lagan, pero las burlas de los dos hermanos se hacían cada vez más crueles. Parecía que tratarla mal se había convertido en su deber cotidiano.

A ella le echaron la culpa de los floreros que se habían hecho añicos, tan queridos por la señora Lagan, de escribir en las paredes y de la desaparición de los libros de texto. Cada vez, la mujer le gritaba con una voz histérica y le ordenaba que se arrepintiera. También sucedía que la mandaba a la cama sin cenar.

Por su parte, Candy se mordía el labio y trataba de resistir. Sabía que, a pesar que pudiera jurar ser inocente, jamás le creería.

De hecho lo que más temía, era ser enviada de vuelta al Hogar de Pony. Las directoras seguramente la recibirían con los brazos abiertos, pero en aquella acogedora construcción ya no había espacio para ella. Otros huérfanos más pequeños seguramente ya habían tomado su lugar. Eso sin contar las entusiastas cartas que ya les había enviado.

El señor y la señora Lagan son magníficas personas y lo días parecieran volar. Eliza, mi compañera de juegos, es una chica alegre y amable. Tiene unos hermosísimos bucles y me enseña tantas cosas.

La única información real es la de los rizos...

Candy suspiró. Pero también otras cosas son ciertas

¡La villa rodeada de flores parecía en realidad uno de esos reinos que se ven en los cuentos de hadas, y también el lago y el bosque son fascinantes!

Estoy feliz de poder vivir en un maravilloso lugar como este.

A fuerza de escribir de aquella manera, sentía que en realidad la alegría nacía en ella.

Además, el señor Stewart, Mary y todos los sirvientes la llenaban de atenciones. En realidad, la lista de cosas positivas que había encontrado en aquel lugar era bastante larga.

Entonces un día, llegó una carta del Hogar de Pony. ¡Cuánto la había esperado! Candy se fue a la orilla del lago situado más allá del jardín trasero de la villa, y abrió el sobre. Ahí estaba, finalmente, el mensaje lleno de bondad y atención de parte de las dos directoras.

Ambas le escribían de cuánto se habían tranquilizado al leer las alegres líneas enviadas por Candy.

Querida Candy

Siempre debes cuidar tu salud. Estamos inmensamente felices de que la familia Lagan te haya acogido tan bien. Todos los días pedimos que tú puedas aprender muchas cosas y crezcas sana y feliz. Esperamos con ansias, junto a los niños, recibir noticias tuyas.

La muchacha acercó delicadamente el rostro a la carta. Tal vez podría sentir el olor del Hogar de Pony, el aroma a pan horneado, el de la leche y de la leña que ardía en la chimenea...

-¿Qué es esto?

En un instante le fue arrebatada la hoja de la mano. Neal inmediatamente se aprovechó de su momentánea distracción, y seguido por su hermana, salió corriendo para ver que estaba pasando.

-¡Es una carta! ¡Viene del orfanato!

El joven rápidamente rompió la carta, lanzando los fragmentos al aire.

-¡Oh, no! ¿Pero qué haces?

Candy se lanzó inmediatamente a recogerlos. No tenía tiempo para discutir con esos dos: si no se daba prisa, el viento barrería con todo... Pero en ese momento algo cayó tintineando de su bolsillo.

¡El broche del Príncipe!

No tuvo tiempo de advertir el sonido de la campanilla, el objeto ya se encontraba en las manos de Eliza.

-¡Neal, mira!

-¡Oye, es de auténtica plata! Pero esto...

-¡Devuélvemelo!- gritó Candy lanzándose con todas sus fuerzas contra el muchacho.

-¡No, que no te lo devuelvo! Explícame, huérfana bastarda, ¿De dónde lo has robado?

-¡No lo he robado! ¡Es mío! ¡Dije que me lo devuelvas!

-¡Neal, de ninguna manera se lo devuelvas!- Gritó Eliza con placer.

-Podríamos tirarlo al río...

-¡Oh, sí, que buena idea!

-¡No! ¡Se los ruego! ¡Basta ¡Devuélvanmelo!- gritó Candy ya al borde de las lágrimas.

Ese era un preciado amuleto... el broche del Príncipe de la Colina.

Los dos hermanos se miraron el uno al otro con una risita malvada y triunfal: pese a todos sus esfuerzos, Candy nunca se había abatido por sus burlas,

pero ahora si les parecía definitivamente desesperada. No podían sentirse más satisfechos.

Eliza arqueó la espalda y dijo: -Claro, también podemos devolvértelo. Sin embargo, antes,

¡Siéntate como un cachorro y ladra!

-¡Exacto! ¡Y luego confiesa de dónde has robado este broche! ¡Ponte de rodillas e implora que te perdonemos!- añadió Neal, haciendo tintinear la campanilla.

Los ojos de Candy ardieron : *¿Por qué debería humillarme de esa manera y pedirles perdón a esos dos? ¡Definitivamente no he robado nada!*

Respiró profundamente y espero el momento oportuno.

-¿Entonces? ¿Quieres apresurarte? No tenemos mucho tiempo para per...

Neal cayó al suelo, tomado por sorpresa por el repentino empujón de Candy. En un instante, la muchacha recuperó la posesión del broche y se fue corriendo.

-¡Maldita salvaje!

-Te echaremos de aquí, ¿Has entendido?

Candy corrió a toda velocidad, alejándose de aquellas voces. Se esforzó por no llorar, pero las lágrimas salían a borbotones de sus ojos.

Esto es horrible... esto es horrible... quiero irme... quiero regresar al Hogar de Pony...

Llorando, se adentró en la espesura del bosque. No sabía hacía donde iba. Lo único que deseaba era alejarse aunque fuera un poco de la casa de los Lagan. Las lágrimas le nublaron la vista, mientras que las hojas y ramas azotaban sus mejillas. De repente tropezó y se cayó. La hierba mojada le golpeó el rostro, pero no se levantó y continuó llorando, con la voz quebrada y con el rostro oculto entre la vegetación. Las lágrimas hasta ese momento

contenidas brotaron todas a la vez. Cuánto habría deseado regresar inmediatamente al Hogar de Pony...

En ese momento, le dijo una voz: -No llores, pequeña.

En algún lugar, por encima de su cabeza, resonaron esas dulces palabras. Sorprendida, Candy levantó el rostro con los ojos todavía inundados de lágrimas, y por un momento se quedó sin aliento: -¿...Príncipe?

Sentado en la parte superior de un portal de hierro en forma de arco y rodeado de una gran cantidad de rosas rojas, estaba precisamente su Príncipe de la Colina, quien la observaba sonriendo.

Capítulo 7

¿Estoy...estoy soñando?

Conteniendo la respiración, Candy miró confundida al Príncipe de la Colina y sus ojos humedecidos por las lágrimas se llenaron con la sonrisa del muchacho, rodeado del color rojo de las rosas. Temía que un solo parpadeo podría hacer desaparecer aquella imagen.

Ni siquiera podía respirar.

Finalmente... He podido encontrar de nuevo a mi Príncipe...

En ese momento, junto a los pétalos rojos de las flores, desde arriba provino de nuevo su voz: -¿Te refieres a mí cuando hablas de un príncipe? Ciertamente eres una chiquilla divertida.

Al escuchar aquellas palabras, Candy sintió como casi le estallaba el corazón: “*En verdad eres una chiquilla divertida.*” ¿Acaso no le había dicho lo mismo el Príncipe de la Colina?

El muchacho no desapareció cuando cerró los ojos; no estaba soñando. Pero el joven de las rosas definitivamente no podía ser en realidad su Príncipe: habían pasado siete años desde entonces. A primera vista le habían parecido idénticos, pero al mirarlo detenidamente tanto la sonrisa como el cabello

dorado del muchacho en medio de las rosas, parecían de un color más apagado.

Volviendo en sí, Candy se levantó frotándose los ojos. -¡Oh, no! Lodo...

Tenía las manos todas sucias y en su intento por limpiarse el rostro, solo acabó ensuciándose aún más. El muchacho continuó mirándola fijamente mientras ella se apresuraba a estirarse el delantal. Candy empezó a sentirse un poco avergonzada y no logró contener una risita. En ese momento, el joven también sonrió.

-Sabes, eres mucho más linda cuando ríes que cuando lloras.

A Candy le dio otro vuelco el corazón y se volvió a mirarlo fijamente. Por segunda vez en breves momentos se había expresado como el Príncipe.

“Justo como pensaba. Eres más linda cuando ríes que cuando lloras”.

¿Cómo es posible? ¿Cómo va a saberlo...?

Cada vez más sorprendida y sacudida por un millar de emociones, Candy tomó un respiro.

En ese momento escuchó un silbido que provenía de un punto lejano, más allá del portal de rosas.

En un abrir y cerrar de ojos, el joven le dirigió una sonrisa y se bajó ágilmente de un salto.

Con el cabello dorado agitado por el viento, se dirigió casi volando en dirección de donde había provenido el sonido, desapareciendo de su vista.

Candy ni siquiera había podido dirigirle la palabra. Se quedó aturdida por un momento, luego se aproximó a la puertade hierro y miró hacia la dirección en la cual había desaparecido el muchacho. Recordando esa última sonrisa, vio un pequeño camino que se extendía sin final. Lleno de toda clase y colores de rosas. El aire estaba impregnado de la dulce fragancia de las flores e incluso le pareció que aquel olor era un regalo que el muchacho le había dejado.

“Eres más linda cuando ríes que cuando lloras”.

Las voces del Príncipe de la Colina y del Muchacho de las Rosas se superpusieron y Candy sintió como una dulce sensación le inundaba el corazón.

No está bien, Candy... no vayas a echarte a llorar. Si te dijo que eres más linda cuando ríes, quiere decir que no es bueno llorar. De ahora en adelante no debes comportarte más de esta vergonzosa manera, ¿Has entendido, Candy?

Mientras se daba ese discurso, no podía dejar de preguntarse a dónde había ido aquel joven. Había aparecido repentinamente y desaparecido de la misma manera. Si...

justamente como lo había hecho aquel Príncipe de la Colina, dejando en su corazón una suave brisa. El encuentro con aquel joven muy parecido al Príncipe, le había dado un gran consuelo en un momento de debilidad. Candy levantó una mirada llena de gratitud hacia el portal como si ahí todavía se encontrara alguien encima de el..

-Gracias. Prometo que nunca más me verás llorar, por lo tanto... por lo tanto... dime que volveremos a encontrarnos...- Al pronunciar la última palabra, fue dominada por la vergüenza y bajó la voz. Se volvió varias veces mientras se adentraba nuevamente en el bosque; quería estar segura de que el portal de rosas no desaparecía.

¡Nunca me habría imaginado que justamente en casa de los Lagan podría sucederme algo tan maravilloso! He descubierto que cerca de mí, hay una estupenda persona, idéntica al Príncipe...

Después que regresó por los alrededores del lago, empezó a recoger los pedazos de la carta que había recibido de las directoras, y su expresión se había vuelto más serena.

Al aproximarse a la villa de los Lagan, Candy divisó que Eliza y Neal estaban frente a la fuente en la parte trasera del jardín, murmurando entre ellos. Seguramente estaban tramando de nuevo alguna maldad, pero

definitivamente no se daría por vencida. Respiró profundamente y se acercó a paso veloz por sus espaldas.

-Quería decirles a los dos que de ahora en adelante pueden tratarme mal cuanto gusten.

Cualquier maldad que tengan en mente hacerme, simplemente no me importará en absoluto. ¡Yo, tengo un corazón de hierro! Bueno, entonces ¡Adiós!

Tomándolos desprevenidos por aquella inesperada declaración, los dos hermanos no pudieron hacer otra cosa que observarla molestos.

Ahora que he dicho algo así, estoy segura que me tratarán incluso peor... Quiere decir que permaneceré atenta a ver qué cosa idean.

Candy se dirigió al patio interior y, después de haber comprobado que no había nadie alrededor, trepo ágilmente a lo alto de un árbol. La estructura de las ramas era muy similar a la del roble en el Hogar de Pony que conocía bastante bien. Apoyando la espalda contra el tronco, observó el cielo del atardecer teñirse de violeta. Aquel era el mismo cielo que se alzaba encima del amado lugar del cual provenía. La carta hecha pedazos por Neal, había sido llevada casi por completo por el viento y no había podido recuperar más fragmentos. Se sentía frustrada, pero al mismo tiempo en ella también había otro sentimiento.

Si Neal no hubiera roto la carta, nunca habría conocido a ese chico...

Una vez la Señorita Pony le había dicho: “Este mundo está surcado por innumerables hilos, y hasta que no se rompen, no puedes saber en qué punto exacto te espera la alegría o el dolor. Por eso, Candy, jamás debes de perder la esperanza”. El solo haberse topado con la sonrisa de aquel muchacho, que tanto le recordaba al Príncipe de la Colina, era suficiente para que las burlas de los dos hermanos se volvieran insignificantes.

Me gustaría volver al menos otra vez. Si voy al portal de las rosas tal vez pueda encontrarlo de nuevo...

Soñadoramente, Candy regresó en su mente a la entrada de hierro rodeada de rosas rojas y por la dulce fragancia de éstas.

Al día siguiente terminó la limpieza de las habitaciones de Eliza y Neal y, mientras los dos estaban absortos en continuar con sus clases de francés, se dirigió aprisa hacia el bosque para asegurarse de que el Portal de las Rosas estuviera todavía ahí. En realidad parecía que los hermanos habían decidido tratarla no como a una compañera de juegos sino como su mucama personal. Después de que terminó la limpieza, Eliza le había ordenado que le planchara las cintas, pero aquello había sido pan comido y le tomó un instante llevarlo a cabo. Por encima de todo, Candy quería asegurarse de que el Portal de las Rosas no hubiera sido producto de su imaginación. Desplazándose a través del sombrado bosque se dio cuenta de una cosa que el día anterior, dominada por el llanto, no había notado: mientras más se adentraba en la vegetación, más se llenaba el aire del perfume de las flores. Casi parecía que aquel dulce aroma le estaba indicando el camino, mientras el sol se filtraba vivaz entre las recortadas ramas de los árboles. De pronto vio ante sí un reflejo rojizo, y cada vez se hacía más intenso.

¡El Portal de las Rosas! ¡Entonces realmente existe!

Era como si en el interior del bosque hubiera una singular y llameante área roja. Desde arriba del maravilloso portal de hierro descendían, ligeros como sonrisas de ángeles, los pétalos escarlata. Pero el muchacho no estaba ahí. Candy trató de mirar hacia el interior, echando un vistazo entre las brillantes hojas y las flores rojas. Se preguntó qué edificación podría erigirse al final de aquel camino flanqueado de rosas de todos los colores, a lo largo del cual se había dirigido el joven. Tal vez ahí era dónde él vivía. En un intento por ampliar su campo visual, Candy empujó las puertas del portal cubierto de rosas. La había tocado suavemente, pero la amplia corola de una de las flores se disolvió en un instante, acompañada de un fresco sonido.

-Pero esto es...- Exclamó con sorpresa en voz alta.

Situado en el punto en que el portal se cerraba, la flor había dejado al descubierto un grabado. Se trataba de imagen de un águila, idéntica a aquella que Candy contemplaba casi todos los días. Emocionada, sacó del bolsillo el broche de plata.

-Son idénticos...

Sentía que la cabeza le daba vueltas. Con dedos temblorosos acarició el grabado.

Exceptuando las dimensiones, el ave con las alas extendidas era exactamente igual a aquella representaba en su broche. Eso quería decir que aquel lugar en realidad tenía que ver con el Príncipe de la Colina.

¿Cómo se hará para entrar ahí?

Candy avanzó bordeando aquella entrada cubierta de flores, y descubrió que se iba transformando en una larguísima reja de hierro, también rodeada de rosas. Del lado del bosque el camino presentaba árboles bien moldeados y de tronco recto, similares a soldados colocados para proteger el acceso. Incluso la luz y sombra que proyectaban, parecían diseños de obras de arte, creando una maravillosa senda. Avanzando, el color de las flores se hacía poco a poco más claro hasta llegar a ser rosado. Cautivada por tanta belleza, Candy continuó caminando hasta encontrarse entre rosas silvestres de color blanco. Acompañada de un viento en el cual la fragancia de las flores se mezclaba con el de la vegetación, Candy sentía como si estuviera dentro de un sueño. De repente la sucesión de rosas silvestres se interrumpió, dejando espacio a algo más brillante. Candy cerró los ojos por un instante, y cuando los volvió a abrir exclamó: -¿Qué

? ¿Un portal de piedra?

Los rayos del sol de hecho se reflejaban contra una majestuosa puerta de piedra blanca que se elevaba como una fortaleza. Era al menos tres veces más alta que ella y contenía varios grabados. Con la respiración entrecortada, la muchacha corrió a ver qué era lo que

ilustraban. Ahí había representaciones de deidades femeninas, de ángeles y de un caballero que enfrentaba a un dragón desde encima de su montura.

-Qué magníficas imágenes... me pregunto si representarán una historia...

Empezó a examinar con cuidado una a una, y luego repentinamente dio un grito: La lanza empuñada por el valiente héroe tenía el emblema del águila.

Lo mismo sucedía con las banderas ondeadas por los muchos hombres que lo escoltaban. Candy recordó de pronto a la noble Familia Ardlay de la cual le había hablado el señor Stewart. En aquella ocasión también le había confiado que poseían enormes terrenos en la zona circundante. Tal vez el águila era su emblema.

En ese caso... el Príncipe...

El corazón le latía tan fuerte que le quitaba el aliento. ¿Quién era en realidad el Muchacho de las Rosas, tan parecido al Príncipe?

Soñadoramente, rodeó el portal blanco que contenía los grabados. En efecto se trataba de un relato que proseguía a lo largo del alto muro de piedra. En el punto en el cual las hazañas del héroe culminaban con la muerte del dragón, se produjo un nuevo cambio y la pared se transformó en un muro de piedra de formas muy variadas, con nuevos capullos que se asomaban entre las ásperas rocas. Más adelante, los árboles a su lado del camino que se dirigía hacia el bosque empezaban a dispersarse, dejando repentinamente el lugar a un vasto prado que contenía plantas acuáticas. Candy se detuvo y respiró profundamente: el viento traía el olor del agua y la tierra se estaba poniendo más húmeda.

Tal vez estoy cerca del lago...

Avanzando a lo largo de la pared, escuchó el estruendo del agua y apresuró el paso.

-¡Una cascada! ¿No será ésta también alguna especie de puerta?- gritó con alegría levantando la mirada. Entre las rocas brotaba una cascada y, agudizando la vista, podía verse oculta entre los brillantes chorros una robusta puerta de madera.

-Increíble... ¡Esta vez se trata de un portal hecho de agua!

El potente chorro de la cascada terminaba en un río artificial que luego desembocaba en el lago.

-¿Tres portales? Nunca había visto algo similar...

Un portal de rosas, un portal de piedra y ahora uno hecho de agua... ¿Qué aspecto podría tener realmente, la edificación a la cual conducían?

¡Ni siquiera puedo imaginármelo! Los Ardlay realmente deben ser una prestigiosa familia... Y pensar que yo estaba tan maravillada por el clan de los Lagan...

Si ésta era otra puerta de los Ardlay, debía tener en alguna parte el emblema del águila y ella absolutamente debía asegurarse. Mientras los chorros salpicaban su rostro, empezó a subir con cautela las rocas mojadas y resbaladizas, tratando de acercarse a aquel último portal. Al llegar a la parte superior de la cascada se dio cuenta que, a diferencia de cómo le había parecido a la distancia, el acceso de madera estaba bien protegido del agua, que, al caer, dibujaba un arco.

¿Pero cómo se hará para abrirlo?

Una puerta oculta en una cascada... De repente, la muchacha notó una gruesa cadena que colgaba entre las rocas. Levantando la mirada, se quedó sin aliento:

-¡El águila!

De hecho, la cadena caía del ave con las alas extendidas, exactamente como la campanilla colgaba de su broche. Candy tragó saliva y, sin pensarlo dos veces, la haló. De pronto escuchó un ruido similar al de las rocas rodando por el camino y el portal cayó con fuerza, convirtiéndose en un puente suspendido sobre el lago y bloqueando la corriente de la cascada. El sonido producido había sido tan fuerte que incluso cubrió su grito de sorpresa.

-¡Que susto! –dijo con un gran suspiro, todavía aferrada a las rocas.

Casi al mismo tiempo se alzó otra voz: -¡El bote! ¡El bote!

Esos alarmantes gritos provenían del lago y Candy se percató de la presencia de una pequeña embarcación a merced de las olas, sobre la cual un muchacho agitaba notablemente los brazos para atraer su atención. El largo cabello del joven era del color de los campos de trigo iluminados por el sol.

Probablemente la embarcación había sido impulsada por el movimiento causado por la caída del portal de agua.

-¡Oye, señorita! ¡No te quedes ahí aturdida y ayúdame! ¡La corriente me está llevando lejos!

Al parecer, no tenía ni siquiera remos.

-Sí, ¿Pero qué puedo hacer? –preguntó Candy alzando la voz.

-¡Ahí cerca hay una cuerda atada a las rocas! ¡Date prisa!

-¡Está bien! ¡Déjame a mí! –Respondió emocionada. Desanudó la fuerte cuerda y la hizo girar en el aire por encima de su cabeza, luego la lanzó con fuerza en dirección del muchacho. Lo alcanzó en un solo intento. Candy sonrió satisfecha consigo misma: no había perdido el toque.

-¡Fantástico! ¡Eres buena lanzando el lazo!

El joven agarró el extremo y tirando de la cuerda, regresó fácilmente a la orilla.

-¡Que susto! Y decir que justo estaba tomando una agradable siesta entre las plantas acuáticas, en este pequeño bote-dijo de manera afectada mientras se arreglaba el reluciente cabello.

Ahora ya no parecía ser el mismo chico sin aliento de hace un momento, y esto le arrancó a Candy una carcajada.

-¿Cómo te atreves a reírte? ¡Por tu culpa estuvo a punto de suceder un desastre!

-Oh, perdóname. Es que antes te vi tan agitado, en cambio ahora... ¿Acaso... no sabes nadar?

-¡Qué maleducada! ¡Yo, soy un excelente nadador!

-Pero entonces...

-El hecho es que si me hubiera mojado se me habría estropeado el peinado y además, ciertamente no quería echar a perder esta camisa nueva de seda traída desde Francia- le explicó, haciéndole un guiño con aire de astucia.

Era muy elegante. Asombrada, Candy observó su apuesto rostro y también advirtió el ligero aroma a colonia. Con sus delgados dedos se arregló fácilmente el cabello despeinado por el viento. Su comportamiento era refinado, pero en su mirada había algo cínico y provocador.

-No me esperaba que lo lograras al primer intento, ¿Sabes? Es la primera vez que conozco a una chica tan hábil con la cuerda. Cuéntame un poco de ti, pequeña gatita, ¿De dónde vienes?

-Yo... me llamo Candy... Trabajo con los Lagan.

-Vaya-, comentó el muchacho frunciendo el ceño y alzando los ojos al cielo.

En aquel instante, del camino que conectaba al puente, se escuchó el resonar de una bocina.

-Han venido a recogerme, ¡Nos vemos, pequeña gatita! Yo me llamo Archibald.

¡Volveremos a vernos de nuevo!

El muchacho, que ahora tenía un nombre, se dirigió corriendo hacia aquel auto que se encontraba a la distancia.

Qué chico tan divertido es este Archibald... Tiene el cabello rubio justo como el Muchacho de las Rosas.

Pero el color del cabello del Muchacho de las Rosas, pensó Candy, traía consigo algo doloroso.

Capítulo 8

-Por la tarde tendré que ir a la ciudad a recoger el vestido que encargué y ¡Tú me acompañarás!

Ese día, después de haberle comunicado la orden, Eliza corrió entusiasmada por el pasillo con paso ligero. Durante dos o tres días, la muchacha había estado extrañamente de excelente humor, pero eso no quería decir que había hecho a un lado su inclinación a planear bromas pesadas. Sin embargo, si realmente hubiera estado obligada a elegir, Candy prefería soportar lo que se le viniera de una persona sonriente. No obstante, la única que parecía feliz era Eliza; el resto de la familia parecía dominada por una inusual tensión.

Entre la limpieza general, usualmente realizada a fin de mes, y pulir los cubiertos de plata, Candy trabajaba todo el día sin un momento de descanso. Por lo que decía Mary, parecía que se había mudado a aquella parte el máximo representante de la familia Ardlay.

Cuando escuchó el apellido, Candy recordó la imagen del águila y sintió latirle con fuerza el corazón.

La señora Lagan no hacía otra cosa que darles instrucciones a los sirvientes con severidad y repetía constantemente que la casa debía estar en condiciones “dignas de recibir a la tía abuela Elroy”. Con probabilidad, precisamente esa tía abuela era en efecto el máximo representante del cual tanto escuchaba hablar. Era de preguntarse qué tipo de persona era, que hasta la señora Lagan tanto le temía.

Esa tarde, en el interior del auto Eliza también estaba particularmente alegre, e incluso su voz sonaba de un modo diferente a la habitual: -¡Neal, mañana nos espera una gran fiesta en casa de los Ardlay! ¡Y finalmente podré volver a ver a Anthony!

-Me pregunto si también estará el tío abuelo William- replicó su hermano, para nada entusiasmado.

-Mamá dijo que probablemente no vendrá.

-¡Gracias a Dios! ¡Es más que suficiente con esa vieja gruñona de la tía Elroy!

-¡Tienes toda la razón!

Contagiada por la risa de los dos muchachos, Candy se unió a ellos, pero Eliza le dirigió una penetrante mirada y dijo: -¡Stewart! No vayas demasiado rápido y no te distraigas,

¿Has entendido?

Involucrado contra su voluntad, el chofer asintió y corrigió su postura. A la señorita parecía no agradaarle que Candy y el hombre estuvieran hablando con cierta confianza a pesar de haberse vuelto a ver después de mucho tiempo.

A lo largo de la calle principal de la ciudad se encontraban consecutivamente las hermosas vitrinas de las elegantes tiendas. Había de toda clase: aquellas que se especializaban en costosos vestidos de noche, aquellas que vendían sombreros, bolsos o zapatos. Cada vez que recogía sus vestidos o calzado previamente encargado, Eliza descargaba sobre Candy los grandes paquetes en los que estaban guardados para que los cargara. Eran tantos que ni siquiera podía ver en dónde ponía los pies.

-Oye, Neal, ¿Según tú a Anthony le gustará ese vestido con velos rosados?

-Anthony, Anthony... Ya basta con Anthony- explotó con impaciencia su hermano, frunciendo el ceño.

A Eliza en realidad le debe gustar mucho ese Anthony. No creí que una persona tan malvada también pudiera enamorarse de alguien...

En el instante en que sonrió, la pila de cajas que tenía entre los brazos cayó estrepitosamente al suelo.

-¿Pero qué diablos haces? ¡Buena para nada! –gritó Eliza, regresando repentinamente a su habitual voz chillona.

-Bueno, resígnate, porque ésta es tu obligación, ¡Huérfana bastarda! Tú eres nuestra sirvienta, y mamá también ha dicho que podemos hacer contigo lo que queramos- rebatió Neal, torciendo la boca y metiendo las manos en los bolsillos.

-Entiendo, entiendo... pero en verdad quisiera que de una buena vez dejaran de llamarme

“huérfana bastarda”. Tengo un nombre ¿Saben? ¡Me llamo Candice White!

-¿Cómo? ¿Un nombre tan cándido para alguien como tú? ¡En verdad no tiene ningún sentido!

-Cuando me encontraron, decidieron darme ese apellido porque en ese entonces mi piel era muy blanca, respondió Candy regresó, tratando de recoger todos los objetos que había botado.

-¿Cuándo te...encontraron? Dios mío, qué horror...- comentó Eliza, retorciéndose ostentadamente.

-No veo algo de lo que haya que presumir tanto, ¿Sabes? Es más, mira lo fea que eres con... ¡Con esa cara con lunares que tienes!

-¡Oh, Neal, a veces que cosas tan bonitas dices! Te refieres a mis pecas, ¿Verdad? ¡Me gusta que tú las llames lunares! En el Hogar de Pony siempre me tomaban el pelo,

¡Diciendo que eran las sobras que deje después de almorzar!

Sin duda era más agradable pensar que tenía una cara con lunares, en lugar de una manchada con comida. Molestos, los dos hermanos observaron a una muy satisfecha Candy. Pero de repente se hicieron un guiño.

-Ah, lo olvidaba... También habíamos encargados unos libros. Ve a recogerlos tú. Incluso puedes dejar aquí las compras ya que Stewart pronto terminará los mandados de mamá y vendrá a recogernos. Corre a la librería y recoge Elegancia y El sueño de la muñeca francesa. Bastará que digas que estás al servicio de la familia Lagan.

-¡Voy!

Candy colocó todo en el suelo y se dirigió a la tienda que le había indicado. Sin embargo, una vez ahí, le dijeron con vergüenza que nunca habían recibido tales encargos. El mal presentimiento que había advertido de pronto

se convirtió en realidad. Regresó a toda prisa sobre sus pasos y, cuando llegó a inmediaciones de la calle, suspiró: -¡Justo como pensaba!

Eliza ya no estaba y, lo que era más grave, tampoco estaba más el auto de los Lagan.

*¡Debería haberlo anticipado! ¡Desde el principio planearon dejarme aquí!
¡Por eso es que querían que los acompañara a la ciudad!*

Seguramente el señor Stewart, involucrado en contra de su voluntad, debió haberse sentido realmente en apuros.

-En verdad hoy es un día para una estrellita negra- murmuró desilusionada.

-¿Qué sería una estrellita negra?- Preguntó una alegre voz. Justo en ese instante un auto se detuvo a su lado. Un muchacho sonriente y animado que llevaba en la cabeza una gorra de cazador la observaba desde la ventana. Las gafas que llevaba intensificaban aún más la expresión amable de su rostro. Sorprendida por ese comportamiento amistoso, Candy se preguntó si ya lo había conocido en alguna parte.

-La última vez le fuiste de gran ayuda a Archie- continuó el muchacho ensanchando aún más la sonrisa.

-¿Cómo? ¿Entonces aquel día eras tú el del auto?

-¡Así es! ¿Qué haces hoy en la ciudad?

-Bueno verás... Fui a la librería para encargarme de unos mandados de parte de la familia Lagan, pero mientras estaba ahí el auto se ha marchado.

-Te han dejado aquí, ¿Eh? Es terrible, te llevará más de dos horas para regresar a pie a casa. Vamos, súbete, ¡Te daré un aventón!

-¿En serio? ¡Te agradezco!

Aliviada, Candy sonrió y se acomodó ágilmente en el asiento al lado del conductor. Con un ruido similar al estallido de un millar de globos, el vehículo se puso finalmente en movimiento.

-Se toma un poco de tiempo antes de empezar a moverse. Lo he construido yo, ¿Sabes?

-¿Lo has construido tú? ¿El auto? ¡Es grandioso!

-¿Verdad que si?

El muchacho sacó el pecho. Probablemente la expresión de sorpresa de Candy lo había hecho muy feliz. Ella, ahora más a gusto, se echó a reír. Ese muchacho le había causado una excelente impresión, y no podía creer que apenas acababa de conocerlo. Le parecía más bien que se trataba de un viejo amigo.

-En qué estábamos... ¿Qué sería la estrellita negra de la que hablabas hace un rato? –

preguntó el joven una vez que el auto había cobrado velocidad y se encontraba más relajado.

-Verás, es un símbolo...

-¿Para qué?

Animada por el chico con gafas, Candy se sintió con libertad para hablar.

-Para las bromas pesadas que me hacen ciertas personas. Todos los días pongo una marca en el calendario. Cuando no me hacen nada, no pongo nada... ¡Aunque esto prácticamente nunca sucede! Cuando las cosas no van tan mal, pongo una estrellita blanca, mientras que en los días un poco más difíciles dibujo una estrella mitad blanca y mitad negra. Pero cuando me hacen algo verdaderamente grave...

-... le toca a la estrellita negra- concluyó alegremente el muchacho, y luego añadió- En efecto, Eliza es una chica aterradora como pocas.

-¿Qué? ¿Tú también la conoces?

-¿Qué si la conozco? Por desgracia, somos primos.

-Así que tú también eres parte de la familia Ardlay...

-Así es. Aunque de hecho mi apellido es Cornwell. Soy Alistair Cornwell, pero todos me llaman Stair.

-Yo soy Candy. Candice White.

-¡Qué nombre tan dulce! –Comentó con un silbido el muchacho.

-Bueno el tuyo en cambio parece el de un filósofo.

-¿En serio? ¡Qué tristeza! Bueno, ahora agárrate fuerte porque el camino está lleno de baches y vamos a movernos bastante. Es el que rodea el lago, sin embargo, es un atajo y si todo va bien, ¡Llegaremos antes que Eliza!

-¿Hablas en enserio? ¡Sería maravilloso!- dijo Candy aplaudiendo, emocionada con la idea de ver la cara de asombro de Eliza y Neal, sorprendidos por verla ya en casa antes que ellos.

El auto avanzaba como un borracho balanceándose en todas direcciones por lo que era imposible admirar el paisaje. Poco a poco empezó a perder velocidad, y luego una alarmante explosión dio inicio a un fuerte temblor.

-¡Aquí vamos de nuevo! ¡Se ha zafado el timón!

-¿Qué?

-Una vez más, directamente al lago...

Alistair no tuvo tiempo para terminar su tranquila premonición ya que el auto realmente fue a parar al agua, salpicando por todas partes y llevándose consigo a sus pasajeros. Sin embargo, Candy también era muy buena nadadora y avanzando como perrito, llegó a la orilla antes que su nuevo amigo. Completamente empapados, salieron a la ribera.

-De nuevo un fracaso. Pobre de mí.

Contagiada por la sonrisa de Alistair, casi divertido por su propio desastre, Candy también comenzó a reírse.

-Vamos, ¡No te rías! Mira que aunque no lo parezca estoy muy apenado- dijo el muchacho, exprimiendo alegremente el gorro y secándose las gafas.

-El auto lo voy a sacar después. Pero tú, Candy, ¿Cómo piensas regresar a casa?

-Con estas dos poderosas ruedas, por supuesto- dijo Candy exprimiéndose la falda y dándose un ligero golpecito sobre sus piernas mojadas. –Después de todo, ese era el plan inicial, así que no debes preocuparte.

Sí, pero estás toda mojada...- objetó Alistair serio, sintiéndose responsable.

-No te preocupes, Alistair- le aseguró Candy alegremente.

-Llámame Stair... Será una larga caminata. De hecho, existe un buen modo para llegar a casa, pero no creo que una chica como tú pueda hacerlo- dijo mirando al bosque.

-¿Qué quieres decir?

Después de pasar el bosque, está la villa de los Lagan. El camino más fácil es cruzarlo de árbol en árbol.

-Oh, ¡Me preguntaba si sería algo más difícil!

-Pero mira que...

-¡Te aseguro que soy muy buena trepando árboles!

-No solo tienes que subirte, tienes que lanzarte de rama en rama como Tarzán y...

-Exactamente. Es pan comido. ¡Anda, vamos!

Candy se sentía llena de vida. Después de haber examinado los árboles, trepó uno de ellos.

-¡Nada mal!- Murmuró admirado Alistair, emitiendo un alegre silbido.

-¿Has visto? ¡Anda, Alistair, date prisa!

-Sí, pero llámame Stair.

Habiendo localizado el árbol adecuado, el muchacho también trepó ágilmente, avanzando de rama en rama. Candy lo siguió, escogiendo de vez en cuando su objetivo y saltando de árbol en árbol.

Le parecía estar en vuelta en los días de su infancia transcurrida en el Hogar de Pony.

Solo Annie y los otros niños sabían que practicaba aquel peligroso juego. Su amiga siempre la observaba desde abajo con preocupación y al borde de las lágrimas.

Poco después, por encima de la vegetación comenzó a sobresalir la casa de los Lagan. El bosque de hecho daba al jardín trasero.

Candy rápidamente descendió del árbol y dijo volviéndose hacia arriba: - ¡Gracias, Stair!

-¡Hasta la próxima, Candy! ¡Ahora entiendo por qué Archie te llama pequeña gatita!

Stair le dirigió una dulce mirada, sonrió y se despidió quitándose el gorro. Por su parte, Candy se rió y se encogió de hombros. Desde arriba había visto a la distancia llegar el auto de Eliza. Se preguntaba cuánto se sorprenderían o decepcionarían al ver que ya estaba ahí.

A la mañana siguiente Eliza estaba empeñada en admirarse frente a un gran espejo. La habitación estaba llena de ropa y sombreros.

-¿Este o aquel? ¿Cuál será mejor para la ocasión?

-Creo que te queda mejor ese de color limón.

-¿Acaso te lo pregunté? –dijo Eliza después de haberle lanzado una fulminante mirada a Candy. Luego señaló con la barbilla la decena de zapatos dispuestos en la alfombra. –

Tengo intención de ponérmelos para la fiesta de esta noche, ¡Así que apresúrate a lustrarlos!

-¿Te pondrás diez pares al mismo tiempo?

-Es por eso que odio a las chicas de bajo estrato social... no he decidido todavía, ¿Cierto?

¡Y por esa razón es que tienes que lustrarlos todos! –Exclamó bruscamente, y luego se volvió hacia el espejo,- Estoy muy indecisa, le pediré consejo a mamá. Recogiendo algunos vestidos, Eliza salió de la habitación.

Cuando se quedó sola, Candy observo los numerosos vestidos dejados sobre el sofá.

Todos eran magníficos, tal como los que usaban las princesas de los cuentos de hadas, estaban decorados con encajes, cintas y vuelos, tan hermosos que quitaban el aliento.

Candy no pudo contener y extendió la mano hacía un vestido verde claro. Era la prenda más suave que jamás hubiera tocado. Se lo llevó al pecho y, girándose hacia el espejo, observó su propia imagen reflejada.

Parezco una reina...

La "reina" del espejo le devolvió la sonrisa.

-¡¿Qué estás haciendo?!

Tomada por sorpresa por la voz de Eliza, muy severa, Candy se apresuró a colocar la prenda sobre el sofá.

-¿Crear que puedes tocarlo sin permiso? ¡Ay de ti si lo has ensuciado!

-Perdóname... De todas formas tengo las manos limpias.

Eliza ni siquiera dignó a darle una mirada a las palmas de las manos que Candy le mostró y simplemente examinó el vestido.

-¡Nunca usarás algo así en toda tu vida! ¡Ni siquiera te sentaría bien!

En cambio, a mí me parecía que sí...

Candy recordó su imagen en el espejo. Estaba bastante segura de que el vestido verde le quedaba muy bien.

-Bueno, voy a lustrarte los zapatos- dijo alegremente recogiendo el calzado.

Fastidiada, Eliza la observó salir de la habitación pero de repente en sus ojos ardió una luz cruel.

-Esta sí que es una buena idea... Esta vez sin duda se pondrá a llorar-, dijo para sí.-¡Neal!

Y se dirigió corriendo hacia la habitación de su hermano.

Por la tarde, llegó el momento para que los Lagan se dirigieran a la recepción. Candy estaba en la habitación de Eliza para poner de nuevo en su lugar los vestidos esparcidos alrededor, cuando la puerta repentinamente se abrió de par en par. Los dos hermanos vestidos elegantemente entraron al dormitorio y, levantando la barbilla con altivez, Eliza dijo: -¡Date prisa, tú también debes venir!

-¿Cómo? ¿Yo? ¿Vestida así?

-Sí, ¡Estás bien incluso con esa pijama! Vamos, te llevaremos con nosotros. Ahora también los ojos de Neal brillaron con crueldad. Candy entendió de inmediato como estaba la cosa.

Querían ponerla en vergüenza. Su vestido descolorido quizá no era apropiado para una fiesta, pero había sido cosido con gran pericia y amor por la Hermana Lane, utilizando pedazos de otros vestidos. No tenía nada de qué avergonzarse.

- ¡Gracias! Si puedo ir con mi pijama ¡Estaré muy feliz de acompañarlos! – sonrió Candy con alegría. Le parecía un sueño poder asistir a la fiesta de los Ardlay.

-Increíble... ¡Qué descarada!

-Ya verás que una vez llegue, se avergonzará de estar vestida como una pobre diabla.

Candy decidió ignorar la conversación de los dos hermanos en el interior del auto. Lo que ellos definían con desprecio “pijama”, era un vestido sencillo pero decente y limpio. Era solamente que carecía de adornos debido al uso prolongado. Lo que importaba era poder ir a la casa de los Ardlay, y su corazón retumbaba al pensar la suerte que había tenido.

El escudo con el águila estaba ligado a si Príncipe de la Colina... Y además era la primera vez que asistía a un evento similar. Si la familia Ardlay podía infundir temor incluso a los Lagan, ¿En qué villa tan increíble podrían vivir?

Seguramente será una gran recepción, y me preguntó qué banquete nos servirán...

El auto rodeó el lago para luego seguir un camino angosto que pasaba por el bosque.

Centellando bajo los rayos de luz que se filtraban entre las ramas, el viento llevaba la fragancia de las rosas, y Candy apenas advirtió que su corazón empezó a latir tan fuerte que casi le dolía. El perfume se hizo cada vez más intenso, y más allá del verde bosque apareció una pequeña área roja incandescente.

El Portal de las Rosas... ¡Está abierto!

Contuvo el aliento, con el rostro iluminado por la alegría.

El auto cruzó la entrada. Después de pasar el camino rodeado de flores, se encontraron en un gran jardín en cuyo centro se exhibía una hermosa fuente representando a una diosa que sostenía en la mano a una tortuga. En ambos lados, colocadas de manera simétrica, había muchas otras esculturas. Más allá del jardín se destacaba una construcción de piedra parecida a un palacio. La edificación, con sus numerosos pináculos, infundía cierta imponencia.

Estupefacta, Candy observó aquella auténtica y peculiar mansión a la que cada vez se iba acercando más. No había visto nada parecido, pero las sorpresas no habían terminado. En la entrada, junto a algunos músicos, de hecho había tres jóvenes vestidos con el traje tradicional escocés.

Al verla descender el auto, los muchachos asumieron una expresión de sorpresa, pero en un instante en sus rostros se formó una gran sonrisa.

-¡Hola, Candy! –dijo Alistair, o como prefería él, Stair.

-¡Mira quién se deja volver a ver, la pequeña gatita! – la saludó el elegante Archibald.

Y entonces estaba él

-¡Finalmente te veo sonreír por voluntad propia!

Ese muchacho que le sonreía era el joven que conoció en el Portal de las Rosas.

-¡Oh, Anthony, cuánto tiempo!- intervino soñadoramente Eliza, revelando el nombre del misterioso muchacho.

Capítulo 9

¿Tal vez era un sueño? Rodeada por tres muchachos, Candy por un momento se quedó aturdida. Aquello que vestían era un kilt, el traje tradicional de Escocia que también llevaba puesto aquel día hace tantos años, el Príncipe de la Colina.

-Pero cómo, Candy, ¿También ya conoces a Anthony?- preguntaron en voz baja los otros dos.

La muchacha se limitó a asentir y se sonrojó nada más encontrar la mirada sonriente del muchacho.

Así que él es Anthony...

Eliza no hacía otra cosa que repetir ese nombre, y Candy muchas veces se había preguntado a quién pertenecía, pero nunca habría imaginado la verdad.

-Por favor, podrían seguirme al salón. La señora Elroy les espera- anunció un elegante mayordomo, digno de una casa real, que apareció para guiar a los invitados.

-Anthony, no sabes cuan feliz estoy por volver a verte...-Con voz melosa, Eliza se detuvo frente al muchacho que se disponía, en cambio, a dirigirle la palabra a Candy.

Rápidamente se lo llevó consigo, pero no perdió la oportunidad para pisarle el pie a su rival.

El salón decorado en mármol realmente parecía ser parte de un palacio real. En varios lugares habían sido colocados floreros rebosantes de flores, y frente a la amplia terraza habían colocado de manera artística, pasteles y postres de toda clase. El aire era casi sofocante debido a los perfumes de los invitados elegantemente vestidos para la fiesta. Si Stair no la hubiese empujado suavemente, seguramente Candy no habría podido cruzar el umbral.

En el centro del salón, sobre una silla de terciopelo puesta en alto, vio a una robusta y anciana señora sentada de manera solemne. Aquella que parecía una emperatriz, era la famosa tía abuela Elroy y, uno tras otro, los invitados se presentaban ante ella, inclinando profundamente la cabeza en señal de saludo.

-Anthony, ¿En dónde conociste a esta chica? –preguntó Stair con un ligero empujoncito, no pudiendo resistir la curiosidad.

-Sucedió en el bosque...

-Es muy buena trepando árboles, ¿Sabes?

-Sin embargo también es un as lanzando el lazo- añadió por otra parte Archie. Anthony se limitó a reír.

Trepar árboles, lanzar el lazo... Cuando yo la conocí, en cambio, estaba llorando...

El muchacho observó disimuladamente a Candy, entretenida en admirar con ojos brillantes la suntuosa lámpara que colgaba del techo.

El día que se habían conocido, Anthony estaba saltando el portal para regresar a la villa.

En breve llegaría el profesor de latín, pero él estaba demasiado preocupado por un nido de petirrojos que había descubierto en el bosque y había salido a escondidas. Los tres huevos azules de los pajaritos estaban sanos y salvos. A pesar de eso, justo en el momento en que estaba tomando impulso para cruzar la entrada, escuchó el ruido de unos pasos parecidos al aleteo de un gran pájaro, y entre los árboles había aparecido corriendo una muchacha bañada en lágrimas.

Cayó frente al portal... y lloraba como si no hubiera un mañana.

¿Cómo habría podido no dirigirle la palabra? Apenas lo había hecho, la muchacha había levantado el rostro del fango en el cual había caído.

Me miró sorprendida y luego me llamó “Príncipe”... A mí me pareció como si una pequeña ninfa hubiera aparecido en medio del bosque...

No sabía cuánto tiempo habían permanecido mirándose fijamente, pero de pronto la muchacha había dejado de llorar y le había dirigido una sonrisa. En ese momento, fue como si un rayo de luz hubiera iluminado todo. Él había entrecerrado los ojos, como cegado por la luz que parecía emitir. Esa sonrisa parecía tener la fuerza de derretir inclusive el corazón más duro. Era la primera vez que veía una sonrisa similar.

¿Quién es esta chica que puede sonreír de esta manera?

Anthony también había querido volver a verla, aunque fuera sólo una vez más, pero no le había contado a nadie lo que había sucedido, ni siquiera a Stair. Temía que si lo hubiera hecho, ese encuentro adornado de rosas habría desaparecido como si fuera un sueño. Por el contrario, aquella muchacha estaba ahora frente a sus ojos.

Se llama Candy...

No podía quitarle los ojos de encima.

El carraspeo de la tía abuela Elroy fue suficiente para silenciar todo el salón. La atmósfera se puso tensa, y todos los invitados se reunieron alrededor de la mujer que, después de otro carraspeo estratégico, empezó a hablar con solemnidad.

-Les doy la bienvenida a todos los queridos miembros de la familia Ardlay. Les comunico que Anthony, Alistair, Archibald y yo vendremos a vivir aquí. Como ya todos saben, el padre de Anthony se ha embarcado en un largo viaje por mar, y los padres de Alistair y Archibald se encuentran en Arabia por trabajo. Por esa razón el tío abuelo William ha

decidido que vivamos todos juntos. Él cree firmemente que es preferible para los chicos vivir rodeados de la naturaleza, y no en la ciudad, por lo tanto no estableceremos en esta segunda residencia, utilizada hasta ahora solamente durante el verano. Por otra parte...

Manteniendo su postura regia, la mujer continuó el discurso, hablando de cómo el tío abuelo Willian estaba contribuyendo al prestigio de la familia Ardlay. Ciertamente se trataba de un hombre con un gran poder.

Candy no podía creer que aquella edificación fuera una casa de verano. ¿Cuán espléndida podía ser la residencia principal? Debía ser algo inimaginable.

La muchacha estaba perdida en sus pensamientos, cuando de repente tuvo que contener la risa. Detrás de los invitados ubicados cerca de la terraza, de hecho vio a Stair que, utilizando una especie de pequeña caña de pescar, sin ser visto aprovechaba el espacio vacío entre las damas y los caballeros para tomar postres y comérselos a toda prisa. Tenía la boca completamente blanca y manchada de crema y sus abarrotadas mejillas le recordaron a las de una ardilla.

Candy se echó a reír.

En ese momento, todos se volvieron en su dirección.

-¿Quién ha sido? –gritó furiosa la tía abuela Elroy.

Candy palideció pero, después de pasarle el miedo, dio un paso al frente y dijo:

-He sido yo... ¡Perdóneme!

-¡Qué maleducada! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo has hecho para entrar aquí vestida de esa manera?

-Bueno..., yo trabajo para la familia Lagan, me llamo Candice White. Le ruego me perdone si he interrumpido su discurso... Discúlpeme- dijo Candy al borde de las lágrimas inclinando la cabeza.

-¿Has dicho Lagan?

La mujer abrió la boca para continuar hablando, pero inmediatamente fue interrumpida.

-Tía, ¡perdóname! He sido yo quien ha hecho reír a Candy.

Era la voz de Alistair llena de tensión.

-Alistair, ¿de nuevo tú? Siempre exageras con tus bromas. ¿Qué andas tramando esta vez?

Al ver el rostro de su nieto manchado de crema, con dos bigotes blancos alrededor de la boca, la expresión de la mujer se suavizó más.

-Pescaba postres con esto-, dijo el muchacho, señalando una especie de pequeña caña de pescar de largo ajustable.

-¿Y qué es eso, Alistair?

-¡Te agradezco por habérmelo preguntado, tía! ¡Este es el más grande descubrimiento del siglo! ¡Lo he llamado Caña Pesca Postres! ¿Quieres que te haga una demostración?

-¡Por supuesto que no! Tus inventos siempre me dejan estupefacta. Vamos, apúrate a limpiarte la cara, no estás para nada presentable en ese estado tan vergonzoso.

Incluso una mujer tan estricta como ella parecía ablandarse frente a los muchachos.

El incidente puso fin al discurso y los invitados asumieron finalmente una expresión relajada. El mayordomo invitó a todos a servirse de los postres y té mientras esperaban la cena, y los camareros llevaban los aperitivos.

-Tía, te pido perdón si uno de nuestros criados te ha importunado- dijo tensa la señora Lagan, ofreciendo temerosamente sus disculpas.- En el último minuto Eliza tuvo compasión de esta muchacha que nunca ha podido asistir de una fiesta y entonces insistió para que la trajéramos con nosotros...

-Ya veo, Sara. Eliza realmente es una muchacha de buen corazón y debe haberse conmovido por esta desamparada. Sin embargo, vestida de esa manera y con tal comportamiento, ocasionará problemas a los otros invitados. Siempre es necesario entender cuál es el lugar y momento adecuado para hacer ciertas cosas.

-En verdad estoy arrepentida... Inmediatamente la enviaré de vuelta a...

-¡Gracias por la generosidad demostrada hacia esta chica, tía! Y gracias también a ti, Eliza-, interrumpió alegremente Anthony, silenciando las palabras de la señora Lagan. Al ver la sonrisa del muchacho, incluso los labios de Eliza, que hasta ese momento se curvaban en una sonrisa disimulada, se suavizaron.

-¡Vamos disfrutemos de la fiesta!

Haciéndole un guiño, Archibald arrastró a Candy hacia la terraza.

Aunque estaba preocupada por la reacción de la señora Lagan, la muchacha por encima de todos estaba feliz porque Anthony y los otros muchachos la habían ayudado a salir del apuro. Y naturalmente, también estaba atraída por la gran mesa la cual parecía contener todos los postres del mundo.

Los músicos empezaron a tocar un concierto de gaitas.

-Has sido valiente, Candy. Nadie puede soportar la mirada amenazante de la tía abuela.

Al ver a Anthony quien justo detrás de ella le sonreía, Candy casi se sobresaltó. Le faltaba el aliento.

-Me has ayudado... Yo...

Mientras pronunciaba titubeante aquellas palabras, la música se transformó en un romántico vals y los invitados empezaron a bailar.

-Anthony bailemos- dijo Eliza. Parecía que no esperaba otra cosa.

-Oh..., está bien...-El muchacho miró a Candy de manera un tanto apenada, pero tomó educadamente la mano de Eliza.

Anthony realmente es un chico dulce.

Candy se quedó mirándolo bailar de manera soñadora, mientras le sonreía a su pareja de baile.

-Vamos, Candy, baila conmigo-, la invitó Archie con sus gestos refinados.

-¡Ah, no! ¡Candy debe bailar conmigo!- con el rostro finalmente limpio, Stair se interpuso entre los dos y sujetó hábilmente la mano de Candy.

-¡Oye, no se vale!

-Lo siento por ti, pero es por orden de edad.

-Pero yo jamás he bailado en mi vida...- objetó Candy, parpadeando con incredulidad.

Alistair la condujo hábilmente al círculo de parejas que bailaban y le aseguró: -Para bailar simplemente basta seguir moviendo los pies.

Después se puso a reír y añadió irónicamente: -¿También hoy estás de estrellita negra?

-Oh, no, este día es absolutamente de estrella blanca... Me parece irreal estar en una fiesta tan espléndida.

Era verdad. Guiada por Stair, Candy movía los pies aleatoriamente, pero sentía su corazón y su cuerpo ligeros como plumas. De repente se encontró con los ojos de Anthony y éste le dijo: -Candy, ¿Me concedes el siguiente baile?

Al escuchar aquella invitación, Eliza la fulminó con la mirada.

-Lástima, el siguiente es de Archie. A ti te tocará más tarde-, respondió tranquilamente Stair.

-Al parecer todos quieren bailar contigo.

¿Por qué la risa de Anthony le hacía latir tan fuerte el corazón? Inmersa en ese mundo flotante, incluso los penetrantes ojos de Eliza ya no tenía importancia y entre todos sobresalía con claridad, solamente la figura de Anthony en klit. En verdad se parecía mucho al Príncipe de la Colina.

No, no es cierto... Si lo observo con detenimiento, se nota enseguida que, aunque se parecen, son completamente diferentes...

Después del baile con Archie, los músicos tomaron una pequeña pausa. Con los ojos ardiéndole de rabia, Eliza se le acercó y la arrastró detrás de una cortina.

-¡Ahora tú, escúchame bien! ¡Si bailas con Anthony no te librarás de ésta! – la intimidó mostrando los puños. Parecía estar dispuesta a golpearla de un momento a otro. -¡Mamá y papá están furiosos por tu culpa!

-Yo... aceptaré si me invita.

Respondió Candy con sinceridad y los ojos de Eliza se abrieron de par en par. Quería bailar con Anthony y no le importaba lo que podrían hacer Eliza o su madre. Había logrado encontrar a Anthony, el muchacho que le había

dicho aquellas dulces palabras en el Portal de las Rosas. Y en aquel momento, cuando lo confundió con el Príncipe de la Colina, le había infundado mucho valor.

La música se reanudó, y cuando Anthony le pidió bailar, ella no vaciló ni por un instante.

La encantadora fiesta concluyó, pero Candy, aunque ya estaba de vuelta en su estrecha habitación en casa de los Lagan, todavía se sentía como en un sueño. Los sirvientes no habían vuelto todavía, ocupados con los preparativos para la cena y ni siquiera estaban Eliza y la familia. Candy se abandonó con toda tranquilidad en sus pensamientos. Había bailado con Anthony, el muchacho que conoció en el Portal de las Rosas. Ese rostro sonriente, radiante como el sol, había estado a pocos centímetros del suyo. Sus manos se habían tocado delicadamente. Su cuerpo se había hecho ligero y casi le había parecido estar de regreso en el Hogar de Pony. El rostro del Príncipe con la gaita se superpuso a la sonrisa de Anthony.

“has sido valiente, Candy”

Al recordar la frase susurrada por su dulce voz, la muchacha se ruborizó.

¿De verdad no ha sido solo un sueño?

Suspirando, tomó su broche e hizo sonar la campanilla de plata. Luego empezó a bailar sola.

-Príncipe, el chico que se parece tanto a ti, se llama Anthony.

El tintineo de la campanilla parecía cantar, acompañando los giros de Candy.

-Los tres vestían un kilt... Escuché decir que ese es su traje de gala, ya que los antepasados de los Ardlay provienen de Escocia pero, ¿Qué tendrá que ver con ellos el Príncipe de la Colina?

Mientras estaba concentrada en sus pensamientos en voz alta y en bailar, repentinamente Candy escuchó abrirse la puerta con violencia. Cuando se volvió sorprendida, se encontró frente a la señora Lagan. No sabía cuándo había regresado, pero tenía una expresión irritada y todavía llevaba puesta la

esclavina de gala. Con toda probabilidad se había dirigido directamente hacia su habitación.

-¡Lleven inmediatamente las cosas de esta muchacha al establo de Neal y Eliza!-ordenó a los sirvientes que la habían seguido.

-Mis cosas... ¿Al establo?- Candy miró asombrada a la mujer. Hasta hace un momento antes le había parecido vivir en un sueño, pero en un instante aquella sensación estaba desapareciendo.

-¡Y agradece que no te eche de la casa! ¡Hoy has traído la vergüenza a la casa de los Lagan! ¿Así es como agradeces la bondad de Neal y Eliza? ¡Eres una muchacha horrible!

¡No permito que alguien como tú viva en la misma casa donde viven mis hijos! ¡De ahora en adelante estarás a nuestro servicio y vivirás en el establo!

La señora Lagan habló todo en un solo aliento y con tono histérico.

-Ahora tendrás que ocuparte de los caballos- concluyó Eliza detrás de su madre. Tenía los brazos cruzados y su rostro mostraba una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 10

Justo cerca de su oreja resonó un extraño ruido. Candy metió la cabeza debajo de las frazadas.

Por favor, deja de hacer esos ruidos, tengo sueño.

-¡Te he dicho que pares! No puedo dormir...

Levantándose repentinamente, la muchacha se encontró frente a una pareja de caballos y tuvo que contener un grito.

-Lo olvidaba... Anoche tuve que trasladarme al establo.

Recordó cómo, el día anterior, su corazón rebosante de alegría por la espléndida fiesta había estallado, como si fuera un globo, en un instante.

Candy sacudió la cabeza y dijo: -

La Hermana Lane siempre lo decía: “Cada vez que piensas en algo malo y te sientes triste, tu corazón se hace más pequeño”.

César relinchó sacudiendo orgullosamente el cuello, como para darle la razón. La muchacha sonrió. Qué ojos tan tiernos tenían los caballos...

El del reluciente pelaje negro de nombre César pertenecía a Neal, mientras la blanca Cleopatra era de Eliza. Según le habían dicho, se trataba de dos pura sangre. Sin embargo, los dos hermanos habían manifestado cierto interés por la equitación solo en la fase inicial y parecían no albergar el menor afecto o admiración por sus animales.

Los caballos permanecían ahí, moviendo la cabeza y mostrando sus grandes dientes.

-Tienen hambre, ¿Verdad? Perdónenme, enseguida les preparo el desayuno. ¡En verdad son muy madrugadores! –bostezó Candy y luego se dio la vuelta para vestirse rápidamente.

Es necesario respetar las buenas costumbres incluso en presencia de los caballos.

Era una estructura oscura, llena de paja y heno húmedos. En el interior se sentía el típico olor de los establos pero a Candy no le importaba en absoluto.

-¿Saben? En el Hogar de Pony me hacía cargo de las gallinas y en la zona también había ranchos, así que ya he tenido amigos parecidos a ustedes-, contó Candy. Después pasó a las presentaciones oficiales:- César, Cleopatra, es un gran placer conocerles. Yo me llamo Candice White, pero pueden llamarme Candy.

Por toda respuesta los caballos abrieron al mismo tiempo el hocico en una especie de sonrisa. Después de haberlos saludado con un ligero golpecito en la nariz, la muchacha comenzó a dedicarse a la limpieza.

-Ya verán, convertiré este establo en un resplandeciente palacio.

Cada vez que hablaba, los dos animales resoplaban como para responderle. Era maravilloso poder hablar con alguien. Una vez terminó con la limpieza, sacó la cubeta que ahora estaba completamente llena. El jardinero Whitman siempre comenzaba su trabajo muy temprano por la mañana.

Recuerdo que la Señorita Pony lo usaba como abono. Quizás también el señor Whitman estará contento de tener un poco. ¡Realmente soy muy afortunada de tener que ir por los alrededores para llevar un bien tan valioso! La-la, la-la.

Tarareando para sí, Candy le dirigió al hombre con un sombrero de paja medio oculto entre las abundantes y coloridas flores de alcea, un ademán en señal de saludo.

-¡Señor Whitman! Le he traído un poco de abon... -se puso rígida, enrojeciéndosele el rostro.

-¡Buenos días, Candy!- dijo Anthony asomándose entre las altas alceas anaranjadas.

-Oh...Anthony...buenos días...

-Ah, ¿has sido tan amable de traerme el estiércol de los caballos? Te lo agradezco, Candy-intervino el jardinero. El hombre, con la barba y el cabello completamente blancos, se levantó para tomar la cubeta y luego, ensombreciéndosele el rostro dijo: Esta mañana Mary me ha contado todo. ¿Así que te han instalado en el establo? Todos estamos de acuerdo en que es una injusticia... Lamentablemente yo no puedo hacer mucho, pero si quieres hablar, sabes dónde encontrarme. Me dirás cuando haya algo que necesites,

¿Cierto?

-Gracias, señor Whitman...-dijo Candy dirigiéndole una gran sonrisa, tratando de no conmovirse.

Detrás de él, Anthony tenía la cabeza inclinada y miraba hacia otra parte, pero parecía que estaba tratando de contener la rabia.

-A propósito, señorito, ¿Quería saber algo más sobre las plagas?- preguntó el jardinero, volviéndose hacia Anthony.

.No, he entendido todo... Gracias, señor Whitman- se apresuró a responder el joven.

Cuando el jardinero se marchó para ocuparse de otras flores, Anthony se paró frente a Candy y, con una mirada muy seria, preguntó: -Candy, ¿Qué significa eso de que... te han instalado en el establo?

-Oh, nada importante. Prácticamente el establo se ha convertido en mi habitación.

-¿Cómo puedes decir que no es nada importante?- exclamó el muchacho, enojado por la indignación y frunciendo el ceño.

Candy mostró enseguida una hermosa sonrisa y dijo: -¡Para mí es mejor así, Anthony!

Me siento mucho más cómoda, ¡En serio!

Había hablado demasiado rápido y el muchacho se quedó observándola en silencio mientras ella se esforzaba por parecer feliz. No era posible que prefiriera vivir en el establo. Anthony recordó que cuando la conoció estaba llorando. Aquella sonrisa hacía que le doliera el corazón.

Candy trató de llevar la conversación hacia otro tema: -Mejor dime, ¿Conoces bien al señor Whitman?

-¿Cómo? Ah, sí, me enseña muchas cosas sobre el cultivo de las rosas, por ejemplo, el método para crear híbridos-, respondió el muchacho cambiando de actitud. Si Candy no quería hablar más de su situación, definitivamente no la forzaría.

-¿El cultivo de las rosas? Te gusta mucho, ¿Verdad?

-Sí. Tienen un aspecto dulce y noble.

Exactamente como tú, Anthony....

Candy se contuvo de expresar su pensamiento. Por lo general siempre decía todo lo que se le pasaba por la mente, pero cuando estaba en compañía del muchacho, por alguna extraña razón, siempre se sentía demasiado emocionada. Habría querido quedarse todavía ahí para hablar con él, pero la mañana estaba llena de tareas por hacer.

Anthony se despidió para ir a ocuparse de sus flores, ubicadas en un área interna del inmenso jardín de rosas de los Ardlay y Candy regresó saltando al establo.

No puedo creer que lo haya vuelto a ver tan pronto... Quizás he sido realmente afortunada que me hayan trasladado al establo... Habría querido hablarle un poco más...

¡Pero claro! Cuando tenga un poco de tiempo libre, ¡Trataré de volver al Portal de las Rosas!

Candy esperaba de ese modo nuevamente poderlo encontrar. Una vez que tomó la decisión, se sintió llena de energía y comenzó a buen ritmo a lavar las servilletas y a limpiar las ventanas. Cuando acabó las tareas, se fue corriendo al Portal de las Rosas, antes de que Eliza y los demás pudieran descubrirla. Sorprendidos por su paso veloz, los pajaritos del bosque gorjeaban ruidosamente desde la copa de los árboles.

La entrada estaba cerrada. Aferrándose a las puertas de hierro sobre las cuales se entrelazaban las flores escarlata, Candy miró hacia el interior. Trató de pronunciar

suavemente el nombre de Anthony. ¿Pero quién hubiera podido responder alguna vez aquel llamado tan débil?

-¡Anthony!

En un segundo intento, casi como queriendo burlarse de ella, los pétalos de una rosa cayeron al suelo.

Candy decidió olvidarse de ello y, contrariamente a cómo había hecho de ida, de regreso se desplazó lentamente por el camino. Estaba sorprendida de su propio comportamiento.

¿Por qué tenía tanta necesidad de volver a ver a ese muchacho? ¿Tal vez porque se parecía al Príncipe de la Colina? No, cuando estaba con Anthony, Candy sentía algo que nunca había experimentado antes. Era casi como encontrarse en una suave nube, envuelta en el perfume de las rosas.

Candy desilusionada regresó al establo, Candy se detuvo en seco.

-¡Anthony!

Ahí frente a ella se encontraba precisamente el muchacho que estaba buscando. Tenía en la mano una maceta que contenía una plantita de rosas con capullos de un tono rosa claro.

-Candy... Te estaba esperando- le dijo tímidamente, bajando la mirada.

-Yo...

Candy también apartó la mirada. Su corazón estaba a merced de las emociones: había corrido hasta el Portal de las Rosas para poder encontrarlo, pero mientras tanto, él también había venido a buscarla y se había quedado esperando su regreso...

-¿Quieres sentarte? Más bien, no, mejor quedémonos afuera. Después de todo un establo no es muy apropiado para ti, Anthony.

-No es cierto.

El joven de manera decidida entró primero, aunque tuvo que contener la respiración por un momento. Vio la cama de madera ubicada en una esquina del pequeño establo, la paja bien amontonada por un lado y algunas flores colocadas en el interior del comedero. El ambiente parecía agradable y casi mágico. Sin embargo...

La están tratando exactamente igual que lo hacen con los caballos...

-Anthony, te pido disculpas, no es una habitación muy hermosa. Pero aun así tiene su estilo, ¿no crees? Hay gente que en las paredes tienen pinturas de caballos, yo en cambio

¡Los tengo de verdad! No todo el mundo tiene esta clase de magníficos animales en su propio dormitorio, ¿no?

Anthony observó a la muchacha mientras le describía, sin vergüenza, su nuevo hogar.

¿Qué era esa sensación que crecía en su interior? Era la primera vez que le pasaba algo similar.

No importa en dónde viva, siempre es la misma. Nunca se queja, y siempre ve el lado bueno de cada cosa...Nunca había conocido a alguien como ella.

-Lo olvidaba, te he traído un regalo- dijo.

-¿Cómo? ¿Para mí?- Los ojos de Candy se iluminaron.

-Aquí está.

-Unas rosas tan hermosas... ¿Para mí?- Con el corazón latiéndole con fuerza, Candy tomó la maceta que contenía las flores rosa pálido. Uno de los capullos tímidamente se estaba preparando para abrirse.

-Estas rosas son el resultado de un híbrido del que me he ocupado yo mismo. Fallé muchas veces, pero finalmente...

-¿Y quieres darme a mí algo tan valioso? -preguntó Candy conmovida.

-Sabes, ha pasado un tiempo desde que pensé en cómo llamaría ésta nueva rosa, pero finalmente he encontrado el nombre adecuado-, dijo en voz baja Anthony, acariciando la nariz de César.

-¿Y cómo las has llamado, Anthony?

-Dulce Candy...- mururó. Luego se volvió a mirarla, avergonzado.

Dulce Candy...

En ese momento, fue como si en el corazón de Candy se hubiera abierto un capullo escarlata.

Los dos se quedaron mirando fijamente en silencio, perdidos en la brillante mirada del otro.

Capítulo 11

Cada vez más próximos a florecer, los capullos de la Dulce Candy estiraban sus tallos hacia el solo de la mañana. Cada día, apenas se despertaba, Candy saludaba al regalo que Anthony le había dado, y ese pequeño ritual era suficiente para darle la sensación de que le esperaba un día maravilloso.

Los días pasaban plazeramente desde que se había instalado en su nueva habitación.

Inteligentes y cariños, los caballos inmediatamente se habían encariñado con ella, pero de lo que estaba muy agradecida era de que Neal y Eliza aborrecían el establo al punto que evitaban acercarse. Cuando vivía en el ala norte de la villa, a menudo encontraba en su cama serpientes o ranas, escondidas ahí a hurtadillas por Neal, pero ahora ya no ocurrirían más incidentes similares.

También disfrutaba mucho las labores domésticas que le habían asignado. El señor Stewart, Mary, el jardinero Whitman y el cocinero Doug, todos eran muy atentos con ella, y le enseñaban con amabilidad todo lo que sabían. Por lo tanto, Candy había aprendido como estaba constituido el interior de un automóvil, como se horneaba el pan, y las características de las plantas. El único punto negativo eran precisamente Neal y Eliza.

-¿Qué será eso que la hace tan feliz? Vive en un establo, ¿Te das cuenta?

-¡Debe tener un cerebro similar al de una mona!

Los dos muchachos, escondidos detrás de las ventanas de la segunda planta, la observaban irritados mientras partía la leña. Cada vez que tenía éxito en su empresa, Candy se hacía ella sola la señal de victoria.

-¡Qué chica más estúpida!

Los gruñidos de Eliza se hicieron más desdeñosos.

-¡Un día de estos le daremos una buena lección!

-¡Tienes razón, y entonces verás cómo llorará! ¡Tendrá que implorar nuestro perdón!

Neal escupió en dirección de Candy, pero sin alcanzarla.

El motivo de la felicidad de la enemiga de ambos era la rosa Dulce Candy. Cada vez que recordaba la sonrisa avergonzada de Anthony, le parecía que su corazón se llenaba de dulces pétalos de rosa.

Ese día, mientras cepillaba a Cleopatra, de repente una flecha voló por el establo y acertó en pleno en una columna. El reluciente dardo plateado llevaba atada una cinta roja.

-Santo cielo, que susto... ¡Aunque que linda flecha!

Riendo, la muchacha la sacó. Había una sola persona que podía haberla fabricado.

-Realmente sigo encantado con mi habilidad, nunca fallo un tiro-, dijo una alegre voz.

Como había imaginado, apareció Stair. A su lado estaba Archie, quien llevaba puesto un sombrero verde de ala ancha.

-¡Sabía que eras tú, Stair! ¿Pero de qué está hecha ésta flecha?

-Se puede comer, ¿Sabes? –dijo orgulloso el muchacho, inflando el pecho.

-Es de chocolate. Atraviesa el corazón y es comestible, ¿No te parece una idea genial? Es un regalo para ti.

-¡Que maravilloso!- exclamó Candy con alegría. Acercando la nariz a la flecha, sintió el aroma a cacao de primera calidad.

-¿Y Anthony?- preguntó, no pudiendo contener la curiosidad.

-¡Es secreto! Está castigado por haber salido a escondidas la última vez-,
reveló Archie.

El muchacho había descubierto la Dulce Candy, ahora casi abierta, y la
estaba oliendo con indiferencia, pero un instante después...- ¡Espera! ¿Pero
qué diablos estás haciendo?

Archie se apresuró a recuperar su sombrero verde, que César le había
mordido estirando el cuello.

-¡Oh, no! ¡Mi sombrero francés está todo aplastado!

-¡Lo siento, Archie! César debe haberlo confundido con una gran col- se
disculpó Candy tratando de no reírse, acompañada de un relincho
quejumbroso del animal.

-Pero por qué... ¿En verdad te parece una col?- objetó suspirando Archie,
con una mirada divertida.

-Así que, aunque ya no tengas tu costoso sombrero, de todas maneras estás
contento,

¿Verdad? ¿Verdad?- lo molestó Stair en tono burlón.

-¿Qué sucede? ¿Te ha pasado algo bueno, Archie?

-Oh, sí. Mañana en casa de los Lagan se dará una fiesta en el jardín. Imagino
que tú ya estás al tanto, Candy.

-¡Claro que sí! De hecho me han ordenado que prepare bien a César y a
Cleopatra, a manera de que los invitados puedan admirarlos.

En esos días toda la villa estaba en conmoción, preparándose para el
inminente evento.

-Nosotros también estamos entre los invitados, y debes saber que vendrá una
señorita muy encantadora que...

-¡Cállate, Stair!

Eludiendo el intento de su hermano de callarlo con la mano, el muchacho continuó diciendo todo de un solo aliento: -¡No seas tímido, Archie! ¡Decía que ésta señorita está perdidamente enamorada de Archie!

-Ahora entiendo. ¿Así que es por eso has comprado ese sombrero?- preguntó Candy, sonriendo pícaramente.

Archie soltó un suspiro de manera teatral y dijo: -Por supuesto que no, lo he comprado porque me gustaba. Y además no me gustan las chicas demasiado tranquilas.

-¡Ah ah ah! Pero ella realmente parece engatusada... “Durante mi viaje, me gustaría pasar a visitarte aunque sea solo un día”... ¿No te escribió así en la carta? Estoy seguro que también ha convencido a sus padres: “Quisiera ver a Archie aunque sea solo un día”-

recitó burlescamente Stair, entre miles de halagos.

-¡Hey, te he dicho que pares con eso!

Archie le dio un ligero empujón, pero no parecía particularmente molesto por la situación y, de manera teatral y con fingida melancolía, añadió: - Sabes, Candy, es muy difícil gustarle tanto a las mujeres.

El establo se llenó de carcajadas.

Seguramente en la recepción del día siguiente también estaría presente Anthony y eso quería decir que, incluso desde la distancia, podría verlo. Sin embargo, Candy no podía dejar de preguntarse cómo sería esa muchacha tan tímida pero que estaba muy prendada de Archie.

Aunque tenga un carácter tranquilo, vendrá a visitarlo. ¡Eso sí que es verdadera pasión!

Candy alcanzaba a entender cómo se podía sentir.

El día siguiente trajo un cielo azul completamente despejado, perfecto para una recepción al aire libre. Una agradable brisa soplaba en el jardín de los Lagan, y Candy trabajaba incansablemente desde el alba para fijar el toldo y

colocar flores sobre las mesas. También tenía que hacer unas guirnaldas para César y Cleopatra y, el día anterior, el señor Whitman le había llevado unos girasoles, algunos pequeños y otros más grandes.

-Es una gran ocasión, debemos hacer que se vean hermosos. Ésta más grande es para ti, César, mientras que ésta más pequeña pero más extravagante es tuya, Cleopatra... ¡Oh, estarán maravillosos!

Los caballos, vestidos para la fiesta, sacudieron sus crines con aspecto feliz.

Del jardín provenían risas alegres. Los invitados habían llegado, dando inicio a la fiesta.

¿Anthony estará ya aquí? Me pregunto con qué expresión le va a hablar Archie a su

“damisela”.

Cuando los sirvientes asignados a servir en la recepción la fueron a llamar, Candy se dirigió hacia el jardín, sujetando fuertemente las riendas con ambas manos. Bajo el toldo, los invitados reunidos en torno a las mesas decoradas, charlaban afablemente. Candy inmediatamente divisó a Anthony.

Esa chica con el vestido de color hortensia y que tiene la mirada hacia abajo debe ser la chica que está tan prendada de Archie.

No podía verle el rostro, oculto por el cabello. Y decir que estaba al lado justamente del muchacho que tanto le gustaba.

-Bueno, me gustaría mostrarles los caballos de Neal y Eliza, son pura sangre, ¿Saben?-

anunció orgullosamente la señora Lagan.

En ese momento, la muchacha con el vestido de color hortensia levantó lentamente el rostro y Candy, por un instante, se quedó sin aliento. Sus pies se congelaron y tras ella los caballos comenzaron a patear el suelo.

¡Annie! ¡Esa es Annie!

No, no se trataba de una equivocación: a pocos pasos de ella realmente se encontraba la muchacha con la que había crecido en el Hogar de Pony. El rostro de su amiga de la infancia perdió el color. Ella también la había reconocido. Al verla con los labios temblándole y al borde de las lágrimas, Candy apartó la mirada. Recordaba bien la última carta que había recibido: Annie le había expresado firmemente su deseo de ocultarle a todos el hecho de que provenía de un orfanato. Tenía que darse prisa para empezar a caminar de nuevo. Y pasar frente a ella como si nada pasara. Con el corazón agitado, Candy miró directamente hacia el frente y comenzó a mover los pies.

No temas, Annie. No voy a decir nada... Por lo tanto... no llores...

-Annie, ¿Qué te sucede? Estás tan pálida-, preguntó Archie preocupado.

-Yo...yo... es que los caballos...- respondió Annie con voz débil.

-¡Oh, querida, lo siento! ¡Candy! ¡Llévatelos de inmediato!

Ante la apremiante orden de la señora Lagan, Candy se retiró a toda prisa, con la cabeza agachada.

-Yo adoro a los caballos, pero mi hija es una muchacha un poco temerosa... Annie, ¿Está todo bien? –preguntó con dulce voz el señor Brighton.

Annie... Siempre esperé poder volverte a ver...

Habría querido darse la vuelta y correr a abrazarla. Los hombros de Candy temblaron ligeramente.

Annie, de manera casi ausente, se quedó mirándola mientras se alejaba.

No es posible... Me he encontrado a Candy... justamente aquí...

Había decidido olvidar, había querido olvidar, y al final su mente regresaba cada vez con más frecuencia al Hogar de Pony. Cuando eran pequeñas, Candy siempre la había defendido. Annie sujetó con fuerza el pañuelo que tenía en la mano.

Si Archie supiera que fui abandonada... Si supiera que vengo de un orfanato...

El solo pensamiento le quitó el aliento. No podía suceder. Le dirigió al muchacho, quien había ido a buscarle algo para beber a una mesa cercana, una mirada cargada de sentimientos.

Archibald: un joven elegante y tan alegre que daba la impresión de resplandecer. Era divertido hablar con él y tenía muchas admiradoras. Siempre amable con todas, permanecía esquivo. Era un chico misterioso. Desde la primera vez que lo conoció, siempre se había quedado en sus pensamientos y, después de mucho tiempo, se armó de valor y había podido dirigirle la palabra.

Archie era la última persona que debía saber la verdad.

-¡Hey, Annie Brighton!

Al escuchar repentinamente a sus espaldas el llamado de Eliza, el cuerpo de Annie se sacudió por un escalofrío.

-Es una lástima que no te gusten los caballos, ¿Pero has visto a esa chica que los guiaba?

Durante todo el tiempo que permanezcas aquí, puedes disponer de ella como mejor te parezca. Trabaja para nuestro servicio, pero sobretodo es nuestra criada personal.

-Oh, sí. Ponla a trabajar todo lo que quieras-, añadió Neal.

Annie estaba petrificada, no podía ni siquiera darse la vuelta.

-Sabes, la hemos sacado de un orfanato, pero por culpa de su pésimo carácter ahora vive en el establo. Después de todo es un lugar que le sienta perfectamente.

Al escuchar aquellas palabras, Annie cerró fuertemente los ojos, tratando de soportar el gran dolor que repentinamente la había sobrecogido.

Capítulo 12

Entre las ramas de un árbol en el jardín interno, Candy miraba el cielo de manera ausente.

Frente a sus ojos empezaron a pesar los días de su infancia: los collares de flores hechos sobre la Colina de Pony, la pesca en el arroyo, las interminables carreras tras las hojas secas llevadas por el viento, las grandes cajas que utilizaban en el invierno en lugar de trineos para desliarse desde la nevada elevación... Y a su lado siempre estaba Annie.

Annie, como te has puesto de hermosa... En verdad eres una espléndida señorita...

El vestido de color hortensia le sentaba muy bien. Cuando dejó el Hogar de Pony llevaba puesto un vestido azul claro. Al sentir las lágrimas que empezaban a aflorar, Candy se apresuró a parpadear. Desde la última carta que había recibido, efectivamente había evitado escribirle otra vez, pero nunca se había olvidado de Annie. ¿Sería feliz? ¿No le estarán jugando bromas pesadas? ¿No estará asustada? Sabía bien que había sido adoptada por una familia rica y amorosa, pero no podía evitar preocuparse.

Pareces muy feliz, Annie... Como estoy de contenta... Pero jamás habría imaginado encontrarte aquí, de esta manera...

Por más que tratara de contenerlas, las lágrimas empezaron a descender a lo largo de sus mejillas, así que Candy arrancó dos hojas y se las colocó sobre los ojos.

-¡Respetables, señores! ¡Aplicando de esta manera las compresas, es posible que sus ojos bloqueen cualquier clase de lágrima! Oh, pero...enseguida se despegan...

Mientras murmuraba estas palabras, se dio cuenta que Eliza y Neal se estaban acercando sigilosos.

-Te digo, ¿La has visto? ¡Esa Annie en verdad es una cobarde! ¡Ha bastado dirigirle la palabra para causarle temor!- comentó alegremente Eliza.

Candy, desde la copa del árbol, trató de que no la descubrieran.

-Creo que con ella por aquí podremos divertirnos bastante. ¡Es fantástico! – añadió Neal con su habitual tono insidioso.

-¿Qué podremos inventarnos para hacerla llorar?

-Apuesto a que una cobarde como ella no soporta las orugas.

-¡Orugas! ¡Qué estupenda idea! De todos modos no se irá de aquí hasta que termine la fiesta ¿verdad? ¿Qué dices de meterle unas cuantas en su bolso, antes de que se vaya?

-¡Qué gran idea, Eliza! Justamente aquí tenemos un árbol que está lleno de ellas, ¡Usemos ésas!

-¡Y obviamente la culpable será como de costumbre la sirvienta de establo!

Los hermanos chocaron las manos y se acercaron al árbol en el que Candy se encontraba.

La muchacha ni siquiera tuvo tiempo de preocuparse de cuál árbol estaban hablando. Y

recordaba bien cuanto detestaba Annie las orugas: le bastaba verlas para echarse a llorar.

-¡No permitiré que le hagan algo así a Annie! -gritó saltando del árbol.

Al encontrársela repentinamente frente a ellos, Eliza y Neal se asombraron. El muchacho ya había agarrado varias orugas y las tenía en un pañuelo.

-¡Candy! ¿Qué haces aquí?

-No voy a permitir que le hagan una maldad a Ann... a la señorita Brighton- dijo Candy arremetiendo contra el muchacho.

-¡Para! ¡Suéltame! ¡Huérfana! ¡Sirvienta de establo!

-¡No suelta tú eso que tienes en la mano!

Neal trataba de oponerse agitando frente a ella el pañuelo, así que Candy lo tiró al suelo de un empujón y se le subió encima a horcajadas. Inmovilizándole el brazo, le pegó en el rostro. Gritando como loca, Eliza corrió a llamar a su madre.

La señora Lagan se apresuró ante los gritos de su hija, seguida de Archie, Stair y Anthony.

-¡Candy, suelta la mano de Neal!

Escuchando a su espalda la tensa su voz de Anthony, Candy pareció volver en sí y se alejó del muchacho.

-Oh Dios mío... el rostro de Neal... ¿Qué está pasando?

-¡Mamá, Candy quería jugarle una broma pesada a Annie, y Neal trató de detenerla!- la acusó Eliza con voz nasal.

-Sí... ¡Candy quería meterle orugas en su bolso!

-¡Es mentira! ¡Ese era su plan! –respondió Candy. En absoluto podía soportar semejante mentira.

-¿Nuestro plan? ¡Pero qué descarada! ¡Tú eres la mentirosa! ¡Mamá, tenemos pruebas!

¿No es cierto, Neal?

El hermano asintió y, apretando el pañuelo, metió enseguida la mano en uno de los bolsillos del delantal de Candy. Luego la sacó para mostrar el contenido: evidentemente se trataba de las orugas que él mismo había recolectado.

-Pero estás...

Candy no terminó la frase. Detrás de un preocupado Archie, había vislumbrado la figura de Annie, asustada con la mirada baja.

Oh, no... Sí la situación empeora, será ella quien pagará las consecuencias...

Por lo tanto decidió permanecer en silencio y bajó la cabeza. Al ver que Anthony no decía una palabra, se preguntó qué estaría pensando. El aire estaba impregnado por el fuerte perfume que usaba la señora Lagan.

-¡Realmente eres una muchacha terrible! ¡Eres una continua fuente de vergüenza para nuestra familia!

Con el rostro enrojecido marcado por la risa y sobándose el brazo, Neal exclamó furioso:

-¡Entonces deberíamos devolverla inmediatamente al orfanato!

-Hablabamos de eso más tarde. Ahora se encuentran aquí nuestros invitados... ¡Pero no te librarás de ésta! ¡Regresa a tu establo y no te atrevas a salir!

Simulando una expresión dócil, Eliza y Neal se hicieron un guiño a escondidas. Candy ni siquiera podía levantar la cabeza y se limitó a mantener la mirada baja.

-Cuanto lamento que hayas tenido que presenciar este desagradable espectáculo... Annie, desafortunadamente la muchacha que se ocupa del establo en realidad carece de cualquier educación, lo siento mucho. ¿Por qué no olvidamos este incidente con un poco de té de rosas y un sabroso pudín?- propuso la señora Lagan sonriendo afectuosamente.

Annie apenas asintió y le dio la espalda a Candy, pero había comprendido como estaban las cosas: su amiga de la infancia se había peleado por ella, porque sabía bien cuanto detestaba las orugas.

Oh, Candy...

Mientras avanzaba no pudo contenerse, y se giró hacia atrás. En ese momento Candy también levantó la vista y sus miradas se encontraron. A Candy casi le pareció escuchar el propio corazón de Annie que le decía: "Perdóname, Candy, por la situación en que me encuentro ahora simplemente no puedo ayudarte. No puedo ni siquiera dirigirte la palabra.

Perdóname...”

Lo sé, Annie... no te preocupes.

Habría querido tranquilizarla y mostrarle una gran sonrisa, pero sabía que no podía hacerlo.

.Vamos, vamos, ¿Qué hacen ahí todavía? ¡Volvamos todos a la fiesta! –dijo molesta la anfitriona de la casa, dirigiéndose hacia Anthony y los demás muchachos.

-No te sientas mal-le dijo de manera alegre Stair a Candy, inclinándose para buscar su mirada.

-Exacto, todos sabemos que la culpa es de Eliza y Neal-, se apresuró a decir Archie antes de alcanzar corriendo a Annie, quien permanecía esperándolo pero sin voltearse.

-Vámonos, Anthony, o la furia de la tía caerá de nuevo sobre nosotros.

Anthony pensativo se había puesto en marcha al lado de Stair, pero repentinamente se volvió sobre sus pasos. Se acercó a Candy, quien permanecía aturdida, y le limpió el lodo que tenía en el brazo.

-Anthony... yo...

-Candy, no debes exagerar al actuar como un marimacho. Esta vez es mejor que le pidas perdón a Neal.

-¿Qué?

El muchacho la miraba con expresión serúa, y Candy por un instante se quedó sin aliento.

-Después también yo vendré contigo, ¿De acuerdo?- continuó en voz baja. Luego se fue, acercándosele inmediatamente Eliza.

Anthony...

La imagen de espaldas del muchacho se puso borrosa, y en sus oídos resonaron las palabras apenas escuchadas: “no debes exagerar al actuar como un marimacho”. Anthony continuó caminando sin volverse hacia atrás.

Anthony debe haber pensado que realmente soy un marimacho... Dispuesta a lanzarme en una pelea sin ningún motivo...

Candy deseaba ser comprendida en especial por él. Si la hubiera consolado como lo había hecho alegremente Stair... Incluso Archie estaba de su parte, sin embargo...

No sabiendo cómo comportarse y no pudiendo soportar más la situación, se fue corriendo.

Moviendo rápidamente sus pasos estaba buscando, sin darse cuenta, un lugar donde poder llorar. Solo podía pensar en Anthony, en el hecho de que definitivamente lo había decepcionado, y que cambiado su opinión sobre ella. Era algo tan doloroso que le impedía quedarse quieta.

Llegó al río y vio en la orilla, balanceándose entre las plantas acuáticas, un bote amarrado a un árbol. Pensó que ahí nadie la vería. Subiéndose a bordo, se tendió boca abajo en la parte inferior y se echó a llorar. Sus hombros temblaban, haciendo que toda la embarcación se balanceara delicadamente.

-Señorita Pony... Hermana Lane...

Casi inconscientemente, pronunció aquellos queridos nombres ligados a su pasado.

Sacó la cruz que le había sido regalada y que siempre llevaba debajo de la blusa. Para evitar perderlo, también tenía colgado al cuello el broche del Príncipe de la Colina. Entre lágrimas, agitó la campanilla, que como siempre, respondió con un dulce tintineo.

-Príncipe, ¿qué debo hacer ahora?

“Eres más linda cuando ríes que cuando lloras”

La voz del príncipe se superpuso a la campanilla.

Anthony también me dijo lo mismo, pero ahora...

Candy estrechó con fuerza el broche.

No, Candy... Si te la vas a pasar aquí llorando, solo terminarás sufriendo aún más...

¡Ánimo, recuerda todas las cosas bellas que hay! ¡Hay tantas cosas!

-Sí... en verdad hay tantas cosas...

Candy se giró sobre su espalda y se frotó los ojos. El azul de aquel cielo veraniego era deslumbrante. Los recuerdos ligados al Hogar de Pony eran todos maravillosos. Y luego estaba la recepción en casa de los Ardlay, el baile con Anthony... Al recordar éstas cosas, no pudo evitar sonreír y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Las olas la mecieron por mucho tiempo.

Escuchando el fragor del agua, Candy se despertó repentinamente: -¡El bote!
¡El bote está siendo arrastrado!

Mientras dormía la cuerda debió haberse soltado, y ahora se desplazaba frente a parajes que jamás había visto antes. Arrastrada por una corriente impetuosa, Candy no tenía consigo ni siquiera remos, y el correr del agua era demasiado rápido para que pudiera lanzarse y salvarse nadando.

¿Qué hago ahora?

A su alrededor casi había caído la noche, y en el río no había un ánima viva. En ese instante le llegó un ruido ensordecedor, parecido al de un trueno. Cada vez se hacía más fuerte.

-¡Es una cascada!-gritó agarrándose a ambos lados del bote.

Mientras más se acercaba a aquel estruendo ruido, más parecía ser absorbido el bote por una corriente en aumento. Sin siquiera tener tiempo para gritar, Candy cayó y fue arrojada

fuera de la embarcación. Luego, cuando hizo contacto con el agua, perdió el conocimiento.

Capítulo 13

Se sentía muy bien. Envuelta en un agradable calor, oyó el crepitar de los leños en la chimenea, y el olor de la madera que ardía la llevó de vuelta a su infancia. ¿Acaso se encontraba en el Hogar de Pony? ¿Había vuelto a ese querido lugar del que provenía?

Candy entreabrió los ojos.

-¡Auxilio, un pirata!-gritó repentinamente aferrándose a las frazadas.

Un hombre de largo cabello castaño la estaba observando con detenimiento. La parte inferior de su rostro estaba cubierta de barba y llevaba gafas de sol.

-¡No está mal como saludo! –rió dulcemente.

Tranquilizándose por aquella amable voz que no correspondía en absoluto a su aspecto, Candy balbuceó una disculpa.

-Me alegra que te encuentres mejor...- El pirata sonrió. Parecía profundamente aliviado, y en un instante la sensación de peligro se disolvió, siendo reemplazada por una atmósfera agradable.

Levantándose de la cama, Candy se armó de valor y preguntó:-Disculpe, señor, ¿Fue usted quien me salvó?

No recordaba nada de lo que había ocurrido después de haberse caído por la cascada.

-En realidad, yo fui quien te encontró mientras jadeabas en busca de aire en la cuenca de la cascada, pero realmente es horrible que tú me llames “señor”. Quizás no lo parezca, pero soy joven, ¿Sabes?

El pirata se subió las gafas revelando sus ojos de un azul claro, similar al color de un lago por la mañana.

-¡Se ve mucho mejor sin gafas, señor! Ahora no se parece en nada a un pirata-dijo con total sinceridad la muchacha.

-¿De nuevo con el “señor”? No soy ni un señor, ni un pirata.- dijo, y se echó a reír divertido.- Me llamo Albert. Y esta es Poupe. –se presentó, sacando una mofeta de uno de los bolsillos de su raído y enorme abrigo.

-¡Oh, no! ¡Una mofeta!

Al verla llevarse por reflejo una mano a la nariz, Albert y Poupe parecieron bastante ofendidos.

-No hay necesidad de hacer tal cosa. Poupe es una señorita tan delicada que incluso las flores la envidian.

-Oh, lo siento... -Candy se disculpó, estrechándole una patita al animalito en señal de saludo. –Mucho gusto, Poupe. Yo soy Candy.

-Muy bien, princesa Candy, ¿Te apetece algo para comer? La sopa ya está lista y ahora deberías poder levantarte.

Con desenvoltura, el hombre colocó a los pies de la cama la ropa que Candy llevaba puesta y se dirigió hacia una olla ubicada en la chimenea. Al parecer, Candy había dormido vistiendo una vieja camisa del señor Albert. ¿Pero cuánto tiempo se había quedado inconsciente después de haberse caído de la cascada?

Se puso su ropa, casi completamente seca, dobló la camisa que había sido prestada, y saltó ágilmente de la cama.

Mientras avanzaba con pasos todavía un poco vacilantes, se le acercó una ardilla. Candy parpadeó. Mirando con detenimiento, se dio cuenta de que en el interior de esa casa, que tenía todo el aspecto de ser una cabaña montañesa, había varios animales. Perros, patos, conejos e incluso un ciervo, que a primera vista había confundido con un objeto decorativo.

Todos ellos tenían alguna herida y parecía que estaban recibiendo atención médica por parte de ese hombre.

De pronto embargándola una duda, la muchacha preguntó: -Perdone, pero... todavía estamos en Estados Unidos, ¿Verdad?

Divertido por la expresión del rostro de la joven, el señor Albert dejó escapar una alegre carcajada y respondió: Sí, definitivamente estamos en Estados Unidos. Pero más bien tú,

¿De dónde vienes? No habrás caído del cielo, ¿Verdad?

-Yo trabajo en la villa de los Lagan y...

La frase se quedó a la mitad. De pronto volvió con claridad a su mente el recuerdo de lo sucedido antes de subirse al bote, y también recordó con dolor lo que había sucedido con Anthony.

-Entonces quiere decir que no te encuentras muy lejos, no te preocupes. Vamos, comamos estos emparedados y tomemos un poco de sopa. –Con una reconfortante sonrisa, Albert colocó sobre la gran mesa hecha de una sola pieza de madera los sencillos emparedados de jamón y la humeante olla.

-Le agradezco...

Una vez que había tomado con la mano un poco de comida y se había acomodado en una de las sillas, fabricadas utilizando troncos, Candy volvió completamente en sí.

¡Definitivamente no era el momento de sentarse ahí para cenar! Las órdenes eran que se

quedara confinada en el establo, y ella no solo había desobedecido, sino prácticamente había desaparecido sin decirle nada a nadie.

¿Habrá regresado Annie sana y salva a su casa? ¿Y qué pensará Anthony cuando se entere de que me he alejado?

-¿Sucede algo?- Albert preguntó alegremente.

Permaneciendo por un instante en sus pensamientos, Candy se levantó apresuradamente de su silla diciendo: -¡Debo regresar a casa de inmediato!

Casi con toda seguridad, incluso si se volviera a presentar ante los Lagan, estos la echarían, pero lo que más la apremiaba era poder volver a ver a Anthony, aunque fuera una sola vez más. Todavía sosteniendo el emparedado en la mano, hizo una profunda reverencia y le agradeció a su salvador: -Señor Albert, le agradezco por haberme salvado la vida, ¡Le estaré por siempre agradecida!

-Olvida ya ese discurso... Más bien, ¿En verdad quieres irte? ¿A medianoche?

-¿...medianoche?

En efecto, afuera de la ventana estaba todo oscuro, a pesar de que la luna brillaba en el cielo.

-La residencia de los Lagan no está lejos, pero a pie te tomará mucho tiempo. Y además es peligroso vagar por el bosque a estas horas. Mañana por la mañana te acompañaré en el bote, quédate tranquila. No tienes nada que temer, incluso cuando se oculte la luna. Y

definitivamente no me convertiré en un lobo para devorarte, Candy. Vamos, tómate la sopa antes de que se enfríe.

¿Convertirse en un lobo? La frase de Albert había sonado tan divertida que la hizo reír.

Repentinamente sintió que moría de hambre.

-¡Entonces buen provecho!

-¡Andando! Yo también tengo mucha hambre- dijo Albert con una expresión teatral en su barbado rostro.

Mientras tanto Anthony caminaba por el bosque, iluminando su camino con una linterna.

Después de que Annie se había marchado, Anthony había corrido hacia el establo y desde entonces no había parado ni un instante de buscarla.

¿Dónde estás Candy? ¿Por qué le he dicho esas cosas? ¿Qué me ha pasado? No es posible que Candy hubiera atacado a Neal sin una buena razón... Y yo le he dicho que no debía exagerar al actuar como un marimacho...

Le había parecido que en aquel momento Candy estuvo a punto de decirle algo y, cada vez que recordaba la expresión de su rostro, sentía que el corazón se le estrujaba.

¿Por qué no pude decirle algo más amable? ¿No soy yo el que debería conocerla mejor que todos, y saber que no es una persona así?

Tal vez ellos la enviarían de vuelta al orfanato, y eso simplemente no podía aceptarlo.

De repente, escuchó un crujido entre los arbustos a unos pasos de él.

-¿Quién es? ¿Candy?- Dijo apresurándose a iluminar el área de la cual provenía el ruido.-

Ah, eres tú Archie.

Sacudiéndose las hojas del cabello, entre la vegetación apreció la figura de Archie.

-Debería ser yo el desilusionado. Pensé que eras Candy... -le replicó. Luego, iluminando a Anthony con su linterna, ya a punto de apagarse, preguntó: - ¿Tú tampoco puedes dormir, verdad? ¿A dónde pudo haber ido Candy? – Archie casi parecía hablar consigo mismo. Era la primera vez que le ocurría que estaba tan preocupado por alguien que no podía dormir. Siempre gustaba de estar rodeado de muchas muchachas, pero nunca se había interesado por ninguna y, a decir verdad, encontraba molesto ser el centro de atención de alguien. Sentía afecto por Annie Brighton, pero nada más. El hecho de que se hubiera marchado antes de lo previsto, había sido casi un alivio. Encontraba mucho más divertido charlar con Candy.

-Traté de buscarla de nuevo en el establo, pero todavía no ha regresado.

-Ya veo... Archie, probemos buscarla una vez más cerca del lago.

Sosteniendo la linterna en alto, Anthony guió a Archie hacia el espejo de agua.

La luz de la luna proyectaba una brillante franja dorada, y la sombra de los árboles hacía aún más densa la oscuridad que envolvía la zona. De repente, del otro lado del lago les llegó el suave sonido de las olas, acompañado de un pequeño resplandor.

-¡Eso se parece al bote de mi hermano! –exclamó Archie oscilando la linterna.

-¡Stair!- gritaron ambos.

Debió haberlos escuchado, porque una sombra en el bote comenzó a hacer grandes gestos con la mano en dirección a ellos.

-Así que él también está buscando a Candy...- murmuró Anthony.

Era así de simple: desde el momento en que se había enterado de la desaparición de Candy, Stair estaba tan dominado por la preocupación, que no pudo quedarse con los brazos cruzados.

Me pregunto por qué estoy tan preocupado... Es una chica pequeña, llena de pecas y posee unos verdaderamente vivaces. Antes solo me interesaban los inventos y las máquinas pero ahora...

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Anthony y Archie corrieron a su encuentro.

-He peinado la ribera del lago... pero no pude encontrarla- dijo Stair bajándose del bote-

¿A dónde pudo haber ido?

Exhausto, Anthony se sentó en el bote encallado en la orilla.

No debí decirle algo así...

-Debemos darnos prisa en encontrarla, o los Lagan la echarán de la casa- suspiró Stair.

-En verdad que gente más mala. Incluso los escuché decir que preferirían no verla regresar- comentó Archie molesto, con la mirada dirigida hacia el agua.

Incluso la superficie del lago parecía suspirar, brillando bajo los rayos de la luna. Los muchachos, incapaces de regresar a casa, permanecieron observando el cielo nocturno, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Se preguntaban si Candy también estaría mirando la luna, dondequiera que se encontrara en ese momento.

Candy, ¿en dónde estás? Espero que te encuentres sana y salva...

Rezando en su corazón, Anthony continuó mirando fijamente la luna.

Capítulo 14

-Ánimo, casi hemos llegado.

El señor Albert comenzó a remar con más fuerza. Inmerso en la niebla matutina, el bote avanzaba lentamente, haciendo un ruido adormecido mientras se deslizaba sobre el agua.

Las aves acuáticas surcaban el despejado cielo encima de ellos.

-No sé si pueda regresar-, murmuró Candy e inhaló el aroma de la hierba y de las flores cubiertas de rocío que crecían a lo largo de la orilla del río.

La noche que Candy pasó en compañía del señor Albert y de los animales había sido maravillosa. La cálida chimenea, la sopa natural que le había preparado... Observando el fuego, le había contado al hombre muchas cosas de sí misma. A pesar de que apenas acababa de conocerlo, por alguna misteriosa razón sentía que podía confiarle lo. Le había hablado de cómo había sido abandonada y de su infancia transcurrida en el Hogar de Pony, de su llegada a la villa de los Lagan en calidad de compañera de juegos, del hecho de que fuera obligada a hacerse cargo de los establos. Y también, del peligro que ahora corría de incluso perder lo poco que tenía, y del temor de que, una vez regresara, con toda probabilidad la echarían.

-Pero no debo regresar al Hogar de Pony. Eso sería hermoso, y sé que volverían a recibirme con los brazos abiertos, pero no quiero ser una carga. Por eso, a costa de tener que vivir en una pocilga, prefería que los Lagan me permitieran quedarme...

Todo el tiempo, el señor Albert se había limitado a asentir, permaneciendo en silencio para escuchar hasta altas horas de la noche las palabras de Candy.

-Ya veo... así que no tienes un lugar a donde ir... entonces estamos iguales.

-¿Cómo? ¿Usted también?- exclamó la muchacha sorprendida.

Rascándose la cabeza, el hombre respondió: -Verás, esa cabaña no es mía... La encontré deshabitada y me tomé la libertad de ocuparla.

-Oh, ya veo...

Candy empezó a comprender por qué vestía esas ropas de aspecto no muy aseado.

-Por eso, Candy, nuestro encuentro...- dijo Albert avergonzado, bajando la mirada.

-¡Permanecerá absolutamente en secreto!-, concluyó por él la muchacha, asintiendo de manera comprensiva. Luego añadió: -¡Entonces usted tampoco tiene una casa, señor Albert! ¡Casi me alegro de ello!

-Oye, ¿te parece algo de que alegrarse?- respondió el otro riendo, un poco perplejo.

Albert condujo el bote hacia una ribera que Candy pudo reconocer. Seguramente aquella embarcación tampoco era de su propiedad.

-Bueno, ¿desde aquí sabes cómo seguir sola?

Después de un gesto afirmativo con la cabeza, Candy descendió de la embarcación y mirándolo con inmensa gratitud dijo: -Gracias, señor Albert... No tengo palabras suficientes para expresarle mi gratitud...

-Soy yo quien debe agradecerte por haber limpiado la casa y haber lavado mi ropa.

-Cúidate, Poupe.

Candy acarició suavemente la cabeza de la mofeta, sentada sobre un hombro de Albert.

Después de decirle adiós con la mano, el hombre se alejó de la orilla.

-¡Señor Albert! ¿Qué debo hacer cuando quiera volverlo a ver?- preguntó la muchacha sin aliento.

-Mete un mensaje en una botella y tirla al río. Los días en que sopla el viento del sur son los mejores... ¡Te prometo que la recibiré! Candy, sé feliz, ¿de acuerdo?

El bote, impulsado por los remos de Albert, se alejó cada vez más.

-¡Gracias! ¡Adiós, señor Albert!

Candy continuó despidiéndose con la mano, incluso cuando desapareció de la vista. El río por el cual se había esfumado, ahora estaba nuevamente envuelto en la silenciosa atmósfera matutina. Candy respiró profundamente y su expresión se volvió decidida: debía regresar a casa de los Lagan y, cualquier cosa le hicieran Eliza y Neal, no debía llorar.

Es lo último que querría, pero debo pedirle perdón a Neal... Después de todo fui yo la que se comportó de manera agresiva...

Sin embargo los pasos que la llevaban de vuelta hacia la residencia de los Lagan nunca le habían parecido tan pesados.

Incluso si tienen que echarme, les rogaré que no me envíen de vuelta al Hogar de Pony.

Perdida en sus pensamientos, Candy avanzaba lentamente, pero de pronto se detuvo.

Alguien corría hacia ella a lo largo del camino.

¡Anthony!

Cuando notó su presencia, el muchacho también se detuvo conteniendo la respiración.

-Candy...

-¡Anthony!

Corrieron al mismo tiempo el uno hacia el otro.

-¡Estaba tan preocupado, Candy! ¿En dónde te habías metido?

Jadeando, el muchacho la miró directamente al rostro con expresión sería.

-Bueno, este...

Candy no sabía qué decir. Y ciertamente no podía contarle del señor Albert.

-Me di una vuelta por el espléndido reino encantado del bosque...

-¡Deja de bromear!

Repentinamente resonó una bofetada.

Anthony... Anthony me ha... me ha pegado...

Quedándose muda, Candy se llevó la mano a la mejilla.

-¡Estaba preocupado por ti!- dijo Anthony con voz temblorosa. El muchacho se mordió los labios y luego, dándole la espalda, se alejó corriendo.

Anthony me ha dado una bofetada... en la mejilla...

A pesar del estupor, el corazón de Candy parecía ser mecido por un ligero viento. Había visto los ojos humedecidos de Anthony y eso la hacía tan feliz que le daban ganas de llorar.

Anthony estaba preocupado por mí...

A través de la mejilla aún tibia, le parecía poder sentir las emociones del muchacho. La cubrió delicadamente con la mano; habría querido guardar para siempre en el fondo de su corazón aquel dulce dolor.

-¡Oye, es verdad! ¡Es Candy!

De repente resonaron dos alegres voces y aparecieron Stair y Archie.

-Candy, ¿en dónde habías estado?

-¡Stair, Archie! Siento haber hecho que se preocuparan –se disculpó ella, inclinando ligeramente la cabeza.

-Acabamos de toparnos con Anthony y ha sido él quien nos dijo que habías vuelto...

¿Pero qué le ha pasado? Estaba tan preocupado por ti, mientras que ahora al contrario, parece molesto. Debería estar contento de volverte a ver...

-No te preocupes, todo esté bien Stair. Más bien, debo ir a disculparme con la señora Lagan-, dijo Candy, conteniendo un escalofrío. Uy

-¿Estás segura que quieres ir sola? Podríamos ir contigo- se ofreció Archie, frunciendo su hermosa frente.

-Te agradezco, Archie... pero puedo hacerlo.

-Estoy preocupado por lo que pudieran decirte.

-No temas, Stair, ¡Soy muy buena disculpándome!- dijo riendo con seguridad.

Cautivados por la muchacha, los dos jóvenes sonrieron, pero sus miradas no pudieron enmascarar su ansiedad.

-Oh, mira, Neal. Es ella, ¡La sirvienta de establo ha regresado!

Eliza estaba saliendo justo en ese momento por la entrada trasera y se giró para hacerle un guiño a su hermano.

-Cómo te atreves a volver a venir aquí. Realmente parece que los huérfanos son en verdad unos grandes descarados-, comentó Neal con toda la intención de hacerse escuchar.

Ignorando las palabras de ambos, Candy se acercó y se disculpó con toda la amabilidad posible: -Quería pedirles perdón por haberme escapado a escondidas ayer. Espero no haberte hecho demasiado daño, Neal.

Neal pasó junto a ella de manera despectiva.

-Pero, Neal, es vergonzoso ser golpeado por una chica. Creo que deberías hacer un poco más de ejercicio y...

Cuando se dio cuenta de que le había dicho unas palabras de más al insolente de Neal, ya era demasiado tarde. El muchacho la estaba mirando amenazadoramente, con una sonrisa de suficiencia pintada en el rostro.

-¿Sabes que ya no podrás quedarte aquí?

-¡Ah, sí! ¡Incluso podías haberte ahorrado el esfuerzo de regresar! ¡Lárgate rápidamente!

Eliza se dirigió amenazadoramente hacia Candy, pero fue interrumpida por una voz: -

¡Ellos tienen razón, Candy!

La puerta de la entrada se había abierto y en la parte superior de las escaleras apareció la señora Lagan.

-¿Con qué descaro te vuelves a presentar aquí sin mostrar la más mínima vergüenza por lo que has hecho? ¡La presencia de una muchacha malcriada como tú no les hace bien a

Eliza y Neal! Nos hemos equivocado al habernos compadecido de ti hasta la fecha-, dijo la mujer, mirándola amenazadoramente.

-Exacto, hemos sido demasiado bondadosos con ella-, intervinieron Eliza y Neal.

-Eso es porque realmente son chicos de buen corazón-, dijo la señora Lagan, abrazando a sus hijos por los hombros y entrecerrando los ojos.

Candy los miraba incrédula, con la boca abierta.

-Me gustaría echarte ahora mismo, pero a los ojos del reverendo enviarte de vuelta al orfanato sería algo grave y traería deshonra al buen nombre de los Lagan. Por lo tanto te permito quedarte hasta que hayas encontrado otro lugar donde trabajar. ¡Solo deberías estar agradecida, Candy!

-Bueno...yo...

La señora Lagan parecía no tener ninguna intención de escuchar las palabras de Candy, le dio la espalda y volvió a entrar dando un portazo, llevándose tras ella a sus dos amados hijos. Ni siquiera tuvo tiempo de disculparse correctamente.

Pero después de todo, aunque lo hiciera, de todos modos no me perdonarían...

No tenía otra opción que no fuera dejar a los Lagan. Pero si encontrara un nuevo lugar donde trabajar... Candy se mordió los labios, tratando de contener las emociones que crecían en su interior.

Ya no podré ver a Anthony...

Capítulo 15

A Candy casi le parecía que en el fondo del lago había otra luna. Por encima de la oscuridad del bosque, se alzaba una luna llena que se reflejaba de manera perfecta sobre el agua.

De pie cerca de la orilla, Candy sentía soplar el viento, pero no se trataba de un viento cualquiera: Era el viento del sur. Había sido el señor Whitman quien le explicó como reconocerlo.

Por favor, haz que este mensaje le llegue al señor Albert...

Siguiendo las indicaciones, Candy había metido su carta en una botella vacía y se la había confiado a la corriente.

Había escrito cómo había sido obligada a dejar la casa de los Lagan, de cómo su único consuelo era el no tener que regresar al Hogar de pony y que le aguardaba un nuevo lugar dónde trabajar.

Querido señor Albert,

El tiempo que hemos pasado en la cabaña para mí ha sido como un sueño.

Espero que siempre esté bien, y pueda continuar viviendo con sus amigos los animales.

Todavía no sé quién será mi nuevo mi empleador, pero donde quiera que yo vaya jamás me daré por vencida, así que le pido que no se preocupe. Siempre oraré para que nadie lo descubra y que pueda vivir tranquilamente.

Usted me salvó la vida, y ahora siempre cuidaré de ella.

¡En verdad gracias de todo corazón, y salude mucho a Poupe de mi parte!

Candice White

(Como puede ver, mi verdadero nombre es muy refinado)

Donde quiera que yo vaya, no me daré por vencida...

Sin embargo, esta vez Candy no estaba tan segura de sí misma.

¿Cómo será mi nuevo lugar de trabajo? No creo que chicos como Eliza y Neal se encuentren por todas partes, sin embargo...

Aquél era su único consuelo, pero...

A dondequiera que valla, Anthony no estará ahí... ¡Y tampoco podré ver más a Stair y Archie!

Suspirando, empezó a pasear por la orilla del lago. Estaba tan dominada por la ansiedad que no podía dormir.

¡Vamos, Candy! ¡Levanta el ánimo! Anthony y los otros no estaban aquí para ti en un principio, ¿no? Los has conocido por casualidad. Todo empezó aquel día en que llorabas en el bosque...

Las palabras que le había dirigido aquel día Anthony, su sonrisa... Todo había sido para mejorar; a donde sea que fuera, si recordaba esos momentos, tendría la fuerza para seguir adelante.

Mientras Candy trataba de darse valor, escuchó a su espalda el delicado sonido de unos cascos. Se giró y se quedó sin aliento.

¡Anthony!

Montado en un caballo blanco, el muchacho aminoró el paso y se le acercó lentamente.

Bajo los rayos de la luna, el aspecto del joven era tan hermoso que no parecía una criatura de este mundo.

Candy casi creyó vivir un sueño: la persona que tanto deseaba ver había aparecido frente a ella. Incapaz de hablar, lo observó acercarse cada vez más.

Anthony hizo que el caballo se detuviera a su lado y se quedó mirándola fijamente sin decir una palabra. Cuando había divisado en la orilla del lago la silueta de espaldas de la joven, no se sorprendió; en su corazón sintió que, si se dirigía ahí, la encontraría. Estaba convencido de que había un hilo invisible que los unía.

Después de un pequeño suspiro, le tendió la mano.

-Es una magnífica noche de luna, Candy. El bosque nocturno es un reino encantado donde casi pareciera que las hadas se esconden, ¿sabes? ¿Te gustaría visitarlo?

Candy asintió y tomó la mano del muchacho. Anthony la levantó ágilmente para hacer que se sentara frente a él y, con cuidado de no rozarle los

hombros, retomó delicadamente las riendas. Candy contuvo el aliento, temiendo que se tratara de un sueño y que todo desaparecería a la primera palabra que hubiera pronunciado. El caballo blanco empezó a avanzar lentamente.

Desplegándose frente a ellos una invisible invitación, los rayos de luna parecían guiarlos hacia el bosque, envuelto en una luz plateada. Las gotas de luna caían resplandecientes sobre las ramas oscuras de los árboles, y un búho vocalizó suavemente sus cantos como para darles la bienvenida.

-Perdóname por esa bofetada, Candy- murmuró Anthony continuando con mirada hacia el frente.- ¿Te he hecho daño?

-No, no...- se apresuró a responder Candy en voz baja, negando con la cabeza.

“Perdóname tú, Anthony. No quise que te preocuparas tanto” habría querido decir Candy, pero estaba tan emocionada que apenas podía respirar.

-Atravesemos el bosque a toda velocidad, Candy. Agárrate fuerte.

Por toda respuesta, su corazón comenzó a latir con fuerza. El temor de que él pudiera notarlo hizo que sus latidos se aceleraran aún más.

Sujetando las riendas con fuerza, Anthony lanzó el caballo al galope. En los oídos de ambos silbaba el viento nocturno y bajo de los rayos de la luna, el bosque en realidad parecía esconder por doquier a las hadas. El caballo golpeaba rítmicamente el suelo, rompiendo a su paso las ramas que habían caído a tierra.

Candy cerró los ojos, acompañada de esa placentera marcha constante.

Por favor que esto no sea un sueño. Haz que este bosque sea interminable...

Te amo, te amo.

Candy de repente abrió los ojos. Por un instante le había parecido escuchar una voz que pronunciaba aquellas palabras.

Te amo, te amo.

¿Había sido Anthony quien había hablado? ¿O se había tratado del silbido del viento? ¿O

tal vez del crujido de las hojas? No tenía importancia.

Yo también, yo también.

En su corazón, Candy pronunció innumerables veces aquellas palabras.

¡Te amo, Anthony!

Sentía un calor extendiéndose por todo su cuerpo y su corazón vibraba como si se hubiera convertido en un arpa. ¿Así que eso era lo que se sentía cuando se amaba a alguien? Una dulce sensación, tan agradable que casi era dolorosa, un sentimiento que te daban ganas de gritar...

¡No quiero irme! No quiero alejarme de Anthony... ¡Por favor, sigamos galopando por siempre!

Sin embargo, una vez salieron del bosque, el caballo avanzó lentamente hasta que se detuvo al acercarse a la villa de los Lagan.

Candy descendió del caballo, y mirando con los ojos humedecidos al muchacho dijo: -

Gracias, Anthony... Ha sido bellissimo.

-También para mí- respondió él suavemente.

Candy no podía ver su expresión, completamente cubierta por la oscuridad.

-Buenas noches.

-Buenas noches

La joven se giró y regresó hacia la casa.

El muchacho se quedó observándola, inmóvil sobre su corcel.

No hay nada que podamos hacer, Candy... Yo... Nosotros... No tenemos ninguna autoridad...

Irritado, Anthony se mordió los labios. No quería que Candy se marchara.

Había ido con la señora Lagan y, armándose de valor, incluso había ido a suplicarle a la tía abuela Elroy para que, a riesgo de que él mismo fuera castigado, le concediera quedarse a la muchacha. Sin embargo, las dos mujeres ni siquiera habían considerado su petición.

¿Qué puedo hacer... qué puedo hacer?

Sacudiendo fuertemente la cabeza, Anthony le dio un golpe en los flancos al caballo blanco y se alejó a toda velocidad.

No sabía que alguien lo estaba observando. O mejor dicho, que alguien había observado toda la escena.

Sin parpadear ni una sola vez, Eliza había presenciado todo a través de una ventana y ahora, incapaz incluso de respirar, sentía que una creciente rabia la quemaba por dentro.

No la perdonaré nunca jamás. Debí haberla echado mucho antes. No resistiré un día más... Pero, por supuesto... Mañana es el día en que la tía abuela Elroy vendrá con nosotros a tomar el té...

Consumida por una ardiente envidia, la muchacha curvó la boca en una malvada risita.

Capítulo 16

-Qué extraño, estaba segura de haberlo puesto aquí...

La señora Lagan continuaba abriendo y cerrando nerviosamente su joyero.

-Seguramente no lo volví a guardar aquí...

Revisando el interior de los cajones del baño, la señora Lagan le echo un vistazo al reloj colocado sobre la consola y frunció sus delgadas cejas.

-Qué problema... Dentro de poco llegará la tía abuela Elroy...

De pronto, casi chocando contra la puerta, irrumpió en la habitación una palidísima Eliza.

-¡Mamá! ¡No encuentro mi pulsera de perlas! Debía usarla con el vestido de hoy,

¿Recuerdas?

-¿Cómo? Eliza, ¿A ti también se te perdió algo?- exclamó la mujer poniéndose de pie.-

Yo no encuentro mi broche de esmeraldas. Había encargado este vestido verde para poder combinarlo y en lugar de eso...

-¿Aquel gran broche que te regaló papá en Navidad? ¡Oh, mamá! ¿Estás segura que es lo único que falta?

Alarmada por esas palabras, la señora Lagan volvió a revisar inmediatamente el joyero.

-Estaba tan concentrada en buscar el broche que no me he dado cuenta, pero... No está...

Tampoco está el colgante de ópalo... ¡Oh, no! ¿En dónde están mis pendientes de rubíes?

En estado de shock, la mujer se llevó una mano al pecho. En ese momento entró Neal en la habitación y anunció:-¡Mamá, ha llegado el auto de la tía Elroy!

-Oh... ¿Ya está aquí?

Disponiéndose a seguir a su madre, que se había dirigido aprisa hacia la entrada para recibir a la invitada, Eliza le hizo un guiño a su hermano y le susurró al oído: -Un éxito rotundo, Neal. ¿Está Anthony?

-No ha venido.

-¡Oh, qué lástima! Realmente quería que presenciara el momento decisivo- dijo Eliza decepcionada, haciendo un mohín.

En la entrada de la villa, junto a la señora Lagan, se había desplegado una multitud de criados listos a darle la bienvenida a la tía abuela Elroy.

-Bienvenida... tía abuela.

-Gracias por la grata invitación, Sara. Anthony y los muchachos no han venido porque están ocupados con los estudios. ¿Pero qué sucede? Pareces preocupada.

-Bueno, sí... Te pido disculpas... Verás...

-Mamá no encuentra muchas de sus valiosas joyas, tía.

De manera compungida, Eliza intervino para hablar en lugar de su madre, quien permanecía en silencio.

-Pero no solo se trata de las joyas de mamá. Yo tampoco encuentro ya mi pulsera de perlas. Tenía tantas ganas de mostrártela, tía...

-¡Santo cielo! Qué cosa más alarmante. ¿No se los habrán robado?- preguntó la anciana mujer con el rostro ensombrecido, luego añadió: -No veo a Neal.

Cuando estaban a punto de cruzar el umbral de la villa, fueron alcanzadas por una voz: -

¡Mamá! ¡Eliza!

Era Neal, que llegaba corriendo sin aliento por el jardín.

-¿En dónde te había metido, Neal? ¿Por qué no estabas aquí para recibir a la tía abuela?

-¡Mamá, he encontrado las joyas! ¡Mira!

Diciendo esto, el muchacho mostró a su madre el broche de esmeraldas y la pulsera de perlas.

-¡Oh, Neal, has podido encontrarlos! ¿En dónde estaban?

-¡En el establo! ¡Donde vive la chica que se ocupa de los caballos!

-¿Cómo?

El rostro de la señora Lagan cambió de color.

Desplazando la mirada de su madre a la tía abuela Elroy, Neal continuó: - Me entró la duda y me metí a escondidas a revisar. ¡Era justo como pensaba!

-¡Mamá! Vayamos nosotras también, ¡Quizás encontremos otras cosas que nos haya robado!

Con actitud amenazante, Eliza se dirigió primero hacia el establo.

-¡Oh, Dios mío... qué muchacha más terrible!

-Cuando hablas de la chica que se ocupa de los caballos, te refieres a esa maleducada que han traído del orfanato, ¿Cierto?- preguntó con severidad la tía abuela.

Guiadas por la señora Lagan, con los rostros enrojecido y agitando sus vestidos, todos se dirigieron hacia el establo.

Mientras tanto, Candy estaba cepillando a los animales.

-¡Estamos aquí para inspeccionar el establo!

La señora Lagan entró de golpe y se dirigió con paso decidido hacia el viejo armario ubicado en un rincón. Candy abrió los ojos de par en par, preguntándose qué podría haber sucedido que requiriera la presencia de la tía abuela Elroy quien, quizás no agradándoles el olor del lugar, sujetaba un pañuelo frente a su nariz y boca. La dueña de la casa abrió sin muchos miramientos las puertas armario.

-¿Podrían decirme qué sucede? ¿Qué están buscando ahí dentro?

Ninguno se dignó a responderle.

Neal, entre tanto, había extraído una caja de debajo de la cama. Candy nunca antes había visto aquel baúl para ropa, pero cuando develaron el contenido, aparecieron magníficos vestidos de todos los colores.

-¡Estos son de Eliza!

-¡Mamá! ¡En el comedero están las joyas! –el grito de Eliza le taladró los oídos.

¿Vestidos?... ¿Joyas?

-¡Es espantoso! ¡Y pensar que solo es una chiquilla!

Casi como apartando la mirada de algo sucio, la tía abuela Elroy se giró y salió. Los ojos de la señora Lagan estaban llenos de ira.

-¡No tengo más palabras para ti! ¡Ladrona!

Aquella cortante voz conmocionó finalmente a Candy, quien comenzó a comprender lo que estaba sucediendo. Empezó a temblar...

-¡Yo no sé nada! ¡No sé nada de éstas cosas!- gritó desesperada. ¿Cómo pudieron haber llegado esos objetos a su establo?

-¡Se lo juro!, Eliza ¿no habrás sido tú quién...?

-¿Cómo te atreves? ¡Mamá!

Con la voz quebrada por el llanto, Eliza se refugió en los brazos de su madre.

-¡Realmente eres una persona infame! ¡Echarle la culpa a Eliza por algo que tú has robado!

-¡Yo no sé nada! ¡Créame! ¡Jamás tomaría algo que no me pertenece! ¡Nunca he robado en mi vida!- se defendió entre lágrimas, con el rostro pálido e invadida por la tristeza y la rabia.

-¡Cállate! ¡No tengo intención de seguir teniendo a alguien como tú un solo día más en mi casa!

Los labios de la mujer se fruncieron por la ira.

-¿Sabes que hay un rancho en México que busca nuevos trabajadores? ¡Y pensar que he sido tan benevolente en rehusarme a enviarte allí, pensando que sería un lugar demasiado lejano y que el tipo de trabajo sería demasiado duro para ti!- dijo la señora Lagan congelándola con la mirada. Después le comunicó implacablemente: -¡Candy, te irás a México! ¡Asegúrate de reunir todas tus cosas para mañana por la tarde, antes de que vengan a recogerte! ¿Me he explicado?

La muchacha abrió la boca para hablar, pero la mujer la calló dándole la espalda.

Volviendo a tomar posesión de las joyas y de los vestidos, Neal y Eliza siguieron satisfechos a su madre, sonriendo maliciosamente y mirando a Candy por el rabillo del ojo.

México...

Por un momento Candy se quedó petrificada sin poder moverse. México. Parecía un lugar más allá de los confines del mundo.

Capítulo 17

Resoplando, César y Cleopatra tocaron con el hocico la espalda de Candy.

La muchacha repentinamente volvió en sí. No recordaba haber llorado pero tenía las mejillas húmedas.

Cleopatra le lamió las lágrimas, mientras César la miraba con preocupación sacudiendo la crin. Durante la discusión de hace unos momentos, los caballos habían permanecido inmóviles y en silencio, pero quizás habían comprendido la acusación que había tenido que soportar.

-Gracias, Cleopatra. Gracias, César. Ustedes lo saben, ¿Verdad? Saben que jamás robaría algo que no me pertenece...

Acariciándoles las crines, no pudo evitar llorar. Esta vez fue César quien la consoló. Si tan solo los dos animales hubieran podido decir qué era lo que realmente había ocurrido en el establo... Pero aunque hubieran sido capaces de hablar, seguramente la señora Lagan solo habría creído la versión de Eliza. Candy sería obligada a ir a México, no tenía otra opción.

No quiero ir a un rancho mexicano...

¿Pero a dónde podía huir? Si regresara al Hogar de Pony, sin duda las directoras se pondrían muy tristes y descubrirían que las entusiastas cartas recibidas hasta ese momento solo estaban llenas de mentiras.

-Es gracioso, ¿Verdad? Hasta ayer le temía a la idea de tener que dejar esta villa, mientras que hoy me bastaría saber que puedo quedarme en los Estados Unidos.

Se esforzó en sonreírles a los dos preocupados caballos. No era justo que continuaran viéndola llorar, pero simplemente no podía parar. Si al menos se quedara en los Estados Unidos, tarde o temprano podría esperar volver a ver a Anthony. Pero en México...

-¿Y...si fuera con el señor Albert...?- murmuró, negando inmediatamente después con la cabeza.

No. Él tampoco tiene una casa, no quiero ser una carga para él...

Recordó el aspecto del hombre. Bastaba mirarlo para darse cuenta que no llevaba una vida fácil.

¿Qué debo hacer...?

Candy acarició delicadamente la cruz que mantenía escondida en el pecho. El sonido de la campanilla que colaba del broche que le pendía del cuello nunca cambiaba.

“Eres más linda cuando ríes que cuando lloras.”

Príncipe... Esta vez no sé si podré sonreír... Ni siquiera logro imaginar cómo puede ser México...

Escuchando el tintineo, continuó enjugándose las lágrimas que descendían. Era un sonido sereno y dulce, y poco a poco empezó a calmarse.

-Tienes razón, Príncipe... Tú vendrás conmigo a México y me darás valor.

Definitivamente. Llevando consigo el broche de plata, podría encontrar al Príncipe en cualquier momento. Era inútil preocuparse por el futuro; la Señorita Pony siempre lo decía cada vez que tenía alguna preocupación.

-Haré florecer la Dulce Candy también en México... Y luego está el “porta-paraguas” de Stair... ¡A donde quiera que vaya, nunca estaré sola!

Candy recuperó la sonrisa. Evocó la mirada de Anthony al regalarle las flores y la expresión orgullosa de Sair cuando le dio el “porta-paraguas” diciéndole: ¡Esto es una obra maestra! ¡Un gran invento!-Candy recordó sus palabras:- Si lo llevas sobre los hombros como si fuera una mochila y presionas el botón que se encuentra aquí en el centro.... ¡Ah ¿Sorprendida? ¿Has visto? ¡Se abre un paraguas! ¡Gracias a esto siempre tendrás las manos libres incluso cuando llueva!

Seguramente Stair la había visto sacar agua del pozo, completamente empapada bajo la lluvia.

Archie, en cambio, me ha regalado un pañuelo de encaje en el que ha recogido muchísimas flores de lavanda. Era un pañuelo suizo que para él

tenía un gran valor. Se habrá preocupado de que pudiera molestarme el olor del establo...

También debería despedirse para siempre de los tres muchachos. La vista se le volvió a nublar, pero Candy se reprendió rápidamente. No podía pasarse todo el tiempo llorando; a la tarde del día siguiente se vería obligada a marcharse. Debía encontrar a Anthony y a los demás para despedirse.

Quiero que sepan que no soy una ladrona...

El sol se estaba poniendo. Antes de que vinieran a encargarle otro trabajo, se fue corriendo.

Mientras tanto, los tres muchachos se encontraban en la residencia Ardlay en la habitación de Anthony para una reunión respecto a Candy.

-La tía Sara tiene la intención de echarla a cualquier precio- dijo Stair soltando un largo suspiro.- Cree todo lo que dicen Eliza y Neal y el tío nunca está, no puede ayudarnos.

El suspiro de Stair contagió a Archie.

-Hermano, en lugar de perder el tiempo con tus tontos inventos, ¿por qué no ideas algo que pueda ayudarnos a salvarla?

-¿No crees que ya lo habría hecho si pudiera?-respondió Stair, arreglándose las gafas.

Anthony había permanecido en silencio mirando de manera ausente por la ventana. No sabía cuándo Candy se vería forzada a marcharse, pero debía pensar en algo lo antes posible. Sin embargo, aunque trataba de esforzarse, no podía encontrar una solución.

Estaba exasperado por su propia impotencia.

De repente la cortina de satén de la terraza se infló y algo voló en la habitación, veloz como un proyectil, aterrizando sobre la alfombra de una manera para nada perfecta.

Candy había caído golpeándose el trasero y ahora estaba en el suelo avergonzada.

-¡Candy!- gritaron los tres al mismo tiempo, extendiendo simultáneamente la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Riendo, la joven se levantó sola.

-¿Cómo has hecho para llegar hasta aquí?- preguntó Archie, abriendo los ojos de par en par.

Jadeando, la muchacha señaló los árboles que crecían en jardín, cuyas ramas se extendían hacia la terraza. –Pasé de un árbol a otro... pero fue más difícil de lo que esperaba.

-¿Qué les había dicho, chicos? ¿Han visto lo buena que es trepando árboles?

-No es momento para alegrarse de estas cosas, Stair. Candy, ¿Qué sucede? ¿Por qué as venido de esta manera directamente hacia nosotros?

Anthony la miró con preocupación.

-Yo... he venido a despedirme de ustedes.

-¿Cómo?

Palideciendo, los muchachos la rodearon.

-Vamos, no me miren así, hacen que me avergüence. Bueno, ¿Listos para que les dé la noticia? Mañana por la tarde, yo, Candice White, partiré a México.

Durante el trayecto, la joven había practicado repitiendo esa frase de la manera más alegre posible. Parecía haberlo logrado, de algún modo...

-Candy... ¿Qué quieres decir con México?

Los tres se quedaron en silencio por un momento, luego Stair soltó un largo suspiro, incrédulo.

-Eh, sí... Parece que alguna granja agrícola en México necesita a una “encantadora”

ayudante, así que me ofrecieron un trabajo. Les agradezco por todo lo que han hecho por mí.

Candy inclinó profundamente la cabeza. Le era imposible mirar a Anthony a los ojos, pero lo mismo le sucedía al muchacho; le había bastado una mirada para darse cuenta de sus verdaderos sentimientos. Incluso era difícil solo escuchar esa voz que se esforzaba por parecer alegre.

-Y luego... quisiera que realmente me creyeran sobre esto... Me han acusado de haber robado las joyas de la señora... Pero yo soy inocente, ¡Se los juro!

-¡Eso es evidente!- exclamó Anthony con rabia.

Tan pronto Candy se encontró con su mirada, sintió que sus ojos se humedecieron.

-¡Pero por supuesto! ¡Ninguno cree que tú puedas hacer algo así!- aseveró con firmeza Stair, acompañado de un gesto afirmativo de Archie.

-Se los agradezco... Era lo único que realmente me preocupaba- dijo Candy aliviada, sonriendo débilmente. Después tomó un profundo respiro como para darse valor y añadió:

-Bueno, chicos... ¡Realmente les agradezco! Todo ha sido... muy hermoso... ¡Cuando me haya instalado, les escribiré! Y... si un día tienen oportunidad, ¡En verdad espero que vayan a visitarme a México!

Candy trató de restarle importancia al asunto, luego los observó con detenimiento para tratar de grabar sus rostros en su corazón.

El divertido de Stair y sus graciosas gafas... El elegante y muy apuesto Archie... Oh, Anthony, no me mires fijamente, de esa manera. Haces que me den ganas de llorar...

Tratando de alejar esos pensamientos, Candy se despidió: -Entonces...
¡Adiós, chicos!

Jamás los olvidaré...- Pronunció esas últimas palabras con voz temblorosa, luego tomó impulso para saltar de la terraza a uno de los árboles.

-¡Candy! -Anthony trató de llamarla, pero ella desapareció rápidamente entre la oscuridad de los árboles.

Al amanecer del siguiente día Candy fue despertada por Stewart. Afuera todavía estaba oscuro.

-¿Debo partir ya? ¿No tenían que venir en la tarde?- exclamó, saltando sorprendida de la cama.

De manera triste, el hombre respondió: -Ya vinieron a recogerte, Candy...

-Definitivamente siempre tengo que marcharme a toda prisa, ¿Cierto?- comentó alegremente la joven, tratando de animarlo.

Se vistió rápidamente. Ya había colocado todas sus cosas en la bolsa con la que había llegado a la casa de los Lagan.

-¿Has visto? Tengo muchas más cosas que cuando llegué-, dijo sonriendo mientras tomaba delicadamente la maceta que contenía las rosas Dulce Candy.

Con tristeza el chófer la ayudó a llevar el equipaje afuera, permaneciendo en silencio y con la mirada baja.

Era mejor que las despedidas se hicieran aprisa. También cuando se había marchado del Hogar de Pony, todo había sucedido en un instante, impidiéndoles que se sumiera en el dolor. Por lo tanto Candy trató de convencerse de que esa partida anticipada, era en realidad, una consideración hacia ella.

-Adiós, César. Adiós, Cleopatra.- Se preguntó si los dos caballos, aún soñolientos se daban cuenta que no volvería más. - Por favor, cuidense mucho. Estoy segura de que todos cuidarán de ustedes... -Se despidió de

ellos abrazando sus resoplantes hocicos y apretó la mejilla contra sus cuellos, luego salió del establo sin darse la vuelta. Todo estaba envuelto en una niebla blanquecina. Afuera estaban Mary, Doug e incluso el señor Whitman.

-Nunca habría imaginado que llegaríamos a este punto... No hemos podido hacer nada para ayudarte...

-¡Gracias por todo, señor Whitman! ¡Ya verá que podré salir adelante! Gracias a todos por haberse despertado tan temprano para despedirme... ¡Adiós!

Al borde de las lágrimas, Mary la abrazó en silencio.

-¡Deprisa!

La niebla se diluyó y Candy vislumbró una carreta cubierta, conducida por un mexicano de semblante malhumorado.

-¡Sí, enseguida voy! ¡Adiós y gracias a todos!

Después de despedirse de ellos con voz vacilante, la muchacha se subió rápidamente a la carreta a manera de que los demás no la vieran llorar.

-¡Deprisa!- repitió irritado el hombre, y luego les dio un latigazo a los caballos.

Incluso aquella densa niebla matutina en la que solo podía distinguir el contorno de las personas, quizás era un regalo. Las voces que gritaban su nombre se hicieron más distantes, hasta que desaparecieron por completo y, bamboleándose de un lado a otro, la carreta comenzó a cobrar velocidad. Candy trató de mirar a su alrededor, con la esperanza de divisar a Anthony y a los otros muchachos.

No, es imposible... Está amaneciendo y yo misma pensaba que iba a partir en la tarde.

Le habría gustado tanto volver a ver una vez más a Anthony, a Stair y a Archie, pero debía resignarse. Trató de darse fuerza, apretando firmemente

la maceta de rosas.

Eliza y Neal habían presenciado toda la escena desde una ventana, y cuando la carreta desapareció por completo, engullida por la niebla, empezaron a aplaudir de la felicidad.

¡Que suerte habían tenido con aquella partida anticipada!

-¡Ha sido perfecto! ¡Completamente perfecto!

-Qué alivio-, comentó Neal sonriendo de manera maliciosa. En ese momento oyeron el sonido de unos cascos que se iban acercando cada vez más.

Tres caballos se detuvieron frente a la puerta principal de la villa.

-¡Es Anthony con los otros dos chicos! ¿Quién es el idiota que le ha avisado?- Eliza se asomó nerviosamente por la ventana y Neal se dirigió a ellos con alegría: -¡Lo siento por ustedes, pero esa huérfana bastarda ya se ha marchado!

-¿Cómo? Sentado sobre su caballo, Anthony palideció.

-La partida se adelantó. Por otra parte, ¡Una ladrona como ella solamente podía irse a escondidas!

-¡No hables de esa manera de Candy!- dijo Anthony levantando la cabeza y lanzando una mirada asesina en dirección de Eliza.

La muchacha apartó la mirada, intimidada.

-¡Vámonos, quizás aún estemos a tiempo!- propuso Archie, lanzándose al galope.

-Estoy de acuerdo. ¡Aceleremos lo más rápido que podamos! -dijo Stair, espoleando a su caballo.

Candy... Aunque sea solo por un día...

Anthony se mordió los labios.

-¡De todas formas no lograrán alcanzarla!- gritó Eliza desde la ventana.

La niebla matutina se estaba disipando pero, por más que acelerarán, no lograban divisar la carreta.

-¡Subamos a la colina! Quizás desde ahí...- dijo Anthony, cambiando el rumbo de su propia cabalgata.

Ya sin aliento, cuando llegaron a la cima de la elevación más alta de la zona, finalmente divisaron a lo lejos una sombra oscura parecida a la de una carreta, que iba alejándose cada vez más a lo largo del camino.

¿De verdad no nos volveremos a ver más, Candy?

Los ojos de Anthony se humedecieron.

-¡Candy!- gritaron los muchachos con todas sus fuerzas, pero sus voces se perdieron en el despejado cielo de la mañana y no pudieron alcanzarla.

La carreta avanzaba por su camino sin detenerse, levantando nieves de polvo bajo un cielo cargado y nublado.

El mexicano no hacía otra cosa que hablar, pero Candy no entendía lo que decía. Parecía no saber muy bien el inglés y la muchacha estaba demasiado concentrada en tratar de comprenderlo como para abandonarse en el llanto. Lo único que finalmente había podido establecer, era que el hombre se llamaba García. Era un tipo robusto, con cejas y cabello abundantes y hablaba en voz muy alta. Al principio Candy estaba un poco asustada, sin embargo cuando el hombre se dio cuenta de ella no tenía nada que comer, le ofreció un poco de su comida para almorzar.

En México se habla otro idioma... Así que, aunque tengan que decirme maldades, no les entenderé. Vamos, ¿Cómo puedo decir que México será un lugar difícil, si ni siquiera una vez he estado ahí? A lo mejor es un país maravilloso.

Al pensar en esa posibilidad, comenzó a sentirse un poco mejor. Si trabajara con todas sus energías, un día podría regresar a los Estados Unidos y

volvería a abrazar a Anthony.

Hacia el ocaso, cuando el sol estaba empezando a desaparecer, la carreta finalmente se detuvo en las cercanías de un río.

-¡Deprisa! ¡Comer! Tú, pequeña: ¡Leña, fuego!

Sin importar cuantas veces había tratado de hacérselo conocer, el señor García parecía incapaz de memorizar el nombre de Candy.

-Supongo que me está diciendo que valla a buscar leña y encienda y fogón para preparar la cena.

-¡Deprisa! ¡Deprisa!

Al parecer, la palabra que mejor podía pronunciar era "deprisa". Candy sonrió y asintió, luego se adentró en la maleza que crecía en las cercanías del río.

Tiene una manera de hablar brusca, pero no es una mala perso...

Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Alguien la sujetó repentinamente por detrás y le cubrió la boca con la mano, arrastrándola hacia un auto estacionado cerca de ahí.

Capítulo 18

Un viento frío parecía anunciar el fin del verano.

De manera ausente, Anthony se encontraba de pie en el rosedal en plena loraación. Candy se había marchado apenas el día anterior, pero a él le parecía que habían pasado años.

-Sabíamos que estabas aquí...

Stair y Archie hicieron su entrada n el jardín privado de Anthony. -
¿Lograste dormir anoche, Anthony?

-Por supuesto que no- respondió irritado Archie en lugar de él.

-Ya. Veo que es igual para todos- dijo Stair quitándose las gafas para frotarse los ojos.

-Me pregunto si Candy ya ha llegado a México, -murmuró Anthony.

-Si usáramos un dispositivo para localizarla...

-¿Realmente puedes construir algo así, Stair?- preguntó Anthony, girándose para mirarlo.

-Me gustaría, pero no parece factible...

-Y aunque si lo fuera, tratándose de un invento tuyo dudo que funcionara.

-¿Te parece ocasión para ofender de esta manera a tu hermano mayor? Aunque, después de todo, tienes razón... -admitió Stair, suspirando tristemente.

-¿Son estas las rosas Dulce Candy? Sabía que estabas trabajando duro para crear híbridas... En verdad hiciste un gran trabajo.

Archie acercó el rostro a las flores de color rosa pálido.

-Sin embargo, cuando me enteré que finalmente habías encontrado el nombre para tu rosa y que habías usado el nombre de Candy, te consideré un poco desleal...

Con la mirada perdida en el vacío, Stair comentó: -Si ella no está aquí, hay poco para ser desleal.

Sin responder, Anthony extendió la mano para tocar una Dulce Candy. Se llevó a los labios los pétalos que habían caído suavemente ante su toque. Su dulce aroma agudizaba aún más su dolor.

En ese momento, al otro lado del jardín apareció la tía abuela Elroy. Protegida por una sombrilla sostenida por una criada, parecía estar dando un paseo.

-¿No deberían estar estudiando?

Anthony no respondió y volteó la cabeza de manera desafiante.

-Simplemente no logramos concentrarnos-, intervino tristemente Stair con sinceridad.

Al escuchar aquella respuesta, la mujer asumió un aspecto severo.

-Un comportamiento tan imprudente es absolutamente inaceptable. No tengo ninguna intención de escuchar tarde o temprano a sus padres decirme que, desde que llegaron aquí, sus notas han empeorado. Decidí que a partir de hoy por la arde estudien junto a Eliza y Neal. Y también los exhorto a cuidar de ellos. No lo olviden.

Después de haber comunicado sus órdenes, la mujer volvió a su paseo.

-¿Con Eliza y Neal? ¡Oh, Dios mío!-Stair y Archie intercambiaron una mirada y alzaron teatralmente los ojos al cielo.

Esa tarde, Neal y Eliza se presentaron en la casa de los Ardlay. La muchacha estaba vestida elegantemente y no parecía en absoluto haber ido hasta ahí a estudiar.

-¡Hola! Al parecer a partir de hoy pasaremos mucho tiempo juntos-, dijo de manera afectada, saludando a los tres muchachos reunidos en la sala reservada para estudiar.

Anthony y Archie la ignoraron, manteniendo la cabeza agachada en sus libros.

-Sí, pero nuestros profesores todos son muy estrictos. No sé si ustedes serán capaces de seguirles el ritmo- Stair les dio irónicamente la bienvenida, inclinando la cabeza de lado como dudando.

El rostro de Neal se contrajo.

¿Y esta es la forma de saludarnos?

Eliza estaba a punto de responderle de la misma manera, pero cambió hábilmente de expresión mostrando una gran sonrisa. Anthony de hecho

había alzado la mirada.

-Oh, Anthony, estoy tan feliz de poder estudiar contigo.

A pesar de que se había dirigido a él de la manera más encantadora posible, Anthony continuó mirando hacia fuera de la ventana y se limitó a responder con un: -¿Ah, sí?

¿No estará pensando todavía en esa? De todos modos, ahora que ha sido, entonces es seguro que también se fijará en mí. No es posible que realmente le gustara esa chica de bajo nivel venida de un orfanato.

Eliza sonrió confiada, y se acercó a Anthony llevando consigo el libro de física.

-Sabes, Anthony, hay algo que quisiera me explicaras antes de que llegue el profesor.

En ese momento los ojos del muchacho se iluminaron.

Lo sabía, Anthony siente algo por mí.

Pero Eliza se equivocaba.

El muchacho se levantó y salió disparado hacia la ventana. Un gran auto de lujo, que llevaba el escudo de la familia Ardlay, estaba girando en ese momento alrededor de la fuente situada frente a la entrada principal.

En toda la familia solo hay una persona que podría utilizar un auto así. Es casi seguro que se trata del tío abuelo William.

Anthony trató de agudizar la vista. ¿Quién estaba a bordo? No podía ver bien, pero su corazón latía con fuerza, henchido de expectativas. De repente, distinguió en el asiento trasero un vestido rosa claro y un cabello de color brillante. A pesar de encontrarse todavía lejos, Anthony lo comprendió.

-¡Es Candy!- gritó, y se precipitó corriendo fuera de la habitación.

-¿Candy?- preguntaron incrédulo Stair y Archie, y derribando las sillas, ellos también se dirigieron hacia la ventana.

-Es cierto... Stair, ¡Candy está en ese auto!

-Sí, ¡Es Candy! ¡Candy ha regresado!- Dominado por el entusiasmo, Stair se giró hacía Eliza y Neal.

-¿Qué? ¡No es posible! ¡A esta hora debería estar en México!

Eliza le devolvió una mirada que helaba la sangre en las venas y se apresuró a llegar a la ventana, seguida por Neal. Mientras tanto, Stair y Archie salieron del salón a tal velocidad que rebasaron incluso a Anthony. Los dos hermanos Lagan, con los rostros pálidos, también se dirigieron a la puerta.

El gran auto negro se detuvo frente a la entrada. Primero salió un hombre de mediana edad y de aspecto elegante que se apresuró a abrir la puerta trasera. Del interior del vehículo salió de repente una señorita vestida de rosa claro. Era Candy. Era ella, sin sombra de duda.

-¡Candy! –gritó emocionado Archie.

-¡Realmente es ella! ¡Realmente es Candy!- dijo Stair continuando examinándola de los pies a la cabeza, como para asegurarse de que verdaderamente se tratara de ella.

-Candy...

-Anthony...yo...no lo puedo creer... ¡Stair! ¡Archie! ¡Me parece vivir en un sueño!

Con las mejillas sonrojadas y la expresión extasiada, la muchacha observó a sus tres amigos. Envuelta en un refinado vestido de seda de color rosa claro, enriquecido con encajes y volantes, Candy estaba tan encantadora que parecía una princesa de un cuento de hadas.

-Me ha pasado algo increíble... Yo... ¡He sido adoptada por los Ardlay!- les informó, conteniendo las lágrimas.

En ese momento, Archie hinchó el pecho y exclamó orgullosamente: -¡Lo logré! ¡El tío abuelo ha escuchado mi petición!

-¿Cómo? ¿Tú también le escribiste al tío abuelo para pedirle que adopte a Candy?

-¿Tú también lo has hecho, Stair?

-Obviamente... Pero entonces...

Stair y Archie se voltearon a mirar a Anthony. El muchacho respondió riendo y asintió vigorosamente.

-Creo que mi carta ha sido la más franca de todas.

-¡Pero oigan! ¡Hey, chicas! ¡Tratemos de jugar según las reglas!- exclamó Stair.

Abrazándose, los tres jóvenes se echaron a reír en voz alta.

-¡¿Qué sucede aquí?

El aquel momento apareció en el umbral la tía abuela Elroy.

-¡Tía! ¡Candy ha regresado! ¡Ha sido adoptada y ahora es una Ardlay! –dijo Anthony sacando orgullosamente el pecho, y se dirigió hacia la mujer.

-¿Qué quieres decir? ¡Realmente es una broma de muy mal gusto! ¡Jamás he escuchado nada sobre este asunto! Y ciertamente no recuerdo haber dado mi consentimiento-exclamó indignada la anciana señora. Respaldada por Eliza y Neal, miró a Candy con ojos penetrantes y llameantes. En ese instante, el caballero que había llevado de vuelta a casa a la muchacha, y que había permanecido a un lado hasta ese momento, dio un paso al frente.

-Señora, ésta es una decisión del señor William- comunicó con voz tranquila, inclinando profundamente la cabeza.

-¡Secretario Georges! ¡Explíqueme qué está sucediendo! ¡No puedo creer que el señor William haya tomado una decisión de tal relevancia tan

repentinamente y sin consultarme! ¡Georges! Usted es la mano derecha de William, como ha podido...

-Señora, se trataba de un asunto de máxima importancia que requería una intervención inmediata, por eso el señor William me ha enviado. Esto es para usted...

Inclinándose respetuosamente, le entregó un sobre sellado.

Con la presente, es mi intención informar a todos que he aceptado la petición de Anthony, Alistair y Archibald.

Por tanto, he dado instrucciones para que Candice White sea adoptada y entre a formar parte de la familia Ardlay.

William A. Ardlay

Capítulo 19

A Candy le parecía todavía flotar en un sueño. Simplemente no podía creer lo que le había pasado a lo largo del camino que la conduciría a México, cuando a orillas del río estando cerca de un arbusto, la habían metido a la fuerza en un auto, El hombre que la había traído tras llevar a cabo aquella especie de secuestro, había dicho que se llamaba Georges y que era el secretario del tío abuelo William.

-Me ha sido ordenado hacerlo a manera que usted se convierta en hija adoptiva de los Ardlay, señorita Candice - le había dicho de forma mesurada y sin siquiera sonreír-Supongo que tiene miedo por esta forma de actuar un poco brusca, pero no teníamos mi un instante que perder.

Hija adoptiva de los Ardlay. Para comprender bien aquellas palabras, Candy le había pedido al hombre mil veces que le volviera a explicar la situación.

Georges vestía un traje azul oscuro de excelente corte y parecía casi un profesor universitario. No tenía en absoluto el aspecto de un secuestrador y, en el caso de que lo hubiera sido, sin duda no habría podido obtener nada de ella.

-Hija adoptiva de los Ardlay... Incluso cuando me di cuenta de que decía la verdad, de todas formas no podía creerlo.

Divertidos, los muchachos nunca se cansaban de volver a escuchar la historia del así llamado Caso del Secuestro de Candy.

-Quizás no lo parece, pero Georges es un experto en artes marciales, y también es un excelente tirador. Como si eso no bastara, es taciturno e infunde cierto temor.

Seguramente estarás asustada, pero si no hubiera actuado así, quizás habría requerido mucho más tiempo para traerte de vuelta a casa- explicó Archie, sentado en el sofá mientras jugueteaba alegremente haciendo girar los cojines.

Candy se sentía ligera, como si estuviera flotando en el aire. Por lo que le habían dicho, el amplio dormitorio que le habían reservado era, después del de la tía abuela Elroy, la habitación más ostentosa de la villa. Le parecía tan grande al menos como el pequeño Hogar de Pony. Esperándola, había encontrado una suave alfombra de color borgoña, pesadas cortinas del mismo color, muebles con patas arqueadas e incluso una cama con dosel. Ni siquiera Eliza tenía una. Pero lo más maravilloso de todo era ver la sonrisa de los tres muchachos, absortos en mirarla.

Aquello que estaba viviendo era la realidad. Verdaderamente había sido adoptada.

Ahora ya no me veré obligada a dejar a Anthony y a los otros...

Le habría bastado esto para ser feliz, y en cambio ahora adicionalmente, su nombre había cambiado a Candice White Ardlay. ¡Sonaba genial!

-Ciertamente, el tío William es increíble. Ha bastado una carta suya para callar definitivamente a la tía abuela Elroy- comentó riendo alegremente Stair.

-Tienes toda la razón. Todos dicen que tiene un carácter difícil, pero con nosotros ha sido inesperadamente comprensivo.

Archie lanzó un cojín en dirección de su hermano, el cual hizo lo mismo con Anthony.

Todos los muchachos tenían un gran deseo de festejar.

-Oye, Archie, ¿qué clase de persona es el tío William? -le preguntó de repente Candy, poniéndose seria. -Traté de preguntárselo muchas veces al señor Georges, pero no me quiso responder.

-A decir verdad, nosotros tampoco lo sabemos, ¿cierto, Anthony?

Incluso Stair en ese momento asumió una expresión pensativa.

-Exacto. Nadie lo ha visto jamás, Candy.

-¿Cómo que nadie?- Asombrada, la muchacha se giró por primera vez hacia Anthony.

Todo el tiempo había estado mirándolo tímidamente de soslayo, dominada por la vergüenza.

El muchacho le devolvió una incómoda mirada y añadió: -Nunca he oído de nadie, en toda la familia, que lo haya conocido. Aparte de Georges, la única que se comunica directamente con él será la tía Elroy. Se dice que es un señor mayor, excéntrico y gruñón.

-Ya veo... Me encantaría encontrarme con él al menos una vez para poder agradecerle.

-Parece que es un verdadero misántropo, ¿Sabes? A nosotros no nos gustaría conocerlo jamás-, intervino jovial Archie, estirándose.

-Yo en cambio, no veo la hora de poder conocerlo. Él me ha salvado. Ser adoptada siempre ha sido mi sueño, desde que estaba en el Hogar de Pony, pero nadie me quería.

Él al contrario, ha cumplido mi deseo- dijo Candy llena de gratitud, brillándole los ojos.

El solo observarla hizo aflorar una sonrisa en el rostro de Anthony. El muchacho se sumergió en aquella felicidad de un dulce aroma.

De ahora en adelante podré estar con ella para siempre...

Podré verla todos los días...

Bastaba con que se miraran a los ojos para comprender que los dos sentían las mismas emociones.

Esa noche Candy les escribió a la Señorita Pony y a la Hermana Lane, usando el papel para carta propio de la familia Ardlay. Finalmente podría contarles algo real.

Quién sabe lo felices que estarían al enterarse de la noticia de su adopción.

Sin embargo que terrible mirada tenía Eliza...

Recostándose sobre su cama, tan suave que hacía que casi se hundiera, Candy recordó la cena que apenas había acabado y la expresión de Eliza; parecía un volcán a punto de hacer erupción de un momento a otro. Pero ciertamente no era la única que estaba contrariada.

La señora Lagan, la tía abuela Elroy y desde luego también Neal, le habían ignorado por completo.

Es natural que estén molestos, finalmente había logrado echarme...

Casi tengo curiosidad de saber qué se inventarán para fastidiarme.

El resplandor de la luna se filtraba suavemente a través del tragaluz.

En la misma villa en la cual que se encontraba ahora, también estaba Anthony. La sola idea hizo más cálido el corazón de Candy.

-Querido tío William, realmente le estoy agradecida por todo. Rezo porque siempre permanezca saludable, y espero que su misantropía mejore lo más pronto posible, de manera que pueda conocerlo... Buenas noches.

Terminada su oración y envuelta en una felicidad del color de las rosas, Candy cerró los ojos.

Al día siguiente fue despertada por el canto de los pajaritos.

¡Oh, no! ¡Me he despertado tarde y no he limpiado el establo!

Se levantó con un sobresalto, pero luego se puso a reír: ya no encontraba en el establo de los Lagan. Ya no era necesario que se levantara al amanecer para ocuparse de los caballos o de trabajar en la cocina.

Sí, claro. Ahora soy Candice White Ardlay.

En realidad todavía no podía creérselo. Miró a su alrededor para observar aquella habitación espléndidamente amueblada que ahora le pertenecía.

-Todo está a su completa disposición. El señor William espera que usted esté bien y que se dedique a estudiar- le había dicho Georges el día anterior, cuando la había

acompañado a su nuevo aposento. Luego, como si hubiera cumplido con todas sus obligaciones, se había marchado apresuradamente.

Candy se levantó y abrió el armario. Extasiada, se quedó un momento sin aliento.

-Cuántos vestidos... ¡Ni siquiera Eliza tiene tantos! ¿Pero cuándo los habrán preparado?

Admiró aquellos atuendos de todos los colores y exactamente de su talla, pero decidió ponerse el más sencillo y cómodo. Luego, salió de la estancia. Estaba preocupada por César y Cleopatra. Tenía que ir con ellos para avisarles que había regresado y para cepillarlos. Aunque había sido adoptada, quería seguir ocupándose de los dos caballos.

Recorrió el pasillo y descendió la escalera cubierta por una alfombra de color púrpura; lo que ya era suficiente para hacerla sentir como una reina. Con paso ceremonioso se dirigió hacia la entrada trasera, más próxima al jardín. En ese momento, escuchó a los criados que hablaban en el vestíbulo.

-Simplemente yo no puedo llamar señorita a esa chica de nombre Candy.

-¡Oh, tampoco yo! ¡Le escuche decir a la señorita Eliza que cuando estaba en casa de los Lagan incluso les robó cosas!

-¡Yo también me enteré de eso! ¡Es terrible que una persona de esa clase haya sido adoptada por los Ardlay!

-La señorita Eliza también me ha contado que esa chica es muy hábil para congraciarse con la gente y que es una gran mentirosa. Debemos estar atentos...

Candy se mordió el labio y, tratando de no hacer ruido, pasó al otro lado. Abrió lentamente la puerta y salió al exterior. Transportando el aroma de las flores, el viento matutino la envolvió como un manto.

Yo no he hecho nada malo...

Entonces recordó las palabras de la Señorita Pony: “*Si no has hecho nada de qué avergonzarte, sigue hacia adelante con la frente en alto*”. Le había dicho aquella frase cuando fue acusada por una travesura que había cometido Tom.

Exacto. Si me comporto con honestidad, tarde o temprano todos se darán cuenta. Debo convertirme en una verdadera señorita, ¡A modo de hacer sentir orgulloso al tío abuelo William!

Armándose de valor, avanzó por el jardín. De pronto vio venir a su encuentro a Anthony y se detuvo, con el corazón iluminado por la alegría. ¡Estaba segura de que lo encontraría!

-¡Qué madrugadora eres, Candy! Ayer fue un día pesado, pensaba que todavía estarías durmiendo.

La sonrisa del muchacho era radiante.

-Tú también siempre te despiertas temprano, Anthony- respondió Candy, entrecerrando los ojos.

-Las rosas se levantan mucho antes que yo- dijo él sonriendo.

Las rosas...

Candy frunció repentinamente el ceño. Estaba muy feliz de haber entrado a formar parte de la familia Ardlay, pero había un pensamiento que no podía sacarse de encima: la maceta de las Dulce Candy. Al verla repentinamente triste, Anthony se inclinó preocupado para mirarla a la cara.

-¿Qué sucede, Candy? No me digas que Eliza y Neal de nuevo han...

-No, no. Verás, yo... debo disculparme contigo...- respondió Candy respirando profundamente y alzando la mirada.

-Se trata de las rosas Dulce Candy...

-Las has dejado en la carreta, ¿Verdad?

El muchacho sonrió, como si ya supiera todo.

-¡Anthony, perdóname! Me gustaría volver solo para recuperarlas...- dijo Candy con aprensión.

El joven no pudo contenerse de alargar la mano para acariciarle las sonrojadas mejillas, pero se detuvo a mitad de camino. Acelerando el paso, dijo: -Ven conmigo, Candy.

La condujo a su rosal. Candy lo siguió con pequeños pasos rápidos, gritando de alegría:

-¡Cuántas Dulce Candy!

En una esquina del jardín de Anthony había un rosal de Dulce Candy. Las flores de color rosa pálido estaban en espléndida floración.

-Las que te había dado provienen de esta planta. Estoy feliz que hayan tomado tu lugar, y que tú estés aquí.

-Gracias, Anthony...

Escuchando las explicaciones del muchacho, empeñado por completo en tranquilizarla, a Candy casi le habían dado ganas de llorar, conmovida por tanta bondad. Agachándose, acercó el rostro a muchas de las corolas abiertas y advirtió el perfume que ya conocía. De repente, iluminado por la luz de la mañana, algo brilló sobre su pecho.

-¿Qué es ese broche que llevas junto a la cruz?- preguntó con sorpresa el muchacho.

-Oh, ¿esto? Pertenece al Príncipe de la Colina...- le explicó, estrechando su valioso broche.

-¿Un príncipe?

-En realidad, soy yo quien lo llama así. No sé nada de él, ni siquiera su verdadero nombre.

Era un chico maravilloso. La primera vez que te vi me quedé sin palabras, ¿sabes, Anthony? Eres idéntico a él.

Candy no se dio cuenta que la expresión del muchacho repentinamente había cambiado.

Solo quería confiarle ese secreto que ni siquiera le había contado a la Señorita Pony y a la Hermana Lane.

-Cuando tenía seis años, un día estaba llorando en la Colina de Pony, y ahí fue que apreció mi Príncipe. Vestía el traje tradicional de Escocia y...

-Ese sin duda es el broche de la familia Ardlay, pero es un poco diferente al mío...- la interrumpió Anthony con la voz ligeramente velada por la aspereza.

Sorprendida, Candy lo observó: - ¿El broche de la familia Ardlay? ¿Entonces el príncipe es en realidad un miembro de su familia?

-

Es posible...

Anthony apartó la mirada. Tenía la sensación que un gran peso había caído sobre su corazón. Pensó en ese muchacho que Candy había conocido muchos años atrás, y que nunca había olvidado. Incluso hoy, su recuerdo podía cambiar de aquella manera su expresión...

¿Quién es este chico que Candy no puede olvidar? ¿Quién es el propietario de este broche que se parece tanto al mío?

-¿Ocurre algo, Anthony?

Notando su silencio, Candy lo miró fijamente dominada por la ansiedad, pero Anthony continuó con la cabeza baja mirando hacia otro lado.

-Candy... la primera vez que nos encontramos me llamaste "príncipe", ¿recuerdas?

Entonces es solo porque me parezco a él que...

-¡Anthony!

Tomada por sorpresa, Candy negó vigorosamente con la cabeza. La respiración se le aceleró: ya había intuido la conclusión de aquella frase.

-¡Te equivocas, Anthony! -Absolutamente no quería que la malinterpretara, pero no sabía cómo explicarle. -¡Anthony! Tú... ¡Tú me gustas por lo que eres! ¡Me gustas porque eres tú!

Lo había dicho. Candy contuvo el aliento y bajo la cabeza. Qué vergüenza: realmente le había dicho semejante cosa... No pudiendo resistirlo, inmediatamente se giró conteniendo la respiración y comenzó a correr.

Anthony se quedó por un instante estupefacto, pero luego exclamó seguro: - ¡Candy! ¡Tú también me gustas! ¡Me gustas de verdad!

Volteando hacia la figura de espaldas que se marchaba corriendo, pronunció por primera vez aquellas palabras. Habían fluido con ímpetu de su corazón, pero la voz que las había expresado en realidad había sido apenas perceptible.

Capítulo 20

La primera semana en calidad de hija adoptiva de los Ardlay pasó volando. Las jornadas de Candy estaban marcadas por lecciones especiales para convertirse en una ‘verdadera señorita’, impartidas por fríos y severos maestros elegidos por la tía abuela Elroy. Sin embargo, la muchacha había decidido esforzarse al máximo. No por nada, ahora era una Ardlay.

Quiero que un día, cuando conozca al tío William, él pueda estar orgulloso de mí... Y

después...

Y luego quería convertirse en una señorita digna de Anthony. Al pensarlo, enrojeció avergonzada.

Por la tarde, después de terminar la clase privada de etiqueta y de despedir a la maestra en la entrada principal, Candy se estiró sin ser vista y corrió a toda velocidad hacia la fuente con la estatua de Diana, la diosa de la luna, situada en el patio interno.

-¿Qué hiciste, Candy?

Anthony y los otros dos muchachos la estaban esperando ahí con impaciencia. Corrieron a su encuentro.

- Hice, hic... Um... Recién he terminado- dijo haciendo un mohín e inclinándose levantó los bordes de su vestido.

- ¿Y esa cosa qué es?- Pregunto Stair echándose a reír, seguido por Anthony y Archie.

- Lo aprendí de la señorita Jane, mi maestra de etiqueta. Ella dice que mis modales son peores que los de una mona y que incluso un caballo podría expresarse con mayor elegancia que yo- explicó de manera altiva, levantando el mentón.

Dándose codazos, los muchachos se rieron a carcajadas.

Candy bromeando les sacó la lengua y suspiró de manera teatral: - Oh, que incómodo es ser una señorita. No se puede trepar arboles y no hablemos de morder una manzana...

Parece ser algo terrible, ¿lo sabían?

- ¿Y tu, Candy? ¿Qué tienes planeado hacer?- Pregunto traviesamente Stair, estudiándole el rostro.

- ¡Creo que está claro!

Candy se quitó los zapatos de piel y las calcetas, que combinaban con el color del vestido, y tomó impulso para sujetarse del brazo de la diosa Diana, regresando luego con un salto al mismo lugar. Stair silbó y dio un grito con alegría.

- Oye, hermano, ¿Tú no lo intentaste también la otra vez? Lástima que ni siquiera llegaste a la estatua: caíste en la fuente-, Comentó irónicamente Archie.

- Olvidémonos del pasado. Haces bien, Candy, no serías tú si te comportaras de ese modo afectado. ¿Cierto, Anthony?

- Si. Siempre debes ser tú misma, Candy. Cuando eres espontánea es que eres más encantadora- Respondió el muchacho, mirándola tiernamente.

- ¿Qué son esas impresionantes frases, Anthony? Me sientan mucho más a mi- dijo en broma Archie, inmovilizándolo por detrás.

- Oye, Stair, ¿Qué es esa cosa sorprendente de la que me hablabas esta mañana? ¡Llevo todo el día que no veo la hora de descubrirla!

Incapaz de sostener la expresión avergonzada de Anthony, la voz de Candy se hizo más alegre.

-¡Ah, justamente! ¡Vamos! ¡Todos al lago!

Alzando el brazo, Stair se hecho a correr. Candy lo siguió con los pies descalzos, llevando en la mano los zapatos. De forma casi natural, siempre

se encontraba cerca de Anthony, incluso en ese momento, corrían el uno al lado del otro. Sin darse cuenta, los muchachos pasaron riendo frente a la glorieta hexagonal del jardín.

En ese momento la tía abuela Elroy y los hermanos Lagan estaban tomando el té y apartaron la mirada con molestia. Conteniéndose de zapatear el suelo, Eliza seguía caminando en círculos, mientras Neal depositó ruidosamente la taza en el platillo con irritación.

- ¡Tía! ¿Como puede permitir que esa haga como le venga en gana? ¿Como puede una ladrona así mandar en la casa de los Ardlay?

- ¡Eliza tiene razón, tía! Yo también estoy preocupado ¿Y si robara de nuevo las joyas?

- Desde luego, todos tenemos los ojos bien abiertos, Neal. Ya les he advertido a los sirvientes de la mala costumbre que tiene esa muchacha. Sin embargo, no puedo hacer nada. Las órdenes del tío abuelo William no se discuten.

- ¡Pero, tía! ¡Podrá ser una orden del tío abuelo William, pero yo no puedo aceptar a ésa como un miembro de la familia Ardlay! Incluso mamá y papá dicen que...

- Eliza, pienso exactamente como Sara. Tenemos que encontrar una forma para que ella se marche. Sin embargo, por orden del tío abuelo William, debemos celebrar una batida

de caza de zorros para presentarla oficialmente como hija adoptiva de los Ardlay.

Realmente es un gran problema-, se lamentó la mujer, masajeándose las sienes.

- ¡Pero si ésa ni siquiera sabe montar a caballo! - espetó Neal. Eliza asintió con tal ímpetu que casi se le separa la cabeza.

- Estoy realmente preocupada. ¿Como puedo llevar a una gran recepción a una muchacha carente de cualquier educación como ella? El tío abuelo William debe haber pensado lo mismo, si ha determinado presentarla oficialmente en un acontecimiento como cazería de zorros, cuando todos nos reuniremos para divertirnos, Sin embargo, me preguntó porque ha tomado una decisión que la dejara en ridículo ante los ojos de toda la familia...

La tía abuela Elroy soltó un profundo suspiro.

Poco antes del atardecer el lago se fusionaba con el cielo, resplandeciendo de un azul aun más intenso. En su superficie se deslizaba un gran cisne. Aquella era precisamente la fantástica invención de Stair, una embarcación con la forma del ave blanca.

- ¿Entonces, Candy? ¿Que opinas de este elegante medio de transporte, en calidad de primera pasajera?

- ¡Es maravilloso! ¡Parece sacado de un cuento de hadas! ¡No veo la hora de subirme!

La muchacha le echó un vistazo al interior sonriendo.

- Candy, no te alegres demasiado antes de tiempo. Tal vez después te tocará llorar.

- ¡Muy chistoso, Archie! Vamos, Candy, una vez que subas te espera algo asombroso.

- ¡Oh, que emoción! - le respondió alegremente.

Cuando subió abordo, por un cilindro colocado en medio del bote brotó repentinamente un chorro de agua que le cayó encima como si fuera una ducha. Candy se encontró empapada de los pies a la cabeza.

- ¡Oh, perdonadme! ¡Se me olvidó decirte que abrieras el paraguas!

Al ver a Stair que se llevaba las manos a la cabeza, los otros dos muchachos se retorcieron de la risa.

- ¡En verdad es algo asombroso, Stair!

- ¡No digas eso, Anthony! Este es el Bote del Cisne con Fuente: permite navegar sobre el lago admirando el arco iris y... Bueno, al menos esa era la idea.

- Una idea fantástica, Stair... ¿Pero el baño es obligatorio cada vez que uno sube abordo?

Candy descendió de la embarcación y los tres muchachos le ofrecieron sus pañuelos.

Sintiéndose como una princesa protegida por sus caballeros, la muchacha aceptó los presentes de ellos.

Del lago soplaba un viento ligero. Se trataba probablemente del viento del sur. Si en ese momento le hubiera confiado a la corriente una botella conteniendo un mensaje, quizás hubiera llegado hasta el señor Albert. Candy deseaba contarle lo antes posible la suerte que le había acontecido.

*¡Señor Albert, he regresado! ¡Y ahora formo parte de la familia Ardlay!
¿No puede creerlo, cierto? ¡La vida realmente es una cosa extraordinaria!*

- Candy, ¿Has pensado en nuestra propuesta? - le preguntó sonriendo Archie, concentrado en volverse a arreglar el cabello con sus delgados dedos.

- ¡Oh, claro! ¡El portal de Candy!

Stair se tumbó sobre la hierba y los otros se acomodaron a su alrededor. Candy sintió acelerarsele el corazón: el hombro de Anthony estaba tan cerca de rozar el suyo.

El portal de Candy. Sería un portal completamente suyo.

Anthony tenía el portal de las rosas. Archie la entrada de piedra con los grabados del elegante caballero, y Stair había diseñado el ingenioso Portal de Agua. Ese era el verdadero significado de las tres entradas. Cuando

vieron la admiración de la muchacha, los tres habían expresado la intención de construirle uno solamente para ella.

- ¡Por supuesto que lo he pensado! A mí me gustaría... ¡Un Portal de Dulces! Para entrar necesitas pasar dentro de una dona, y las paredes de alrededor deben ser de chocolate, con pasteles y...

- Y con tanto caramelo que a todos nos recuerde tu nombre, supongo - dijo al instante Anthony, mirándola con ojos cristalinos.

- Sería un portal realmente dulce - Comentó Archie, frotándose la barriga de solo pensarlo.

- Es verdad. De hecho me ha dado un poco de hambre - dijo Stair levantándose de inmediato, y todos se echaron a reír. Candy se sentía tan feliz que casi tenía ganas de llorar.

La tía abuela la trataba con frialdad, mientras que los criados la ignoraban sin ocultar su desprecio, pero ella no habría podido ser más feliz así. Tenía junto a ella a esos tres esplendidos muchachos, y con ellos a su lado nada tenía importancia. Pero, sobre todo, tenía tan cerca la sonrisa de Anthony...

Aquel día, en el que le había confiado que le gustaba, él no había respondido nada. O al menos de eso estaba convencida. No obstante a eso, Candy sentía que desde ese momento el muchacho se había vuelto aun más dulce y estaba más presente que antes. No necesitaba palabras para comprender los sentimientos de Anthony.

Temprano por la mañana, mientras el resto de la casa todavía estaba durmiendo y envuelta en el silencio, Candy se encontraba con Anthony en el jardín de las rosas. Realmente nunca habían quedado en reunirse, pero ya sabían a donde ir, como sin un delgado hilo los uniera y los llevara el uno hacia el otro. Ese era un momento solamente de ellos.

Envueltos por el dulce perfume de las rosas, Candy se encargaba de cuidar las flores junto a Anthony, y a menudo se sentía aun dentro de un sueño.

Candy corrió hacia el jardín incluso la mañana previa al día de la cacería del zorro.

Era un día ventoso, y del rosal llegaban suavemente los pétalos de las flores, volando en el aire hasta aterrizar a los pies de la muchacha. Anthony ya estaba ahí, y miraba las rosas Dulce Candy, ahora ya casi deshojadas.

La joven estaba a punto de llamarlo, pero entonces se detuvo. Su imagen parecía muy distante. Era una extraña sensación; estaba ahí a pocos pasos, le hubiera bastado pronunciar su nombre, sin embargo, tenía la impresión de que Anthony se encontraba en un lugar tan lejano que, si se hubiera puesto a correr, nunca lo habría alcanzado.

En ese momento, el muchacho se dio la vuelta lentamente.

- ¿Qué sucede, Candy? ¿Por qué estas ahí inmóvil?

Viéndolo sonreír como siempre lo hacía, Candy se animo y respondió: - Estaba pensando que el día de hoy muchas rosas se están marchitando.

Incluso en ese momento los pétalos de color rosa pálido que descansaban en el cabello de ambos, de pronto fueron transportados por el viento como si fueran mariposas.

Parecía que se apresuraban a irse a cualquier parte. Danzando en el aire, desaparecían en el cielo azul claro.

-

Es una estación que termina - murmuró Anthony, siguiendo con Candy la dirección de los pétalos. -Los pétalos también caían de esta manera cuando mi madre murió...

Candy se sobresaltó. Sabía que el muchacho había perdido a su madre de pequeño, pero él nunca había hablado de ello.

-

Sabes, Candy, mi madre amaba mucho las rosas.

Anthony recordaba su sonrisa. Era una mujer de salud delicada, y cuando no se encargaba de cuidar las flores, siempre estaba sentada en una mecedora, observando el jardín.

Cuando miraba a su hijo, sus bellísimos ojos verdes parecían iluminarse, y en su rostro aparecía una sonrisa aun más dulce.

-Cuando era pequeño me disgustaba muchísimo ver las flores deshojarse... Era triste, y por alguna extraña razón me sentía solo. Tal vez me parecía volver a ver a mi madre...

Era como si con las flores también muriera ella. Pero fue mi propia madre quien me dijo que las rosas son hermosas porque se marchitan. *“Nacen y mueren, nacen y mueren. De esta manera, las flores viven por siempre...”* – Casi como si estuviera hablando consigo mismo, Anthony murmuró las palabras de su madre, observando un punto distante - *“Las flores mueren y renacen aun mas bellas. Las personas mueren y renacen aún más hermosas en el corazón de los que se quedan. Por tanto, Anthony, yo viviré por siempre dentro de ti...”*, Mamá me lo dijo mirándome fijamente a los ojos. Yo era demasiado pequeño para comprender realmente lo que estaba tratando de decirme, pero al ver como sus ojos verdes se ponían húmedos como si fueran unos hermosísimos lagos, asentí con gran convicción... Partió tres días después...

- Anthony...

El muchacho la miró y le sonrió. Sus ojos eran más límpidos que el cielo matutino.

-¿Es extraño, verdad Candy? Todavía puedo recordarme perfectamente de ella. Recuerdo incluso su voz. Realmente es cierto que cuando las personas se van, reviven en nuestro corazón, llegando a ser incluso mas bellas de como eran.

Candy permaneció observándolo en silencio. Tenía el temor que, si apartaba la mirada, el muchacho se disolvería en la luz.

Capitulo extra 1

Ahora que vuelvo a pensar en ese agobiante presentimiento que tuve en aquel entonces, creo que tal vez en mí corazón ya prentia lo que estaba por suceder...

No se cuanto tiempo permanecí de pie frente al cuadro de Slim. Me pareció un tiempo muy largo, pero la luz de la tarde que filtra copiosamente a través de la cortina no se ha atenuado en lo absoluto. Me sumergi en aquella pintura que retrata el Hogar de Pony en su cabalidad, y en un instante retrocedí en el tiempo.

Una dolorosa tragedia incluso solo de recordar... Un día que desearía nunca haberlo vivido, pero que no puedo de ninguna manera olvidar. Seguramente todos vivimos llevando en el corazón recuerdos similares.

Suspiro. Me siento con cuidado en el sofá ubicado un poco más lejos, y el Hogar de Pony en esa pintura se hace un poco más distante. El solo verlo al fondo del camino era para mi algo tan reconfortante que me hacia correr confiada hacia su dirección. Ese es el lugar a donde puedo regresar y, al mismo tiempo, el lugar del cual puedo partir con el corazón lleno de esperanza.

Recuerdo una a una todas las palabras susurradas por Anthony aquella mañana en el interior del jardín. Entre los pétalos que danzaban en el aire, aquel lugar era tan hermoso que parecía el paraíso. Recuerdo su voz triste, sus gestos, su sonrisa inclusive demasiado dulce. Pero en aquel entonces, en cambio, inmediatamente me olvide de todo, incluso de aquel presentimiento que me había invadido por un momento; estaba demasiado preocupada por la cacería del zorro del siguiente día.

Quería superar con éxito la ceremonia de mi presentación, a modo de no avergonzar al tío William. Deseaba que todo saliera bien incluso para Anthony, Stair y Archie, que en secreto me enseñaron a montar a caballo.

Los tres chicos, a diferencia de los adultos, no mostraban gran interés por la actividad de caza, y Anthony se sentía además culpable con relación a los zorros.

- Los adultos realmente se contradicen, ¿Cierto? Nos enseñan a amar a la animales, pero aceptan que se practique la caza de zorro. Cuando yo sea grande, no haré ciertas cosas -, Me dijo una vez, y luego añadió: - Pero sabes, Candy, esta vez sera diferente porque se trata de tu presentación. En ocasión de este primer paso por ser aceptada como miembro de la familia Ardlay, quiero atrapar en tu honor un zorro que sera la envidia incluso de los adultos.

Oh, Anthony...

Solo puedo seguir repitiendo su nombre. Han pasado más de veinte años desde entonces, pero estas son las únicas palabras que puedo decir.

Aquella mañana el cielo estaba extraordinariamente despejado. Incluso la tía abuela Elroy había dejado escapar una sonrisa diciendo: - Es un día perfecto para la cacería del zorro.

Mi presentación oficial como la hija adoptiva de los Ardlay... Presumía un aspecto tranquilo,pero mi sonrisa escondía un gran nerviosismo. Sabía bien que, empezando por la tía a abuela, nadie de la familia sería amigable conmigo. También la actitud de la servidumbre era clara. Todos estaban simplemente obedeciendo a regañadientes las órdenes del tío abuelo William.

- ¿El tío abuelo William estará presente?

Aquello era lo que mas quería en mi corazón. Le había escrito muchas veces, sin haber obtenido nunca respuesta, pero esperaba poder conocerlo al menos ese día para poder dirigirle al menos solo una palabra de agradecimiento.

- No, no creo que vaya a participar. Recuerda que es un misántropo. Además, más que un tío, creo que es mas parecido a un abuelo, así que realmente no creo que se pueda hacer que forme parte de una cacería. Estoy casi seguro de que ni siquiera se puede sostener en pie, ¡Imagínate subirse a un caballo!

Cuando recuerdo los burlescos movimientos de Stair interpretándolo, siempre me da por sonreír.

Aquel día los tres chicos fueron más que nunca mis caballeros.

El inmenso bosque de los Ardlay. Las miradas de las personas reunidas eran incluso más gélidas de lo que me esperaba. Ciertamente la señor Lagan había ya difundido en toda la familia horribles historias sobre mi.

- Los caprichos del tío abuelo William siempre nos ponen en grandes aprietos, pero esta vez se ha tratado de un verdadero disparate. Con ustedes aquí esta Candy, su hija adoptiva.

La tía abuela Elroy me presentó con esas palabras, poniendo inmediatamente en claro su disgusto. Recuerdo que permanecí sorprendida, pero no obstante estaba tan feliz, ya que ni siquiera estaba segura de que realmente me fuera a presentar. Nadie me consideraba que fuera una Ardlay, pero mi desafío comenzó en aquel momento. Mi corazón estaba lleno de determinación. Por supuesto que también estuvieron presentes Eliza y Neal, vestidos con ropas pomposas. Parecían buscar el momento indicado para ponerme en vergüenza, pero siempre tuve a mi lado a mis tres amigos.

Luego, en el bosque resonó el disparo que dio inicio a la cacería. Golpeando el suelo, los caballos se lanzaron al galope, acompañados por los ladridos de los perros esparcidos por todas partes.

Incluso yo, protegida por Stair, Archie y Anthony, comencé mi lenta carrera. En secreto, de vez en cuando había montado a Cleopatra, y estaba acostumbrada a estar en contacto con caballos, pero montar a toda velocidad era en realidad algo completamente diferente.

- Archie, ¿Cual era el premio de la cacería? - Se giró para preguntarle Stair, tirando de las riendas.

- Un collar de rubí ofrecido por el tío abuelo William. ¡Y será mio!

Después de hacerme un guiño, Archie había espoleado repentinamente su caballo y se dirigió hacia el bosque.

- ¡Verás que él conoce un buen lugar para cazar!

Stair se apresuró a correr tras él y me encontré de repente a solas con Anthony. Él lentamente acercó su montura a la mía.

-Yo también conozco un excelente lugar para cazar, ¿Sabes? - dijo con picardía, pero permaneció en su lugar para cuidar de mí, debido a mi poca familiaridad con los caballos.

En algún lugar resonó otro disparo, y los ladridos de los perros se alejaron.

Anthony se había adentrado en el oscuro y denso bosque, avanzando con la espalda agachada. De repente todo se iluminó y, casi como si se tratara de un oasis, nos encontramos en un claro. La atmósfera del lugar me trajo repentinamente a la mente la Colina de Pony y, casi sin pesarlo, compartí aquel pensamiento.

- ¿La Colina de Pony, dices? Ese es el lugar de donde vienes, ¿Cierto Candy? - Me pregunto Anthony, dándose la vuelta - Me gustaría verla un día. Y también quiero visitarla para ver en donde creciste, y conocer a la Señorita Pony y a la Hermana Lane.

- ¡Es una promesa, Anthony!

Me puse a saltar de la alegría sobre el lomo del caballo.

Él me miraba divertido, pero se puso repentinamente serio y me dijo: - Cuando eras pequeña conociste a tu príncipe en la Colina de Pony, ¿Cierto? Sabes, las descripciones que me has dado de ese chico me recuerdan algo... Tal vez, cuando yo era pequeño...

En ese momento escuchamos un crujido proveniente de un arbusto cercano, y apareció de repente un zorra de cola voluminosa.

- ¡Candy, seré yo quien te regale ese collar de rubí!

Sonriéndome, se reacomodo ágilmente sobre su silla y le dio unos golpecitos al caballo en los flancos, lanzándose a la persecución del animal.

Corriendo a una velocidad vertiginosa, la presa trataba de escapar, e incluso el caballo de Anthony aumento la velocidad de su galope. Para cuando estuvo ya atrapada, la zorra temblaba y se agitaba de manera frenética, como volviéndose loca.

Sin embargo, de repente, el caballo de Anthony pateó con fuerza con las patas delanteras, arqueándose hacia atrás. Había acabado en una trampa.

Entonces, aquel relincho...

Me cubro de inmediato el rostro con las manos y me levanto del sofá. Incluso ahora no quiero volver a recordar aquel instante. Es duro afrontar la realidad. Sin embargo ese momento esta grabado en mi memoria y vuelve a regresar, una y otra vez, reviviendo en mis sueños.

Anthony cae lentamente de su caballo blanco. No, no puede haber sucedido de esta manera. En realidad todo ocurrió rápidamente. Anthony fue lanzado de su montura, pero en mi mente es como si todo fuera en cámara lenta.

No había ruidos. Ni siquiera escuche mi voz que gritaba.

Entonces me desmayé, y cuando recuperé el conocimiento no recordaba nada.

Anthony Brown. Solo tenía quince años. Era un chico dulce que amaba las rosas. ¿Cuan cruel puede ser dios?

En un momento, me pareció que todos los colores abandonaban este mundo. Debe haber sido lo mismo para todos los miembros de la familia Ardlay.

Recuerdo las miradas tristes y apagadas de Stair y Archie. A pesar de todo, trataron de protegerme de la ira de la tía abuela Elroy.

- ¡Es tu culpa! Si solo no hubieras sido adoptada por los Ardlay...

Después de haber gritado contra mí esas palabras, se retiro a su habitación, como si no quisiera verme nunca más.

Si, Archie y Stair me habían consolado con todas sus fuerzas, pero yo sabia bien como se sentía aquella señora mayor. También yo, en mi corazón, pensaba que era culpable.

Esta es la ironía del destino. Desde que fui pequeña soñaba con ser adoptada por una familia rica.

Si ese era el precio, entonces habría sido mejor que me hubiera ido a trabajar a México.

Habría afrontado cualquier trabajo duro, sí hubiera servido para que Anthony siguiera con vida...

¿Cuántas veces he tenido éste pensamiento? Incluso que me he imaginado que, si me hubiera regresado a México en aquel momento, él habría vuelto a la vida.

¿Qué significa alcanzar la felicidad? No lo sabía más... No estoy segura de comprenderlo incluso ahora. Lo que busco es algo simple: poder vivir junto a la persona que se ama.

Incluso después del funeral, la pesadilla continuaba merodeando sobre la casa de los Ardlay.

Stair y Archie se volvieron cada día más taciturnos, casi como si hubieran perdido toda su energía.

Yo solía ir todas las mañanas al jardín, a la hora exacta en que me reunía con Anthony, pero ese lugar, ya desprovisto de flores, estaba completamente seco y las ramas temblaban con el viento, como si tuvieran frío. Estaba segura que ninguna flor volvería a florecer nunca más.

Las flores mueren y renacen aún más bellas. Las personas mueren y renacen aún más hermosas en el corazón de los que se quedan.

Desde el fondo de mi corazón, habían vuelto a aflorar las palabras de Anthony.

¡Eso no es lo que quiero! ¡No me importa que revivas en mi corazón, aunque suceda de una manera maravillosa, Anthony! ¡Quiero escuchar tu voz! ¡Quiero ver brillar tus ojos!

¡Quiero tocar tus manos!

Cuando grité esas palabras en mi interior, mis ojos se llenaron de lágrimas. Me derrumbé en el suelo y comencé a llorar desconsoladamente. Pero, a medida que continuaba, las lágrimas parecían no detenerse.

¿Qué debo hacer... Qué debo hacer?

Llorando, agarré una rama, como para aferrarme a Anthony. Fue entonces que me pinche la punta del dedo con una espina oscura, haciendo que fluyera una gota de sangre roja.

Permanecí por un momento mirándola fijamente, aturdida, y de repente caí en cuenta que yo estaba viva. Miré lentamente a mi alrededor.

Aquel lugar que antes me había parecido árido, más bien me dio la impresión como si estuviera protegiendo la vida, de manera que las flores pudieran florecer aún más hermosas en la siguiente estación.

Anthony... ¿Qué significa vivir? ¿Qué significa morir? Anthony, ¿Debo continuar viviendo incluso si tú no lo haces más?

Sí, Candy.

En aquel momento, realmente escuché su voz en el viento.

Quiero que vivas con una sonrisa, exactamente como lo has estado haciendo hasta ahora.

Lo sé, Anthony, pero va a ser difícil... Anthony, yo te amaba tanto...

Yo también.

Quizás esa voz que me pareció haber escuchado fue mi pura sugestión, pero estoy convencida de que fue él para darme fuerzas para seguir adelante.

¿Qué debo hacer ahora?

Llorando, miré mi dedo lastimado. Sin que me diera cuenta, la sangre se había detenido.

Para el rey de los inventos de todo el mundo, Alistair Cornwell y para el valiente caballero de la Entrada de Piedra, Archibald Cornwell.

Queridos Stair y Archie,

Por favor, perdonenme si me voy sin despedirme de ustedes.

No puedo quedarme más tiempo en esta villa llena del recuerdo de Anthony. Sería demasiado doloroso para mí.

No quiero ser motivo de mayor sufrimiento para la tía abuela Elroy, pero más que todo no puedo verlos tristes.

Por primera vez en mi vida, logré examinar mi interior. Ser adoptada por los Ardlay ha sido un sueño maravilloso. Pero más que vestidos de seda, me sientan los vestidos de algodón con remiendos. De lo que me di cuenta es que yo soy la que los prefiere.

Escucho una voz dentro de mí que me dice que busque la felicidad con mis propias fuerzas.

Stair, Archie, no sé cómo agradecerles por todo lo que han hecho por mí. Nunca olvidaré su amabilidad.

Tenemos muchísimos buenos recuerdos, ¿Cierto? Son ellos los que me harán una persona verdaderamente feliz.

También tengo intención de escribirle al tío abuelo William para disculparme y agradecerle por haberme concedido el ser adoptada.

Fue solo por un breve periodo de tiempo, pero me ha permitido vivir un bellissimo sueño.

Stair, Archie, no deben preocuparse por mí. Cuando reciban esta carta, yo estaré en el tren que va directo al Hogar de Pony.

Esperó que siempre estén bien. También procuren cuidar a la tía abuela. La próxima vez que nos veamos, lo haremos con una sonrisa. Es una promesa.

Candice white.

SEGUNDA PARTE

Capítulo extra 2

Desde que he recibido la carta que traía las buenas noticias de la completa recuperación de la señorita Pony, la agitación que siento en mi corazón no parece calmarse. De hecho, la nostalgia de los días pasados es tan fuerte que me corta la respiración. Cuanto me gustaría volver al Hogar de Pony...

Ahora la villa de los Ardlay en Lakewood pertenece a otra familia, e incluso los Lagan ahora se han convertido en solo un recuerdo. ¿Que habrá pasado con el Portal de Agua de Stair, con la Entrada de Piedra de Archie y con el Portal de Rosas de Anthony? ¿Quizás los nuevos propietarios cultiven el rosal de las Dulce Candy?

La rosa Dulce Candy... Su color era suave como solo podrían ser las rosadas mejillas de las hadas. Nunca más he visto algo que se le compare. Son las rosas creadas por Anthony, pero ahora me encuentro en un lugar tan lejano que ni siquiera puedo oler su fragancia.

Aquella mañana Anthony murió frente a mis ojos. En aquel momento yo simplemente no sabía que hacer. Cada vez que ese instante regresaba a mi mente, se hacía incluso más vivido.

Para tratar de mitigar esta tensión, salgo a la gran terraza. El río Avon fluye lentamente, bañado por la luz de la tarde de principios de primavera. Del agua llega un viento fresco que alivia la tensión de mis agitados

pensamientos. Me lleno el pecho del dulce perfume de los narcisos, proveniente del jardín. Se encuentran en plena floración, y les doy gracias por esos reflejos dorados que parecen filtrarse a través de los árboles. En el pequeño rosal, los brotes están por abrirse. Es la única parte que no dejo al cuidado del jardinero y de la cual me encargo yo misma.

Aquel día me marche de la casa de los Ardlay, dejando solo una carta para Stair y Archie.

Me desplazaba como una sonámbula, con el único objetivo de llegar al Hogar de Pony.

Llegue a altas horas de la noche, y la Señorita Pony y la Hermana Lane me recibieron con un abrazo, sin preguntarme nada. Dicen que me quede profundamente dormida.

Escuchando mis lamentos mientras dormía, la Hermana Lane me despertó con delicadeza.

Seguramente debo haber repetido innumerables veces el nombre de Anthony. Sin embargo las directoras no me hicieron preguntas, esperando que fuera yo quien hablara.

Sí, he soñado muchas veces que Anthony todavía se encuentra con vida y, si debo ser sincera, eso sucede incluso ahora.

En mis sueños él siempre está vivo, y yo me siento aliviada.

- Que bueno... Anthony, creí que tú estabas...

Incluso las cosas que él me dice son siempre las mismas.

- Candy, continúas viviendo con una sonrisa, ¿verdad? - Me pregunta con expresión serena.

- Por supuesto, Anthony. Porque vivo con la persona que amo...

Mientras le respondo, mis ojos se humedecen. En algún lugar de mi corazón, siento que todo esto no es real.

Los seres queridos que han dejado este mundo no cambian jamás, su tiempo se detiene para siempre. Es justo como había dicho Anthony, aquel día en que los pétalos de las rosas caen como nieve: quien se va, sigue viviendo para siempre en nuestro corazón. Sin embargo, desafortunadamente, no podemos verlos más... Hasta ahora he tenido que afrontar muchas separaciones dolorosas, pero también he comprendido que mientras se continúe con vida, esta la posibilidad de volver a reencontrarse. Por eso no temo más decir adiós.

Es primavera, pero al encontrarme afuera en la terraza todavía puedo sentir el frío viento escociendome las mejillas. Temblando, vuelvo a ingresar a la sala de estar y dirijo de nuevo la mirada a la pintura de óleo de Slim.

Slim... ¿En donde te encontrarás ahora? Solo espero que estés vivo.

Inútilmente, trate de buscarlo. Acontecía la Gran Guerra, y la situación mundial todavía no se había estabilizado. No se lo que sucedió con él, pero creo que cuando dibujo este cuadro era feliz.

Ahí esta el Hogar de Pony tal como fue en un tiempo. El edificio ha sido ampliado y modificado, y la única parte que permanece intacta es la capilla. Gracias al tío abuelo William, el señor Cartwright también ha cedido unos terrenos. Incluso hoy la construcción esta llena de huerfanitos. Me gustaría poder hacer algo para serle más útil a la Señorita Pony; pero... No quiero alejarme de la persona que, más que cualquier otra cosa, desea que permanezca siempre a su lado.

Después de haber dejado a los Ardlay y de haber vuelto al orfanato, inmediatamente me volví a convertir en Candy la Traviesa.

Jimmy, un chico que llego durante mi ausencia e ignorando mi verdadera fuerza, trato de desafiarme, pero luego se vio obligado a cederme, aunque a regañadientes, el cetro de jefe.

Las directoras se quedarían sin palabras, pero incluso hoy, si volviera al Hogar de Pony, estoy segura que nadie seria capaz de vencerme en tirar del lazo o en trepar árboles.

- Vaya, Candy, como puedes competir con un niño más pequeño que tú... En verdad que no maduras - dijo en aquella ocasión la Hermana Lane, pero sus ojos, igual que los de la Señorita Pony, sonreían.

Seguramente estaban aliviadas de volver a verme alegre.

Aun así, sentía que no era más la misma. Era como si en el fondo de mi corazón se hubiera acumulado agua helada y, de vez en cuando, me dolía. No había día en el cual no pensara en Anthony. Y en Stair, y en Archie.

Cuando me sentía superada por los recuerdos, me libraba hábilmente de Jimmy y de los otros niños y me iba sola a la Colina de Pony. Estábamos a principios de invierno, y escuchaba el sonido de la hierba seca siendo azotada por el frío viento. En el aire se encontraba el olor de la nieve. Siempre me esforzaba por contener las lágrimas. Se lo había prometido a Anthony; debía continuar sonriendo. Y también se lo había prometido al Príncipe de la Colina.

Le había escrito una larga carta al tío abuelo William, pidiéndole perdón por haber actuado por mi cuenta y expresándole mi gratitud. También le había dicho que estaba lista para conocer la anulación de mi posición como hija adoptiva de los Ardlay; pero no había obtenido ninguna respuesta. Estaba segura de no formar más parte de esa ilustre familia.

Entonces, la tarde en que cayó la primera nevada, llegó a recogerme un reluciente auto negro que yo conocía muy bien...

Capítulo 1

La cubierta del barco estaba envuelta en una densa niebla.

-¡Que frío! – dijo Candy, ajustándose el chal sobre sus hombros.

Ahí afuera, la alegría que impregnaba el salón del transatlántico parecía casi irreal.

Oscuridad y neblina, el sonido de las olas rompiendo abajo contra el barco, la espuma blanca que de repente se alzaba en la oscuridad de la noche...

Candy no podía creer que de verdad se encontraba a bordo de ese suntuoso barco directo a Inglaterra.

En el salón se estaba llevando a cabo una fiesta por el año nuevo, pero ella se había escurrido silenciosamente. Música en vivo y baile, ríos de champagne y personas ebrias que reían felices; era un lugar demasiado animado para ella.

El año nuevo... Aunque Anthony ya no está, el tiempo sigue transcurriendo.

Con un pequeño suspiro, se aferró a la barandilla humedecida por la neblina. En el aire se hizo eco el silbido de la sirena.

¿Cuántos días habían pasado desde que se había marchado de Estados Unidos? Cada día el barco se acercaba a su destino, y cada día ella se iba alejando de casa.

Ciertamente parece que mi destino es siempre partir a toda prisa.

Sonriendo, Candy dirigió la mirada al cielo nocturno, oscuro y desprovisto de estrellas, que de vez en cuando aparecía tras la niebla.

En el auto, que llegó el día de la primera nevada, se encontraba Georges.

Con la misma inexpresividad mostrada cuando la había rescatado durante el viaje hacia México, se había limitado a comunicarle los puntos importantes: - Estoy aquí por orden del señor William. Es su deseo que usted vaya a Inglaterra para que asista con diligencia a un prestigioso colegio de Londres. Ya todo está preparado, por lo tanto debe partir de inmediato.

La nieve no dejaba de caer,

Blanqueando todas las tierras que rodeaban el Hogar de Pony.

-Yo... Estaba convencida de no ser más su hija adoptiva... - había replicado confusa, pero Georges había permanecido en silencio.

No sabiendo que hacer, había mirado a la Señorita Pony y a la Hermana Lane. Sin decir palabra, las dos mujeres habían asentido. Parecían ya estar

al tanto de todo.

Pero, yo... Asistir a un colegio de Londres...

Inglaterra se encontraba ciertamente demasiado lejos. Después de todo, ella no conocía más que ese pueblo y Lakewood. Al verla en apuros, el hombre le había entregado dos cartas de parte de Stair y Archie.

Querida Candy,

¿Cómo estas? Stair y yo queríamos irte a visitar y nos escapamos de la villa, pero Georges nos descubrió enseguida. Es mi culpa por haber confiado en ese destartalado auto construido por mi hermano...

En cualquier caso, te esperamos en Londres.

No veo la hora de encontrarte ahí.

Archie

¿Tienes idea de cómo será la vida de triste sin ti en Londres?

Finalmente estamos libres del control de la tía abuela, ¿Entiendes?

¡Vamos, traeme un poco de tu alegría Candy!

Le entregue a Georges unos regalos que yo mismo hice. El primero es una muñeca idéntica a ti (¡Prueba tirar del hilo!) El segundo es un salvavidas automático. Basta con meterlo al agua y se infla solo,

¡Así podrás emprender el viaje en barco con absoluta seguridad!

¡Te esperó en Londres!

Stair

La muñeca de madera de Candy... Cuando tiraba del hilo, sus ojos y boca asumían una expresión de felicidad.

Stair... No tengo la nariz tan chata...

Abrazando ese regalo, la muchacha había sonreído entre lágrimas.

De repente, una tranquila voz había dicho: - Señorita Candy, usted todavía es una digna hija adoptiva de la familia Ardlay. - era Georges el que hablaba. Debido a su carácter,

aquel tono estaba lleno de sentimiento - Por favor, no defraude las expectativas del señor William.

Sorprendida, la muchacha se le quedó mirando.

Nunca he hecho nada para agradecerle...

En una ocasión Candy había deseado convertirse en una dama digna del nombre de los Ardlay, pero las cosas habían sucedido de otra manera.

- Candy... Un regalo maravilloso como este ciertamente no le pasa a todo el mundo. Sé agradecida y acepta esta propuesta. Nosotras estaríamos felices. Estamos seguras que dondequiera que vayas, nunca olvidarás quien eres realmente - la había animado la Señorita Pony. Junto a ella, la Hermana Lane asentía profundamente.

En ese momento, los sentimientos de la joven habían quedado claros.

El ruido del motor se unía al de las olas. La música que provenía del salón cambió a un ritmo de tango.

Señorita Pony... Hermana Lane... Anthony...

Al murmurar esos nombres, sintió los ojos humedecersele. Rápidamente parpadeó.

El viento se había vuelto aún más helado y la cubierta estaba envuelta por una niebla similar a un invisible manto blanco traído por las ninfas de la noche.

La muchacha decidió regresar al interior, pero enseguida se detuvo. Más allá del banco de niebla, le había parecido divisar la figura de una persona. Cuando la vista se hizo más clara, pudo distinguir la imagen de espaldas de un muchacho.

El joven estaba de pie frente a la barandilla del barco, recargando sobre ella la parte superior de su cuerpo. Absorto en observar aquel mar oscuro, parecía querer lanzarse al agua de un momento a otro.

Preocupada, Candy no pudo evitar acercarse, pero de repente contuvo la respiración, con el corazón latándole con tanta fuerza que le dolía.

- Anthony...

Sus labios temblaron ligeramente.

Aquel muchacho se le parecía tanto... La misma postura de alguien que parece absorto en algún pensamiento, el suave cabello acariciado por el viento...

Ella continuó acercándose como atraída por un imán. La niebla se desplazaba sin interrupción, cubriendo el perfil del muchacho, y Candy sentía el pecho oprimido por una insoportable carga.

Verdaderamente se parecía mucho a Anthony. En realidad, el muchacho que tenía enfrente era más alto y atlético, pero no obstante, el parecido seguía siendo impresionante.

La niebla volvió a disiparse y dejó claramente visible el perfil del joven, Candy se sobresaltó y continuó mirándolo fijamente.

Esta llorando...

Le pareció vislumbrar un brillo en aquella mirada dirigida, casi de manera desafiante, a la oscuridad que se extendía por todas partes más allá del mar. Candy vaciló, sintiendo que había presenciado algo que no debería haber visto, pero fue incapaz de retirarse.

Me recuerda el perfil de Anthony cuando, a veces, miraba a la distancia con aquel semblante triste.

El corazón de Candy estaba lleno de emociones.

-¿Quién esta ahí?

De pronto, el muchacho se giró y habló con voz firme, era un tono que poco correspondía a su imagen triste de espaldas.

- Lo siento... Me parecías tan triste... Tenía miedo de que quisieras lanzarte al mar... -

murmuró Candy aturdida.

- ¿Triste? ¿Yo?

Señalándose con el dedo, el joven se echo a reír con una sonora carcajada.

-¡Esa estuvo buena! ¿Así que estoy triste y por lanzarme al mar?

No dejaba de reír a carcajadas y Candy empezó a irritarse, sintiendo que se estaba burlando de ella. La persona que estaba frente a ella, en absoluto correspondía a aquel joven que estaba de espaldas y que se parecía a Anthony. La luz que poco antes había visto en sus ojos debió haber sido un error.

- ¿Qué estas haciendo por aquí paseando sola? En el salón hay una gran fiesta por Año Nuevo - preguntó él irónicamente.

- No me gustan mucho las fiestas - respondió Candy de manera indiferente, ahora irritada.

El muchacho de nuevo se echo a reír y dijo: - Como no, di mejor que no tienes a nadie con quien bailar.

- ¡Te equivocas!

- No te ofendas Señorita Pecosá, Si te enojas se te ven aun más.

El joven de repente acercó el rostro y dejó escapar un silbido: - ¡Pero mira que exageración! Realmente hay una cara detrás de todas esas pecas. Pobrecita...

Candy le dirigió una mirada penetrante y respondió: - Bueno, lo siento mucho por ti, ¡Pero a mi me encantan mis pecas! ¡Incluso me gustaría tener más! Supongo que lo tuyo es pura envidia, ¡Ya que no tienes ni siquiera una!

-¿Qué dices?

El muchacho fingió sorprenderse y volvió a acercarsele.

-¿Quieres decir que también estas orgullosa de esa nariz chata?

No. Esa mirada burlona no se parecía en absoluto a la de Anthony.

- ¡Por supuesto! E imagina que para tenerla así, ¡Todos los días me la aplasto intencionalmente!

Dominada por la ira, Candy se presionó a propósito la nariz. El muchacho seguía resaltando todas las características físicas por las que mayormente se preocupaba.

-Ciertamente eres una chiquilla vivaracha.

Riendo, el muchacho se giró y se fue caminando a lo largo de la cubierta.

- Mejor huir, antes de que me muerdas. ¡Feliz Año Nuevo! Fue divertido conocerte, Señorita Pecosa.

Levantando brazo en señal de despedida, desapareció silbando en la niebla.

Candy lo observo alejarse y le hizo una mueca. Estaba enojada consigo misma por haberse equivocado por un instante, engañada por el aparente parecido con Anthony.

- Señorita Candy, la estaba buscando.

En ese momento, en lugar del muchacho, apareció Georges y Candy se apresuró a asumir nuevamente una expresión digna de una señorita.

- Esta noche la niebla es muy densa, ¿Cómo podría justificarme con el Señor William si usted cayera accidentalmente al agua?

- Perdoneme...

Candy se disculpó con sinceridad y avanzó a su lado.

- Oiga, Georges... ¿Por casualidad antes no se encontró a un muchacho?

- ¿Se refiere al Señorito Granchester?

El hombre parecía en efecto conocerlo.

- Ah, con que ese sujeto se apellida Granchester.

- Exactamente. Creo que forma parte de una ilustre y noble familia inglesa.

- ¿Cómo? ¿Ese arrogante y descarado chico es un noble?

- ¿Acaso ha sucedido algo con el Señorito?

- No... Es que me pareció que se parecía un poco a Anthony...

- ¿Al Señorito Anthony?... - murmuró el hombre, deteniéndose.

Incapaz de soportar la mirada pesarosa de Georges, Candy le dirigió una gran sonrisa y dijo de manera contrariada: - Ah, ¡Pero he cometido una gran equivocación! ¡Ciertamente no se parecía en nada a Anthony! ¿Eso era un noble? Anthony sí que era caballeroso, y era un noble en todo el sentido de la palabra, ¿No cree?

Georges no respondió y bajó la mirada. También Candy permaneció en silencio y los dos llegaron a sus camarotes sin hablar.

- Dentro de tres días llegaremos a Inglaterra. Que descanse -, le deseó el hombre frente a la puerta, todavía apartando la mirada.

- Gracias. Buenas noches, Georges - murmuró Candy, pero luego lo volvió a llamar con alegre voz: - ¡Feliz Año Nuevo, Georges! ¡Espero que este nuevo año nos reserve sólo cosas buenas!

El hombre se detuvo y se giró lentamente. - Ese también es mi deseo para usted, Señorita Candy. Feliz Año Nuevo -, dijo suavemente, inclinando profundamente la cabeza.

Ese año nuevo, pensó Candy, marcaría el inicio de una nueva vida.

Capítulo 2

El Real Colegio San Pablo.

Candy alzo la mirada para observar las altas rejas de la inmensa edificación.

Prolongándose hasta el infinito e irguiéndose amenazantes, parecían aislar al resto el mundo. Estaban adornadas con los más variados grabados artísticos y solo eso bastaba para darle el aspecto de un museo. Mas allá de las rejas se podía entrever un gran jardín bien cuidado y un amplio lago de forma geométrica, rodeado en ambos lados por setos moldeados con forma esférica, que se sucedían ordenadamente, hasta conducir al edificio escolar de piedra de color marrón, ubicado en el centro.

Candy permaneció extasiada al ver aquel maravilloso colegio, embellecido con solemnes estatuas de piedra.

- ¡Vaya, parece un castillo medieval! ¡Es maravilloso! Ustedes me habían contado un resto de tonterías... Querían asustarme, ¿Cierto?

Riendo, Candy miró a Stair y a Archie de manera vagamente amenazadora. Cualquiera cosa que viera o dijera, la muchacha estaba tan feliz por haberse reencontrado con ellos que no podía contener la sonrisa.

Los dos jóvenes habían ido a recogerla al puerto, poco distante de la ciudad de Londres.

Hasta el momento en que se reencontraron, Candy había estado luchando con sentimientos encontrados. No veía la hora de volver a verlos, pero al

mismo tiempo el recuerdo de Anthony la preocupaba. Casi temía que la pesadilla de aquel día hubiera vuelto para atormentarla, y por lo tanto se preguntaba con que palabras debía saludarlos.

Sin embargo, todos esos sentimientos desaparecieron en un instante apenas había divisado el llamativo letrero exhibido por Stair, enmarcado con flores artificiales y su leyenda:

"¡Una calurosa bienvenida, Señorita Candy!"

No podía ser otra cosa que obra suya. Incluso había una graciosa caricatura de la "Señorita Candy" con su usual nariz chata.

Después de un feliz abrazo, riendo, la muchacha no había perdido ocasión para protestar en contra de aquel dibujo.

- Stair, admito que tengo la nariz chata, pero, ¿En serio consideras que tengo las piernas tan cortas?

Pese a las quejas, Candy estaba muy feliz de volver a estar junto a sus dos amigos que casi había llorado de la alegría.

- ¿Dices que está mal? Estaba convencido de haber hecho un buen dibujo...
- había respondido Stair con su habitual semblante alegre y despreocupado.

- Hermano, ciertamente eres un inepto para el dibujo. Debería haberme encargado yo -

había comentado Archie de manera arrogante. La chaqueta de tweed con pelaje marrón le favorecía mucho.

También los muchachos tenían los ojos húmedos.

Mas tarde, con un auto reservado para ellos, se habían dirigido directo a Londres, continuando hablando sin pausa durante todo el trayecto. Archie interrumpía la charla de Stair, luego Candy intervenía en su conversación.

Casi todo el tiempo, los muchachos habían continuado presentándole una "Falsa vida escolar de torturas cotidianas", rígidas jornadas marcadas por

reglas absurdas.

- Las profesoras, más que "mujeres piadosas" son unas "Arpías" -, suspiró Stair.

Candy se hecho a reír diciendo: - ¿No querrás hacerme creer que el colegio es en realidad un Real Colegio de Arpías?

- Exactamente -, había coincidido Archie con absoluta seriedad, y los tres nuevamente se echaron a reír.

No habían cambiado para nada, eran los mismos que cuando se encontraron por primera vez en Lakewood. Solo que ahora Anthony ya no estaba con ellos. Candy de repente sintió una punzada en el corazón.

El Real Colegio San Pablo se encontraba en las afueras de Londres. Después de haber escuchado terribles historias de aquel lugar, Candy se sentía un poco tensa, pero el miedo había dado paso a la admiración debido al maravilloso aspecto del edificio.

- Te darás cuenta una vez dentro si estamos exagerando o no, ¿Cierto Stair?
- Archie se mantuvo intencionalmente alejado de la entrada principal y junto a él, Stair fingía temblar de manera exagerada, dejando a Candy sin palabras.

- Bueno. Diría que hay que entrar - dijo Georges de manera inexpresiva, ignorando el comportamiento de los muchachos y llamando al encargado de la puerta.

La gran puerta de hierro se abrió chirriando.

- Candy, quedemonos afuera un poco más. Todavía nos quedan doce minutos de permiso

- propuso Archie frunciendo el ceño.

- Georges, ¡Te lo suplico! Nos hemos vuelto a ver después de tanto tiempo, no nos separes de un modo tan cruel - rogó Stair juntando las manos.

- ¿Pero qué está diciendo? De ahora en adelante podrán ver a la Señorita Candy en cualquier momento.

Sin atender al muchacho, Georges cruzó la puerta.

- Tiene razón, vamos, entremos - dijo Candy, siguiéndolo.

- ¡No! ¡Ustedes hablan así porque no tienen idea de que tipo de cárcel se trata! - gritó Stair.

- Yo también quiero disfrutar de estos últimos once minutos de libertad que me quedan -

añadió Archie, mirando el reloj y echándose hacia atrás el cabello de la frente.

- ¡No lo hagas, Candy! ¡Vuelve aquí!

Stair trató de volver a llamar a la joven, que ahora ya se encontraba dentro del colegio, y se sujetó a la reja, sacudiendo los barrotes como si fuera un prisionero.

Al ver la escena, la muchacha se retorció de risa.

¡Ah, Stair, siempre serás el mismo... Y tú también, Archie!

Riendo, les dirigió a sus dos amigos un saludo con la mano y continuó siguiendo a Georges con pequeños pasos rápidos.

Al otro lado del jardín se extendía un silencioso bosque de hojas perenne.

- Es un colegio muy hermoso... No puedo creer que en su interior haya un bosque.

- También cuenta con una caballeriza, un edificio para tiro con arco y un observatorio astronómico. Aquí podrá encontrar cualquier cosa.

- Sin embargo... Este bosque no tiene la misma atmósfera del bosque de Lakewood...

Los arboles de Lakewood tenían un aspecto más encantador.

Candy regresó con la mente a esos queridos parajes y también recordó la inmensa villa de los Ardlay. Había escuchado decir que la tía abuela Elroy había vuelto a la residencia principal en Chicago, y que ahora la edificación estaba abandonada. Estaba preocupada por las rosas de Anthony, pero Georges nunca respondía a sus preguntas, como sí las encontrara inoportunas.

Subió las escaleras de piedras y se dirigió al gran portal del edificio escolar. Ahí al frente la estaba esperando una monja de mediana edad, con expresión triste y vestida de gris.

- La Hermana Gray, la directora del colegio, la estaba esperando, comunicó la religiosa.

La mujer ni siquiera se dignó en mirar a Georges, a pesar que éste había tenido intención de saludarla, y avanzó a lo largo de un amplio pasillo, decorado con armaduras y pinturas antiguas.

- También este pasillo parece el de un castillo... - exclamó Candy admirada.

La monja se giró de inmediato y la examinó con frialdad.

-Se debe caminar en silencio. Incluso está estrictamente prohibido el solo susurrar. Recibida aquella orden privándola de palabras, Candy cerró la boca y trató de caminar sin hacer ruido.

¿Querías ver que Stair y Archie no habían exagerado con sus historias?

El interior del colegio era fresco y silencioso. La única fuente de calor eran los rayos del sol invernal que se filtraban por los vitrales.

La monja se detuvo frente a una imponente puerta de doble hoja. Llamó respetuosamente, luego ingresó.

- Hermana Gray, ha llegado la Señorita de la familia Ardlay - anunció después de haber inclinado profundamente la cabeza.

No había pasado ni un segundo de haber terminado la frase cuando una voz grave y clara resonó fuertemente en la habitación: - Tiene un retraso de tres minutos y veintiocho segundos. Es importante respetar la puntualidad.

Sorprendida, Candy miró hacia el frente y se vio obligada a ahogar un grito: le había parecido ver una imponente roca. Trató de observar mejor, pero aquella Hermana Gray realmente parecía una roca que vestía un hábito.

- Le pido perdón por nuestro retraso. Soy el secretario del Señor William Ardlay, estoy aquí en calidad de tutor de la Señorita Candice, y...

- Es suficiente. Ya estoy enterada de todo. Ahora puede marcharse.

La mujer interrumpió a Georges con un gesto de su gruesa mano, parecida a una piedra.

- Pero...

- La persona que se convertirá en alumna de éste colegio es Candice. Es con ella que yo debo hablar. La muchacha residirá en nuestro instituto y supongo que no es necesario decirle que ya no requerirá más de la intervención de un tutor. De ahora en adelante seremos nosotras quienes nos ocuparemos de su educación.

- Comprendo.

Georges le lanzó una mirada fugaz y de preocupación a su protegida, luego salió de la estancia con una reverencia.

Candy lo siguió con la mirada. Todavía habría querido hablar con él de tantas cosas... Ni siquiera le había agradecido por haberla acompañado hasta Londres.

Quería finalmente saber algo del tío abuelo William...

En ese momento resonó, potente como un trueno, la voz de la directora: - ¡Candice White Ardlay! ¿Qué estas mirando? ¡Endereza la espalda y mira directamente hacia el frente!

Escucha con atención: una postura correcta refleja un espíritu integro.

Sentada frente al escritorio, la Hermana Gray también se enderezó. Ahora la roca parecía elevarse aún más que antes.

- Ahora te hablaré de la historia y del reglamento del prestigioso Real Colegio San Pablo.

¡Te ruego que prestes absoluta atención!

Con todo el aspecto de quien está acostumbrado a dar discursos en público, la mujer empezó a hablar con voz cantarina.

Candy la estaba escuchando con atención, pero su mente divagaba en otra parte.

En verdad es completamente increíble... A este paso, tal vez realmente será difícil verme con Stair y Archie... Oh, Archie en realidad tenía razón, ¡Debí haber aprovechado mejor esos doce minutos! Tal vez hubiera dado tiempo para ir a una cafetería a tomar un té y comer un muffin...

La mente de Candy no se limitó a imaginar el muffin, sino también un scone y un pastel de banano

El discurso de la directora parecía no tener fin. Solo el reglamento de los estudiantes tenía un centenar de artículos y sería imposible aprenderlos todos de una sola vez. Después de los primeros cinco, Candy había renunciado a esa empresa.

- Espero que todo esté claro, Candice White Ardlay. ¡Haz honor a tu ilustre nombre!

- ¡Sí! -, respondió Candy de manera segura.

La Hermana Gray, sin siquiera sonreír, asintió e hizo sonar la campanilla sobre su escritorio. Inmediatamente apareció la monja melancólica que la había acompañado ahí poco antes.

-Llameme a Patricia O'Brien.

Después de una corta espera, alguien llamó a la puerta y apareció una muchacha no muy alta y de mejillas regordetas. La joven saludó a la directora de manera tensa y entró a la

habitación. Parecía tener un carácter tranquilo y llevaba puestas un par de gafas de montura azul que le sentaban muy bien.

- Patricia, esta es Candice, nuestra nueva alumna. Acompañala a la habitación especial.

- Sí, señora directora.

Patricia respondió como una autómatas y le dirigió una mirada a Candy para saludarla.

Una vez fuera, Candy se estiró y dijo: - ¡Ufff! ¡Qué cansado permanecer de pie durante todo ese tiempo!

-Oh, no, no deberías hacer ciertas cosas en el pasillo... ¡Si te sorprenden te pegarán en las manos con una varita!

Asustada, Patricia miró inmediatamente a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie.

-Bueno, en ese caso no podría sostener la pluma con la mano y me sería imposible estudiar, ¿No?

A pesar del tono alegre de Candy, la muchacha todavía tenía una expresión tensa y continuó avanzando de manera asustada a lo largo de un pórtico.

- Ese es el dormitorio de las chicas - dijo, señalando un elegante edificio.

- ¡Qué hermoso!

- Es hermoso solamente por fuera. Adentro es sofocante... Ni siquiera se puede salir libremente - comentó Patricia con la mirada baja, evitando la de Candy.

- ¿En serio? De hecho hay pocas ventanas... Pero estoy segura que habrá una manera de escabullirse al exterior.

Al ver la traviesa sonrisa de Candy, finalmente el rostro de la otra muchacha se suavizó.

Abriendo una pesada puerta, entraron al dormitorio.

-Estoy contenta que haya llegado una persona como tú... Estaba preocupada, no sabiendo a quien estaba asignada la habitación especial. Sabes, justamente hace poco tiempo llegó una chica tan malvada que...

Patricia dejó la frase a medias y repentinamente cerró la boca, deteniéndose de golpe.

Candy también se detuvo y, cuando miró hacia el frente, no podía creer lo que veía. Al otro lado del pasillo, avanzando de manera altiva, estaba acercándose Eliza Lagan. Stair y Archie le habían dicho que los hermanos Lagan se encontraban estudiando en Londres, pero jamás se habría imaginado encontrarlos tan pronto.

Eliza apartó la mirada con molestia, pero Candy ya estaba acostumbrada a semejante comportamiento.

- Hace tanto tiempo que no nos veíamos, Eliza...

Candy sintió una extraña nostalgia al volver a verla, y no pudo evitar acercarsele.

- ¡Guarda tu distancia! ¡Me das asco!

Al escuchar el grito de Eliza, las otras estudiantes se voltearon sorprendidas.

- Patty, ¿Qué haces aquí con ésta? ¡Terminaras por ensuciarte! ¿Sabes que viene de un orfanato y que mi familia fue muy amable al darle trabajo? Imagina, ¡Cuidaba de los caballos! No sé cómo esta desvergonzada se ha ganado la buena voluntad del tío abuelo, el hecho es que él de la nada decidió adoptarla. ¡Pero nadie en la familia la ha aceptado!

Patty, si continúas frecuentándola, ¡Tú también terminarás aislada de todos!

Candy miró con admiración los rápidos movimientos de la boca de Eliza. ¿Cómo había hecho para decir tantas maldades sin tomar aliento?

Patricia parecía francamente preocupada y no sabía que hacer.

- Bueno... La cosa es que... He recibido de la directora la instrucción de acompañarla a la habitación especial...

- ¿Qué... Qué cosa? - exclamó Eliza, alzando rápidamente las cejas - ¿Una sirvienta de establo en la habitación especial?

La voz de Eliza se hizo aguda. Sentía como si el corazón se le hubiera convertido en brasas y se le hubiera subido a la garganta. Le dirigió a Candy la mirada más mordaz de cual era capaz.

- No es necesario que la acompañes. ¡Vámonos, Patty! - dijo, y con una mueca en el rostro, sujetó el brazo de Patricia.

- Pero yo...

- No te preocupes por mí - dijo Candy alegremente, tratando de tranquilizarla mientras era llevada a rastras.

Ah. Eliza... Donde quiera que vayas, siempre serás la misma.

Candy suspiró. Eliza ciertamente emplearía toda su energía para hacerle la vida difícil, incluso dentro del instituto.

Si pusiera todo ese empeño en el colegio, llegaría a ser una excelente estudiante.

Casi sentía pena por ella.

Sin embargo se preguntaba en dónde quedaría la habitación especial. Pensó en preguntarles a unas muchachas que estaban ahí susurrando, pero cuando lo intentó, por toda respuesta se voltearon rápidamente hacía otro lado. Decidió entonces olvidarse de eso y encontrar su habitación por sí sola.

Orfanato, chica que cuidaba de los caballos... Eliza realmente me ha dado una hermosa presentación.

Ciertamente todas esas señoritas de buena familia habían decretado en un instante su marginación.

Es cierto, no es ninguna novedad...

Al final del pasillo, se topó con una puerta más grande que las otras. Desprovista de número, era la única que mostraba delicados grabados en la madera.

- ¿Será esta la habitación especial?

Candy abrió tímidamente la puerta y abrió los ojos de par en par. - ¡Pero si es espléndida!

Entro como si fuera succionada por la estancia. El alojamiento parecía ser el de una princesa, y todo estaba amueblado en rosa pálido, ligeramente más oscuro que el color de la Dulce Candy. Aunque sus dimensiones eran más reducidas respecto a su habitación en la casa Ardlay, estaba amueblada con elegantes muebles. Le dio un vistazo al cuarto interior, elegante y perfecto con una preciosa cama. Los estantes estaban llenos de libros y sobre su pequeño tocador estaban alineados unos perfumes. Candy abrió lentamente el armario y lo descubrió lleno de vestidos. Dejó escapar un grito de felicidad, pero luego la asaltó una duda.

¿Realmente esta será la habitación especial? ¿No me estaré equivocando?

Pero aquella realmente era su habitación.

Sobre un austero escritorio ubicado debajo de la ventana, había sido colocado casi de manera casual un grueso diario. Cuando Candy lo vio, se quedó un instante sin aliento; en la cubierta de cuero marrón estaba escrito en letras doradas "Candice White Ardlay".

- Gracias, tío...

Con la voz que le temblaba por la emoción, Candy estrechó el diario. Lo hojeó y las páginas en blanco parecían deslizarse sonriéndole. De ahora en adelante contaría ahí dentro todos sus días.

Casi le pareció escuchar la voz del tío abuelo que le decía: *"Pase lo que pase, nunca pierdas el ánimo. Candice White Ardlay, no hagas nada que no puedas escribir con orgullo en este diario"*.

Asintió con decisión.

- Sí, tío. Contaré con sinceridad todos mis días. Viviré de modo que, si un día usted llegara a leer estas páginas, yo no tenga nada de lo cual deba avergonzarme -, se prometió Candy, estrechando su diario contra el pecho.

Capítulo 3

-¡Que sol tan cegador!

Candy corrió con fuerza las cortinas de terciopelo color vino tinto y cerro los ojos, encandilada por la ola de luz que había inundado la habitación.

Salió al amplio balcón e inhaló profundamente. El aire matutino parecía traer el aroma de la ciudad de Londres, pero el gorjeo de los pajaritos, reunidos ahí afuera, era el mismo que escuchaba en el Hogar de Pony.

Candy estaba feliz de que el Colegio estuviera rodeado de árboles. Todas sus ramas estaban dispuestas de manera que le facilitaban la posibilidad de treparlas. Y luego estaba el jardín interno bien cuidado, e incluso un poco más lejos el denso bosque. Más allá de los árboles podía entreverse la torre del dormitorio masculino.

Inclinándose sobre la baranda, Candy observó tristemente aquel distante edificio de color ladrillo. El día anterior la Hermana Gray le había informado con solemnidad que en el interior del colegio estaba estrictamente prohibido relacionarse con personas del sexo opuesto. No era posible siquiera sostener una conversación, mucho menos ir al dormitorio masculino para reunirse con Stair y Archie. Aparentemente, incluso

intercambiar algunas palabras durante un encuentro casual prometía una sanción.

-Y pensar que finalmente nos volvimos a ver después de tanto tiempo... ¡Tendría tantas cosas que contarles! Nunca habría creído encontrar a una persona similar a la Tía Elroy también en Londres...

En la mente de Candy aparecieron simultáneamente las imágenes de la directora y de la Tía Abuela Elroy. La muchacha se apresuró a ahuyentar ambas imágenes.

-Ciertamente el balcón de la habitación especial es verdaderamente hermoso. ¡Casi me siento como su majestad la reina! Buenos días, pueblo de Inglaterra. Buenos días, buenos dí...

Bajando la cabeza, Candy se apresuró a regresar a la habitación. De hecho, mientras estaba afuera jugando a ser la reina y saludando ceremoniosamente con la mano, había sido sorprendida por una monja que estaba pasando por el patio. La mujer le había dirigido una mirada fulminante.

Vamos, solo estaba bromeando, no tenía necesidad de hacer esa cara... Esperó que no todas las monjas del instituto sean así de terribles y unas sombrías arpías.

Haciendo muecas, se puso el uniforme gris. Patricia le había dicho que para la oración grupal debía usar el uniforme reservado para las actividades normales. La muchacha se

había presentado la noche anterior. Parecía asustada, pero de todos modos había sido muy amable en informarle.

Patricia no parece ser muy fuerte de carácter, pero es una buena chica.

En ese momento, escuchó el repicar de la campana de la iglesia, contigua al colegio.

Candy le hizo un guiño a su imagen reflejada en el espejo y salió con decisión.

Iba treinta minutos mas temprano respecto a la hora que le habían comunicado, pero cada vez que tenía que ir a un lugar que no conocía lo hacia con cierta antelación, tal como le había enseñado la señorita Pony.

Una vez al mes, temprano por la mañana, todos los estudiantes se reunían en la iglesia para la oración grupal. Se trataba de una ceremonia religiosa, pero siempre seguía siendo una valiosísima oportunidad para ver a sus dos amigos

Por eso, Candy se sentía feliz.

El dormitorio femenino estaba envuelto en el silencio y no encontró a nadie a lo largo del pasillo. ¿Todas aún estarían durmiendo? Apenas llego al pórtico, su semblante despreocupado dio paso a la sorpresa. Candy miró a su alrededor y vio que los pocos estudiantes que quedaban, corrían hacia la iglesia vistiendo todos el uniforme negro. De pronto distinguió mas adelante a Eliza, vistiendo desde luego el traje oscuro, y a Patricia.

Las muchachas se voltearon. Dándose cuenta de su presencia, Patricia se sobresaltó y apartó inmediatamente la mirada. Ella también iba vestida de negro. Observándola por el rabillo del ojo, Eliza por el contrario sonrió con suficiencia.

En ese momento, Candy se dio cuenta lo que había ocurrido.

¡Oh, no! ¡Después de tanto tiempo aquí viene una "estrellita negra"! ¡Es obra de Eliza!

Ella ha presionado a Patricia para...

Estaba acostumbrada a las bromas pesadas de Eliza, pero la participación de Patricia le dolió. Aunque Eliza apenas había llegado al colegio, no obstante parecía que realmente se había convertido en un personaje muy poderoso entre las muchachas, y no permitía que nadie la contradijera.

¡Debo cambiarme!

Estaba por regresar corriendo a su habitación, cuando escuchó de nuevo el repicar de la campana y todos se apresuraron hacia la iglesia. La Oración estaba por comenzar; ya no tenía tiempo. Patricia también le había mentido sobre la hora.

Candy se armó de valor, recordando las palabras de la Señorita Pony. Si no se daba prisa, llegaría tarde. Era mejor participar en la oración, aunque estuviera vestida de aquella manera. Después de todo no lo había hecho a propósito.

Cuando entró con la frente en alto a la capilla, los estudiantes ya sentados, atónitos, se giraron para observarla. En las primeras bancas reservadas para los varones, se encontraban Stair y Archie. Incluso ellos la miraron preocupados, frunciendo la frente.

Candy se dio cuenta que el uniforme gris era considerado un vestuario inapropiado para la ocasión pero, tratando de tranquilizarlos, les dirigió una pequeña sonrisa y se sentó.

De repente resonó la severa voz de la Hermana Gray, de pie frente al altar para comprobar que todos tomaran su lugar: - ¡Candice White Ardlay! ¡Se te ha pedido que uses ese uniforme entre semana!

Candy contuvo el aliento y se levantó rápidamente. Luego inclino profundamente la cabeza y se disculpó con solemnidad: - Por supuesto, perdoneme. Me di cuentan demasiado tarde y pensé en ir a cambiarme pero habría faltado a misa. No volverá a pasar.

Ciertamente no podía inculpar a Patricia. Seguramente la muchacha estaba en aquel momento tan asustada, al punto del colapso.

Por un momento la Hermana Gray se le quedo mirando fijamente como para evaluar su comportamiento, pero luego dijo: - Considerando que eres una alumna nueva, por esta vez seré indulgente. Quien considerará tomar una medida respecto a este asunto será la Hermana Iris, la responsable del dormitorio estudiantil. Ahora, puedes sentarte.

La voz de la directora resonó con fuerza en la enmudecida capilla. Todos contenían el aliento. Con una pequeña reverencia, también Candy, absolutamente tensa, tomó su lugar en la dura banca.

- Bueno, demos inició a la Oracion matutina.

La Hermana Gray cerró los ojos y juntó las manos, siendo imitada por todos. Candy también hizo lo mismo y se concentró con todo su corazón en las palabras pronunciadas por la mujer. Tenía tantas cosas por las cuales rezar.

Un inmenso agradecimiento para el tío William... Y que Anthony descansa en paz eternamente...

De repente, en la iglesia se escuchó un fuerte ruido y todos levantaron la mirada de inmediato. También la Hermana Gray tuvo que interrumpir el rezo y furiosa, abrió los ojos de par en par.

- ¡Terence G. Granchester!

Sus mejillas estaban lívidas por la rabia.

- No solo te presentas tarde sino además, te comportas de un modo para impedir que los demás rezen. ¡Es inadmisibile!

¿Granchester?

Asombrada al escuchar pronunciar aquel nombre, Candy se volteó, ajena a la furia de la Hermana Gray.

Reclinado en una de las bancas de la iglesia, estaba un muchacho con los brazos cruzados que miraba de manera burlona a los estudiantes ahí reunidos. Era el mismo joven que había conocido aquella noche brumosa en la cubierta del barco.

El muchacho sonreía de manera insolente y miraba fijamente a las monjas.

- ¿De que te ríes, Terence G. Granchester? - Apremió la Hermana Gray con mirada amenazante.

- De nada en particular. Es solo que me resulta divertido verlos a todos aquí rezando. A primera vista todos parecieran muy devotos, pero quien sabe en que pensarán en realidad.

- Terence G...

- ¿Quería decirme que me vaya? No se preocupe, no es necesario. No tengo nada por lo cuál rezar.

Con actitud estudiada, Terence se colocó sobre el hombro la chaqueta gris que se había quitado y avanzó hacia la salida, acompañado de la silenciosa mirada de todos los presentes.

- Terence...

- No se moleste en repetir cada vez mi nombre, ya sé lo que me va a decir: debo presentarme en la dirección, ¿Cierto? Claro que iré, y con gran placer - dijo.

Luego se giró lentamente y añadió: - Entonces, queridos estudiantes, que estén bien.

Después de inclinarse elegantemente, como un verdadero caballero, salió de la capilla.

Tan pronto como se fue, la iglesia pareció cobrar vida.

- ¿Quien es este Terence G. Granchester? - susurró Eliza entusiasmada, sentada algunas bancas más atrás.

- Es el hijo del duque Granchester, es un noble.

- Un noble...

- Es apuesto, ¿Verdad? Todos lo adoramos, pero a Terry parece no gustarle en absoluto la compañía femenina. Es un sujeto cínico y tiene el aspecto de chico malo, pero siempre obtiene las más altas calificaciones y...

Las muchachas parecían haberse olvidado del lugar en que se encontraban y no hacían otra cosa que hablar de él.

Así que ese chico... Se hace llamar Terry...

Candy recordó aquel encuentro en la cubierta del barco, envuelto por la densa niebla. De espaldas, ese muchacho le había parecido por un momento idéntico a Anthony.

-¡Silencio!

La Hermana Gray golpeó el altar. Como si se hubiera retirado la congregación, en la capilla retornó el silencio.

-¡Que indecencia dejarse llevar enseguida de esa manera por algo sin sentido! ¡Esto quiere decir que la disciplina moral que regularmente impartimos, no es suficiente! ¡Las enseñanzas de esta mañana serán duplicadas! ¡Y no los quiero ver ni parpadear!

Si Candy aquella mañana logró soportar las interminables enseñanzas de la Hermana Gray, únicamente fue gracias al recuerdo de Anthony.

Terence G. Granchester. Nunca habría pensado encontrárselo otra vez. Aquella noche había tenido la sensación de que Anthony había vuelto a la vida, pero tal vez había sido gracias a la magia de la niebla. No podía ser cierto...

A lo largo del día, las muchachas continuaron hablando de Terence.

-¿Entonces ese Terence todavía no está saliendo con ninguna? – pregunto Eliza con los ojos que le brillaban. Incluso una vez terminadas las clases, no paraba de pedir información al grupo que se había formado rápidamente a su alrededor – Sí no aprecia la compañía femenina, es solo porque aún no ha conocido a una chica verdaderamente fascinante.

Con cuidado de no ser descubierta por sus compañeras, Candy se escabulló del edificio y se dirigió hacia el bosque. Estaba feliz de que Eliza tuviera otra cosa en la cabeza.

Gracias a ese Terry, tal vez se olvidará de mí por un tiempo...

El bosque en el invierno olía a madera húmeda. Candy inhaló profundamente aquel olor cargado de recuerdos. Tal vez el bosque de Lakewood ya estaba recubierto por una capa de nieve blanca y resplandeciente, y por doquiera se podía escuchar el sonido de la nieve que caía de las ramas.

Si tan solo Anthony estuviera todavía...

Pisando las ramas secas, Candy se detuvo por un instante ante aquel pensamiento. Si no hubiera ocurrido nada, tal vez ellos dos estuvieran juntos en ese momento dando un paseo por el bosque invernal. Si no hubiera ocurrido...

De repente, de la profundidad de la vegetación, surgió un pisotear de cascos. Candy contuvo el aliento. No, no se estaba equivocando, era el mismo sonido de aquel día, el mismo sonido de un caballo al galope. En un instante, la luz que se filtraba por las ramas de los árboles se tiñó de gris. El sonido se hacía cada vez más fuerte, cada vez más rápido.

Al mismo tiempo, la mente de Candy regresó rápidamente al pasado.

¡No, Anthony! ¡No vayas tan rápido!

Vio un caballo gris que corría en su dirección. A contraluz, no podía ver quien lo estaba cabalgando.

¡Detente! ¡No debes venir a esta parte! ¡Hay una trampa... Hay una trampa! ¡Anthony!

En un intento por detener la oscura silueta del jinete, Candy extendió los brazos, pero el animal no desaceleró el paso.

- ¡Detente!

En el mismo momento en que gritó aquella orden, Candy perdió el sentido.

¿Que había sucedido? Candy sentía la mente confusa, como envuelta en una nube. ¿Tal vez estaba soñando? Alguien la estaba escrutando con preocupación.

- ¡Anthony!

Como soñando, la muchacha pronunció aquel nombre y abrió los ojos, pero al instante siguiente se levantó sobresaltada: el muchacho que la estaba observando fijamente era Terence G. Granchester.

- En realidad me llamo Terence - dijo el joven, apartando la mirada de manera irónica. -

No me llames con un nombre tan soso y común como ese - dijo sin tantas contemplaciones, luego saltó ágilmente a la montura del caballo gris que lo esperaba a su lado sacudiendo la crin.

Candy se apresuró a ponerse de pie. El insulto dirigido al nombre de Anthony le había aclarado en un segundo las ideas y, al mismo tiempo, se sintió invadida por la rabia.

- ¿Un nombre soso? ¡Al contrario, es un nombre bellissimo! Terence, por otro lado, ¿Qué clase de nombre es ese?

- ¿Y esas son las palabras que le diriges a tu salvador? – preguntó Terence riendo burlonamente desde arriba de su corcel.

- Mi... ¿Salvador?

- Te cuidé tan tiernamente antes, cuando estabas desmayada.

- Tú me has... ¿Cuidado? – pregunto Candy, conteniendo luego repentinamente el aliento. Por supuesto, por un segundo todo se había puesto oscuro. ¿Qué había ocurrido después?

Mirándola desde arriba, Terry dijo de manera burlesca: - Oh, así es. Tú no te podías sostener de pie, así que yo te estreche fuertemente y...

-¿Qué cosa?

Candy se puso súbitamente toda roja y agitando aprisa las manos interrumpió la oración de Terence.

El muchacho se echó a reír y dijo: - No importa, estoy bromeando. Por principio, soy amable únicamente con las chicas bonitas.

Todavía riendo, le dio un golpe al caballo en los flancos y partió al galope. El animal desapareció de la vista, como absorbido por la luz que se filtraba por los arboles, y Candy permaneció atónita e inmóvil. Luego, finalmente, pudo tomar un profundo respiro.

Le habría gustado responderle algo como: “*¡Entonces, menos mal que no soy bonita! ¡Es preferible eso a recibir un favor de tu parte!*” , pero ya era demasiado tarde.

¿Por cuánto tiempo se había quedado sin sentido? Anthony... El sonido del caballo al galope aún ahora le causaba aquel efecto y le estrujaba dolorosamente el corazón.

Recordó a Terence G. Granchester montado en su caballo.

De nuevo tuve la impresión que se trataba de Anthony... Incluso cuando me recuperé...

Terence, sin embargo, no parecía haberla relacionado con aquel encuentro en el barco.

En la cubierta, le había parecido ver brillar los ojos húmedos del muchacho, pero tal vez incluso aquello había sido solo una ilusión.



Capítulo 4

Enero...

Ya han pasado diez días desde que me he convertido en una estudiante del Instituto San Pablo, pero siento como si hubiera llegado por lo menos hace seis meses. Los días transcurren todos iguales. Me siento como una especie de marioneta, que cobra vida únicamente por el reglamento y por el repicar de la campana.

Aunque si da la casualidad que me topo con Archie y Stair en el interior del colegio, ni siquiera puedo dirigirles la palabra.

Eliza cada vez se ajusta más. Me gustaría que dejara de aprovecharse de mi presencia para aliviar la insatisfacción que le provoca estar en un ambiente tan rígido.

Realmente es duro no tener amigos. Gracias a la presentación que Eliza me dio, ahora Tosas saben que vengo de un orfanato. Me pregunto qué tiene de malo. No es el comportamiento de una verdadera dama determinar el valor de las personas en base a sus orígenes.

Las monjas siempre dicen que ante los ojos de Dios todos somos iguales, pero incluso ellas me tratan con frialdad. Sin embargo, a decir verdad, eso también podría deberse a mis constantes errores.

Me pregunto como debo hacer para convertirme en una verdadera dama como querría el tío William...

Sin embargo el instituto también tiene muchos aspectos positivos.

La cocina del comedor del dormitorio estudiantil es muy rica.

Todas se quejan diciendo que sus cocineros son mucho mejores, pero a mi me parece que cada día nos sirven los platillos de un gran banquete.

Tengo la intención de esforzarme al máximo en los estudios, pero también es importante contar con algo de tiempo para recuperar el aliento.

La campana que indicaba el inicio de las clases estaba sonando en ese momento. Candy se apresuró a cerrar el diario y se dirigió hacia el edificio escolar. Debido a la gran

cantidad de tareas que debía realizar durante el día, había decidido escribir en su diario por las mañanas. Le había prometido al tío abuelo William (aunque solo en su corazón) que escribiría con sinceridad los sucesos de cada día, y ciertamente no podía olvidarse del compromiso que había adquirido. Las cosas buenas y las cosas malas, le contaría todo sin esconder nada, ni siquiera los castigos recibidos.

Se puso a correr a toda velocidad. Si las monjas la hubieran visto seguramente le habrían bajado puntaje en “Conocimientos fundamentales de una señorita”, pero si llegaba tarde no solo le quitarían puntos en “Reglas de la vida”, sino también habría repercusiones en sus calificaciones finales. Por lo tanto Candy decidió correr.

Una regla establecía que debía llegarse a clases antes de que la campana terminara de sonar. Sin embargo, aquella mañana Candy no logró salvarse por un pelo. Jadeando, se precipitó en el aula y casi tropezó. La campana aun estaba sonando, pero todas ya estaban sentadas en sus lugares con las cabezas en sus libros.

-

Me parecía que había sido clara, a mis clases se llega antes de que suene la campana.

La Hermana Kreis, ya sentada en la silla, la escrutó maliciosamente. Entre las “arpías”, o mejor dicho entre todas las “monjas”, aquella profesora era por encima de todas la menos expresiva. Su rostro recordaba una máscara fúnebre.

Ese día, Candy afrontaría su primera clase de francés. Se había prometido no cometer errores y en cambio...

- Lo siento, no volverá a suceder - dijo, sintiendo sobre sí las frías y despiadadas miradas de toda la clase. También se dio cuenta que nuevamente nadie le había proporcionado la información exacta.

- Perderas puntos por esto, Candice. Ve inmediatamente a sentarte, la clase esta por comenzar.

Finalmente la campana terminó de sonar.

- Bueno, ya que ha llegado tarde, sera Candice quien recite el poema de memoria.

Candice, de pie.

- Si...

Candy apenas se había sentado, pero se volvió a levantar de inmediato.

Recitar poesía de memoria... ¿De que estaba hablando? Mirando con atención, se dio cuenta que todas tenían frente a ellas un texto: Un texto que ella jamás había visto. Candy se estremeció. Debía ser obra de Eliza.

- ¿Qué sucede, Candice? ¡Vamos, empieza!

- Pero... Cuál... ¿Cuál poema debía recitar de memoria? – preguntó tímidamente.

- ¿Qué quieres decir? – preguntó la Hermana Kreis, con un tono que congelaba la sangre en las venas.

Tratando de no intimidarse, Candy respiró profundamente y habló en voz alta, articulando bien las palabras: - No sé qué poema debía recitar de memoria.

-Pero qué extraño. Estamos hablando de la obra de la poetiza francesa Louise Labé. Hice que se repartiera el texto del poema lírico, ordenando que lo aprendieran de memoria.

Candy contuvo por un instante el aliento; nadie le había informado esto. Miró directamente a la cara a la Hermana Kreis. Era verdad que no sabia nada, y tenía que decirlo claramente.

-Hermana Kreis, nunca recibí ese texto. No se me informó ningún mensaje.

Candy se defendió con todas sus fuerzas y en varias partes de la clase se escucharon risitas.

Incluso la Hermana Kreis, incrédula, negó con la cabeza diciendo: - Eso no es posible, Luise les repartiste el texto a todas, ¿no es así?

-Si, Hermana Kreis - respondió la estudiante interrogada, poniéndose de pie con el rostro rojo por la rabia. Luise enseguida se había hecho gran amiga de Eliza. A primera vista parecía una muchacha perfecta bajo todo punto de vista, pero la luz de maldad que brillaba furtivamente en sus ojos era idéntica a la de Eliza.

- ¡No es cierto! – exclamó Candy, incapaz de contenerse. Su mirada decidida hizo que por un instante Luise titubeara.

- ¡Es terrible! ¿Cómo puedes echarle la culpa a alguien más? – intervino en ese momento Eliza a gran voz. - ¡Eres una cobarde! ¡Pobre Luise!

También las otras compañeras de clase empezaron a culparla. Solo Patricia permaneció con la mirada baja.

- ¡Silencio! – exigió la Hermana Kreis, golpeando el escritorio. Luego, señalando de manera inexpresiva la pizarra, ordenó: - ¡Candice, ven aquí!

- Si.

La muchacha caminó con la frente en alto; no tenía nada que temer. Cuando Candy llegó frente a la pizarra, la Hermana Kreis tomó la tiza y escribió con letras grandes, justo por encima de su cabeza, “Soy una mentirosa”.

-Luise jamás ha llegado tarde. Y siempre ha respetado las reglas. Candice, ¿Realmente quieres echarle la culpa a ella de tus faltas? Deberías avergonzarte. Quédate aquí y reflexiona sobre tus errores.

La muchacha se giró y miró con rabia las letras encima de ella “Soy una mentirosa”

¡Yo no he dicho una mentira!

De inmediato tomó el borrador y con un rápido movimiento hizo desaparecer lo escrito.

-Pero qué... ¿Qué haces, Candice? – la reprendió con voz aguda la profesora.

Candy la miró fijamente directo a los ojos y rebatió: - Hermana Kreis, le juro por Dios que ¡No he mentido! Si se tratara de un descuido mío, ¡Estaría dispuesta a recibir un castigo! Mis compañeras, más que nadie, ¡Saben que estoy diciendo la verdad!

Furiosa, Candy observó a toda la clase.

- Que descarada...

- He aquí como se comporta quién realmente no proviene de una buena familia...

Las voces de Eliza y Luise resonaron claramente sobre todas las demás, pero Candy no se dejó intimidar.

La Hermana Kreis se quedó mirándola fijamente, pero después de un rato dijo: -

Comprendo. Candice.

Sin apartar la mirada y manteniendo inalterada la fría expresión de su rostro, asintió.

- En vista que insistes hasta este punto, ¡La próxima clase deberás recitar de memoria del tercero al quinto soneto de Louise Labé!

- ¡Si, Hermana Kreis!

Bien hecho. Ahora se había enemistado con toda la clase. Ese día, incluso cuando terminó la lección, ninguna se dignó a mirarla o a decirle una palabra.

- De todos modos desde el principio me ignoraron... No hay nada de qué sorprenderse.

Tal vez un día comprendan que no tiene sentido enojarse conmigo... Pero ahora, ¿Como debería lidiar con la poesía lírica francesa? No sabía una sola palabra de aquel idioma. La Hermana Kreis seguramente la estaba poniendo a prueba para comprobar si era una mentirosa.

- ¡Debo hacerlo a toda costa! ¡Eliza y las demás se quedarán con la boca abierta! Puedo aprenderme de memoria esos sonetos aunque no entienda su significado... Desde luego, si al menos supiera un poco de francés...

Sentada en una banca del patio, Candy miró fijamente el texto que le había entregado la profesora y suspiró. El mapa geográfico de un país desconocido habría sido más entendible para descifrar.

- Pero claro... Si el “Proyecto S” de esta noche funciona, ellos me ayudarán. Tal vez pueda lograrlo.

Candy sonrió. De repente le parecía que todo era posible.

El proyecto S era un plan secreto ideado por la misma Candy.

Tres días atrás, al finalizar las clases, estaba paseando por el bosque y había descubierto, asegurado en una rama, un pequeño trozo de papel que se agitaba en el viento. Encima estaban dibujadas un par de gafas. Un poco más adelante, había encontrado el dibujo de un sombrero.

Enseguida había comprendido que esos torpes trazos pertenecían a Stair. El primero representaba las gafas que el siempre usaba, mientras que el sombrero era una boina francesa, verde como las hojas de una col, tan preciada para Archie. El corazón de Candy había dado un vuelco; debía tratarse de una especie de acertijo dejado ahí por sus amigos.

Se puso a estudiar los dibujos de inmediato.

Replanteándose mejor, recordó que algunos días antes se había topado con los dos chicos en el interior del colegio. Stair había empezado a hacer unos gestos extraños con las manos, mientras que Archie señalaba con gestos elegantes el bosque. Esa vez se había preguntado si por casualidad

estarían bailando, pero ahora comprendía lo que estaban tratando de decirle: querían que fuera a pasear por el bosque y que encontraría los dibujos.

Todavía faltaban otros tres trozos, que representaban el auto de Stair, el bote de Archie y, por último, un estómago.

- ¿Un estómago...? Ah, no, supongo que esto es una gaita, ¿Correcto, Stair?

Después de llegar frente a un gran árbol, Candy se había echado a reír. De inmediato miró a su alrededor. Por suerte, solo se escuchaba el gorjear de los pajaritos. Debajo del dibujo de la gaita había una flecha. Siguiéndola, Candy encontró un pequeño hueco en el tronco de un árbol, que contenía una nota doblada, pintada de color marrón. Con cuidado de no rasgarla, la abrió y leyó su contenido: " *Un día para ti, cuando la encuentres*". Aquella

fina caligrafía seguramente pertenecía a Archie. Candy sintió que su corazón se hacía más cálido. No teniendo nada con qué escribir una respuesta, metió su pañuelo en el hueco.

Stair, Archie, gracias... ¡Ahora hemos encontrado la manera para comunicarnos en secreto!

Desde entonces se habían intercambiado varios mensajes, hasta crear el "Proyecto S", donde la letra "S" era para indicar la palabra "Secreto"

Esa sería la famosa noche.

Sentada en una banca del patio, Candy cerró el texto y se levanto decidida. Hacía tanto tiempo que no trepaba arboles; tenía que empezar a hacer un poco de calentamiento. Se encaminó dando saltos, cuando repentinamente alguien la empuñó violentamente por detrás, haciéndola perder el equilibrio.

- ¡Neal!

Neal Lagan seguramente se había chocado con ella a propósito y, respaldado por sus compañeros, la observaba con desprecio con los ojos entrecerrados.

- Justo me estaba preguntando quien estaría caminando como una estúpida por el patio, y quien iba a decir que eras tú, huérfana bastarda. Que descaro el tuyo de venir hasta Londres.

- Lo mismo digo de ti - la muchacha respondió con altivez.

- ¿Qué has dicho? Oigan, chicos, adivinen qué: ¡Ésta aquí cuidaba de nuestro establo!

¡No creó que sea apropiado que gente de esa clase deba asistir a un lugar como este! ¡Es una huérfana recogida por la compasión de mi familia, y trabajaba para nosotros!

Neal les explicó a sus amigos toda la situación con increíble ardor.

- Siempre me parece escuchar las mismas cosas... ¡Que aburrido! Si realmente tienes hablar, ¿Por qué no me dices algo de lo cual ya no pueda acordarme? – sugirió Candy entre la seriedad y la diversión.

- ¿En realidad crees que puedes dirigirte a mi de esa manera? Los huérfanos deberían comportarse como...

Repentinamente, de atrás de un árbol, apareció una sombra que agarró fuertemente a Neal por el cuello.

-

¿Qué tienes que decir sobre los huérfanos, mocoso recién llegado?

Con el uniforme de equitación puesto, Terence observaba fijamente a Neal con una mirada penetrante sin soltarlo. Candy contuvo el aliento. - ¿Crees que ella ha decidido nacer huérfana? ¡Eres un cobarde al tratarla de esa manera! ¡Haces que me den náuseas!

Terence apretó con mas fuerza el cuello de Neal, quien jadeaba incapaz de replicar.

-

No... No puedo respirar...

Terence hizo una mueca y, mirándolo amenazadoramente, le ordenó: -
¡Desaparece!

-

Tú... ¡Me las pagarás! – gritó Neal, ahora libre de su agarre. Luego corrió a toda velocidad junto a sus amigos.

A pesar de lo ocurrido, sus ojos todavía albergaban aquella luz de maldad.

Todo había sucedido en un instante. Como si no hubiera pasado nada, Terence se dirigió a la caballeriza ubicada en el bosque. Ni siquiera dio señal de voltearse hacia Candy.

La muchacha se apresuró a alcanzarlo. - ¡Espera!

Finalmente el joven se detuvo. Molesto, se giró lentamente para mirarla y le preguntó: -

¿Qué pasa?

- Bueno... Gracias, primeramente por... -

-No es necesario que me agradezcas.

Candy se quedó sin palabras, estupefacta por aquel tono tan brusco.

- El asunto es que nadie jamás me ha...

- No me malintérpretes. No he intervenido para defenderte - la interrumpió Terence. -

Odio a sujetos como esos. Eso es todo.

Candy no sabía como reaccionar ante aquella actitud fría y se quedó mirándolo, pero de pronto el rostro de Terence pareció suavizarse.

- Bueno, ¿Por que me miras así, Señorita Pecososa? ¿Quieres hacerme una declaración de amor?

- ¿Qué?

Candy abrió los ojos de par en par por la sorpresa. ¿Señorita Toda Pecas? Entonces sí la recordaba. Terence se había dado cuenta de que ya se habían conocido en el barco...

- ¿Entonces? Ahora que me has visto con mi uniforme de equitación, ¿Tienes intención de volver a desmayarte?

- Tienes... ¿Tienes ganas de burlarte de mi? - respondió ella apresuradamente.

Observándola de manera divertida, el joven continuó: - Por suerte, no me gusta cuidar a chicas con pecas y de nariz chata. ¡Nos vemos!

Sosteniendo en la mano el casco de equitación, Terence se marchó.

Viéndolo alejarse, Candy sintió como ascendía la rabia en su interior.

- ¿Pero qué pretendes? ¡Y deja de darte tantos aires! ¡Mi nombre es Candice White Ardlay! ¡Y todos me llaman Candy! Si la próxima vez todavía sales con este cuento de las pecas y la nariz chata, ¡No te vas a librar!

Candy le gritó todo a gran voz, pero el muchacho ni siquiera se volteó.

- ¿Candy, dices? En mi opinión esta mucho mejor el nombre de Señorita Pecososa -

murmuró.

La muchacha no tenía forma de ver que en el rostro del joven había aparecido una sonrisa.

Capítulo 5

¡Proyecto S, por nosotros!

Aquella noche, después de llegar frente al dormitorio masculino, Candy contuvo por un instante el aliento y se lanzó hacia la habitación de Stair y Archie. Sin embargo había tomado demasiado impulso, y la muchacha terminó por volcar estrepitosamente el sofá.

Archie se encontraba en el balcón, sosteniendo en la mano un candelabro para darle la señal de luz verde. Al ver el resultado de aquel aterrizaje, se llevó una mano a los ojos y se apresuró a cerrar la gran puerta del ventanal.

- ¿No podrías ser un poco más silenciosa, Candy? - le dijo entre divertido y preocupado.

Luego apagó las velas y la ayudó a levantarse.

- ¡Discúlpame! Una vez que tomé impulso ya no pude detenerme.

Riendo avergonzada, recogió el lazo que había hecho entrelazando las sabanas.

- ¡Por suerte estas son sabanas de buena calidad!

El proyecto S consistía, en realidad, en utilizar aquella rudimentaria cuerda en lugar de un lazo, para cruzar el bosque de árbol en árbol. El objetivo final del plan secreto era entrar en la habitación de los dos hermanos sin ser vista.

- Hemos accedido porque realmente queríamos verte, ¡Pero que ansiedad! - sonrió Archie, llevándose una mano al corazón con un gesto teatral.

- Es cierto, pero al menos así podemos disfrutar un poco esta vida de estudiantes -

respondió Candy, finalmente relajada. Luego miró a su alrededor e indagó: - Que extraño, no veo a Stair.

- Está ahí - respondió Archie de manera aburrída, señalando hacia arriba.

- ¡Stair! - Candy se echó a reír. El muchacho estaba pegado al techo gracias a unas grandes ventosas que llevaba puestas en sus manos y pies.

- ¡Hola Candy! ¡Te presentó al Arácnido Humano! ¡Ni siquiera Edison pensó alguna vez en una manera de subirse a las paredes!.

Stair empezó a pasear orgullosamente sobre sus cabezas.

- Pero... ¡Pero es fantástico! ¡Y parece divertido! ¡Dejame intentarlo a mi también! - dijo Candy, poniéndose de puntillas.

- El caso es que... Hay límites... De peso... - dijo Stair. Y de repente se precipitó hacia abajo, gritando.

- ¡Hermano! - gritó Archie, y esta vez tuvo que ayudar a Stair a levantarse.

- ¿Has visto que hermosa caída? Gracias a estas ventosas no me he lastimado... Ay, ay...

Candy liberó sus pies de la graciosa invención, luego fingiendo una expresión molesta dijo: - Stair, ¿Que estabas diciendo antes? Algo sobre... ¿Límites de peso?

- P-pero no, señorita Candice, e-espero que no me haya malinterpretado... ¡U-usted tiene una figura perfecta! ¿Verdad, Archie?

- Yo siempre he pensado que Candy es perfecta. - Archie sacó de un mueble una caja de bombones y se los entregó de manera ceremoniosa.

- Dime, Archie, ¿En que soy perfecta? - preguntó Candy, jugando a hacer el papel de una gran dama y tomando específicamente una de las golosinas con el meñique levantado.

- Bueno, eres perfecta en tú... ¿Intento de ser elegante?

Los tres se echaron a reír.

A Candy le parecía haber vuelto a Lakewood. Sintió una punzada en el corazón al pensar que faltaba uno de ellos. Si solo en ese momento la puerta se hubiera abierto de par en par y hubiera aparecido Anthony...

Aunque no lo dijeron, seguramente también para los dos muchachos fue lo mismo.

Para tratar de volver a alegrar el ambiente que se había vuelto repentinamente melancólico, Archie, sonriendo alegremente, tomó uno de los bombones y preguntó: -

¿Qué piensas de estos bombones franceses, Candy? Los he escondido expresamente para que los probaras.

- ¿Te das cuenta? Aparte de los alimentos del dormitorio estudiantil, no es permitido traer comida ni bebidas a la habitación. ¿Quién podría alguna vez respetar una regla así?

Candy, ¿Lo entiendes ahora? Esto verdaderamente es una prisión - se quejó Stair.

Candy asintió repetidamente.

- ¿Y también te has convencido de que las monjas son unas arpías?

- Stair, deja de hablar tan fuerte -, lo reprendió Archie ansiosamente, frunciendo el ceño.

- No te olvides que hay espías.

- ¿Te refieres a Neal? No temas, ya he activado el Dispositivo Antiespionaje. Si trata de escuchar por la puerta, emite ondas de sonido tan agudas que le dará dolor de cabeza.

¡Ahí está!

Los tres se voltearon a mirar. Y un instante después Stair corrió jadeante hacia la puerta.

- ¡Diablos, se ha desconectado!

- Tus inventos, son todos iguales...

Encontrando la mirada de Archie, Candy sonrió. Sin embargo, el muchacho puso de repente una expresión seria. - Candy, este lugar verdaderamente es una prisión. Es un ambiente agradable, e incluso la educación es excelente... Pero parece que realmente hay celdas reservadas a los estudiantes desobedientes.

- ¡Pero si nunca he visto ninguna! Y tampoco he oído alguna vez de alguien que haya estado ahí - intervino alegremente Stair, después de haber vuelto a reparar el pequeño objeto con forma de sombrero que pomposamente había bautizado como Dispositivo Antiespionaje.

- De todos modos, considerando todo esto, me pregunto si es correcto hacerte correr semejante riesgo, Candy...

- Archie, no te preocupes por mi. Tengo años de experiencia en cuanto a trepar árboles y saltar con el lazo - respondió la muchacha de manera radiante, luego lanzó un bombón al aire y lo atrapo con la boca. Stair aplaudió admirado, pero Archie aún no parecía tranquilizarse.

- Vamos, Archie, créeme, puedes estar tranquilo. Sin embargo esta noche me pareces un poco melancólico, ¿O me equivoco?

Candy inclinó la cabeza como dudando y Stair, divertido, concordó con ella: - Desde hace poco que está así. El "melancólico" señorito Archie siempre tiene la cabeza en las nubes.

No sabe si estar feliz, contento o emocionado...

- Vamos, ya basta.

- "¡Oh, Annie, que feliz soy de que tú vengas a estudiar a este colegio!" - recitó Stair, llevándose ambas manos al pecho. En ese momento el corazón de Candy dio un vuelco y su rostro se suavizó.

- ¡Basta, Stair! Mira que para mí realmente es un problema.

- ¡Que mentiroso! Annie Brighton ha tratado todo este tiempo de convencer a sus padres solo para estar cerca de ti. Aun cuando le escribiste que este

colegio es severo y exigente,

¡No ha vacilado ni un instante! ¿Cómo se puede permanecer insensible frente a algo así?

- ¡Tú ya eres sensible por los dos!

Archie apartó la mirada de su hermano y observó a Candy, quien permanecía inmóvil y sorprendida.

- Candy... Sabes de quién estamos hablando, ¿Cierto? No creo que tengas un buen recuerdo de Annie Brighton...

- ¡Oh, no! ¡En absoluto! - respondió rápidamente, negado con la cabeza.

De Annie solo tenía buenos recuerdos. Se esforzó por contener las lágrimas.

- Claro. Se conocieron en aquella ocasión de la fiesta en el jardín de los Lagan. Lo siento, Candy, no debería bromear de esa manera - lamentó Stair, frunciendo el ceño.

- Oye, ¡No te preocupes! La Señorita Annie realmente era una chica muy agradable. Sería feliz si llegáramos a ser amigas...

Mientras hablaba, en el fondo de sus ojos emergió la imagen de su amiga desde pequeña.

Annie estaba por llegar a ese colegio... Su querida Annie. Ante la idea de poder pasar nuevamente el tiempo juntas, su corazón se puso más cálido. Ahora ya no trabajaba más en el establo de los Lagan; había sido adoptada por los Ardlay. Pero quien sabe si Annie estaría feliz de volver a verla...

Fue despertada de golpe por el canto de los pajaritos. De las cortinas cerradas se filtraba un suave rayo de sol matutino. Candy se desperezó. Debió haberse quedado dormida en el escritorio.

Abrió la ventana para disfrutar el fresco de la mañana. Había permanecido despierta toda la noche, pero se sentía bien.

-Saludos a ustedes, pajaritos de Londres. En caso de que llegaran al verde manto del nativo suelo americano, lleven este mensaje: este día me encuentro maravillosamente bien.

Usando el estilo de los poemas líricos franceses contra los cuales había luchado hasta el amanecer, Candy saludó a los pajaritos que se movían de rama en rama. Pese a que no entendió una palabra, había logrado aprenderse los sonetos de memoria.

Y todo gracias a la ayuda de una amable persona.

Candy recordó el rostro de Patricia y su mirada baja.

La noche anterior, le habría gustado que Stair y Archie la instruyeran respecto al idioma francés, pero luego la conversación había girado sobre Annie y su mente estuvo absorta en otros asuntos.

Regresó sana y salva a su habitación, sin embargo, la desesperación se apoderó de ella.

Se había sentado frente al escritorio, pero ni siquiera sabía por donde empezar. En el

momento en que, casi a punto de llorar, había empezado a buscar palabras en el diccionario, escuchó un leve golpe en la puerta.

Había ido a verificar pensando que se había equivocado, pero en el umbral había encontrado una bolsa de papel. No había nadie alrededor. Candy lo había abierto con cautela y dejó escapar un gritito: en el interior habían textos de habla francesa, manuales sobre la pronunciación, y apuntes sobre poesía lírica. Los sonetos de Louise Labé que la Hermana Kreis había indicado, incluso tenían pequeñas anotaciones para facilitar la pronunciación.

Candy había aprendido inmediatamente quien era su salvadora: Patricia O'Brien.

Eludiendo la vigilancia de las monjas y de sus compañeras lideradas por Eliza, había ido furtivamente a su rescate.

El corazón de Candy se iluminó.

Patricia... ¡Gracias! Me preguntó cuan asustada habrás estado...

La muchacha siempre estaba con Eliza y con las demás. Desde el día de su llegada, no habían vuelto a intercambiar una palabra.

-Si logro recitar bien el poema, seguramente la haré feliz por haberme ayudado.

Acompañada por aquel pensamiento, se había dedicado toda la noche a estudiar los sonetos.

-“Oh, tristes lamentos, oh, obstinados deseos...”

Saliendo al balcón, Candy había empezado a recitar el tercer soneto, pero cuando una sombra apareció repentinamente en el patio, se escondió detrás de la puerta de la ventana.

Terence...

El muchacho estaba atravesando el sendero que conducía del patio al bosque. Llevaba las manos en los bolsillos y parecía ausente. Su triste imagen de espaldas era idéntica a aquella que había visto en la cubierta del barco inmerso en la niebla. Exactamente como la vez anterior, la muchacha se quedó desconcertada y volvió a sentir la sensación de haber visto algo que no debía. Tal vez él también había permanecido despierto toda la noche, no pudiendo dormir. Terence avanzaba con la cabeza agachada y todo en él expresaba cansancio y melancolía.

De pronto, en la mente de Candy reaparecieron sus palabras: "¿Crees que ella ha decidido nacer huérfana?". Era la primera vez que alguien se ponía de su parte de aquella manera.

Ah, ¡Que tonta! Ciertamente no quería defenderme. Señorita Pecosá, nariz chata... ¡No hace otra cosa que burlarse de mí!

Al recordar todo lo acontecido, Candy comenzó a irritarse, pero no podía apartar la mirada del muchacho.

El joven estaba desapareciendo por el blanco bosque, aún inmerso en lo que quedaba de la niebla matutina. Su imagen de espaldas tenía algo tan triste que le oprimía el corazón.

Sonó la campana que anunciaba el almuerzo, pero desafortunadamente Candy tenía que saltárselo. Llevando consigo el texto de poesía lírica, fue la primera en escabullirse de la clase y se dirigió corriendo hacia el jardín trasero del edificio escolar. Cerca de ahí de hecho había una pequeña elevación a la que había nombrado la Falsa Colina de Pony.

Quería practicar por enésima vez la declamación de los sonetos, ya que la primera clase de la tarde sería precisamente la de la Hermana Kreis.

- No veo la hora que llegue la clase de francés, así podré ver el gran ridículo que vas a hacer.

- Lo siento por ti, pero yo nunca hago el ridículo.

Aquella mañana Eliza había ido deliberadamente a decirle sin ningún motivo algunas palabras mordaces, pero ella había permanecido sin responderle de la misma manera. A lo lejos, Patricia la había observado con preocupación. Candy habría querido correr a agradecerle, pero la ignoró. Ciertamente no quería causarle problemas.

Subió a la Falsa Colina de Pony recitando los versos de Louise Labé.

- "Pero esto no es porque nos favorezca, él que desprecia a los dioses y a los hombres"...

¿Cómo es que seguía? Esta Louise Labé realmente escribía cosas complicadas...

Candy adoraba en particular uno de los arbustos que se encontraba en la Falsa Colina de Pony, con sus hojas secas que parecían haber sido

moldeadas de manera profesional. Sin embargo, al acercarse, se quedó aturdida.

- ¡Oh, no! ¡Un incendio!

Del arbusto, se elevaba una nube de humo.

- ¡Necesito agua, rápido! - gritó, pero cuando estaba por salir corriendo, a su espalda resonó una voz familiar.

- ¿Qué pasa, Tarzán con Falda? ¿Qué tienes que estás tan preocupada?

Casi tropezándose, la muchacha se volteó. Quitándose de encima las hojas secas y sujetando entre sus dedos un cigarrillo, apareció Terence.

- ¡Terence! - exclamó ella.

- Oye, llámame Terry, por favor. Solo la gente inútil me llama Terence. Aunque no he dicho que tu lo seas - dijo riendo entre dientes. Luego continuó fumando.

- ¿Pero que haces? ¿Fumas en un lugar como este?

Candy se le acercó y le arrebató ágilmente el cigarrillo de la boca, pisándolo con la suela del zapato para apagarlo.

- Ay, no... Era el último... - se quejó Terence, riendo divertido.

- ¿Y si provocabas un incendio? ¡Es contra las reglas!

- Mira quién habla, Tarzán con Falda.

- ¿Tarzán con Falda?

Poco antes también la había llamado de esa manera.

Con una sonrisa burlona, el muchacho movió un dedo de manera circular y prosiguió: -

¡En la oscuridad de la noche he visto una cuerda blanca y una mona que saltaba de árbol en árbol!

-

Oh...

Candy se quedó con la boca abierta y se puso rígida. Eso significaba que Terence la había visto utilizar las sabanas en lugar de una cuerda para entrar a escondidas en el dormitorio masculino.

- “Señorita Pecosá Tarzán con Falda” me parece demasiado largo. ¿Qué tal “Tarzán Pecosá”?

- ¿Y eso que sería?

- Tu nombre.

Candy adoptó un aspecto amenazador y lo miró directamente a la cara. No podía someterse a aquel abuso solo porque él había descubierto el Proyecto S.

- Creo habértelo dicho ya, pero yo me llamo Candice White Ardlay. No acepto otro nombre, ¿Esta claro? Candice White Ardlay, ¡¿Has comprendido?!

- Desde luego, Tarzán Pecosá.

- ¡Ah, basta!

Observando divertido la expresión irritada de Candy, Terence entrecerró los ojos, como para captar un sonido en la distancia.

- ¿No es esa la campana para las clases de la tarde? ¿Tú también te las saltas?

- Qué... ¿Cómo has dicho? – Zapateando el suelo, la muchacha desplazó la mirada del texto que sostenía en la mano hacia Terence. - ¿Y ahora qué hago...? Había venido aquí para practicar el poema que debo aprenderme

de memoria... ¡Si me va mal será culpa tuya! Santo cielo, ¿Cómo es que empezaba...?

Hablando apresuradamente se echó a correr, pero luego cambió de dirección y se volvió sobre sus pasos.

- Escucha con atención: mi nombre es Candy, ¿Está claro? ¡Candice White Ardlay! Y

además, ésta es la Falsa Colina de Pony, ¡Y ese es mí arbusto! ¡No te atrevas a venir aquí a fumar cuando se te dé la gana! ¡Y recoge esa colilla, antes de que las monjas se den cuenta!

La muchacha dijo todo de un solo aliento, luego corrió colina abajo, veloz como una bala.

- Vaya descaró - murmuró Terence, agachándose de todas formas para recoger el cigarrillo.

¿La Falsa Colina de Pony? ¿Su arbusto? ¿Pero siquiera sabe hace cuánto tiempo que estoy en este colegio? Entonces se llama Candy...

El muchacho nuevamente se tumbo en la hierba para observar el cielo.

La Hermana Kreis quería que se llegara a clase antes de que la campana sonara, pero Candy aún se encontraba muy lejos...

Oh, no... Voy retrasada...

Entró al aula jadeando, pero extrañamente la profesora todavía no había llegado. Se sentó aliviada y enderezó bien la espalda, en respuesta a las malvadas miradas de Eliza y de sus otras compañeras.

En ese momento la Hermana Kreis entró al aula, y el corazón de Candy comenzó a latir incontrolablemente. Detrás de la religiosa estaba una muchacha que mantenía la mirada hacia abajo.

Era Annie.

-Repentinamente se ha anticipado la inscripción de una nueva estudiante, y por esto empezaremos nuestra clase con retraso.

La voz de la Hermana Kreis parecía muy lejana. Los ojos de Candy se humedecieron al ver a su querida Annie a pocos pasos de distancia. Tímidamente mantenía dirigiendo la mirada hacia abajo y no había cambiado para nada: el cabello brillante, la piel blanca, el semblante tranquilo.

Jamás habría pensado volver a verte tan pronto, Annie.

La profesora silenció con un carraspeo el bullicio que había invadido el salón, y girándose hacia la recién llegada dijo: Les presento a su nueva compañera: se llama Annie Brighton y viene de América. Recíbanla como si fuera una de ustedes.

-Encantada de conocerlas...

Annie se encontró con la mirada de Candy, fija sobre ella. Por un instante se quedó sin aliento y parpadeó varias veces, incrédula. Palideciendo, apartó la mirada.

Candy volvió repentinamente en sí y bajó la cabeza. Su corazón se ensombreció, a merced de sus emociones.

Entonces... Annie realmente no quiere verme...

Le pareció escuchar el temeroso grito del corazón de Annie : “¿Qué haces aquí Candy?”

El orfanato, el pasado que quería enterrar para siempre: ella era la persona que siempre le volvía a traer a la mente esos recuerdos.

No temas, Annie... Te juro que mantendré mi promesa... Seguiré fingiendo que no te conozco.

Manteniendo la cabeza agachada, Candy hizo aquel juramento con todo su ser.

-Hace poco hemos recibido a otras estudiantes provenientes de América. Eliza, Candice, encárguense de cuidar de Annie. Tú lugar será... Bueno, está libre el pupitre cerca de Candice. Usa ése.

- Disculpe... - dijo Annie levantando la mirada hacia la profesora, mirándola desesperada.

- Yo... Bueno... Si fuera posible, me gustaría sentarme junto a Eliza. Ya nos conocemos y...

- Es una petición inapropiada, Annie Brighton. Entiendo que puedas sentirte desorientada, pero al lado de Eliza Lagan ya está...

- Hermana Kreis, yo me moveré cerca de Candice.

Patricia O'Brien se levantó torpemente y con la voz baja. Candy la miró sorprendida. La muchacha tenía la cara toda roja.

- Patricia, es muy lindo que tú quieras cederle tu lugar. Bueno, accedo por ser un caso muy excepcional.

Ante la señal de aprobación de la profesora, incluso Candy se sintió aliviada y, cuando Patricia llegó a su nuevo pupitre, murmuró en voz baja pero llena de gratitud: - Gracias, Patricia...

Patricia negó ligeramente con la cabeza y le respondió tímidamente: - Llámame Patty.

Su sonrisa penetró el corazón destrozado de Candy. La muchacha, conmovida, sonreía a su vez.

De pronto, la severa voz de la Hermana Kreis atrajo la atención de toda la clase: -

Candice, Ha llegado el momento que recites el poema como estaba previsto.

- ¡Sí!

Candy se armó de valor y se puso de pie.

Cuando empezó a declamar la poesía lírica de Louise Labé, comenzó a escuchar unas risitas. Posiblemente su pronunciación del francés no era correcta, pero era natural que fuese así; nunca antes lo había estudiado. Solo debía continuar sin detenerse.

Las risas sofocadas se convirtieron en auténticas carcajadas.

- ¡Silencio! - gritó la Hermana Kreis.

Los ojos de la profesora no tenían en absoluto una expresión divertida y, cuando Candy terminó los tres sonetos, la mujer asintió de manera solemne.

- Reconozco tu esfuerzo, Candice. Sigue aplicándote en los estudios - dijo sin sonreír.

Había pasado una semana desde que Annie había entrado al San Pablo. Vivían en el mismo dormitorio estudiantil y se encontraban todos los días. Candy hacía lo posible para no estar cerca de ella, pero compartían también las comidas y terminaban de todas maneras por encontrarse. No podía soportar ver cada vez la espalda de Annie siendo recorrida por un escalofrío. Habría querido decirle que no tenía nada que temer, pero no podía dirigirle siquiera esas simples palabras.

Cerca de Annie siempre se encontraban Eliza y sus amigas. O más bien, era Annie quien siempre estaba con ellas. Era inimaginable que la trataran con amabilidad y Candy siempre se preocupaba que pudieran tratarla mal, pero no podía hacer nada.

Annie se siente más tranquila si estoy lejos...

Comprendía sus sentimientos, de una manera casi dolorosa. Seguramente Annie nunca se habría imaginado reencontrársela ahí, y definitivamente Archie no había mencionado el hecho. Ni siquiera él sabía que ella, la chica del establo de la casa Lagan, era amiga de la infancia de Annie.

¿Qué podía hacer para tranquilizarla? En esos días el diario estaba lleno de cartas escritas a Annie.



Oh, Annie...

Un día podremos hablar como en los viejos tiempos, ¿Cierto? El Hogar de Pony, las directoras, las flores que recolectábamos en la Colina de Pony... Tú y yo siempre estábamos juntas, ¿Recuerdas?

Annie, yo no he cambiado en absoluto y recuerdo bien mi promesa.

Así que, te ruego, no me evites. ¿Por qué no volvemos a empezar aquí desde cero?

Ahora me llamo Candice White Ardlay. Este es el único gran cambio en mi vida. Pero no soy como tú Annie. Tú tienes una mamá y un papá. Yo también soy una hija adoptiva, pero sigo sin tener padres. Mi tutor es el Tío Abuelo William, ¡pero nunca lo he conocido! Increíble, ¿Cierto? Un día...

En ese momento, la ventana del balcón se abrió de par en par.

-¿Quién está ahí afuera?

Candy dejó la pluma y se levantó asustada. Vio la oscura sombra de alguien que se aferraba a la cortina y caía al suelo.

-¡Terence!

Candy contuvo el aliento y corrió hacia él.

Capítulo 6

Las calles empedradas estaban iluminadas por las tenues luces de los faroles. Candy corría en la noche por la ciudad de Londres. Recién se había escabullido del Colegio San Pablo usando su cuerda fabricada con sabanas.

Salir del colegio no ha sido un problema, pero ahora debo buscar una farmacia, ¿Dónde habrá una?

Desde que llego a Inglaterra, está era la primera vez que salía del colegio y ahora se encontraba enfrentando una ciudad desconocida. Avanzando, rápidamente miró a su alrededor. Casi todos los negocios ya estaban cerrados, pero ella definitivamente debía comprar de forma rápida los medicamentos y volver.

Recordó la imagen dolorida de Terry, acurrucado en el sofá. El muchacho tenía la camisa rasgada, un labio partido y también tenía heridas sangrantes en los brazos y en las piernas.

Tal vez tenía alguna fractura.

¿Qué puedo hacer...?

Suministrarle primeros no parecía ser suficiente, además, no tenía ningún tipo de fármaco en la habitación y como si no bastara, Terence despedía olor a alcohol.

No puedo informarles a las monjas...

En ese momento Candy se decidió.

- Terence, saldré a buscar medicamentos.

- Espera... ¡Detente!

Manteniendo la presión en el brazo, el joven se esforzó por volver a ponerse de pie.

- Me equivoqué... Perdí la orientación... Solo déjame descansar un momento... Enseguida me iré...

- No hables - le aconsejó Candy, deteniéndole el sangrado del labio con una toalla, y obligándolo a sentarse en el sofá.

- Espera aquí un momento. ¿Has entendido? Regresaré pronto.

- Detente... No lo hagas...

- Ya deja de hablar de una buena vez, ¡Menudo borracho que nunca respeta las reglas!

Quédate aquí tranquilo hasta que regrese, ¿Entendido?

Le colocó una almohada detrás de la espalda, y luego tomó su rudimentaria cuerda que había escondido debajo de la cama. Terry había tratado nuevamente de decir algo, pero Candy se llevó un dedo a la boca para ordenarle permanecer en silencio.

Una vez fuera de la puerta de vidrio que seguía abierta, miró a su alrededor con cautela y lanzó la cuerda, pasándola alrededor de una rama.

Tratando de levantarse, Terence no logró alcanzarla a tiempo para impedirle que se fuera.

En un instante, aferrada a la cuerda, Candy había desaparecido en la oscuridad de la noche.

- Qué chica tan entrometida... - comentó Terence levantándose del sofá con una mueca.

Pero mírala... Es más Tarzán que el auténtico de las novelas... Qué desastre, haber acabado justo en su habitación...

Después de respirar profundamente, se dirigió con paso vacilante hacia el balcón. Bueno, aguantaba caminar. De ninguna manera quería causarle problemas a esa muchacha.

Mientras tanto, Candy vagaba por las calles de Londres, huyendo a toda velocidad del sonido de unos pasos que la perseguían. No había nada más inquietante que encontrarse en una desolada esquina de una ciudad y escuchar los pasos de alguien.

¿Quién será? Ni siquiera llevo mucho dinero conmigo, que podría...

El sonido de las pisadas se acercaba cada vez más. Sintióse casi alcanzada, Candy se detuvo con determinación. Trató de poner la expresión más amenazadora que pudo y se volteó con decisión y firmeza.

- Oye tú, ¿Dejarás de seguirme?

Al escuchar esa enfurecida voz, la sombra que parecía acecharla se sobresaltó y se detuvo.

- ¡Soy pobre! ¡Y además llevo prisa, así que deja de seguirme! - habló con vehemencia y sin tomar aliento, luego reanudó su carrera.

- ¿Candy? Así que realmente eres tú - dijo en ese momento la persona misteriosa.

La joven se detuvo sorprendida. Conocía esa voz, ¿Pero dónde la había escuchado? Se dio la vuelta de inmediato.

El hombre que apareció bajo la luz del farol llevaba gafas de sol, una chaqueta sahariana arrugada y pantalones de trabajo manchados. Su dulce voz poco correspondía a su aspecto, y le recordaba a alguien...

¿El Señor Albert? ¡Pero no es posible! ¿Aquí en Londres?

Permaneció aturdida mientras el hombre se acercaba a ella.

- ¿Ya no te acuerdas de mi? - preguntó él riendo y quitándose las gafas.

- No puedo creerlo... Señor Albert, ¿En verdad es usted? - gritando de alegría, Candy se le arrojó al cuello. - Señor Albert, ¿Realmente es usted? ¡¿No es un sueño?!

- ¿Por qué rayos debería ser un sueño...? - Albert la levantó del suelo y la hizo girar en el aire.

Alrededor de ellos, la noche de Londres giraba como si fuera un carrusel.

Después que llegó a Inglaterra, Candy se había resignado al hecho de no poder ver más a su amigo que estaba al otro lado del océano, y en cambio...

- Candy, me miraste de una forma... Realmente pensé que te habías olvidado de mí - dijo Albert depositándola en el suelo. De manera divertida le dio un golpecito en la frente.

- Discúlpeme... Es que no me esperaba verlo aquí... ¡Y luego ya no tiene más la barba!

La muchacha le escrutó el rostro y se dio cuenta que también su cabello estaba recortado con cuidado.

- Ah, por supuesto, la barba... Bueno, sabes, es por el trabajo... - respondió Albert tímidamente, acariciándose la barbilla.

- ¿Por trabajo? Señor Albert, ¿Aquí en Londres usted trabaja?

- No te sorprendas tanto, Candy. Incluso alguien como yo trabaja. Gracias a un amigo, conseguí empleo en el Zoológico Blue River. Y por supuesto también he traído conmigo a Poupe.

- Oh, Poupe... ¡Qué nostalgia! - exclamó Candy, llevándose las manos al pecho. - Me había resignado a la idea que nunca más la volvería a ver - La muchacha estaba casi conmovida, y el hombre también puso una expresión melancólica.

- Ciertamente, yo tampoco habría imaginado nunca encontrarte aquí... Pero, Candy, ¿A dónde ibas corriendo a estas horas de la noche?

De repente Candy volvió en sí y respondió: - ¡Oh, no! ¡Estaba buscando una farmacia!

Un amigo mío está herido y...

- ¿En serio? Al parecer, en esta noche hay mucha gente que está herida. Una farmacia...

¡Sí, la hay! Conozco una que está abierta hasta tarde. ¡Démonos prisa!

Guiada por Albert, Candy volvió a correr por la ciudad.



-Terence, fui a buscarte los medicamentos.

Más tarde, cuando Candy aterrizó jadeante en el balcón, inmediatamente llamó en voz baja al muchacho, pero no obtuvo respuesta.

-Terry...

Se dirigió rápidamente al sofá, pero por ninguna parte había rastro del joven. Iluminando la habitación, vio rastros de sangre que conducían hacia la ventana.

- ¡Y pensar lo mucho que le había recomendado que se quedara quieto!
¡Qué sujeto! –

Molesta, Candy tiró las bolsas de medicinas en el sofá.

- Me arriesgué muchísimo para ir a comprarlas, ¿Y qué hace él?
¡Maleducado! ¡Se ha ido sin siquiera decir adiós! Y con todas esas heridas... Entonces...

Candy salió al balcón y se sintió repentinamente cansada. Al otro lado del bosque, el dormitorio masculino estaba envuelto en la oscuridad. El edificio reservado para los varones tenía el mismo aspecto de aquel en que dormían las muchachas. Terence había dicho que había perdido el sentido de orientación, así que seguramente el también tenía una habitación especial.

¿Habrá llegado a su cuarto sano y salvo?

Candy permaneció por un momento mirando fijamente la oscuridad más allá de la vegetación, luego cerró suavemente la ventana. Se sentó en su escritorio. Estaba cansada, pero tenía la necesidad de contar todo en su diario.

¡Me he encontrado al Señor Albert! Apenas sucedió hace unos minutos. Todavía me parece un sueño... Pero al contrario, todo es real.

Candy añadió esas pocas frases a las páginas que ya había escrito anteriormente, luego soltó un largo suspiro.

Nunca habría imaginado que lo encontraría aquí... En Londres... ¡En plena noche y por la ciudad! ¡Dios, te agradezco!

Albert me contó qué, después de haber sido descubierto por el guardabosque que trabaja para los Ardlay, tuvo que dejar la cabaña.

Luego se embarcó a escondidas en un barco con destino a Inglaterra. ¿Esto quiere decir que viajó como polizón? Aún así me alegro que lo haya logrado.

La cabaña, el estruendoso ruido de la cascada, los animales del bosque... Si vuelvo a pensar en ello, siento que las lágrimas se me salen por la nostalgia. Ya que lo echaron, el señor Albert desconoce por completo que le ha pasado al bosque y a la villa.

Todas las personas que conocí en ese entonces se han marchado de Lakewood. Sin embargo, cuando Anthony todavía existía, esos lugares estaban llenos de vida.

¡Suficiente! No quiero acordarme de esas cosas tristes; ¡Hoy es un día feliz y he vuelto a encontrarme al Señor Albert!

Señor Albert, ¡Le prometo que iré a visitarlo al zoológico Blue River! ¡La próxima vez hablaremos con más calma!

Odio admitirlo, pero nuestro encuentro fue gracias a ese arrogante de Terence G. Granchester. ¿Cómo se encontrará con esas heridas?

Oh, que sueño. Y que día lleno de acontecimientos...

En el mes que siguió, Candy no se encontró con Terry siquiera una vez. La noche en que el muchacho se había metido a su habitación fue la misma en que había vuelto a ver al Señor Albert. Para demostrarle que no se había tratado de un sueño, todavía estaba sobre el escritorio la bolsa de papel que contenía las medicinas.

La joven aún estaba preocupada por las condiciones de Terry, pero...

Supongo que si lo hubieran encontrado en alguna parte sin vida, todas las chicas habrían hecho un gran escándalo. Estoy segura de que se encuentra bien...

Candy decidió no pensar más en aquello que había sucedido.

Marzo estaba a las puertas y, día tras día, el viento y la luz de la mañana se hacían mas cálidos. El sol que se filtraba en el interior del colegio era más resplandeciente, e incluso el estado de ánimo de Candy se iba alegrando. Annie seguía comportándose como si no advirtiera siquiera su presencia. Tal vez satisfecha por esa conducta, Eliza se comportaba mejor de lo esperado con Annie, pero siempre la tenía bajo su control.

¿Me pregunto si a Annie no le molestará mucho estar con Eliza? Es exactamente la clase de persona que ella no soporta...

Sin embargo, al pensar en ello sintió una punzada en el corazón; si había una persona que ahora Annie de alguna manera no soportaba, esa era precisamente Candy. Si no hubiera estado Patty quien le dirigía en ocasiones la palabra a escondidas, eludiendo las miradas de Eliza y Luise, probablemente habría colapsado bajo el peso de aquella asfixiante situación. Y luego, de vez en cuando, podía encontrarse con Stair y Archie.

A la hora de almuerzo, la muchacha se dirigió hacia el bosque. Era una verdadera suerte que Eliza y las otras prefirieran mantenerse alejadas, considerándolo un lugar infestado de insectos y serpientes. En la hierba ya había brotes de campanillas de invierno y narcisos, esparciendo en el aire sus aromas. Candy se adentró en la densa vegetación y, cuando llegó al gran árbol secreto, silbó.

Entre el canto de los pajaritos, otro silbido le respondió. Después de mirar alrededor con cuidado, trepó al árbol.

- ¡Bienvenida, Candy!

Sentado con las piernas abiertas hacia los lados sobre una fuerte rama, Stair la ayudó a subir.

Resguardados por las numerosas hojas que quedaban, no podían ser vistos desde afuera y, como si hubieran sido colocadas ahí deliberadamente para ellos, también había varias ramas en las cuales podían sentarse cómodamente. El gran árbol descubierta por Candy, ahora se había convertido en el lugar de sus encuentros secretos.

Ese día solo se encontraba Stair.

- ¡Candy, mira aquí! – dijo el muchacho mostrando orgullosamente el objeto que llevaba consigo. Era un modelo a escala de un barco provisto de alas.

- ¿Es el famoso barco volador en el que estabas trabajando desde hace tiempo?

- ¡Exactamente! Finalmente lo he terminado, Candy. ¡Este será nuestro Barco Volador Mensajero, y servirá para mantenernos en contacto! – Stair le explicó con pasión su invento: - Aquí en la parte inferior meteremos nuestras cartas, luego lo haremos volar en el aire entre nuestras habitaciones...

- La imaginación no tiene límites - comentó Archie, asomándose repentinamente entre las hojas.

- ¡Archie, te tomaste tu tiempo!

- ¿No podías librarte de los ojos suplicantes de la Señorita Annie? “Archie, por favor, hablemos aunque sea por un instante” - se burló Stair, llevándose las manos al pecho e imitando a Annie.

- ¡Ya basta! – exclamó Archie con una expresión de genuina preocupación.
– Ya no puedo más. Dentro del colegio basta intercambiar incluso solo unas palabras para ser reprendido por las monjas. Ha sido una suerte que no nos hayan visto hasta ahora... Sin embargo ella también debería saber cuán estrictas son las reglas en este lugar.

- “Si, lo sé, pero aún así quiero hablarte.”

- ¡He dicho basta!

- ¡Vamos, Archie! Después de todo sé que ella no te desagrada.

- ¡Te dije que ya basta! ¡No quiero que Candy lo malinterprete!

- ¿Qué qué? ¿Y si así fuera? ¿Acaso es un problema para ti, si Candy llegara a malinterpretarlo?

- ¡Santo cielo, que irritante eres, Stair! Más bien, ¿Ya terminaste de explicar por enésima vez tu desastroso proyecto? – Con dificultad, Archie cambio de tema.

Riendo, Candy preguntó: - ¿Eso quiere decir que tu proyecto ya ha fallado?

- ¡Por supuesto que no! Este todavía es un prototipo - rebatió Stair, acariciando su precioso barco volador. Luego añadió con los ojos brillando:
- Quiero probarlo esta noche.

Candy, ¿Puedes llegar?

- También tenemos un nuevo suministro de bombones – la tentó Archie sonriendo.

- ¡Por supuesto que iré! Y además hace tiempo que no salto entre las ramas con mi cuerda

- respondió Candy, empezando inmediatamente a tornarse los dedos. Stair y Archie se echaron a reír.

La campana estaba Repicando. Candy se despidió de sus amigos con un ademán y descendió ágilmente de primero. El camino más rápido para llegar al edificio escolar consistía en atajar a través del bosque y pasar por el prado. Corriendo entre la hierba salpicada de brotes de narcisos, Candy comenzó a meditar.

A Annie realmente debe gustarle mucho Archie...

Su amiga de la infancia incluso había persuadido a sus padres para que la enviaran a ese colegio. Aun conociendo los severos castigos para quienes infringían las reglas, ciertamente había sentido la necesidad de hablar con Archie.

Y pensar que es una muchacha tan tímida...

De pronto, se tropezó en algo y cayó hacia delante.

-Oye, está bien que me encuentres irresistible, pero si me saltas encima tan repentinamente, ¡Me darás un susto de muerte!

Acostado en la hierba hasta hace un momento, Terry trató de ayudarla a levantarse.

-Pero... ¿Qué haces?

Candy rechazó de inmediato la mano del joven y se incorporó a toda prisa. La cosa con la que se había tropezado era precisamente un pie del muchacho.

Que mala suerte había tenido al toparse justamente con aquella persona...

-¿Qué quieres decir con “qué estoy haciendo”? Eso debería preguntarlo yo - replicó él, riendo y levantándose del suelo.

Con la cara roja, Candy se levantó de inmediato.

- ¡Solo me he tropezado! ¡No deberías tirarte en el suelo donde nadie te pueda ver! ¡Ni que fueras una piedra!

- Las piedras no huelen el perfume de los narcisos.

Candy permaneció por un momento observando el rostro de Terry. No mostraba la más mínima marca de las heridas, e incluso el labio estaba completamente curado.

-¿Y bien? ¿Qué tienes? ¿Por que me miras así? ¿Quieres un beso?

La sonrisa de Terry hizo que se le subiera la sangre a la cabeza.

- ¡Estoy sin palabras! ¡Solo estaba aliviada al ver que las heridas si habían sanado! -

respondió ella, poniéndose seria. - Esa noche, salí para comprarte los medicamentos, y tú en cambio...

- ¿Cómo has dicho? ¡Entonces has infringido las reglas! ¿Saliste sin permiso? Y además,

¿De noche? Puede que sea mejor que se lo diga a las monjas...

Candy sabía bien que solo la estaba provocando, pero aquel comportamiento realmente la sacaba de quicio; Se había preocupado sinceramente por él.

- Terry, vi que tenias heridas graves, y es por eso que...

- Bueno, ¡Yo no te pedí absolutamente nada!

De repente la expresión del joven se endureció y su tono de voz se volvió distante.

Candy estaba por responderle de la misma manera pero decidió permanecer, aunque con dificultad, en silencio.

- ¡Desde luego no quiero obligarte a aceptar mi ayuda! Y aunque me la pidieras, ¡Sería yo quien me negaría a darte una mano!

Habiendo dicho eso, Candy de nuevo se puso a correr. El repicar de la campana estaba a punto de terminar.

¡Santo cielo, que sujeto tan retorcido!

Sentía cada parte de su cuerpo tensa como si fuera una cuerda de un violín.

Con los ojos entrecerrados, Terry observó divertido la figura de una Candy enfurecida irse alejando cada vez más.

Es la primera vez que me llama Terry.

Sin darse cuenta, sus labios se iluminaron en una sonrisa.

Esa noche, cuando la luna se ocultó detrás de las nubes, Candy comenzó su viaje a través del bosque, deslizándose de árbol en árbol hasta tener a la vista la titilante luz que emanaba el candelabro de Archie. El muchacho la esperaba de pie en el balcón del dormitorio masculino.

A Candy sólo le faltaba el salto final, el más emocionante. Sujetando bien la cuerda elaborada de sabanas, apuntó decidida hacia la llama de la vela, cuando una inesperada ráfaga de viento apagó su punto de referencia. Sin embargo, la joven no se detuvo.

Recordaba bien donde se encontraba hace un instante el punto iluminado.

Vamos, sigamos adelante.

Se precipitó al vacío, pero tomó demasiado impulso y se encontró traspasando el balcón, ingresando directamente a la habitación a través de las hojas de la puerta de vidrio, abiertas de par en par.

Aterrizó rodando e inmediatamente se dio cuenta de la diferente atmósfera que la rodeaba.

Se sobresaltó y miró a su alrededor en la penumbra. La habitación poseía muebles lujosos y era más grande que la de Stair y Archie. Tenía las mismas dimensiones que la de ella.

Candy se agitó, comprendiendo que había errado el objetivo.

¡Debo apresurarme a salir de aquí!

Cuando trató de levantarse, notó a sus pies una foto que se había caído al suelo. Sin pensarlo la recogió, descubriendo que se trataba de una imagen publicitaria. Enseguida se dio cuenta que algo estaba mal: El rostro de la persona retratada estaba tachado con una gran cruz.

-¡Pero esta es Eleanor Baker!

La gran actriz estadounidense era la artista más popular del momento. La encantadora Eleanor; no había persona que no conociera aquel nombre.

¿Por qué el rostro de la mujer había sido rayado de esa manera? Incluso había una palabra escrita con rabia que decía: “¡Muérete!”.

Candy le dio vuelta a la foto y un grito se le escapó.

A mi hijo Terence.

Con amor,

Eleanor Baker.

La dedicatoria que había leído estaba escrita en el reverso.

¿A mi hijo...? Entonces... Entonces Terry es...

En ese momento escuchó que la puerta se abría a sus espaldas. Se volteó de inmediato y vio a Terry, apoyado en la puerta, que la miraba fijamente con ojos fríos e inexpresivos.

Como si estuviera bajo el efecto de un hechizo, Candy no podía moverse.

Le pareció como si hubiera pasado una eternidad, pero debió haber sido un instante. Terry se le acercó amenazadoramente y le quitó bruscamente de las manos la foto de Eleanor Baker, luego empezó a romperla con todas sus fuerzas, ensañándose contra esa imagen hasta que casi no pudo obtener

pedazos más pequeños de ella. Los blancos fragmentos se fueron esparciendo en la alfombra y, Candy los observaba conteniendo el aliento. No podía creer que la hermosísima actriz de fama mundial, que todo el mundo consideraba soltera, fuera en realidad la madre de Terry.

- Yo... Bueno... Yo... - murmuró con un hilo de voz.

- ¡Cállate! – gritó Terry fuertemente y mirándola con ojos de fuego le advirtió: - Si le cuentas esto a alguien... - en ese momento el muchacho la sujetó por los hombros y empezó a sacudirla con violencia. - ¡Si le cuentas esto a alguien te haré pedazos igual que a esa fotografía!

A merced de Terry, Candy trató de no ponerse a llorar. A través de los dedos del muchacho, a pesar de que la sujetaba con fuerza, percibió una gran tristeza. Con labios temblorosos, la joven levantó la cabeza y sintió que se le humedecieron los ojos. Cuando sus miradas se encontraron, Terry pareció volver en sí y se detuvo. Como si repentinamente las fuerzas lo hubieron abandonado, aflojó el agarre y bajó los brazos, como dominado por un repentino cansancio. Luego, dándole la espalda murmuró: -

Vete...

Su voz débil y temblorosa parecía pertenecer a otra persona.

Con la cabeza agachada, Candy salió al balcón. Habría querido decir algo, pero no encontraba las palabras. Armándose de valor se volteó y finalmente logró expresarse, aunque con voz ronca: - Te pido perdón...

Terry no se volteó y permaneció inmóvil como si fuera una estatua de piedra.

Capítulo 7

Oh, Señor, te lo ruego, alivia el dolor de Terry... Haz que no se atormente porque he descubierto su secreto...

Esa noche, después que regresó a su habitación, Candy rezo por el muchacho.

Inmediatamente después de haber acabado por error en la estancia del joven, Candy volvió a utilizar la cuerda para ingresar en la recámara de Stair y Archie. Los muchachos la estaban esperando ansiosamente en el balcón, sosteniendo el candelabro.

- Candy, ¿Todo bien? ¿Ese noble presumido no te ha descubierto? - preguntó Archie.

- No... Todo bien... — respondió con actitud alegre, tratando de no desvelar su expresión aun tensa.

- Bueno, gracias a Dios. Ese individuo no me agrada para nada. Se escuda en la influencia de su padre para comportarse como le da la gana. No importa cuántas veces quebrante las reglas, sabe muy bien que gracias al duque jamás correrá el riesgo de ser expulsado. ¡Eso es una injusticia! ¡Maldito sea él y la directora quien permite todo esto!

Archie simplemente parecía no soportarlo.

-No creo que sea realmente una mala persona... -murmuró instintivamente la joven.

Al escucharse defender al muchacho, Candy no pudo evitar asombrarse.

Sin embargo aquella era la verdad: realmente no podía considerar a Terry como una persona deshonesto.

Los ojos de Terry son casi transparentes...

La impresión que había tenido cuando se conocieron en el barco, en aquella noche brumosa, no había sido producto de una equivocación. A su mente volvió la imagen de espaldas del muchacho y su semblante tan abatido que no podía ser ignorado.

Terry recién la había sujetado sacudiéndola con violencia, pero en aquel momento Candy se había dado cuenta que su mirada sombría y triste era al mismo tiempo sorprendentemente tierna.

Había descubierto el secreto del muchacho, aunque por pura casualidad.

-¿Qué puedo hacer? No logro conciliar el sueño...

Levantándose de la cama, se sentó frente al escritorio y abrió el diario. Tenía tantas cosas que contar: el rápido choque del Barco Volador Mensajero de Stair, la desilusión del joven

inventor, los proyectos de los experimentos, para ella del todo incomprensibles, el nuevo sombrero de Archie...

Sin embargo, Candy no podía concentrarse y sus pensamientos siempre volvían a la mirada del muchacho y a su voz llena de dolor.

Suspirando, cerró el diario y salió al balcón. El viento nocturno le acarició el cabello.

Al otro lado del oscuro bosque se encontraba Terry. Candy se preguntó que estaría pensando él, en ese momento.

Yo no diré nada... Así que, por favor, no te preocupes.

Mirando a la oscuridad, Candy susurró aquellas palabras en su corazón.

En ese momento, Terry también estaba en el balcón y observaba los árboles del oscuro bosque.

Ahí afuera, las tinieblas lo rodeaban todo, pero el joven era capaz de ver: inmerso en la oscuridad, veía bien su propia estupidez. Candy había descubierto su secreto, pero eso no era lo que lo fastidiaba. ¿Por qué había conservado la foto hasta ese momento? Con una pluma había desfigurado el rostro de la mujer e incluso le había escrito encima una palabra repudiable. Sin embargo, lo que realmente no podía soportar era su propio corazón, incapaz de separarse de aquel objeto. Eso lo ponía furioso. Apretó los puños.

La esposa del duque de Granchester, su actual madrastra, aunque solo de nombre, no perdía ocasión para burlarse de él con desprecio. Esa parecía ser su razón de vivir.

-Vamos, mírate, por favor. Este es el único comportamiento que se puede esperar de un hijo en cuyas venas corre la misma sangre de esa miserable y vulgar americana.

Sus hermanos y su hermana menores, a pesar de tener todos el mismo padre, apartaban la mirada de él, como si fuera algo sucio. El duque de Granchester, al contrario, no lo miraba ni siquiera a los ojos. No quería reconocer su gran error.

¡Ah, duque de Granchester! ¿Para ti es tan importante tu posición social? ¿Tiene tanta importancia el prestigio de tu nombre?

Sobre todo, su padre se preocupaba por su propia persona y eso también valía para ella.

Terry había querido reírse de si mismo por haber decidido cruzar el océano aquel día de invierno, impulsado por unas emociones incontrolables.

¡Qué idiota! ¿Qué esperaba cuando llegue en ese momento?

Había ido hasta allá por ella, ¿Pero que había obtenido por respuesta? Eleanor Baker no había disimulado su vergüenza. Cuando finalmente la gran actriz le había concedido reunirse con ella, había fruncido su hermoso ceño, arrastrándolo a la parte posterior de un set, lejos de las miradas indiscretas. Ahí, le había puesto en la mano un sobre lleno de dinero.

-¡Te lo suplico, regresa de inmediato a Londres! ¡No vuelvas nunca más! Ni siquiera mi representante conoce mi pasado. Oh, Terence... Nunca debí haberte dejado aquella foto...

¡Terry, jamás se la muestres a nadie! No le cuentes a nadie que yo soy tu madre. Todos saben que soy soltera...

-¡Váyanse todos al diablo!

Terry lanzó un jarrón de porcelana blanca contra la pared, justo en el mismo modo que, aquel día, le había arrojado en la cara a Eleanor Baker los

billetes que ella a penas le había entregado. El jarrón se hizo añicos, y los pétalos de las rosas se esparcieron sobre la alfombra como gotas de sangre.

En abril, el Colegio San Pablo empezó a colorearse como si fuera un cuadro, gracias a los delicados colores de las flores, al color de la hierba y a los brotes verde claro que se asomaban en los arboles. El aspecto severo del edificio escolar cambió gracias a una atmósfera agradable, como si una sombría y vieja bruja hubiera vuelto a ser una joven muchacha. Con la llegada de la primavera, incluso el interior del colegio parecía cobrar vida, mientras el sonido de las risas lo llenaba.

A pesar de que era tratada como una criada, Annie continuaba siguiendo en todo a Eliza.

Candy había decidido no preocuparse más. Había puesto distancia entre ellas, y nunca se habían dirigido la palabra, pero seguía convencida de que su amiga de la infancia podía comprender sus sentimientos. Cuando, a veces, sus miradas se encontraban, Annie asumía por un instante una expresión de dolor, como si quisiera decirle algo. A Candy casi le parecía escucharla decir: *"Candy, perdóname... También a mi me gustaría hablarte, pero no puedo. Perdona mi debilidad"*.

Con la llegada de la hermosa estación, las muchachas ya no regresaban inmediatamente después de clases al dormitorio estudiantil, sino se quedaban a charlar en el patio lleno de flores. Los capullos de rosas de los más variados colores estaban por reventar.

Pero a Candy no le gustaba aquel lugar: siempre terminaba por traerle a la mente a Anthony y recordar el perfume de la Dulce Candy. También esa mañana, después de haber saludado a Patty, quien se dirigía a la biblioteca, se encaminó hacia el bosque.

— Esa va con frecuencia sola al bosque, ¿Verdad? — preguntó Eliza con sospecha, torciendo la boca. Rodeada de sus amigas, la joven estaba sentada en el borde de la fuente del patio y seguía con la mirada los movimientos de Candy.

— Últimamente ya no comete tantos errores, ¿no crees? — comentó Luise, inclinando el cuello de manera dubitativa.

Eliza la fulminó con la mirada y dijo: — ¡Es solo que es buena fingiendo! ¡No olvides que esas que vienen de un orfanato son unas grandes sinvergüenzas!

— ¡Tienes toda la razón! Va por ahí con el aspecto de quien siempre ha estado en este colegio, y parece que también ha puesto a Patty de su parte. Siempre las veo juntas hablando.

— ¡Esa estúpida de Patty me deja sin palabras! Luise, ¡No debes hablarle más! ¿Quién querría tener algo que ver con alguien que viene de un orfanato? ¿No es así, Annie?

— Bueno... Yo... — balbuceó Annie, sintiendo la mirada de Eliza fija sobre ella.

Entonces, con el rostro rojo, negó con la cabeza.

— Por supuesto. ¡Es evidente que nadie puede desear algo parecido!

Luise y las otras continuaban asintiendo, así que Annie se esforzó por imitarlas.

Cada vez que pronunciaban la palabra "orfanato", Annie se sentía turbada. Siempre tenía miedo de que sus compañeras pudieran darse cuenta de algo, y por lo tanto perdía aún más el control. Incluso en ese momento, sentía la cabeza completamente vacía.

De pronto Eliza se levantó de un salto.

— ¡La seguiré a escondidas! Tratándose de ella, ¡Estoy segura que va al bosque para tramar algo!

— Iremos contigo —, exclamaron Luise y sus compañeras, levantándose.

— No. Si vamos todas no pasaremos inadvertidas. Y además ustedes no saben moverse con gracia.

Eliza las detuvo con una fulminante mirada y de echó a correr, haciendo más ruido que cualquier otra persona. Estaba completamente convencida de tener razón.

No creo que esa se quede callada y tranquila. ¡De seguro hay un motivo por el que siempre va al bosque! ¡Juro que la atraparé con las manos en la masa! ¡Esa debe irse de este colegio, y rápido!

Esa muchacha que había sido adoptada por los Ardlay, asistía a su mismo colegio y le había sido reservada la habitación especial: Eliza encontraba todo esto verdaderamente insoportable.

¿En dónde estaba Terry? Exhausta, Candy se apoyó en un árbol del bosque. Lo había buscado en la Falsa Colina de Pony, en la caballeriza del colegio e incluso en el bosque, pero no había podido encontrarlo. Desde aquella famosa noche, había podido verlo alrededor del colegio, pero por supuesto, no había podido dirigirle la palabra. Deseaba tanto disculparse y hacerle entender como se sentía. Aunque de manera accidental, aquel día había descubierto el secreto que unía a Terry y a la gran actriz, volviendo a abrir la herida del muchacho.

Terry... Te pido que al menos me creas esto: nunca le diré nada a nadie.

"Si le cuentas esto a alguien"...

La voz desesperada de Terry y su mirada sombría todavía estaban grabadas en sus oídos y en sus ojos. Candy pensaba que podía comprender como se había sentido en aquel momento.

Tal vez nosotros... De alguna manera nos parecemos...

Terry, el hijo de un ilustre noble, y Candy, una huérfana que ni siquiera sabía quienes eran sus padres. Más allá de sus orígenes y de la educación recibida, tal vez las almas de las personas a veces provenían del mismo lugar.

Una ráfaga de viento la sacudió. La muchacha se apartó del árbol y se enderezó. Colgando de una rama distante de un árbol y azotada por el

viento, le pareció entrever la chaqueta de equitación que una vez le había visto puesta a Terry.

Sin duda está por aquí, acostado nuevamente en el suelo como si fuera una piedra...

Estaba por correr en aquella dirección, cuando tuvo la impresión de ser observada, y se volteó. Por un instante algo se movió detrás de un arbusto, y una cinta amarilla se replegó a la sombra de un tronco.

Como pensaba... Es Eliza.

Candy suspiró exhausta. Ya sabía que Eliza y las demás no sabían como ocupar su tiempo.

Al final habían llegado a seguirla.

Quieren estudiar mis acciones para encontrar algo de utilidad con qué atormentarme.

Aún comprendiendo las secretas intenciones de Eliza, no podía olvidarse de Terry, considerando las pocas ocasiones en las que podía encontrarlo. Por un momento

permaneció indecisa sobre qué hacer, pero luego respiró profundamente. Se llevó las manos a la cabeza y, armándose de valor, empezó a cantar.

Discúlpame, perdóname.

Realmente no tenía idea.

Quédate tranquilo, créeme.

¡Mi boca permanecerá cerrada!

¡Lo juro por mis pecas!

Era una canción inventada en el momento. La letra y la música que había compuesto representaban un recurso de emergencia pero, si en aquellas

inmediaciones realmente se encontraba Terry, servía para comunicarle sus sentimientos sin que Eliza pudiera darse cuenta de nada.

Entonando sin pausa su cancioncilla, salió del bosque. Cada vez la melodía cambiaba ligeramente, pero con el tiempo empezó a tomar un estilo constante y la muchacha incluso empezó a pensar que no estaba tan mal. Continuó cantando con la voz aún más alta.

— Desafinada como un gato en la azotea, obviamente...

Terry la siguió con la mirada. No se encontraba entre los arbustos, pero sí en un árbol.

— ¿"Te lo juro por mis pecas"? No había necesidad que te pusieras a cantar una canción tan divertida, estoy seguro de eso... Te creo, ¿Sabes? — murmuró el muchacho para sus adentros, sonriendo.

En ese momento le llegó un repentino ruido, como si alguien estuviera zapateando ruidosamente el suelo. Sujetándose a una rama, miró hacia abajo y vio a Eliza que echa una furia, elevaba matas de tierra.

— ¡Pero mira qué clase de estúpida! Sabía que esa tiene la cabeza hueca, ¡Después de todo ha crecido en un orfanato! Pero luego de vagar sin rumbo, ¿Qué hace? ¡Se pone a cantar algo así sin ningún sentido! ¡Solo he perdido mi tiempo al seguirla!

Después de haber gritado toda su frustración, Eliza empezó a caminar mirando altivamente hacia arriba, cuando de pronto...

— ¡Aaah!

Se escuchó un crujido y la figura de la muchacha desapareció.

— ¡Rápido! ¡Alguien que me ayude! ¡Auxilio!

— Terminaste cayéndote en ese foso porque no miras por donde caminas.

Terry bajó ágilmente del árbol y echó un vistazo en el hoyo oculto por la hierba.

— ¿Quién está ahí? Ah, no importa, ¡Apresúrate a sacarme de aquí! —
vociferó desde abajo Eliza

— Realmente no sabes lo que significa pedir "por favor", ¿Cierto? —
negando perplejo con la cabeza, el joven se agachó y le tendió la mano. —
¡Vamos, sujétate! Oye, cuanto pesas.

Riendo, la levantó. Finalmente libre, Eliza se limpió de primero el
uniforme, luego le dirigió una mirada penetrante.

— No tendrás intención de contarle a alguien que me caí ahí dentro,
¿Verdad?

— ¿Quién sabe? — respondió él fingiendo indiferencia.

— Bueno, aunque realmente no creo que alguien llegue a escuchar la
versión de un delincuente como tú. Pero, en tal caso, ¡Quiero que sepas que
no te lo perdonaré!

— ¿Y éste sería el agradecimiento por haberte ayudado? Bueno, de todos
modos estoy contento de que no te haya pasado nada.

Ignorándola, recuperó la chaqueta que había colgado en una rama, se la
echó al hombro y empezó a caminar sin mirar atrás.

¿Pero qué quiere ese sujeto?

Con ojos abrasadores, Eliza lo observó alejarse.

Claro que también podía acompañarme...

Se sorprendió al descubrir que, sin darse cuenta, se había llevado la mano a
la mejilla.

Era la misma mano que poco antes había agarrado con fuerza la de Terence.

*Terence... Realmente eres un noble... Y eres mucho más caballero de lo que
cuentan por ahí...*

No podía evitar sonreír. En ese momento le pareció comprender perfectamente la razón por la cual sus compañeras, aunque atemorizadas por quien consideraban como un chico malo, se sentían tan atraídas por él.

Incluso una vez que regresó al dormitorio estudiantil, Eliza siguió pensando embelesada en la sonrisa de Terence. Si había sido tan amable con ella, no había duda alguna que albergaba simpatía hacia ella.

Sin embargo, aquella tarde no era la única en sentirse en el séptimo cielo. Apenas hace unos instantes, en el salón de recreo había sido anunciado el Festival de Mayo, y aunque las monjas se esforzaban por calmar los ánimos, las muchachas estaban dominadas por una inagotable excitación. Piando como pajaritos en un nido, no paraban ni un instante de hablar.

— ¡Finalmente ha llegado! ¡El Festival de Mayo!

— ¡La única fiesta del año! ¡Podremos divertirnos como nunca!

Las voces se hacían más agudas.

— Patty, ¿Qué clase de fiesta es? — preguntó Candy, empezando también a sentirse emocionada.

— ¡Es una fiesta maravillosa, Candy! Hay una procesión de carrozas que desfilan por todo el colegio recubiertas de flores, transportando a las chicas elegidas como las Hadas de Mayo. Por la tarde, en cambio, se celebra un baile... Y en esa única ocasión se nos permite bailar libremente con los chicos.

— ¿En serio? ¡Pero es fantástico!

Candy se sobresaltó, sintiendo que en su mente empezaba a materializarse repentinamente la imagen de Terence.

— Y además, Candy, ¡Podemos invitar a la fiesta no solo a familiares, sino también a amigos!

Con esas palabras, la vergüenza de Candy salió volando instantáneamente.

— ¿También a amigos? ¿De verdad podemos invitarlos?

Quería saltar de alegría. Pensó inmediatamente en el señor Albert y, desde luego, ¡en el ilustre tío abuelo William!

No sé si será tan amable de venir, ¡Pero quiero probar enviarle una invitación!

Tal vez podría conocer a su benefactor. El corazón de Candy empezó a llenarse de esperanza.

Capítulo 8

-Dios mio, por favor, ¡Haz que el señor Albert y el tío abuelo William vengan al Festival de Mayo!

Candy dirigió su oración hacía las dos invitaciones y las llevó a la estancia donde se realizaba el servicio postal. En ese instituto, todas las cartas que recibían o enviaban, primero debían ser sometidas a la revisión de las monjas.

El Festival de Mayo... El solo escuchar esas palabras era algo emocionante.

- ¿Ya has decidido que ponerte para el festival? ¡Yo insistí mucho para que papá me comprará un vestido francés!

- ¡También yo! He encargado uno rojo escarlata, ¿Y tú?

Las compañeras con que se cruzaba a lo largo del pasillo no hacían más que hablar siempre del mismo tema.

Sería tan feliz si pudiera invitar para la ocasión también a la Señorita Pony y a la Hermana Lane... Pero realmente están demasiado lejos.

En las cartas que les dirigía, ahora Candy podía escribir la verdad: la mejoría en lengua francesa, la mayor elegancia que estaba adquiriendo gracias al rígido reglamento escolar... En conclusión, todas cosas reales.

Las directoras le habían contado que las flores de los lupinos estaban empezando a florecer.

Dentro de poco la Colina de Pony se teñirá toda de amarillo, gracias a los ranúnculos y a las rudbeckias...

Desde la ventana del colegio, la muchacha observó el patio. Las rosas estaban en plena floración y el viento transportaba consigo su dulce perfume.

¿Habrán florecido también las rosas de Anthony? ¿Y aquellas rojas del Portal de las rosas?

Cuando el joven había muerto, Candy pensó que la primavera no llegaría nunca más. Sin embargo, las estaciones siempre mantuvieron su promesa, continuando alternándose una tras otra junto a la sucesión de las páginas del calendario.

Si tan solo las personas también fueran capaces de volver exactamente como las estaciones...

El Príncipe de la Colina, Anthony... Eran tantas las personas que habría querido volver a ver aunque fuera solo otra vez.



-Pero al menos he podido reencontrar al señor Albert. No debo pretender demasiado.

De vuelta en su habitación en el interior del dormitorio estudiantil, Candy abrió el armario.

-¿Qué podría ponerme para el Festival de Mayo?

Observo la hilera de innumerables vestidos dispuestos para ella por el tío William. Pero su benefactor no se había limitado a los vestidos; había también zapatos, bolsos a juegos e incluso ramilletes de flores. Cada vez que admiraba aquel panorama, Candy sentía una inmensa gratitud.

Después de mucha indecisión, tomó un vestido verde claro y lo acercó a su cuerpo.

- Sí, el verde es el color que le corresponde a un hada de mayo -, dijo haciéndole un guiño a su propia imagen en el espejo.

- ¿Entonces? ¿Me sienta bien? ¿Parezco una encantadora señorita o una Tarzán Pecososa?

Tan pronto hubo pronunciado esas palabras, Candy apartó rápidamente la mirada del espejo. De nuevo había vuelto a pensar en Terry.

Quizás el tío abuelo venga al Festival de Mayo... Pero claro que lo hará, ¡También le he escrito que he sido elegida como una de las Hadas de Mayo y que saldré sobre una carroza cubierta de flores! ¡Ah, como soy de afortunada!

Estrechando aún el vestido contra su pecho, empezó a dar vueltas.

Abril...

Hoy, sin siquiera la sombra de una sonrisa, la Hermana Kreis nos ha dicho: - Cada año las Hadas de Mayo son representadas por estudiantes nacidas en un determinado mes. Dado que procedemos en orden y que el año pasado fue el turno de abril, este año les tocará, exactamente como corresponde al nombre del festival, a las estudiantes nacidas en el mes de mayo.

Cuando escuché esa noticia, ¡Estaba tan dominada por la alegría que casi tuve ganas de abrazar a la profesora! ¡Tanto Annie como yo nacimos en mayo! También me enteré que las hadas son llevadas sobre una carroza llena de flores y que participan en el desfile. ¡Me parecerá que soy la reina de las flores!

Eliza está realmente envidiosa y me dijo de nuevo palabras mordaces. Afirma que, puesto que soy huérfana, no hay forma de

saber cuando nació. ¡Y pensar que ahí cerca estaba Annie escuchando todo! Cuando la mire de soslayo, me di cuenta que repentinamente había palidecido.

Annie, ¿Por qué quieres ocultar hasta este punto el hecho de venir de un orfanato? ¿Realmente piensas que sea algo tan vergonzoso?

No es culpa nuestra que hayamos sido abandonadas...

Creo que Annie tiene miedo de la posible reacción de Archie, pero él no es en absoluto ese tipo de persona. Si solo pudiera decírselo...

Seguramente por ocasión del Festival de Mayo bailarían juntos. ¿Y

yo? ¿Con quién bailaré? ¿Con Stair? ¿O con T.G?

AL llegar a ese punto, sintiéndose un poco agitada, dejó la pluma. "T.G." era por Terence G. Granchester. Cuando hablaba de él en su diario, utilizaba siempre y únicamente sus iniciales.

Por lo que se decía por ahí, Terence nunca había participado en el festival, así como evitaba todos los grandes eventos organizados por el colegio. El muchacho parecía no tener amigos y evitaba a sus compañeros de instituto.

Candy recordó la mirada sombría del muchacho, pero ahuyentó de inmediato aquella imagen de su mente.

En el mes de mayo el bosque despedía su aroma incluso de noche. Stair y Archie estaban en el balcón, mientras el viento acariciaba suavemente sus cabellos. Archie trataba de mirar a través de una especie de telescopio astronómico de forma irregular, pero de pronto se volteó se manera desilusionada.

- ¡Oye, hermano! ¿Esto te parece un telescopio capaz de agrandar un millón de veces las imágenes? ¡No se ve nada!

- ¿Cómo dices? Me parece muy extraño...

También Stair acercó el ojo a aquel extraño objeto e inclinó varias veces la cabeza con perplejidad.

- Siempre estamos en las mismas con tus inventos... - comentó ya sin palabras Archie.

Luego volvió a entrar en la habitación y añadió: Ah, qué desilusión. Y decir que esperaba tanto poder echarle un vistazo al interior de la recámara de Candy...

- ¡Archie! ¡No he construido este telescopio para usarlo de esa manera! - replicó serio Stair, siguiéndolo al interior.

- Últimamente no se ha dejado ver tan a menudo... Ni siquiera nos manda mensajes -

murmuró distraídamente Archie, tumbándose sobre el sofá.

- Sí... - asintió Stair, sentándose junto a su hermano. También él estaba pensando en Candy. Tratando de reanimarse y de liberarse de esa atmósfera sentimental que había caído sobre él, dijo alegremente: - Probablemente está muy ocupada con los preparativos para el festival. Al parecer será una de las hadas, dado que nació justamente en mayo.

- Te veo bien informado, Stair. - Archie se incorporó. Cuando tenía que dirigirse seriamente a su hermano mayor, siempre lo llamaba por su nombre.

- Sí, es por eso que también estoy bien informado sobre Annie. Ella también será un hada.

- Es verdad... Ella también nació en mayo -, comentó de manera desinteresada Archie, volviendo el rostro hacia otra parte. - En el festival me gustaría bailar con Candy.

- ¡Qué traidor! ¡Así harás llorar a Annie Brighton, Archie! - exclamó Stair, lanzándole encima un cojín.

- ¿Quieres dejar de una buena vez de burlarte de mí con ese cuento? - Archie arrojó el cojín con fuerza y, fallando su objetivo, terminó dándole a un lienzo en la pared.

- Sé que Annie es una buena chica, pero... - admitió Archie, levantándose para enderezar el cuadro. Luego se giró de golpe hacia su hermano: - ¡Ahora caigo! ¡Quieres arrojarme a los brazos de Annie para tener a Candy completamente para ti!

- ¡Archibald! - tomado por sorpresa por el insólito tono grave de Stair, Archie se cuadró.

- Candy... Candy aún no ha olvidado a Anthony.

- ¡Eso lo sé bien! - gritó Archie con rabia, apartando la mirada. - Sin embargo, yo... Desde la primera vez que la vi...

- ¡No digas más, Archie! - lo interrumpió severamente Stair. Después añadió melancólico:

- Guarda el resto para ti...

Es como si me lo estuviera diciendo a mi mismo...

En su corazón, Stair sonrió amargamente. Nunca había expresado en voz alta lo que sentía...

- Lo mejor que podemos hacer por Candy es velar por ella desde la distancia - murmuró el muchacho, casi como si estuviera hablando solo. Archie parecía no escucharlo y de nuevo se había tumbado en el sofá para mirar fijamente el techo.

- ¿Qué? – exclamó en ese momento Stair con un extraño tono de voz.

- ¿Qué sucede?

- ¡He aquí por qué no se veía nada! Mira donde terminó la lente del Dispositivo para Observar los Confines del Universo... - dijo frunciendo el ceño de manera abatida, recogiendo la lente de la alfombra.

- Ah, hermano, tus inventos siempre tienen un miserable final... Entonces, ese objeto realmente sirve para espiar a escondidas.

- ¡Lo has entendido mal, Archie! Esto es un inocente instrumento para observar el universo...

Escuchando aquella acalorada justificación, Archie estalló en carcajadas. Su hilaridad contagió a Stair y los dos continuaron riendo mirándose el uno al otro.

Esa noche alguien llamó suavemente a la puerta de la habitación especial. Aquel tímido toque no podía pertenecer más que a Patty.

Cuando Candy abrió la puerta se encontró frente a la muchacha, quien le preguntó: -

¿Puedo entrar?

La joven miró con cautela a lo largo del pasillo, luego cruzó rápidamente el umbral.

- Mi familia me ha enviado unas golosinas. Quería probarlas contigo, Candy - dijo sujetando con cuidado un paquete en los brazos.

- ¡Qué maravilla! ¿Cómo has hecho para que no te lo confisquen las monjas?

- Los han enviado obteniendo un permiso...

Con una débil sonrisa, Patty se sentó en el sofá. El paquete contenía bombones, dulces de leche y caramelos de todos los colores.

-¡Son muy finos! ¡Y se ven buenísimos! ¡Qué suerte tienes, Patty, por tener una mamá y un papá tan atentos! ¡Buen provecho!

Tomando uno de los bombones, Candy pellizcó alegremente las mejillas de su amiga, extrañamente melancólica. Sin embargo, cuando Patty levantó la mirada, Candy se dio cuenta que tenía los ojos húmedos y dejó de comer. Preocupada, la miró a la cara.

- Nuevamente me han engañado - dijo Patty, secándose con la punta de los dedos las lágrimas que comenzaban a resbalar debajo de sus gafas.

- ¿Quién te ha engañado? - preguntó Candy, tragando lentamente el bocado que le había quedado en la boca.

- Al Festival de Mayo no podrán venir ni mamá ni papá... ¿Qué creen que haré con estos dulces? Últimamente no voy a casa ni siquiera durante las vacaciones, ¿Sabes? Mis padres están muy ocupados con su trabajo... Y aunque fuera, no encontraría a nadie.

Con la cabeza agachada, Patty comenzó a llorar. Las lágrimas le cayeron sobre las manos.

Le contó que su padre era abogado, mientras su madre escribía artículos para una revista.

Ambos debían lidiar frecuentemente con viajes de trabajo y llevar a cabo investigaciones, así que desde pequeña había sido confiada al cuidado de una institutriz.

- Solo comemos juntos pocas veces al año... Si me inscribieron en este colegio es solo porque tiene residencia estudiantil y porque nos controlan con severidad... Casi nunca vienen a visitarme.

- Bueno, pero te han enviado estas golosinas, ¿No? Yo ni siquiera tengo unos padres que hagan esto por mí. Aparte de los dulces, ¡Piensa que además me abandonaron!

Molesta, Candy se metió a la boca un bombón tras otro. Al ver sus mejillas infladas, su amiga finalmente sonrió.

- Tienes razón... Quizás me quejo demasiado. Pero sabes, siempre estoy tan triste... Mi único consuelo es...

Patty parecía indecisa de hablar sobre ello, pero luego levantó el rostro con decisión.

- Candy, yo tengo un secreto...

- ¿Qué? ¿Un secreto?

- Si... Pero a ti te quiero contar de qué se trata. Espérame un momento.

Armándose de valor, salió repentinamente de la habitación. Candy soltó un pequeño suspiro.

Incluso cuando se tienen padres, no faltan los problemas... Patty parece muy triste...

¿Quién sabe cuál era su secreto? La muchacha todavía no había vuelto. Candy estaba por meterse a la boca otro dulce de leche, cuando de pronto escuchó resonar en el pasillo la grave y resonante voz de la Hermana Gray.

- ¡Patricia O'Brien! ¿No sabes que el reglamento prohíbe tener animales en el dormitorio?

¿Un animal? ¿Patty?

Sorprendida, Candy se precipitó fuera de la habitación. Ahí afuera no estaban únicamente las monjas que acompañaban a la directora; quizás atraídas por el alboroto, también estaban presentes Eliza, Luise y todas las demás. En medio de ellas, con la cabeza agachada, se encontraba Patty. Candy se sobresaltó al ver que su amiga sujetaba firmemente en las manos a una pequeña tortuga.

- ¡Vamos, deshazte de ella inmediatamente! - ordenó la Hermana Gray.

Patty con la mirada hacia abajo, continuaba permaneciendo inmóvil y sujetando firmemente al animal.

- ¡Patricia O'Brien! ¿No me has escuchado?

- Hermana Gray... ¡Se lo suplico!

Temblando, la muchacha levantó el rostro para mirar con ojos suplicantes a la directora.

- ¡Hughley es especial para mí! No tiene idea de cuánta fuerza me está dando...

La muchacha, generalmente tan sumisa, tenía los ojos inundados de lágrimas, pero se estaba resistiendo desesperadamente con todo su ser.

- ¡Debes deshacerte de ella! ¡Sí me obligas a repetirlo de nuevo, no harás más que empeorar tu castigo!

La Hermana Gray parecía implacable.

Candy dio un paso al frente y dijo: - ¡Hermana Gray! ¿Por qué Patty debe ser obligada a deshacerse de su tortuga?

Frunciendo la frente, la directora se volteó para mirarla con un frío brillo en los ojos.

- Deberías avergonzarte por no ser capaz de comprender siquiera este tipo de medida disciplinaria. El reglamento no permite tener animales, ¡Mucho menos a una sucia tortuga como esa!

- Pero... ¿Cómo se atreve? Esta tortuga es importante para Patty, ¡Es como si fuera un miembro de su familia! ¡Y usted no hace más que hablar del reglamento! ¡Es por eso que en el instituto siempre se respira una atmósfera tan fría!

- Patricia, ¿Qué estas esperando? - gritó con fuerza la Hermana Gray, ignorando la intervención de Candy.

- ¡Vieja Testaruda!

Candy se había dejado llevar por la rabia. Se llevó de inmediato una mano a la boca, pero ya era demasiado tarde. En un instante en el pasillo bajó un intenso frío lleno de tensión.

El rostro de la Hermana Gray se endureció. Palideciendo, la mujer la miró amenazadoramente. Los labios le temblaban de forma imperceptible, pero cuando habló, su voz resonó con una tranquilidad inquietante.

- Candice White Ardlay, te ordeno que vayas al cuarto de castigo y te prohíbo participar en el Festival de Mayo.

Las palabras de la Hermana Gray cayeron sobre Candy como una cortina de hierro.

Capítulo 9

Candy se sentó sobre la dura cama de madera y levanto la mirada hacia la pequeña y única ventana presente en cuarto de castigo. Un haz de luz se filtraba en el interior a través del cristal, cayendo justo sobre ella. En ese momento todas sus preocupaciones estaban centradas en un solo pensamiento.

Me pregunto si el Tio Abuelo William tiene intención de venir al Festival de Mayo...

Entonces, después de haber respirado profundamente por enésima vez, dijo:

-

Seguramente cuando se entere que su hija adoptiva ha terminado en el cuarto de castigo y que además se le ha prohibido formar parte del Festival de Mayo, el Tio Abuelo se enojara... Oh dios mio, te lo suplico, has que no venga...

Con los ojos dirigidos a la luz que penetraba por la pequeña ventana, Candy oró con todas sus fuerzas. La señorita Pony siempre decía que Dios era misericordioso; seguramente no se lo concedería ya que solo lo invocaba únicamente en los momentos de necesidad.

-Realmente esta habitación es muy triste..

La joven miro a su alrededor. El cuarto era pequeño y apestaba a moho. Aparte de aquella austera cama, había solo un misero escritorio. La pesada puerta había sido cerrada con llave.

-Si el cuarto de castigo es un lugar tan horrible, me pregunto que aspecto tendrán realmente las celdas reservadas a los estudiantes -, murmuró,

temblando solo de pensarlo.-

Menos mal que, a pesar de todo, no se han desecho de ti. ¿Verdad Huglhey?

En el interior de un balde viejo y gastado de hecho se encontraba Huglhey, decidida a tomar una pequeña siesta.

La noche anterior, la Hermana Grey le había exigido deshacerse del animal, pero gracias a la Hermana Margaret, la religiosa más amable de todo el instituto, había encontrado una salida; asumiendo la completa responsabilidad de ocuparse del asunto, Candy le había pedido traerla con ella. La monja había puesto una expresión pensativa, pero parecía poco dispuesta a tocar con sus manos la tortuga.

-Candice, debes asegurarme de que te deshazas de ella, ¿Has entendido? - Le había advertido varias veces mientras se la entregaba.

Desde el fondo del recipiente Huglhey abrió los ojitos, semejantes a semillas negras.

Sonriendo, la muchacha la alzó, observándola agitar sus cortas patas.

El calor de un ser vivo...Candy podía comprender muy bien los sentimientos de Patty hacia esa criatura. En momentos tristes, el solo tener a alguien con quien hablar, aunque fuera incapaz de responder, representaba un gran consuelo.

-¡Parece que afuera hace un clima maravilloso, Huglhey! Vamos, escapemos de este lúgubre lugar y vallamos a uno más alegre- dijo deslizándola en un bolsillo.

La pequeña ventana se encontraba en alto, pero corriendo la cama y usando también el escritorio, no sería tan inaccesible. Llevando a cabo su plan, Candy agarró el marco de la ventana. También esa abertura había sido cerrada con llave, pero tratándose de una vieja estructura, de tanto empujar y halar logró abrirla fácilmente. Ni siquiera encontró dificultad al quitar la oxidada rejilla de hierro.

- ¡Pan comido! ¿Realmente creían que podían detenerme con una ventana así? ¡En estos casos es una ventaja ser pequeña como yo! ¡Vamos Huglhey! ¡Vallamos directo al zoológico Blue River!

Candy pasó a través de la ventana y, estrechando contra si la tortuga, saltó al suelo.

La noche anterior, debido a la oscuridad, no había podido hacerse bien a la idea de la ubicación del cuarto de castigo, pero ahora se daba cuenta que se encontraba en el primer nivel de la torre norte. por el jardín trasero casi nunca pasaba nadie, además, estaba cerca de la reja exterior.

Agradeciendo su buena estrella, se escabulló ágilmente fuera del colegio.

-Tranquila, Huglhey. ¡El señor Albert es una persona maravillosa! Se que es triste tener que separarse de Patty, pero volverás a verla- dijo Candy dirigiéndose a la tortuga que sostenía en los brazos.

Una vez que llego al Blue River, le bastó decir el nombre de su amigo para poder entrar sin boleto. Le dijeron que el señor Albert se encontraba en su descanso y que se encontraba en la sala reservada para el personal a cargo de los mamíferos. La joven corrió hacía el edificio de atrás que le habían indicado. ¡Estaba tan feliz de poder finalmente volver a verlo!

El colegio al que asistía le prohibía entrar y salir libremente, incluso en los días de descanso. Candy realmente tenía muchas ganas de volver a ver al señor Albert; incluso quería preguntarle muchas cosas de Lakewood, pero también tenia que disculparse y explicarle que, a pesar de invitarlo para el Festival de Mayo, ella ya no podría participar.

Cuando arribó a las inmediaciones de una pequeña choza, le llegó una carcajada del señor Albert. El corazón comenzó a latirle con fuerza, dominado por la nostalgia de escuchar de nuevo aquel sonido.

-¡Señor Albert! ¡Señor Albert! Nuevamente he salido a escondidas del...

Abrió la puerta de par en par gritando fuerte, pero repentinamente se quedó sin aliento.

La persona que se volteo a mirarla junto al señor Albert, era la última que había esperado encontrarse allí.

Terry...

El muchacho abrió los ojos de para en par, sorprendido.

-¿Cómo? ¿Se conocen?-pregunto divertido el señor Albert, observando a los dos petrificados jóvenes. Luego prosiguió, riendo: -¡Claro! Candy tu también asistes al San Pablo ¿Cierto? ¡No lo puedo creer! Al parecer, ¡Los individuos más rebeldes del colegio se han escapado al mismo tiempo!

-Señor Albert... ¿Por individuo rebelde también se esta refiriendo a mi? - Pregunto la muchacha, señalándose de manera incrédula.

-No me diras que realmente pensabas que eres una alumna modelo ¿Eh Candy?

Al ver a su amigo estallar de nuevo en carcajada, la joven infló las mejillas, enojada.

-Bueno...tú, Candy, eres la misma de siempre. Mientras el, al contrario, se va por ahí toda la noche a emborracharse y en busca de peleas- Rió disimuladamente el hombre dirigiéndose a Terry.

-¿Emborracharse? ¿Meterse en peleas? Entonces aquella noche...-dijo Candy, dirigiendo finalmente la mirada hacia Terry. Él apartó rápidamente la suya.

-Bueno... Si aquella noche Albert no hubiera intervenido para detenerme, seguramente me habría encontrado con heridas mucho más graves. También me acompañó al dormitorio estudiantil, pero yo estaba tan ebrio a adolorido que perdí el sentido de orientación. Me metí a tientas en una habitación y, para mi gran desgracia, se trataba precisamente de su recámara...-Explico en voz baja el joven al señor Albert.

El hombre prorrumpió de nuevo en una carcajada y dijo: -¡Es increíble! ¡Esto quiere decir que el amigo herido por el cual Candy estaba tan

preocupada eras tú! Sin siquiera saberlo yo también corrí con ella a comprar los medicamentos a la farmacia ¿Sabes?

Terry se voltio inmediatamente hacia Candy. Su dura expresión se suavizó, dejando que poco a poco fuera reemplazada por una sonrisa. De pronto, la muchacha sintió un calor encenderse en su corazón. Era quizás la primera vez que lo veía con una mirada tan serena.

Gracias a Dios...Parece que ya no piensa en aquel incidente...

Ahora aliviada, ella también dejo escapar una sonrisa.

Cada vez que su mente volvía a la noche en que había descubierto el secreto de Terry, el recuerdo de su expresión desconsolada le atravesaba el corazón. No lo hizo a propósito, pero sabía que lo había herido.

-Mejor dime, Candy, ¿Qué haces con esa tortuga?- Pregunto el señor Albert escrutando a Huglhey, concentrada en parpadear. Candy volvió de golpe a la realidad: -¡Ah, si! ¡Casi lo había olvidado! Señor Albert, ella se llama Huglhey, es la amiga de una amiga. Una compañera mía la tenía dentro del instituto, pero nos esta prohibido tener animales domésticos y ahora la han descubierto. Le han exigido deshacerse de ella, así que he pensado que usted podría cuidarla...

-Ya veo...La amiga de una amiga ¿Eh? No hay problema. ¡Mucho gusto Huglhey! -

Asintió el hombre sin ninguna vacilación. Después de tomar la tortuga de las manos de Candy la alzó y la saludo frotando su nariz contra su hocico. No, el señor Albert no había cambiado en absoluto.

-Se lo agradezco tanto, señor Albert...Y además... Tenía que hablarle del Festival de Mayo...- Indico Candy, pero no tuvo tiempo de terminar la frase. La puerta de la choza se abrió y un muchacho, asomándose por el vano, anunció: -Oye, Albert, tu turno ya ha comenzado.

Se trataba con toda probabilidad de un compañero de trabajo que, al igual que él, se ocupaba de los animales.

-Enterado, enseguida voy- Respondió rápidamente Albert, preparándose para tomar el uniforme de trabajo colgado en la pared. -Les pido disculpas, pero tengo trabajo que atender. Terminaré dentro de dos horas. ¿Por qué no se quedan y se entretienen un poco con los animales? Candy, luego me gustaría que también vieras a Poupe.

Estrechando contra sí la tortuga, casi como si hubiera sido su dueño desde siempre, el señor Albert salió corriendo.

Por un rato los dos jóvenes permanecieron en silencio, evitando incluso mirarse. La brillante luz de la tarde iluminaba el interior de la desordenada habitación. Era incomodo quedarse a solas con Terry, y Candy continuaba observando el suelo. De pronto, el muchacho propuso alegremente: -Hay un animal que creo debe llevarse muy bien contigo

¿Quieres verlo?

Con un suspiro de alivio, Candy lo siguió al exterior. Había esperado que fuera precisamente él quien le dirigiera primero la palabra.

-La primera vez que vine fue solo para agradecerle al señor Albert, pero luego descubrí que este lugar no está nada mal. Así que, de vez en cuando, vengo a escondidas. Y decir que siempre considere los zoológicos innecesarios...

Asintiendo, la muchacha siguió caminando con él. No sabía como hablarle estaba desconcertada por la tensión que sentía.

Jirafas, leones, tapires...En días laborales como esos, incluso los animales parecían más tranquilos.

-¡Ahí está! Una compañera tuya ¡Idéntica a ti!- Exclamó repentinamente Terry.

Habían llegado frente a la jaula de los monos, y él estaba señalando una mona que colgaba de una rama. Su mirada era juguetona. Toda la tensión de Candy se diluyó en un momento.

-¿Que? ¿Te refieres a esta mona? ¡Realmente eres un grosero! ¿Y en que somos idénticas?

-¡Oh, pido disculpas! Por supuesto tú eres mucho mas atractiva- Se disculpó Terry pero dirigiéndose a la mona.

-¡Eres terrible!- Dijo Candy, que no logró contenerse de zapatear el suelo.

-Ahí esta ¿Lo vez? ¡Incluso en estos gestos son idénticas!

-¡Terry!

-¡Por no hablar de cuando pones esa expresión de enojo!

-¡Oh, por el amor de Dios!

La muchacha levantó los puños bromeando y Terry se escapó riendo. Mientras lo perseguía, ella sintió despejarse la niebla que le invadía el pecho desde hace tiempo.

Ahora podía ver el corazón de Terry. Ahora podía entender realmente sus sentimientos.

Creyó lo que le dije...

Ella se lo había prometido: No revelaría a nadie el secreto respecto a su madre.

-¿Terry?

El joven, que había desaparecido por un momento, reapareció sosteniendo en las manos un paquete de palomitas. Tenia en el rostro una sonrisa que Candy jamás le había visto dentro del colegio.

Sentados en una banca bañada por el sol, los dos jóvenes comenzaron a comer con gusto.

Candy lanzaba al aire los copos para luego atraparlos hábilmente con la boca: No tenia rival en aquel juego aprendido en el Hogar de Pony. Terry la

observaba entrecerrando los ojos.

-¿Así que hoy te has escapado por esa tortuga?

La muchacha estaba expendiendo la mano para tomar más palomitas, pero se detuvo.

-Sabes...Hoy me he escapado del cuarto de castigo.

-¿Del cuarto de castigo?-Pregunto Terry, levantándose del respaldo.

Candy comenzó entonces a contarle los acontecimientos de la noche anterior y de como la Hermana Grey y las otras religiosas, durante una inesperada ronda de inspección, descubrieron la presencia de Hugelhey, la tortuga de Patty. También le conto sobre el alboroto que se había desencadenado y del hecho de que hubiera llamado a la directora

"Vieja testaruda".

En ese momento Terry comenzó a retorcerse de la risa y exclamó: -¿En serio le has dicho vieja testaruda? ¡Increíble! Ni siquiera yo habría llegado a tanto, Señorita Pecosá.

Por toda respuesta, Candy hizo un puchero y luego prosiguió: -Sin embargo fue una expresión perfecta para ella. Que crueldad encerrarme en el cuarto de castigo y prohibirme participar en el Festival de Mayo por tan poco...

La muchacha suspiro

-Ah...Entonces también te prohibieron participar en el Festival...-Murmuro Terry, dirigiendo la mirada al cielo.

Un Festival de Mayo sin Candy...

Yo también pensaba participar, sólo una vez, pero si ella no ésta...Creó que desistiré...

Sorprendido por su propia desilusión, el muchacho se apresuró a cambiar el tema.

-A propósito, ¿Cómo conociste al señor Albert?

-Ah, lo conocí en América. Nos encontramos en un lugar llamado Lakewood.

Al recordar los bosques de Lakewood, la muchacha se ensombreció repentinamente.

-Yo...Había dejado el orfanato para ir a trabajar con la familia Lagan. Me ocupaba de los caballos...Pero un día sucedió algo muy desagradable así que me escapé. Luego me caí desde lo alto de una cascada...Y fue entonces cuando me tope con el señor Albert. Él fue quien me salvó.

-Cuentas esta increíble historia como si no hubiera pasado nada...-Comentó Terry mirando al suelo.

-Lakewood, es un lugar maravilloso...

Los ojos se le llenaron de la imagen de la rosa Dulce Candy. Recordó cuando, en el interior del establo, Anthony se las había regalado.

-En este momento el rosal de Anthony seguramente estará en plena floración...-

Murmuro pensativa.

-¿Anthony?

Terry frunció el ceño. Anthony... Ahora que lo pensaba, Candy también había pronunciado ese nombre cuando se desmayó...

-¿Y quién es este tal Anthony?- Preguntó, notando como su propia voz se hacía mas áspera.

La joven ahora lo estaba observando con los ojos húmedos.

-Un chico que se parece a ti...O mejor dicho, al principio creí que se parecía a ti... Pero son diferentes en todo...

Terry sintió ascender la rabia y no pudo hacer nada para impedirlo.

¿A quien estas viendo ahora? ¿Qué recuerdos estas reviviendo?

-Sabes, Anthony era muy bueno cultivando rosas...La primera vez que nos encontramos estábamos en su Portal de las Rosas y...

-Entonces si que estoy muy feliz de ser “diferente en todo” a alguien así- La interrumpió cínicamente Terry. -Seria realmente molesto parecerse a un sujeto debilucho a quien le gusta cultivar rosas ¡No gracias!

-¡Estas diciendo cosas horribles!- Dijo Candy y sintió ascender de golpe la rabia en ella, no podía soportar que alguien hablara mal de Anthony.

-Él... ¡No era en absoluto una persona débil! ¡Era un chico fuerte y valiente!

-¿Ah, si? ¿Y que hizo al final ese Anthony? Apuesto que prefirió las rosas que a ti! ¿Lo he adivinado? -Sentencio levantándose enseguida, imitado inmediatamente por Candy, decidida a no ceder. Sin embargo, un momento después los hombros de la muchacha se hundieron, casi como si hubieran sido despojados de toda su energía.

-Anthony...Murió...Al caer de un caballo.

Se mordió los labios para evitar llorar. Revivió en la mente aquella escena que tanto quería olvidar y se sintió desfallecer.

En silencio, Terry aparto la mirada.

¿Has dicho que murió? ¿Al caer de un caballo?

En ese momento, comprendió la reacción manifestada aquel día por la muchacha.

-Pobrecito. Eso significa que oraré para que su alma descanse en paz -Dijo dándole la espalda. Luego empezó a caminar.

-¡Terry! ¿Cómo te atreves a hablar de esta manera? -Le gritó Candy con la voz entrecortada y llena de indignación, pero el joven no se volteó. Terry no comprendía porque se sentía tan furioso.

Quien ha muerto ya no puede regresar.

El muchacho murmuro aquellas palabras airadamente en su corazón.

-¿Pero que quiere, ese?

Incluso después que regreso sana y salva al cuarto de castigo, Candy no podía aplacar la rabia que sentía en su interior. ¿Cómo se había atrevido a decir que Anthony era alguien débil?

Tras el altercado, Terry se había marchado.

-Ni siquiera lo conocía...Anthony era una persona dulce...

Candy siempre se esforzaba en no pensar en él, pero en ese momento, más fuerte que nunca, su corazón vibró ante el recuerdo de aquella sonrisa y de aquella voz. Se sentó en la cama y, sacudiendo la cabeza, trato de deshacerse de esos dolorosos pensamientos.

-Y como si no fuera suficiente, el señor Albert se quedo sin palabras cuando le confesé que no podría participar en el Festival de Mayo...Pero al menos pude llevarle a Huglhey.

Entonces no ha sido un día tan malo...

Tras un profundo y largo suspiro, Candy se dio cuenta que en una esquina de la habitación había una caja abollada. Cuando la levantó, llena de sorpresa, descubrió una nota.

Querida Candy,

Ha llegado este paquete para ti, así que, sin que me vieran las monjas, he venido a traértelo. Pero no estas aquí... Estoy muy preocupada. Lamento tanto que todo esto haya sucedido por mi culpa...

Patty.

Patty debió haberse subido en el muro para luego lanzar el paquete a través de la ventana que se quedó abierta. Quien sabe el miedo que había tenido...

¡Gracias Patty! ¿Qué será?

Cuando Candy vio el contenido, no pudo contener un grito de alegría: dentro de la caja había dos atuendos de estilo medieval.

-¡Es maravilloso! Parecen los trajes de Romeo y Julieta... ¡Son realmente bellísimos!

¡Están tanto el traje masculino como el femenino!

En el fondo de la caja la muchacha también encontró un sobre blanco.

El señor William le agradece por la gran invitación, pero debido a sus numerosos compromisos no podrá asistir al festival, y le ruega que lo disculpe.

El señor William además está muy feliz de saber que usted se está convirtiendo en una verdadera señorita.

Georges.

-Entonces esto es un regalo del Tío abuelo William...

Candy levantó el magnífico traje de Julieta y lo estrechó contra su cuerpo.

-Valla... ¡También están las pelucas y las máscaras! El tío abuelo debe haber confundido el Festival con un baile de máscaras...

La muchacha tomó en la mano una de las pelucas y sonrió con satisfacción: se le había ocurrido una idea.

¡Pero claro! Gracias a esto...

-Querido Tío William...Realmente no se si logre a llegar ser una verdadera señorita...

¡Perdóneme! -Se disculpó la joven bajando profundamente la cabeza, como si en realidad hubiese tenido en frente a su benefactor.

Capítulo 10

El Festival de Mayo. En esa ocasión, por un solo día, incluso la habitual y sombría atmósfera del instituto se teñía de rosa. El edificio estaba embellecido por todas partes con una gran cantidad de flores, y los alumnos, vestidos elegantemente, disfrutaban del festival junto a sus invitados.

Uno de los motivos de tanta felicidad estaba representado por la oportunidad de reunirse con sus familias; De hecho, una regla de la escuela establecía que por norma, no se podía recibir la visita ni siquiera de los propios padres. Por otra parte, mayo era el mes en el que florecían los amores y los corazones de todos estaban rebosantes de románticas expectativas. Después de todo, ese era el único día en que a las muchachas se les permitía hablar y bailar libremente con los muchachos. Durante la fiesta, incluso las monjas dejaban su armadura hecha de reglas, presumiendo una expresión serena. Todas excepto la Hermana Grey y la Hermana Kreis, por supuesto.

Tras el esplendido Desfile de las Hadas de Mayo, los festejos se trasladaron al salón de ceremonias, convertido en salón de baile. La orquesta había empezado a tocar un suave vals. Repleto de personas espléndidamente vestidas, el ambiente era tan caluroso que era casi sofocante. Se podían escuchar risas y murmullos. Los ojos de las muchachas brillaban de ansiedad y emoción al no saber quien las invitaría a bailar.

-¡Mira es Terry! No es de él participar en bailes...está guapísimo...

Suspirando, todas se voltearon al mismo tiempo para observar al joven, quien se presentó con su traje de etiqueta. Los ojos de Eliza se iluminaron.

-¡Seguramente me esta buscando! ¡Quítate! -Dijo apartando a Luise. Luego, cuando se le acerco, exclamó: -Terry, te concedo el honor de bailar conmigo.

El muchacho, escuchando de pronto aquellas palabras, se detuvo sorprendido y se encontró frente a Eliza que, muy confiada de si, lo estaba mirando con una sonrisa confiada.

Dirigiéndole educadamente una sonrisa, respondió: -Le agradezco mucho, señorita, pero no soy un experto bailarín. Lamentaría mucho pisarle los pies. Espero que pueda disculparme- Y luego de una elegante reverencia, se alejo de ella.

Eliza se quedo encantada al mirar su figura alejarse. Cuando Terry se movía, atraía hacia él las miradas de quienes lo rodeaban y ciertamente a nadie se le había escapado su amistosa charla.

Terry me llamo "Señorita" ...Y se preocupaba de poder pisarme los pies... ¡Esta es una prueba de que le gusto! En su rostro apareció una sonrisa de satisfacción.

Terry, por su parte, a se había olvidado del encuentro con Eliza. Pasando entre la multitud, empezó a buscar a Candy. Se había metido en el cuarto de castigo con la intención de ayudarla a escapar, pero lo había encontrado vacío.

¿A dónde habrá ido? Ya me esperaba que alguien como ella no se quedaria de buena gana ahí dentro...

Pensando en Candy, el muchacho sonrió entre dientes y continuó su búsqueda.

¿Pero aunque la hubiera ayudado a salir de ahí? ¿Luego que habría hecho?

No podía explicarse su propio comportamiento. Solo deseaba poder observar más de cerca ese rostro, sobre el cual las emociones desfilaban una detrás de otra.

Es cierto ella no puede participar en el festival...tal vez haya ido al zoológico...

Recordó aquella tranquila y soleada tarde que pasaron juntos. No había podido competir con ella en atrapar palomitas al lanzarlas al aire. En sus oídos volvió a escuchar su risa y su rostro se suavizó. Solo un instante después su expresión se endureció. Anthony. El solo pronunciar aquel nombre había transformado a Candy en otra persona y le había llenado los ojos de lágrimas. Ese recuerdo hacía que realmente se irritara.

¡No aceptare que vuelva a contarme de ese Anthony!

Terry se sorprendió de ese pensamiento murmurado para si. ¿Que era eso que lo dominaba? ¿Como era posible que no pudiera sacarse de la cabeza a esa muchacha llena de pecas y nariz chata?+

Este no soy yo...

Con una amarga sonrisa, salió del salón.

La orquesta reanudo su interpretación. Algunas parejas, con el rostro sonrojado, daban vueltas en la pista. En una esquina del salón estaba un emocionado Romeo que hábilmente se abría camino entre los invitados.

¡Cuanta gente! Me pregunto en donde están los demás...

Ese Romeo por supuesto era Candy, vistiendo la máscara y el traje que había recibido. Ni siquiera la Hermana Kreis, situada en la puerta para controlar quien entraba y salía, la había reconocido. Lo mismo pasó con Neal, rechazado justamente en ese momento por una muchacha a quien había invitado a bailar. En su interior, Candy dio un grito de victoria. Que maravilloso regalo le había hecho el Tío Abuelo William. Tuvo que renunciar al desfile, pero gracias al disfraz al menos podía disfrutar del Festival de Mayo.

Oh, ahí esta Stair... ¡Se ha vestido muy elegante!

La muchacha rió con disimulo y se acerco a su amigo, absorto en observar aburrido los bailes.

-Uhm... ¿Me concede este baile?- Le susurro bajando el tono de voz.

Stair volteó y retrocedió, siendo tomado por sorpresa.

-Ah...Este...Bueno...Para ser honesto, preferiría bailar con las chicas...

-No te agites tanto. Soy yo- confesó, levantando con cautela la máscara.

-Qué... ¿Candy?...Pero...Pero...

La joven lo calló poniéndole una mano en la boca, y Stair la miro incrédulo. Se desplazaron sigilosamente hacía una esquina del salón. -Si no me has reconocido ni siquiera tú, ¡Quiere decir que este disfraz es un verdadero éxito!

-Simplemente me has dejado sin palabras, Candy- Comento Stair, sacando un pañuelo del bolsillo de su traje negro y secándose el sudor de la frente.- Cuando nos enteramos de que te habían encerrado en el cuarto de castigo, Archie y yo nos preocupamos...Que alivio...

Bueno, ciertamente no esperábamos que te fueras a quedar tranquila ahí adentro- Confesó, reanimándose repentinamente.

-Todo es gracias a este regalo que recibí del Tío Abuelo. Para disculparse por no poder asistir al Festival de Mayo, ¡Me envió los trajes de Romeo y Julieta! Debe de haber pensado que se trataba de un baile de máscaras.

-¿Qué? ¿Así que también estaba el traje de Julieta?- Exclamó Stair, con una luz en sus ojos. Luego continuó: -Entonces deberías ir a ponértelo, Candy. Definitivamente no podemos bailar entre chicos...

Stair señaló con la mirada el centro de la pista; entre una multitud de personas se encontraban Archie y Annie, intentando bailar un vals.

La muchacha, con las mejillas sonrosadas, miraba a su acompañante y se veía más hermosa que nunca.

Es maravilloso...Hace tanto tiempo que no veía a Annie tan feliz...Hey, pero...

Apoyada contra una pared oscura se encontraba Patty. Su amiga estaba con su mirada baja y tenía una expresión desconsolada.

-Oye, Stair, mientras voy a cambiarme de ropa, ¿Podrás bailar con aquella chica que está allá en la esquina? Es una amiga mía, su nombre es Patricia. Patty realmente es una buena chica.

Estirando el cuello, Stair finalmente alcanzó a verla. -Ah, ¿La bonita con las gafas? Esta bien, intentaré invitarla.

Al parecer, Patty le gusto a primera vista. Enseguida fue hacía ella. Mientras tanto, Candy se escabulló fuera del salón.

El prado en lo espeso del bosque estaba cubierto de campanillas.

Candy había escondido el traje y los accesorios de Julieta en el hueco de un gran árbol.

No confiaba en dejarlos en la habitación en la que era obligada a quedarse, y estaba segura que en un lugar como ese podía cambiarse lejos de las miradas indiscretas. A la sombra de un robusto tronco se puso el traje femenino. De Romeo se convertiría en Julieta; Por esta razón también sería necesario caminar de manera más elegante. Probó levantando una pierna. Quería comprobar que el vestido no se le enredara en los pies, en caso de que fuera descubierta y obligada a huir.

¡Perfecto! ¡Incluso puedo correr! ¡Vamos regresemos al salón y tengamos un buen fiestón! ¡Librémonos de toda la negatividad experimentada en el cuarto de castigo!

Levanto una mano para acompañar un grito de entusiasmo, y luego empezó a correr. De pronto alguien la sujeto hábilmente de la muñeca, arrastrándola entre el follaje.

-¿Quién...Quien eres?

-Esta de muy buen humor, señorita Julieta... ¡Aja! ¿Quién habría dicho alguna vez la frase “El habito no hace al monje” se aplicaba también a las monas? ¿Qué opinas, Tarzán Pecososa?

-Te...Te...Terry...

Terry se estaba riendo a carcajadas, mientras Candy, por la sorpresa, no podía ni siquiera hablar. Envuelto en su traje de etiqueta, el muchacho continuaba riendo, pero ella sentía como si su corazón estuviera a punto de detenerse.

-Terry... ¿Has visto todo? ¿Me espiabas mientras me cambiaba?

-Desafortunadamente para ti, a mi solo me interesan las chicas con buen cuerpo. Puede ser que hayas entrado en mi campo visual, pero no, en realidad no te vi- La provocó él, entrecerrando los ojos.

-Eres...Eres...Realmente eres un...

-¿...Un grosero? ¿Es quizás esto lo que quería decir, señorita Julieta?

Candy se dio cuenta que aún la sujetaba de la muñeca y, antes de librarse de su agarre, grito: -¡Exactamente!

-Claro que fue una escena de pesadilla...- Continúo impasible el muchacho, aun riendo.

Irritada, Candy asumió un aspecto amenazador. Quería irse de ahí lo antes posible.

En ese momento, transportada por el viento, llegó hasta ellos la suave música del vals que se interpretaba en el salón de baile. Era una música que ella ya había escuchado, una melodía inolvidable. Trato de escuchar mejor.

Esta música...Es la que baile con Anthony...En Lakewood...Si, en aquella ocasión...

Aquel día, Anthony vestía el traje tradicional escoses y le sonreía. Su dulce mirada era increíblemente limpia...

Fue entonces que Terry, la tomo delicadamente de la mano.

-Princesa, ¿Me permite ser su pareja de baile?

Su voz resonó delicada, justo como el Anthony. Dejándose llevar por aquella invitación, Candy comenzó a bailar en medio del bosque. La luz brillaba filtrándose entre las ramas, y casi le pareció retroceder en el tiempo, al momento en que bailaba con Anthony...

-¿Qué te pasa?- Le pregunto tiernamente Terry, escrutándole el rostro mientras seguían girando.

Sin darse cuenta, Candy había empezado a llorar. La muchacha se estremeció y observo al joven que estaba frente a ella. Incluso a través de los ojos empañados podía ver una mirada decidida, tan diferente a la de Anthony, los labios le temblaron.

-Bueno...Me acorde de algo...Esta música acompaño el primer baile que tuve con Anthony.

De repente los pies de Terry se detuvieron.

-¿Que tienes? Pareces enojad...

Pero no pudo terminar la frase. Terry la apretó violentamente a él y presiono sus labios contra los de ella.

Los labios de Terry...Por un momento Candy no fue consciente de nada más.

-¡Basta!

Librándose con fuerza, se alejó de sus brazos. Sus ojos ya estaban inundados de rabiosas lágrimas. Enseguida levanto una mano y lo golpeó en la mejilla con una bofetada, con toda la fuerza que tenia en su cuerpo.

-¿Que crees que estas haciendo? ¡Granuja, eso es lo que eres! ¡Un casanova y un granuja!

Terry le devolvió una mirada exaltada.

-¿Crees que me conoces?- Murmuró con rabia.

Un instante después fue la mejilla de Candy la que era golpeada. La muchacha se llevó de sobresaltó una mano al rostro. El lugar donde la había abofeteado estaba adolorido.

-¿...Como pudiste? ¡Eres un salvaje! ¡Pegarle a una mujer es horrible!

Dominada por la rabia, Candy le pegó otra vez. El cuerpo de Terry se tambaleó.

-Era la primera vez para mi...Yo...Si tu hubieras sido Anthony...Si tu hubieras sido él...-

Gritó ella, ahora llorando.

En ese momento Terry la sujeto fuertemente por los hombros y le dijo: -Si yo hubiera sido Anthony, ¿Que? ¿El habría sido más delicado? Pero el está muerto ¿No? ¿Como puedes saber lo que habría hecho un muerto?

Casi clavándole las uñas, continuó sacudiéndola con fuerza.

-Me haces daño...Suéltame...

Pero él no la soltó.

-¿Te he hecho daño? ¿Te lastimé cuando te golpeé? ¿Por que no pides ayuda? ¡Pídele a tu Anthony que venga a salvarte! Puedes gritar todo lo que quieras ¡Pero el no vendrá!

¡Él está muerto! ¡Se calló de su caballo y murió! ¿O me equivocó?

-¡Basta! ¡Ya para, Terry!

Llorando, Candy sacudió la cabeza. Los ojos de Terry parecían estar en llamas y estaban fijos sobre ella.

-¡Haré que lo olvides! ¡Yo haré que olvides a ese Anthony!

Tan pronto como grito esas palabras, el muchacho cargo a Candy sobre sus hombros y se puso en marcha dando grandes zancadas.⁴

-¡Basta, Terry! ¡Te lo suplico!

Aún cuando se esforzaba, no podía luchar contra él. En lo espeso del bosque, podía escuchar los relinchos de los caballos. Le pareció enloquecer. Caballos...

¿Acaso Terry tenía la intención de obligarla a cabalgar uno?

El joven entró en su establo personal.

-Terry...

Las lágrimas le impedían abrir los ojos. No, no eran las lágrimas: Era el miedo a los caballos.

-No te muevas.

Terry le habló con un tono inesperadamente dulce y la subió al lomo del animal. Luego montó él detrás de ella.

-¡Arre, Theodora!

El caballo corría a toda velocidad entre los árboles. El sonido de los cascos, el olor del bosque: todo era como en aquel entonces, pero ella no quería recordar. No quería pensar en Anthony que se daba la vuelta, en el caballo lanzado al galope...

No, ¡No debería ir por ese lugar!

-¡Detente! ¡Anthony, ayúdame!

Candy dio un grito y apretó aún más fuerte los ojos.

-¡Bien, grita! ¡Llama a Anthony! ¡El no vendrá! ¡No vendrá! -Le grito Terry, sin detenerse- ¡Olvidalo! ¡Debes olvidarlo! Quien ha muerto ya no puede regresar. Ya no siente el dolor ¡No siente nada! ¡Abre los ojos! ¡Candy, abre los ojos y mira bien a tu alrededor!

Esa voz tan llena de dolor pareció como forzar una puerta cerrada, y ella repentinamente abrió los ojos.

-¡Mira bien! Es el bosque de mayo, todo esta volviendo a la vida.

La muchacha respiro profundamente, inhalando el aroma de las hojas verdes de los árboles y del musgo.

Disminuyendo ligeramente la velocidad, el caballo continuó corriendo entre la vegetación. La luz que se filtraba entre las ramas parecía envolver al bosque en un velo dorado. Las flores de dedaleras se agitaban, como sorprendidas por el paso de ellos. Las aves se lanzaban al vuelo, mientras las mariposas bailaban en el aire.

Observando aquel paisaje que fluía ante ella, Candy sintió que, poco a poco, su corazón se estaba calmando. Aspiro el fresco aroma de las campanillas y de las rosas silvestres.

Anthony...

Más allá de la luz que pasaba a través de los árboles le pareció ver algo. Agudizó la vista.

¿Tal vez era Anthony, tratando de sonreírle?

Oh Anthony, ven aquí...

Aún cuando susurraba esas palabras, él no se acercaba.

Los ojos de Candy se inundaron de nuevas lágrimas.

-Debes olvidarlo, Candy...

Escuchando por encima de ella la voz tranquila de Terry, Candy levantó la mirada con los ojos humedecidos.

El muchacho sujetaba fuertemente las riendas y miraba hacía delante de manera desafiante. Aferrada a su pecho, Candy sintió su calor y percibió sus latidos. El cuerpo de Terry desprendía un olor similar al de la hierba fresca.

Estamos vivos...Terry y yo...

De pronto, esa revelación la atravesó con fuerza.

Quien ha muerto ya no puede regresar.

De nuevo escuchó las palabras que le gritó Terry.

Anthony...Yo lo sabía...Yo lo sé...

Más allá de la luz, lo vio asentir.

Si, Candy ya no puedo volver a ti. Olvídame...

Se dio cuenta que Anthony y su sonrisa sedesvanecían en la luz. Quería volver a llamarlo, pero se contuvo.



Capítulo 11

Mayo.

No se que me esta sucediendo.

Desde el Festival de Mayo es como si en el pecho se me hubiera formado un manantial de agua. Mi corazón no puede contener sus aguas gélidas y

siempre tengo ganas de llorar.

Sin darme cuenta he comenzado a buscar a Terence y esto me hace enojar. No puedo aceptar eso que me esta pasando, pero no hago otra cosa que pensar en él.

Hasta ahora, la memoria de Anthony ocupaba casi por completo mi mente. Por más que me esforzará, me era imposible ahuyentar los recuerdos que vivimos juntos. Y en cambio ahora...

Por favor, Anthony, perdóname. No logró olvidarte, incluso ahora las lágrimas se me salen de los ojos. Yo sentía por ti algo tan grande...

Sin embargo, ahora, lo he comprendido. Ahora comprendo, desde lo profundo de mi corazón, que tu estás muerto y que no podremos vernos nunca más. Ahora estás donde no puedo tocarte, ni escuchar tu voz. Siempre lo he sabido, pero no quería aceptarlo.

Siempre pienso en como me gustaría ser capaz de hacer que el tiempo retrocediera. Sin tal solo no hubieran organizado aquella cacería del zorro... Sin tan solo no hubiera sido adoptada... Estos pensamientos no me dejarán jamás, pero a pesar de todo debo continuar viviendo ¿No es cierto?

Terence G. Granchester. Terry...Ha sido él quien me lo hizo comprender. Él me obligo a reconocer lo que trataba de eludir. No se si debo agradecerle u odiarlo, pero ahora ya no le temo a los caballos, y tampoco a los recuerdos.

Terence me está cambiando cada vez más. Me gustaría tanto si alguien me dijera que esto es correcto...Me gustaría tanto que alguien trajera paz a mi tan agitado corazón...

La muchacha cerró el diario y suspiró profundamente. Luego, con delicadeza, abrió un cajón del escritorio y extrajo un corbatín de seda blanca.

Aquella tarde, cuando la ayudó a bajar del caballo, Terry se dio cuenta que Candy tenia un rasguño en el brazo y, sin decir una palabra, lo vendó,

envolviéndole alrededor su corbatín.

Ambos habían permanecido en silencio. Luego, una vez que terminó, Terry se levantó, proyectando su sombra sobre ella.

-Sé que te he tratado con rudeza, pero no me disculparé.

Después de haber pronunciado en voz baja esas palabras, le dio la espalda y se alejó.

Ella se quedó observándolo, de manera ausente. Los rayos del sol del ocaso teñían de un amarillo dorado la camisa de seda blanca del joven.

A la fecha ni siquiera he podido devolvértelo...

Apretando el corbatín en la mano, Candy se dirigió hacia la ventana. El bosque estaba envuelto en la oscuridad de la noche, pero ella sabía que más allá de toda esa oscuridad se encontraba Terry.

Me pregunto que estará haciendo ahora...

Apenas había acercado el rostro a la ventana, cuando retrocedió de inmediato. El cristal le devolvió la imagen borrosa de su rostro y Candy se llevó delicadamente los dedos a sus labios; los mismos labios que Terry había besado. En aquella figura reflejada, su boca le pareció como si fuera una pequeña e irreal flor que acababa de florecer. Aturdida apartó la mirada.

El pecho le dolía, como si estuviera oprimido.

Había pasado más de una semana desde el Festival de Mayo, pero las alumnas aún estaban dominadas por la emoción. Incluso ese día, durante el descanso, reunidas cerca de las ventanas inundadas por la luz del sol, las muchachas no hacían más que hablar.

-¡Ha sido un Festival maravilloso! ¿No es cierto, Luise? ¡Por no mencionar el delicioso banquete!

Encontrándose cerca de Candy, Eliza no perdió la oportunidad para tocar nuevamente el tema.

-¡Oh, tienes toda la razón! El desfile y el salón de baile estuvieron esplendidos, Eliza.

-¡Había tantos chicos que querían bailar conmigo! Realmente me encontré en un gran aprieto. -añadió Eliza de manera afectada, echando una mirada fugaz en dirección a Candy.

-Ah, que lastima no haber podido participar...- Comentó esta última.

Encogiendo los hombros de manera exageradamente desolada, trató de comportarse de acuerdo a las expectativas de Eliza. Luego, a escondidas, hizo una graciosa mueca de entendimiento hacia Patty. Su amiga reprimió una risita. También para ella el Festival de Mayo se había convertido en un día inolvidable.

-¡Candy! ¡Stair realmente es un chico agradable! ¿Sabías que su sueño es volar?

Los dos jóvenes se habían gustado muchísimo y Patty siempre estaba ansiosa por hablar de su compañero de baile.

-¿Volar? ¿Intentas decir que quiere convertirse en ave?

-¡Claro que no, Candy! ¿Qué me entendiste? ¡Quiere construir un avión! ¡Dijo que un día construirá uno! ¿Comprendes? No solo quiere elevarse ¡Lo quiere construir el mismo!

¿No lo encuentras maravilloso?- Comentó fascinada Patty.

-¿Un avión? Esperemos que lo haga volar...

-¡Por supuesto que volará! ¿Cómo podría no hacerlo si es Stair quien va a hacerlo?

Candy miro con ternura a su compañera quien, como en un sueño, se llevaba las manos al pecho.

Que lindo...Patty puede llegar a ser la mejor confidente de los sueños de Stair...

Patty seguía hablando del joven, de pronto, Candy se sobresaltó con el corazón agitado.

Mirando por la ventana del colegio, de hecho había vislumbrado la figura de Terry.

El muchacho avanzaba a paso lento, con las manos en los bolsillos, dirigiéndose a la así llamada Falsa Colina de Pony. El corazón comenzó a latirle incontrolablemente.

Seguramente quiere saltarse de nuevo las clases...

Aún no le había devuelto el corbatín. Desde el Festival de Mayo, esa era la segunda vez que sucedía que lo veía, pero trató de controlar el impulso de correr tras él.

-Oye, Candy, quería pedirte un favor... ¡Hey, Candy!

-¿Qué...? ¿Qué sucede?- Exclamó la muchacha jadeante, despejando los ojos de la ventana y volviendo a mirar a su amiga.

-¡No me digas que no estabas escuchando! Bueno, mira... Quería pedirte que me ayudes a crear situaciones para hablar de nuevo con él...- Confesó Patty, sonrojándose ligeramente.

-¡Por supuesto! ¡Déjame a mí!- Dijo Candy golpeándose el pecho, pero lo hizo con tanta fuerza que empezó a toser. Riendo, su amiga le palmeó la espalda. La campanada que marcaba el final del descanso ya estaba sonando. Quien sabe si Terry había ido a la Falsa Colina de Pony para fumar... Distraídamente, Candy retomó su lugar en el aula, cuando se percató de una nota que estaba metida entre las páginas del libro de texto. Al abrirla, por un instante se quedó sin aliento. ¡Annie!

Después de clases, realmente necesito hablar contigo. Veámonos detrás de la biblioteca. Por favor no dejes que nadie te vea.

Annie.

Candy leyó y releyó aquel simple mensaje. El pecho se le inundó de esperanza al pensar que quizás su amiga de la infancia finalmente había decidido abrirle su corazón.

Dirigió una mirada fugaz hacía la silueta de Annie, absorta en la lectura. Todos los días se encontraban en el dormitorio estudiantil o en clase, pero Candy nunca le dirigía la palabra. Incluso tenía cuidado de que sus miradas se cruzaran.

Annie, la niña que había sido abandonada el mismo día que ella. Habían crecido una al lado de la otra, y por eso Candy podía comprender muy bien lo que sentía. Para ella, el solo poder pasar de nuevo el tiempo juntas representaba un maravilloso regalo.

Cuando terminaron las clases, la muchacha se dirigió sigilosamente hacía la parte trasera trasera de la biblioteca. Aquella pared del edificio, siempre a la sombra, estaba completamente recubierta por una enredadera de un verde intenso.

Tendría la oportunidad de hablar con Annie: solo eso bastaba para hacerla feliz.

El tiempo parecía transcurrir con extrema lentitud, pero de pronto, Candy se apartó de la pared en que estaba apoyada.

Asegurándose de no ser vista, Annie se estaba acercando a paso veloz.

-¡Annie!- Exclamó en voz alta, arrepintiéndose inmediatamente después. Annie miró a su alrededor de manera asustada.

-Perdóname, Annie...Estaba tan feliz que simplemente no he podido contenerme- Se disculpó, corriendo a su encuentro.

Sin embargo, Annie, bajo la cabeza. Sus hombros estaban rígidos por la tensión.

-Oh, Annie, gracias por haberme escrito. ¿De que querías hablarme?- Le preguntó Candy, esforzándose por parecer alegre. Sabía bien que su amiga,

desde que eran pequeñas, tenía dificultad para expresarse.

-¿Quizás hay algo que te preocupa? ¡Ya sabes que para cualquier problema puedes contar con tu Candy de las Mil Soluciones!- la animó, y continuó hablando en tono alegre, justo como hacía durante su infancia.

En ese momento Annie se recuperó y levanto de pronto la cabeza. Sus ojos estaban húmedos.

-Candy, ¡Te lo ruego! ¡No me quites a Archie!- Exclamó de repente con voz temblorosa y una mirada suplicante.

Sorprendida, Candi dijo: -¿Por qué me dices algo así?

-Archie... Siempre me ha gustado... Desde la primera vez que lo vi... Desde antes que nos encontráramos en Lakewood... Desde antes de que tu lo conocieras...

-Comprendo bien tus sentimientos, Annie... ¿Como puedes pensar que precisamente yo te lo pueda quitar?- Le preguntó mirándola directamente a los ojos, casi ofendida por aquella acusación.

-Por qué a Archie... ¡Le gustas tú, Candy!- Exclamó Annie empezando a llorar.

-¿Pero que dices? Con Archie solo somos amigos. Nos hicimos amigos en Lakewood...

Al igual que con Stair... Y con Anthony... No hay nada más entre nosotros, Annie- Se apresuró a explicar Candy.

-¡No es cierto!- Gritó la otra, apartando bruscamente la mano que su amiga le había colocado afectuosamente sobre el hombro. Era un comportamiento inusual en Annie, y Candy abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

-¡Tú le gustas, Candy! Me he dado cuenta... ¡Cada vez que nos encontramos no hace otra cosa que hablar de ti! Hasta en el Festival de Mayo estaba preocupado porque no participaste. Incluso cuando bailamos...

-Annie...

-¡Siempre ha sido así! También en el Hogar de Pony ¡La señorita Pony y la hermana Lane eran mucho más cariñosas contigo! Aunque fuimos abandonadas el mismo día ¡Nosotras no somos iguales!

-¡Annie!- Gritó Candy con firmeza.

En ese preciso momento Eliza y las demás aparecieron de golpe detrás de la biblioteca.

Al verlas, Annie palideció. Riéndose con suficiencia, las muchachas se acercaron.

-Se los había dicho, ¿No? Annie Brighton siempre ha tenido algo que no me convencía.

¡Finalmente la hemos agarrado con las manos en la masa!- Dijo Eliza con los brazos cruzados, observándola de arriba para abajo de manera triunfal.

Annie estaba a punto de desplomarse y Candy se apresuró a sostenerla sujetándola de un brazo. Se dio cuenta de que su amiga estaba temblando imperceptiblemente.

-Entonces así es como eran las cosas ¿Eh? ¿Quién habría dicho alguna vez que eres una huérfana, igual que ésta de aquí? ¡Y encima, también fueron criadas en el mismo orfanato!

Me preguntó que sorpresa se llevará Archie cuando se entere.

Annie emitió un pequeño gemido y, librándose del agarre de Candy, se fue corriendo.

-Solo eres una pobre diabla, pero lo has sabido esconder muy bien hasta a...
¡Ay!

Candy empujó a Eliza con todas sus fuerzas y luego salió disparada detrás de su amiga -

¡Annie! ¡Espera, Annie!

A los lejos se escuchaba el estruendo de los truenos. Durante todo el día las nubes se habían alterado con el sol, pero ahora el cielo se veía de un color gris oscuro, casi negrozco.

Corriendo, Candy se mordió los labios.

¡Annie, eres la llorona de siempre! ¡Sigues siendo igual que cuando eramos pequeñas!

Annie se estaba dirigiendo a toda velocidad hacia la Falsa Colina de Pony. Al ver que conocía ese lugar, Candy se preguntó si también su amiga, la primera vez que se encontró en la elevación, había sentido la misma nostalgia que ella.

Empezaron a caer las gotas de lluvia.

Candy podía correr más rápido que Annie y, antes que llegara a la cima, logró agarrarla por un hombro. -¡Annie! ¡Espera, Annie!

-¡Déjame, Candy! Yo... ¡Ya no puedo volver al colegio! Si Archie lo llegara a saber...

Yo... Yo más bien preferiría morir...

-¡Eres una estúpida!

Bajo el fuerte y repentino empujón de Candy, Annie perdió el equilibrio y cayó sobre el pasto, en medio de los tréboles.

-¡Ya basta con esta rabieta, Annie!- Gritó Candy llorando.

La lluvia poco a poco estaba arreciando. Ahora empapada Candy estaba tan llena de rabia y tristeza que no podía distinguir las lágrimas de la lluvia. Annie también estaba completamente mojada y se había abandonado a un inconsolable llanto.

-¿Qué problema tienes con el Hogar de Pony? ¿Qué es lo que te avergüenza tanto?

¡Nosotras crecimos rodeadas del amor de la señorita Pony y la hermana Lane! ¡Aún ahora ellas se preocupan mucho por nosotras! Yo... Me resistí hasta hoy... Nunca te dirigí la palabra porque era lo que me habías pedido... ¿Pero tienes idea de todo lo que esto me ha hecho sufrir? Yo realmente te consideraba como a una hermana... ¿Acaso no estábamos siempre juntas? En los momentos tristes... y los felices...

-Candy...- Murmuró Annie alzando el rostro empapado.

Candy continuó hablando, con una voz tan fuerte que superaba el sonido de la lluvia: -

¡Reflexiona, Annie! ¿Por qué te asusta tanto que Archie pueda saber la verdad? ¡Él definitivamente no es una persona que evitaría a alguien solo porque viene de un orfanato!

¿Te has enamorado de él sin siquiera conocerlo?

-Candy...

-¿Crees de verdad estar enamorada de una persona tan insensible?

-Oh, Candy...

Annie se levantó repentinamente y la abrazó con fuerza. Bajo la lluvia, el ambiente se había impregnado del penetrante aroma de las flores de trébol blanco.

Por supuesto, Archibald Cornwell no era esa clase de persona. A propósito susurraba dulces palabras a la muchacha, casi por diversión, pero no era un donjuán. Si Annie se había apegado tanto a él, era porque había percibido la lealtad y la amabilidad que escondía en su corazón.

-No quiero que me desprecie... No sabría que hacer si eso llegará a suceder... Es solo a eso a lo que le tengo miedo...

Annie miró a Candy con los ojos húmedos, revelando una mirada en la cual era posible reconocer una brillante luz.

-Perdóname, Candy...Me avergüenzo tanto...

-Ahí está la verdadera Annie que recordaba.

Las dos muchachas se abrazaron bajo la lluvia, como cuando eran pequeñas.

-Annie, tú no debes cambiar...Estoy segura de que Archie te aceptará por lo que eres.

-Tienes razón... Es verdad... Tienes razón... - Respondió la otra, asintiendo entre lágrimas.

Luego continuó: -Yo quiero hablarle, le dire que fui adoptada por los Brihngton... Le confesaré que en realidad crecí contigo en el Hogar de Pony...

-¡Bien dicho!

Las jóvenes se tomaron de las manos, uniéndolas con fuerza.

-¡No has cambiado en absoluto, Candy!

-¡Esto va también para ti, Annie!

Tomadas de la mano, se sonrieron. Estaban completamente empapadas, pero la sonrisa de ambas les recordaba un cielo de nubes.

Capitulo 12

El calor de los rayos del sol ya hacía pensar en el verano, y el colegio estaba ahora inmerso en un exuberante bosque.

Admirando los relucientes vitrales, Candy imaginó que, si hubiera llegado en esa estación, aquel lugar con seguridad le habría causado una impresión

muy diferente. En todo aquel verdor, incluso la pétrea expresión de la Hermana Gray, parecía un poco más suave.

Durante el descanso las alumnas se agrupaban espontáneamente a la sombra de los árboles y el ambiente se llenaba de sus voces y de sus risas. El tema de conversación siempre era el mismo: cómo lograr hacer contacto con los muchachos. Como de costumbre, el festival efectivamente había dado vida a varios "Amores de Mayo".

-¿Qué tienen esas tres? ¡Últimamente andan incluso más juntas de lo habitual!- Eliza echo un vistazo en dirección al jardín interior, cercano al bosque. A la sombra de un árbol de frondoso follaje verde, Candy, Patty y Annie estaban riendo alegremente.

-Oye Luise, no me sorprendería que Patty también fuera una huérfana. De otro modo,

¿Cómo podría llevarse bien con gente criada en un orfanato?

-¡No tendrán intenciones de formar un club de huérfanos!

-¡Con este incremento de alumnos de bajo nivel, el prestigio de un ilustre colegio como el San Pablo está destinado a desaparecer!

Eliza hablaba a gran voz, con intención de hacerse escuchar.

Desde debajo de su árbol, Candy ladeó el cuello y dijo: -¿Pero qué necesidad tendrá siempre de gritar de esa manera? De todas formas la escuchamos perfectamente.

-¡Oh, tienes mucha razón!- Le respondió Annie.

Candy casi se sintió deslumbrada por su sonrisa.

Annie... Te has hecho más fuerte... Y te has vuelto incluso más hermosa...Que haya alguien que te guste es maravilloso...

Como había anticipado, a pesar de que Annie estaba destrozada por la ansiedad, una vez que Archie supo la verdad, la había tranquilizado con

dulzura. Dispuesta a soportar el más terrible de los castigos en caso de que las monjas la hubieran descubierto, ella le había pedido poder hablar. Annie, había contado que, después de terminar con su confesión, el muchacho le había dicho suavemente: -No importa de dónde vengas, nada puede cambiar lo que eres.

Al ver por primera vez el rostro de Archie una expresión tan sincera, Annie no había podido contener las lágrimas.

-Yo... Ni siquiera sé por qué me he preocupado de esa manera durante todo este tiempo...

Candy, Archie ha sido realmente tierno... No pretendo que se enamoró inmediatamente de mí... Pero quiero llegar a ser una chica que un día, él pueda amar verdaderamente desde lo profundo de su corazón...

Pronunciando aquellas palabras, Annie parecía casi resplandecer, confiada en la esperanza de poder amar profundamente al muchacho de sus sueños.

Amar. Amar desde lo profundo del corazón.

El verdadero amor. Aquella era una expresión que Candy todavía no sentía que pudiera utilizar. Cuando pensaba en ello, se sentía confusa y notaba en su interior una sensación que la hacía reflexionar: ¿Eran palabras que podía utilizar tan a la ligera? Había amado mucho a Anthony, pero quizás ni siquiera por él...

Yo... ¿Llegaré a amar verdaderamente a alguien?

“Se que te he tratado con rudeza, pero no me disculparé”

Al recordar esas palabras, Candy se sintió de nuevo desorientada y suspiró aturdida.

-Ahí está, ¡De nuevo con la cabeza en las nubes!- Dijo Patty, agitándole una mano frente a los ojos.

-¿Qué...? ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?- Exclamó Candy volviendo de golpe en sí, parpadeando.

-Estábamos hablando de las vacaciones de verano. Yo debería regresar a América... -

Confesó Annie, bajando la mirada casi de manera culpable.

-¿En serio? ¡Tus padres no verán la hora de volverte a ver! Creó que también Archie y los demás regresarán a casa- Comentó Candy alegremente, molestando a su amiga.

Faltaba poco para el comienzo de las largas vacaciones de verano.

-¿Y Tú, Candy? ¿Qué harás?- Le preguntó con temor Patty, mirándola desde abajo.

-Ah, yo... Creo que asistiré a las actividades de verano del colegio.

Los cursos veraniegos del Instituto San Pablo, cada año se llevaban a cabo en Escocia, pero no tenían gran popularidad entre los alumnos: De hecho, las reglas aplicadas no distaban mucho de las rígidas normas impuestas durante todo el año.

-Parece que es una terrible experiencia, ¿Sabes? Vamos, Candy, ¿Por qué no vienes conmigo? Oxford es un lugar hermoso.

-Te agradezco mucho Patty, pero tengo un poco de curiosidad por descubrir qué se esconde realmente tras ese terrible colegio de verano- Respondió Candy sonriendo.

La verdad era que quería visitar aquel país llamado Escocia. Ese era el lugar de origen de la familia Ardlay, un sitio vinculado con Anthony y al Príncipe de la Colina.

-En cambio, ¿No creen que cuando comiencen las vacaciones podremos movernos con un más de libertad? Antes de que todos vuelvan a casa, ¿Por qué no vamos al zoológico Blue River? También podríamos invitar a Stair y Archie.- Propuso haciéndoles un guiño a sus dos amigas y moviendo vivazmente los ojos de un lado a otro a propósito.

Las otras dos prorrumpieron en una alegre carcajada, rompiendo la atmósfera melancólica que se estaba creando.

-¡Sería fantástico! ¡Eso significa que podré volver a ver a Hughley!- Exclamó feliz Patty, llevándose las manos al rostro.

-¿Es solo por Hughley que estás tan contenta, Patty?

-¡Oh, Candy, para ya con eso!- Suplicó Patty y, avergonzada por la sarcástica pregunta, se puso roja como un tomate.

Stair y Patty... Sí, realmente hacen una hermosa pareja.

Candy dirigió la mirada hacia arriba. Entre las hojas verdes, los destellos del cielo despejado casi parecían gotas azules, a punto de caer al suelo. Estaba por comenzar su amado verano.

Aquella tarde se dirigía por el bosque iluminado por la luz del ocaso. Todo era tan maravilloso que no había resistido, y se había escabullido fuera del dormitorio estudiantil antes de que la campana anunciara la cena.

En el cielo se había fusionado delicadamente las tonalidades del rosa claro, del naranja y del violeta. Los árboles resplandecían bajo los rayos del sol, semejantes a columnas doradas que se alargaban hacia el cielo. De vez en cuando las hojas planeaban hasta el suelo, como si fueran suspiros.

Recogió una de aquellas hojas caídas de forma prematura. Era de un vívido color verde y Candy pensó cómo en el mundo había hojas que, aunque todavía no estaban secas, estaban destinadas a caer. La guardó en su bolsillo.

Los colores del ocaso iban cambiando de momento a momento. De repente, como si aquellas tonalidades se hubieran convertido en notas musicales, escuchó que venía del otro lado del bosque, el dulce sonido de un piano. Candy se detuvo.

Qué hermosa melodía... ¿Vendrá del salón de música?

Atraída por aquel sonido, parecido al perfume de las rosas, avanzó entre los árboles y se dirigió hacia una construcción de ladrillos. Cuanto más se acercaba, más clara se hacía la música.

Una vez llegó, miró hacia arriba. La melodía parecía casi descender bailando de un aula del segundo piso.

En verdad es una música muy dulce... Me pregunto quién la está tocando...

Notó una rama que se extendía con precisión hacia la ventana de la estancia que había localizado, por lo que decidió trepar el árbol. Sin embargo, casi después de llegar se quedó sin aliento.

Terry...

Sentado frente a un piano de cola ubicado cerca de la ventana, en efecto se encontraba Terry, absorto en recorres elegantemente las teclas con sus largos dedos. La música que continuaba fluyendo de sus manos parecía casi un haz de luz que, brillando, se difundía hacia el exterior atravesando la ventana.

Conteniendo la respiración, Candy se apoyó silenciosamente en el robusto tronco del árbol.

Cuando aquella melodía había llegado a sus oídos, por alguna extraña razón su corazón había empezado a agitarse. Había intuido que podía ser Terry quien la tocara, y no se había equivocado. Apoyada en el tronco y sentada sobre una rama, la joven permaneció embelesada escuchándolo.²

El muchacho que estaba ahora con la vista hacia abajo frente al piano, era completamente diferente a Terry que había tenido oportunidad de conocer hasta ese momento: Frente a ella se encontraba Terence G. Granchester, envuelto en una atmósfera aristocrática. Aquel joven de evidente clase social alta le pareció increíblemente lejano... Pero de pronto la música se detuvo.

-Jamás habría imaginado que las monas escucharan música- Comentó Terry, levantando el rostro y mostrando su habitual expresión sarcástica.

Habiendo permanecido embobada hasta hace un momento, Candy volvió en sí y se levantó del tronco. ¿Desde hace cuánto tiempo se había dado cuenta de su presencia?

Desde el Festival de Mayo hacía que no se miraban de manera tan directa y la joven se encogió sobre la rama. Se avergonzaba tanto que quería volver a descender al suelo inmediatamente, sin embargo no podía despegar los ojos de él.

-Si quieres continuar escuchándome, da un salto y acompáñame. Debe de ser pan comido para una monita como tú.

Riendo como si hubiera olvidado por completo su último encuentro, Terry le hizo un gesto con ambas manos para que se acercara. Casi parecía que estuviera llamando a un cachorrito y Candy se molestó, librándose de toda la vergüenza que sentía.

-¡Deja de llamarme así! ¡Realmente eres un grosero!- Lo reprendió, lanzándose al instante al interior de la habitación.

-¡Cielos! Viéndote bien, eres una monita pecosa. Debes de pertenecer a una especie realmente rara- Continúo molestándola, mientras reía y presionada las teclas más agudas del piano.

-¡Terry!

Enojándose de verdad, Candy sujetó la cortina, con intención de marcharse. Se sentía una estúpida por haberse dejado afectar durante todo ese tiempo por lo que había ocurrido en el Festival de Mayo.

-No, espera- La detuvo el muchacho con tono sincero. Luego prosiguió: - Estaba tocando... Pensando en ti.

Tal vez avergonzado por sus propias palabras, Terry bajó la mirada hacia el teclado.

Era la verdad. Hacía tanto que no había tenido ganas de tocar. Entonces, cuando levantó la mirada, la había visto sobre aquella rama.

Pensaba que estaba soñando con los ojos abiertos... Candy...

Pero Terry no le confesó esos pensamientos. Se limitó a observarla en silencio mientras ella, con una expresión confusa en el rostro, aún tenía las manos en la cortina.

-Yo tampoco habría dicho alguna vez que un granuja como tú supiera tocar piano...-

Logró murmurar finalmente la muchacha, respondiéndole con la misma moneda.

Terry sonrió y reanudó la interpretación. Escuchando aquella melodía tan dulce capaz de hacer que los corazones se derritieran, Candy finalmente empezó a tranquilizarse y se apoyó distraídamente en una pared del aula.

-Eres muy bueno, Terry... -Dijo en voz baja al final de la pieza, suspirando admirada.

-Sí, pero solo en lo que respecta a esta canción de cuna de Mozart. Respondió él, volviendo a cerrar delicadamente el piano.

-¿Es una canción de cuna? Es por eso que antes me dio un poco de sueño.

-Aquella mujer tocaba esta misma pieza... Recuerdo que también me la tarareaba susurrándomela al oído, cuando me metía en la cama...

Con la mirada perdida en un punto lejano, Terry entrecerró los ojos, como si estuviera escuchándola.

Al decir aquella mujer, ciertamente daba a entender que se trataba de Eleanor Baker.

Candy contuvo la respiración y lo miró. Estaba feliz de ver que, mientras trataba de evocar para sí los recuerdos, en el muchacho no había rastro de rabia, hostilidad o violencia. En su corazón soltó un suspiro de alivio...

-Bueno, no es que hayan otros recuerdos que me unan a esa mujer...

-Cómo te envidió...- Candy no pudo contenerse de decirlo.

Terry se volteó sorprendido en su dirección.

-Incluso si se tratara de un único recuerdo, tú al menos lo tienes... Yo no tengo ninguno-Confesó con gran sinceridad.

Es verdad, Candy... Tú ni siquiera sabes como son tus padres...

Casi como si hubiera escuchado el corazón del muchacho murmurar esas palabras, Candy negó ligeramente con la cabeza y sonrió.

-Pero yo fui abandonada en el orfanato más hermoso del mundo. Los recuerdos de mi infancia en el Hogar de Pony representan para mí un verdadero tesoro... Estoy agradecida con mis padres por haberme dejado ahí. Estoy segura de que lo escogieron con mucho cuidado.

Al escucharla hablar con tanta alegría, Terry la observó casi deslumbrado.

Háblame más de ti, Candy.

Por supuesto la muchacha no necesitaba que alguien le rogara. Le contó de la generosa y amable señorita Pony y de la hermana Lane, tan seria aunque a veces tan cómica.

-¡Imagina que en Hogar de Pony no había nadie más hábil que yo en lanzar el lazo o en trepar árboles!

-¿Y qué me dices de la cantidad de pecas? ¿Eras insuperable también en eso?

-¡Pues claro! No me dirás que todavía tienes envidia Terry- Bromeó ella, riendo.

-Sí, realmente te envidio... Me gustan las pecas.

Como si a lo mejor hubiera dejado escapar una terrible confesión, Terry tosió y rápidamente cambio de tema: -A propósito, ¿Volverás a América para las vacaciones de verano?

-No... No se me ha comunicado que deba volver, así que probablemente asistiré al colegio de verano.

-Entonces irás a Escocia.

Terry se apoyó contra el piano y bajó la cabeza, como si estuviera absorto en algún pensamiento.

-La villa de mi familia también se encuentra en Escocia.

En ese momento sonó la campana. Sin que se hubieran dado cuenta, había pasado la hora de la puesta del sol y el aula se había teñido de un color azul oscuro con reflejos naranjas.

Si no se daban prisa para llegar puntuales a la cena, obtendrían puntos de demérito.

-Debo irme- Dijo Candy jadeante, sujeto el borde de la ventana. “Me gustan las pecas”...

Había bastado aquella frase para turbarla. Pero había algo que quería decirle. Respiró profundamente

-¿Sabes Terry? Yo... Ya no les tengo miedo a los caballos.

Pronunció aquellas palabras apresuradamente y luego, sin darse la vuelta, se lanzó desde la ventana para agarrar una rama. Sentía el cuerpo en llamas.

-Ve a buscarme a la villa.

¿Realmente había oído aquella frase murmurada a sus espaldas?



Capítulo 13

Para la señorita Candice White Ardlay

Estimada señorita Candice,

Supongo que usted se está esforzando a diario en los estudios. Le escribo a petición del señor William. De hecho es su deseo que usted pase las vacaciones de verano en la propiedad escocesa de los Ardlay.

En el mismo periodo, también todos los demás miembros de la familia, incluida la señora Elroy, deberían instalarse en dicha villa.

Por este año, la disposición aplica también para los hermanos Cornwell.

Ahora en lo que respecta a las cartas que me ha enviado, puedo asegurarle que siempre me preocupo de entregarse al señor William los mensajes dirigidos a él. Como quizás le he dicho muchas veces, lamentablemente el señor se encuentra muy ocupado y por tanto le pido que no espere una carta suya en respuesta.

Aprovecho la ocasión para desearle que pase un feliz verano.

Georges

Junio

¡Estoy en Escocia!

¡Desde que llegué ayer a la residencia estudiantil del colegio de verano, en las afueras de Edimburgo, las emociones son continuas!

Los prados llenos de flores de 'Trachymene' Y de ranúnculos mecidos por el viento, los lagos dispersos aquí y allá, el encantador riachuelo que fluye resplandeciente... ¡Casi me parece haber regresado a Lakewood! ¡En el centro del complejo también se alza una iglesia que me recuerda mucho a aquella del pueblo en donde se encuentra mi querido Hogar de Pony!.

Apenas llegué, di un grito de alegría y me colgué en un impulso de una rama del árbol que crece frente a la iglesia. ¡La Hermana Margaret estaba muy asustada!

¡Es maravilloso! ¡Este año no la Hermana Gray ni la Hermana Kreis participarán en las actividades veraniegas ya que tienen que asistir a unas reuniones o algo así!

Me había propuesto afrontar el “terrible colegio de verano”, pero ahora me siento muy relajada.

Otra cosa positiva es que la Tía Abuela Elroy se opuso a mi presencia dentro de la villa de la familia. Dice que se rehúsa a pasar el verano con una persona de bajo estrato social como yo.¹

Si yo tuviera que elegir entre pasar las vacaciones con la Tía Abuela, Neal y los demás, o asistir a los cursos de verano, sin duda optaría por la segunda opción, ¡Aunque estuvieran en vigor las reglas más estrictas del mundo!

Pero hay otra cosa por la cual estoy feliz: ¡También Annie y Patty decidieron asistir al colegio de verano! Por supuesto, no lo hacen por mí. ¡Sí! Descubrieron que Stair y Archie pasarían este periodo en su residencia escocesa, a poca distancia de nuestra residencia estudiantil.

Y luego... Descubrí que también la villa de T. G se encuentra cerca de aquí... Se lo oí decir a Eliza...

“Ve a buscarme a la villa”.

“T. G”, A Candy casi le pareció volver a escuchar en sus oídos las palabras de Terry.

Conteniendo la respiración, cerró el diario. Quizás había sido solo producto de su imaginación...

De pronto, la puerta se abrió con fuerza.

-¡Vamos, Candy, vayamos al lago!

Patty y Annie entraron en la habitación. Las muchachas estaban llenas de vida y eran completamente diferente a como parecían ser en el interior del instituto.

Aquella tarde tenían una cita con Stair y Archie en la orilla del lago, que ya estaban instalados desde hacía unos días en su villa.

-¡Seguro! Pero, ¡Yo llegaré antes por esta parte!- Respondió Candy, riendo y levantando una mano a modo de despedida.

Saltó ágilmente desde la gran ventana de madera y alcanzó la rama de un árbol que crecía justo cerca de ahí. Su aspecto era tan atrayente que la muchacha simplemente no había podido contenerse.

-¡Oh, Candy!- Dijo Annie, con la misma risa aguda que también tenía de pequeña.

Candy se deslizó por el tronco y salió corriendo del amplio terreno del colegio.

Luego, al llegar a una senda que avanzaba entre los prados, se quedó esperando a sus amigas. Al final del sendero se podía ver el resplandor del agua, parecido al reflejo del sol sobre el cristal.

Cuando sus amigas la alcanzaron, se pusieron a correr las tres, molestándose la una a la otra.

Los muchachos ya habían llegado y las estaban esperando en la orilla.

-¡Disculpen por la espera! Hace tanto tiempo que no podíamos estar todos juntos,

¿Verdad?- Los saludó Candy con entusiasmo.

Estaba prohibido llevar a varones al interior del dormitorio femenino, pero afuera, una vez terminadas las tareas, no había reglas que prohibieran los encuentros entre chicos y chicas, incluso en el tiempo libre.

Candy y sus amigas no habían visto a Stair y Archie desde el comienzo de las vacaciones, cuando habían ido al zoológico Blue River a visitar al señor Albert y a Hughley. Patty y Annie estaban completamente sonrojadas.

-La intención era que fuéramos todos juntos, pero...

Con la mirada dirigida hacia el muelle, Archie se encogió de hombros: - Eliza y Neal han tomado el bote más grande que teníamos. Solo han quedado esos para dos personas.

-¡Pero solo hay dos! En ese caso. ¡Annie puede ir con Archie y Patty con Stair!- Riendo, en un instante Candy formó las parejas.

-Sí, pero...- Intervino Patty.

Por su expresión, Candy comprendió que su amiga estaba deseosa de pasar el tiempo con Stair, pero al mismo tiempo estaba preocupada por perjudicarla.

Riendo de nuevo, le aseguró: -¡Seguramente tendré muchas otras oportunidades para dar una vuelta en bote! Y, además, me gustaría explorar un poco los alrededores, ¡Así que no te preocupes por mí!

Caminando hacia atrás, continuó sonriendo y levantó los hombros en un gesto despreocupado. Archie la miraba como queriendo disculparse.

-¡Después daremos una vuelta juntos, Candy!

-¡Olvídalo, Stair! Cuando me encuentre contigo cerca de un lago, siempre me suceden cosas terribles. ¡Así que hasta luego!

Al oírla de esa manera, Archie se echó a reír, mientras Stair se llevó avergonzado una mano a la cabeza. Después de dirigirles una sonrisa, Candy se fue corriendo hacia una loma en las cercanías del espejo del agua. Había observado aquella elevación desde que llegó a la residencia estudiantil. Era mucho más pequeña que la Falsa Colina de Pony y, aunque podía parecer solo un montículo de tierra, estaba recubierta por una colorida vegetación de verano, semejante a la decoración floral de un sombrero.

De pie sobre la que decidió bautizar "Pequeña colina de Pony", observó aquel lago azul de reflejos verdosos, sobre el cual se perfilaban los tres pequeños botes. La imagen es tan hermosa que parecía un cuadro.

La gran embarcación de Eliza y Neal avanzaba con dificultad. Annie la saludó con la mano y asimismo Patty, dándose cuenta de su presencia, la saludó con grandes ademanes.

Incluso Stair, dejando a un lado los remos, agitó los brazos en su dirección, haciendo que el bote se balanceara. Luego, los dos pequeños botes continuaron avanzando lentamente hacia el centro del lago.

Bajo los rayos del sol veraniego, el espejo de agua brillaba como una canica dorada.

Candy respiró profundamente, inhalando la fragancia del agua y de los exuberantes árboles.

Es un lugar que veo por primera vez, sin embargo me parece conocerlo desde siempre.

Me es tan familiar... Terry ya debería estar en su villa...

Distraídamente, sus pensamientos habían volado hacia Terry.

Al darse cuenta, Candy se sobresaltó y sonrió avergonzada.

¡ Oh, no! De nuevo estoy pensando en él... Oh, Anthony, últimamente ando muy rara, ¿No crees?

Se tumbó en la hierba, entre los ranúnculos y las pequeñas flores azules mecidas por el viento. Casi le parecía que aquel cielo azul sin nubes, pudiera abrazarla y alzarla en el aire.

"Me gustan las pecas"

Aquella frase realmente la había escuchado, no era producto de su imaginación. Terry simplemente había hablado de sus pecas, sin embargo, cada vez que volvía en su mente a ese instante, se sentía con el corazón agitado.

Oh, Dios, te estoy agradecida por haberme llenado la cara de pecas... Todo el tiempo me habían disgustado hasta ahora.

Cerró los ojos. Era agradable sentir el calor del sol sobre los párpados.

Me pregunto qué estará haciendo Terry ahora...

Dormitando, comenzó a pensar en el muchacho. De pronto, algo le hizo cosquillas en el rostro.

-Si te quedas aquí a dormir, acabarás siendo mordida por una serpiente venenosa.

-¡Aaah!

Asustada, se incorporó de inmediato y se encontró frente a Terry. El muchacho reía y la observaba desde arriba, agitando la semilla de una espiga.

La muchacha se levantó al instante.

Qué extraño, justo un momento antes estaba pensando en él y ahora...

-¡Pero bueno! Siempre haces que me asuste...

Conteniendo las emociones que se agitaban en ella, Candy hizo un mohín y tomó de las manos del muchacho la ramita con la que le había hecho cosquillas en la mejilla.

-Fui yo el que me asusté. ¿Quién habría dicho que Tarzán le tuviera miedo a las serpientes? En realidad creo que son ellas quienes tienen mucho más miedo de ti.

-¡Terry!

Era inútil tratar de mirarlo de manera amenazante, no podía transmitir dureza en su mirada. Por otra parte, Terry todavía le estaba sonriendo.

-¿Qué te trae aquí por el lago? ¡Ah, ya sé! ¿Me estabas buscando?

La felicidad de Candy transpiraba incluso en el tono de su voz. La muchacha se obligó a recuperar el control.

-¡Por favor! Desde que llegué, siempre vengo aquí a leer. Es mi lugar favorito. Nunca habría pensado que hoy encontraría una intrusa.

Terry levantó el grueso libro que traía consigo para golpear ligeramente la cabeza de Candy. En realidad estaba esperando precisamente que la muchacha llegara. Intentó contener a la fuerza los músculos del rostro, listos a aflojarse en una incontrolable sonrisa.

-Vaya... De modo que eres un gran lector, aunque al verte quién lo diría.

Después de recuperar la calma, Candy miró de reojo el libro de Terry.

-¿De qué se trata?

-Es de Shakespeare.

El muchacho le dio el libro, encuadernado en una dura cubierta de cuero marrón oscuro.

-Shakespeare... ¡Ah, claro! ¡El que escribió Romeo y Julieta!- Dijo ella inocentemente.

Ambos apartaron al mismo tiempo la mirada. Candy se dio cuenta que también Terry se había acordado del Festival de Mayo y comenzó a hojear el libro para disimular su turbación.

-Este es Macbeth...No sabía que te gustaran las tragedias.

-En realidad no me gustan- Replicó él, con una voz que se había vuelto repentinamente dura.

-¿En serio? ¿Ni siquiera este pasaje?- Preguntó Candy, mostrándole sarcásticamente una de las páginas.El texto había sido subrayado en varios lugares e incluso contaba con anotaciones. Terry entrecerró los ojos como si estuviera en problemas y le arrebató el libro de la mano.

-Para ser sincero... Me gustan... Aunque me cuesta mucho admitirlo.

Sonriendo, Candy asintió y sintió el pecho ponerse más cálido. Terry era de verdad hijo de Eleanor Baker. A pesar de que la rechazaba, quizás su corazón también perseguía las mismas pasiones de su madre.

Justo en ese momento, sentada en su bote, Eliza vio a Terry y a Candy de pie sobre la colina.

-¿Qué...? ¿Cómo es posible? ¿Qué hacen esos dos juntos? ¿Qué quiere...

En el instante en que se levantó bruscamente, perdió el equilibrio y, con un grito, cayó al agua. Neal fue golpeado por grandes gotas de agua.

-¡Está... Está muy fría! ¡Ayúdenme, rápido!- Incluso respirando con dificultad a medio lago, no dejaba de dar órdenes.

-¿Oye, Archie! ¡Ven a echarnos una mano!- Gritó fuertemente su hermano hacía el bote de Archie, cuya intención era flotar cerca de ahí.

-Neal, ayúdala tú ¿No?

-Archie, Neal no sabe nada. Pero tal vez Eliza si pueda.

Acercándose hasta él, Stair empezó a conversar plácidamente con Archie.

-¿Hace tanto calor que tenía ganas de darse un baño? ¿Se siente bien darse un chapuzón, Eliza?

Agitando las manos, la muchacha aparecía y desaparecía bajo la superficie del agua.

Desde luego, no tenía tiempo para lanzarle insultos.

En ese momento, se escuchó un ruido: Desde la orilla, Terry se había lanzado al agua.

Nadando en estilo libre, llegó hasta Eliza y, ante el asombro general, la ayudo a subir al bote.

-¡Muévete!- Le dijo a Neal apartándolo, y comenzó a remar a gran velocidad hacia la orilla. Los otros dos botes también se apresuraron a imitarlo.

Eliza permaneció tendida, fingiendo estar inconsciente y preguntándose solo lo mejor sería simplemente seguir actuando como si se hubiera desmayado. Sonrió para sus adentros e, incluso una vez en la orilla, mantuvo los ojos cerrados, apoyada lánguidamente en su salvador. Cuando Terry la levantó y la depositó en el suelo, tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no sonreír.

Archie y Stair bajaron corriendo de sus botes y, con los rostros pálidos, fueron hacia ella.

Incluso Candy se acercó rápidamente. Había corrido colina abajo junto a Terry y de lejos estuvo pendiente del rescate.

-¿Acaso son idiotas? ¡Será pleno verano, pero el agua de este lago es helada! ¿Y si le hubiera dado un infarto? ¿Lo han pensado?

Reprendidos por Terry, también Stair y Archie empezaron a agitarse.

-Lo sentimos... Se nos fue un poco la mano... Eliza, ¿Estás bien?

La muchacha abrió ligeramente los ojos.

-No... No estoy bien... Terry...

En lugar de responder a la pregunta formulada por Stair y Archie, Eliza llamó a Terry con voz débil.

-Tú... Has arriesgado tu vida por salvarme... Llévame hasta mi casa... No puedo caminar...

-Si puedes decir todo eso, realmente diría que no hay nada de qué preocuparse- Replicó Terry, alejándose de ella y dispuesto a marcharse.

-Terry, vas a pescar un resfriado, será mejor que te cambies la ropa mojada de inmediato... -Intervino repentinamente Candy.

Echándose hacia atrás los cabellos empapados, él respondió: - No es nada. Nado en este lago desde que era pequeño.

Dirigiéndole una sonrisa, corrió colina arriba.

Eliza alzó el rostro para mirarlo y se quedó encantada de observar su imagen de espaldas que se alejaba.

-¡Bah! ¡Cuántos aires se da ese sujeto!- Comentó Neal, con el rostro desfigurado por la rabia.

Al oírlo hablar de esa manera, su hermana volvió en sí y lo fulminó con una mirada asesina.

-¡Neal! ¡No te quedes ahí pasmado! ¡Ve enseguida a decirles a los criados que dispongan para mí toallas y frazadas!

Su hermano se sobresaltó y se fue corriendo.

-¡Ustedes, por el contrario! Habrían dejado que me ahogara, ¿No es cierto? ¿Cómo han podido? ¡No se librarán de esta! ¡Archie, Stair, ayúdenme a levantarme! ¡Vamos! ¡Annie tú, toma mis zapatos! ¡Patty, el bolso!

Gritando histéricamente, Eliza se dio la vuelta para mirar a Candy y le dirigió una llameante mirada de odio.

-¡Si estuve a punto de morir ahogada, es por tu culpa! ¡Les contaré todo a la Tía Elroy y a las monjas!

Sujetada por los muchachos, disgustados por aquel comportamiento, Eliza empezó a caminar. Annie y Patty se dieron la vuelta de manera turbada y Candy, para tranquilizarlas, les dirigió una pequeña sonrisa.

Cuando todo aquel alborotó terminó y los demás se fueron alejando, la joven soltó un gran soplo.

-Eliza realmente tiene mucha energía... No creo que su corazón haya sufrido daños.

Definitivamente ni siquiera va a pescar un resfriado.

En la villa seguramente estarían los criados, la Tía Abuela Elroy y también la señora Lagan. Sin duda Stair y Archie serían reprendidos con severidad.

Menos mal que no he tenido que ir con ellos...

Candy se sintió aliviada y evocó la bella imagen de Terry nadando en el lago. Comenzó a subir la Pequeña Colina de Pony, cuando se dio cuenta de que sobre el prado a lo largo

de la orilla, estaba el libro de las tragedias de Shakespeare. Terry debió haberlo tirado al suelo antes de lanzarse al rescate de Eliza.

Realmente eres una buena persona, Terry...

Candy casi se había conmovido al ver al muchacho que, tras haber palidecido repentinamente, salió disparado hacia el lago. Probablemente habría hecho lo mismo por cualquiera, independientemente de quién hubiera estado en peligro de ahogarse. Sin darse cuenta, estrechó aquel libro contra su pecho. Aún disponía de tiempo libre antes de la cena.

-¡Pero claro! ¡Se lo llevaré!

Se sintió nuevamente llena de vida y comenzó a correr.

Reconoció inmediatamente la propiedad de los Granchester.

Semioculta en una densa arboleada, se alzaba un imponente portal de hierro, oxidado e invadido por la hierba. En el centro, había un emblema que llevaba grabado el nombre de la familia, pero incluso aquellas letras estaban oxidadas y eran de un color pardusco.

Bastaba una mirada para darse cuenta que la cerradura estaba rota. Espiando a través de la entrada, aún no era posible vislumbrar la villa.

Armándose de valor, Candy abrió la reja y la cruzó. Se dirigió a lo largo de un sendero invadido por vegetación veraniega, pero la villa parecía aún lejana.

-Realmente es la propiedad de un noble. Es enorme... Sin embargo está abandonada en pésimas condiciones...

El estanque que se veía más allá de la vegetación ya estaba seco e incluso los setos del jardín crecían libremente. No parecía en absoluto un lugar habitado, y Candy comenzó a preguntarse si ahí realmente encontraría a Terry.

Se sintió nuevamente llena de vida y comenzó a correr.

Reconoció inmediatamente la propiedad de los Granchester.

Semioculta en una densa arboleada, se alzaba un imponente portal de hierro, oxidado e invadido por la hierba. En el centro, llevaba grabado un emblema con el nombre de la familia, pero incluso aquellas letras estaban oxidadas y eran de un color pardusco. Bastaba una mirada para darse cuenta que la cerradura estaba rota. Espiando a través de la entrada, aún no era posible vislumbrar la villa.

Armándose de valor, Candy abrió el portal y lo cruzó. Se dirigió a lo largo de un sendero invadido por vegetación veraniega, pero la villa parecía aún lejana.

-Realmente es la propiedad de un noble. Es enorme... Sin embargo está abandonada en pésimas condiciones...

El estanque que se veía más allá de la vegetación ya estaba seco e incluso los setos del jardín crecían libremente. No parecía en absoluto un lugar habitado, y Candy comenzó a preguntarse si ahí realmente encontraría a Terry.

Después de cruzar la densa arboleada, finalmente pudo divisar un edificio viejo de aspecto muy antiguo. Las amplias bases de las torres parecían el lugar adecuado para ofrecer descanso a brujas. Cerca de la construcción, oculto a la sombra de los árboles, notó un automóvil rojo. Fue feliz de ver rastros de presencia humana y se acercó a aquel transporte de color llamativo.

-¡Vete! ¡Fuera de aquí!- Resonó de repente la voz furiosa de Terry, y una gran puerta se abrió de par en par. Al mismo tiempo salió una mujer muy hermosa, casi empujada con fuerza al exterior. Llevaba puesto un vestido del color de las flores nomeolvides y tenía el cabello rubio. En cuanto la vio, Candy se quedó de piedra. ¡Eleanor Baker!

En persona, la mujer no parecía tan joven como aparentaba e la cartelera. El cargado maquillaje se le había corrido debido a las lágrimas, y de su rostro transpiraba una gran fatiga.

-Por favor, ¡Solo te pido unos minutos! Terence, ¡Escucha lo que tengo que decirte!

¡Terry!

-¡Cállate! ¡No tengo nada más que decirte! Tú tampoco querías hablar conmigo, ¿No? Me enviaste de vuelta porque no quieres que sepan de mí, ¿O me equivoco? Tienes... ¿Tienes idea lo que sentí mientras cruzaba el océano? ¡Vete!

El muchacho tenía los ojos húmedos y sus gritos parecían un grito de dolor. Candy contuvo la respiración.

-Te lo ruego, perdóname... Terry... Sé que me equivoqué... En mi corazón estaba tan feliz de volver a verte... Solo que... Yo...

La mujer extendió una mano como para aferrarse a su hijo, pero él la apartó bruscamente.

-¿Acabemos de una vez! ¡Yo ya no tengo madre! ¡No quiero volver a ver tu cara nunca más! ¡Vete!

Candy no pudo escuchar más. -¡Basta!- Gritó con un gemido, casi sin darse cuenta.

Terry y su madre se sobresaltaron y se dieron la vuelta para mirarla.

-Terry... Ya basta... Eso no es lo que piensas realmente. Sé sincero... Tú quieres mucho a tu madre... Es por eso que en el barco... La expresión triste

que tenías la primera vez que

nos encontramos me impresionó muchísimo... Y ahora en cambio quieres echarla... Es algo terrible... Terry, por favor, escucha lo que tiene que decirte... Si yo... Si yo tuviera una madre que hubiera venido a buscarme desde tan lejos, yo...

De pronto se interrumpió. Dejándose llevar por sus pensamientos, quizás había dicho cosas indebidas. El libro de las tragedias de Shakespeare se le resbaló de las manos.

-Discúlpenme... No sé qué me pasó... No debería haberme entrometido... Pero no eches a tu madre... ¡Te lo suplico!

Gritando aquellas últimas palabras, Candy se dio la vuelta y se fue corriendo. La vista se le nubló y notó que estaba llorando.

El verano Edimburgo cambiaba de color de momento a momento: La mañana estaba envuelta en el verde y la luz, la tarde se teñía de lluvia y gris, el ocaso se llenaba de niebla blanca. Quizás también deseosas de relajarse, las monjas del colegio de verano les concedían a las alumnas muchos ratos libres y esto le permitía a Candy reunirse casi todos los días con Stair y Archie.

Había momentos en que, como en un espejismo, le parecía casi haber vuelto a Lakewood.

Sin embargo, Anthony no estaba ahí con ella. Ahora estaban las alegres risas de Annie y Patty... Y Candy ya no sentía aquella tristeza que la oprimía hasta impedirle respirar.

Implacable, el tiempo nunca dejaba de correr.

Me pregunto cómo está Terry... No pude evitar intervenir... Quizás ahora esté enojado conmigo...

Pero, a pesar de todo, Candy no había podido permanecer en silencio. Lo que fuera que hubiera sucedido entre ellos, Eleanor Baker y Terry eran

madre e hijo.

Eleanor Baker era una actriz de fama mundial. Escondiéndose de las miradas indiscretas, había llegado hasta Escocia para poderlo encontrar.

Debe de haberlo hecho... Porque ama mucho a su hijo.

Cerca de la ventana Candy suspiró.

Capítulo 14

El viento frío anunciaba el fin del verano. El colegio de verano estaba por llegar a su fin y pronto todos deberían regresar al instituto de Londres y a los días marcados de rígidas reglas.

Aquella tarde, aprovechando las horas libres, incluso las monjas habían salido y Candy se encontraba sola en el dormitorio estudiantil. Después de terminar las tareas, la muchacha se lanzó desde la ventana para alcanzar una rama de su árbol. Por lo general siempre se detenía a mitad del camino, pero saber que no había en los alrededores que la observaba la tranquilizaba, permitiéndole trepar hasta la copa. Cuando se sentó, la rama se curvó debajo de ella. Cuanto más alto llegaba, las hojas parecían más frescas y lozanas.

Alzando el rostro, se dio cuenta que incluso ahora el color del cielo presagiaba la llegada del otoño. Las nubes blancas se iban desplazando y parecían estar tan cerca que podían tocarse con la mano.

-Las nubes parecen hechas de malvavisco... Me pregunto si en este momento los demás estarán comiendo moderadamente pastelillos blancos...

Ante ese pensamiento, Candy sonrió. Annie y Patty de hecho habían sido invitadas a la Fiesta Blanca de los Ardlay y, vestidas completamente de manera cándida, se habían dirigido de mala gana a la villa. Ni siquiera Stair y Archie habían logrado escaparse del compromiso: Desde el incidente del bote, Eliza parecía tenerlos en sus manos.

-¡Qué gran suerte no haber sido invitada!

El solo imaginar una fiesta en la que todo, desde los manteles hasta la vajilla, tenía que ser de un color inmaculado, le quitaba la respiración. Además se había establecido que también los invitados debían vestir prendas acordes al tema.

-Me pregunto porque Eliza se le metió en la cabeza así tan de repente organizar una recepción tan rebuscada...

Al pensar que también la Tía Abuela Elroy podría haberse vestido de blanco, se echó a reír.

-¡No está mal estar sola de vez en cuando! ¡Ánimo, hace ya mucho tiempo que no salto de rama en rama!

Después de descender un poco, se desplazó sobre algunas ramas superpuestas que crecían ahí cerca. Luego, oscilando como un péndulo, saltó hacia el siguiente árbol. Todo estaba en orden, no había perdido su habilidad.

Claro que... No es de extrañarse si luego alguien me llama monita...

Volando velozmente por el aire, la joven sonrió. En su intento por llegar a ser una verdadera señorita, había tratado de abstenerse de comportarse como Tarzán, pero para ella aquello realmente representaba una actividad irrenunciable. El aspecto de aquellos árboles parecía creado a propósito para permitirle saltar de rama en rama.

-¡Ah, qué fantástica sensación!

Tal vez podría llegar de esa forma a la segunda residencia de los Ardlay y disfrutar de la vista desde arriba, reflexionando sobre qué hacer, Candy se lanzó hacia su próximo objetivo.

Algunos crujidos. De repente, acompañada de un estruendo, cayó al suelo: La rama a la cual se había aferrado de hecho se había partido por la mitad. Sin embargo estaba acostumbrada a las caídas. Precisamente porque muchas veces ya le había pasado que había cometido un error, había aprendido la técnica correcta para evitar lastimarse.

Sobándose la espalda, se levantó lentamente. Una vez de pie, escuchó detrás de ella el resoplido de un caballo.

-¡Qué aterrador! ¡Una mona que cae del cielo!

Terry había detenido su caballo blanco y la miraba divertido desde arriba.

-Realmente es la primera vez que veo por estos lugares una mona salvaje.

-¡Iiik! ¡Iiik!- Chilló Candy para esconder su vergüenza, y frunció la nariz imitando a una monita. Terry empezó a reír de buena gana y su risa resonó transparente y alegre.

Desde aquel día ya no se habían encontrado ni en la colina, ni en el lago y tampoco en el viejo castillo. Sin embargo, durante todo ese tiempo, ella había seguido pensando en él.

Envuelto en su traje blanco y montado en un caballo del mismo color, Terry parecía un verdadero caballero.

-¿Entonces? ¿No estás invitada a esa estupidez de Fiesta Blanca o cómo demonios se llame?- Preguntó él, sin dejar de reír.

-¡Imagínate! ¡Obvio que no he sido invitada!- Respondió ella con orgullo.

-Bueno... Entonces tampoco iré yo.

-¿Cómo dices?

-¿Por qué pareces tan feliz? Creo que está claro, ¿No? Pensaba ir solo porque creí que tú estarías ahí. Así que, ¿Has visto lo sincero que soy? - Dijo él, entrecerrando los ojos.

Candy asintió varias veces.

-Bien, entonces está decidido- Desde arriba, el muchacho le ofreció una mano.

-Pero...

-¿Te gustaría ir a conocer mi villa? Incluso podrías encontrar el espíritu de un caballero.

-¿En serio? Parece algo tan romántico... -Respondió sarcásticamente sonriendo feliz, luego agarró la mano de Terry y se subió al caballo.

Mientras tanto, en la amplia terraza de los Ardlay, Eliza continuaba volteándose ansiosamente hacia la puerta.

¿Qué le habrá pasado a Terry? Todos los demás ya están aquí...

En el porche había una gran mesa cubierta con un mantel blanco. Encima habían sido colocadas flores del mismo color y un banquete comprendido de fruta blanca ya pelada y de muchísimas clases de postres decorados con crema batida.

-¡Qué hambre! Eliza, ¿No podemos empezar ya?- Preguntó Stair, mientras se disponía a alarga la mano hacía un bocadillo relleno de crema.

-¡No!- Respondió ella con una mirada penetrante.- ¡Evidentemente no he preparado todo esto para ustedes!

-¡Eres muy mala!- Exclamó Stair y a escondidas se metió en la boca una galleta blanca.

Riendo disimuladamente, Archie lo imitó. Annie y Patty por el contrario, estaban sentadas sin mover siquiera un músculo. Si hubiera servido volverse invisible a los ojos de Eliza, incluso habrían dejado de respirar.

Sentado entre la señora Lagan y la Tía Abuela Elroy, cómodamente reclinado en un sofá y con una copa de vino blanco en la mano, Neal trataba de ganarse el favor de las dos mujeres.

Todos tienen un aspecto tan satisfecho... ¡Qué estúpidos!

Eliza empezó a caminar con nerviosismo.

¡Es muy extraño! ¡Tiene que haberle sucedido algo!

Se podía decir que aquella fiesta había sido organizada especialmente para Terry. Para agradecerle por haberle salvado la vida, Eliza lo había invitado a una cena, pero él cortésmente la había rechazado. Por lo tanto, pensó en inventar una ocasión más especial, con la esperanza de que el asunto fuera de su agrado. También estaba segura de que, cuando la viera con su vestido blanco, similar al vestido de una novia, quedaría fascinado.

Debe de haber tenido un repentino malestar, de otra manera estoy segura de que habría venido. ¡Le concedí el honor de recibir la invitación de mis propias manos! La aceptó

sonriendo... Debió de haber estado muy feliz en aquel momento. Y luego, en esa villa no parece que haya buenos criados. Seguramente ni siquiera son capaces de entregar flores.

Eliza, confiada, asintió para sí. En ese momento la Tía Abuela miró al cielo y se levantó del sillón.

-Eliza, el cielo se está oscureciendo y también está aumentando el viento. Creo que es mejor trasladar la fiesta al salón.

-Por supuesto, Tía. Nosotros mismos nos encargaremos de meter la mesa- Respondió Eliza con una gran sonrisa. Luego, tan pronto como las mujeres y Neal se marcharon del porche, ordenó autoritariamente: -¡Archie! ¡Stair! ¡Metan la mesa! ¡Annie, Patty, ustedes también!2

-Está bien, está bien...

Los dos muchachos intercambiaron una mirada, pero por toda respuesta, Eliza les dio la espalda de manera altiva y se fue.

-La razón de tanta furia debe ser ese elegante noble- Comentó Archie estupefacto, siguiéndola con la mirada.

-Ese le aceptó la invitación, ¿No? Supongo que Eliza ha organizado esta fastidiosísima fiesta precisamente porque él le confirmó su asistencia- Desobedeciendo las instrucciones, Stair se reclinó cómodamente sobre una silla y hundió una cuchara en el pudín de arroz.

-Sin embargo... Yo creo que Terry no vendrá. No cando se entere de que Candy no ha sido invitada...- Murmuró Patty en voz baja, de pie con el semblante avergonzado y con una tetera de cerámica blanca en la mano.

-¿Qué has dicho?

Archie se detuvo sorprendido y su expresión se endureció, alarmada, Annie lo observo.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver Candy con ese noble?

A lo lejos, se escuchó un trueno.

-Olvídalo y ayúdame a llevar la mesa. El cielo no presagia nada bueno- Lo incito Stair, levantándose con el pudín todavía en la mano.

La villa de Terry era inmensa, oscura y silenciosa.

En cada parte del pasillo, había espadas y armaduras que parecían poder moverse de un momento a otro. En las paredes había colgados adustos retratos de los antepasados de los

Granchester, generación tras generación. De hecho, después de ver la atmósfera que reinaba en aquel lugar, no habría sido tan extraño si hubiera aparecido en realidad en fantasma de un caballero. A pesar de que al principio le había parecido una experiencia romántica, ahora Candy tenía miedo.

-¡Dios mío, un tigre!

Al entrar en una amplia habitación, la muchacha pegó un grito: En un rincón, había en efecto un enorme tigre que la miraba mostrando los colmillos.

-Mira que está disecado. Apuesto que en realidad, también le tienes miedo a los fantasmas. ¡Cuidado, hay una serpiente detrás de ti!

-¡Aah!

En un impulso, Candy se aferró a Terry.

-Para ser abrazado por una chica, lo mejor es conocer sus miedos.

-Ay, Terry...

Al escuchar el tono triunfal del muchacho, la joven se apartó rápidamente de él.

-¿De verdad es un animal disecado? Parece casi dispuesto a moverse de un momento a otro...

Con cautela, intentó tocarlo. Un tigre. “Ti”... “Gre”... “T.G”... Ante el pensamiento, Candy sonrió.

Durante el colegio de verano, una vez se encontraba perdida en sus pensamientos en el interior de la residencia estudiantil y había escrito “T.G” en la condensación que se formó en una ventana. Aquellas eran evidentemente las iniciales de Terence G. Granchester, tal como se refería él en su diario.

-¿Qué estás escribiendo?

Sorprendida por Patty, se había apresurado a borrar las letras.

-Ah, pues... Tigre... ¡Sí, estaba escribiendo tigre! ¿Sabes? Es un animal que me gusta mucho... Es tan fuerte y poderoso...

Había inventado en aquel momento esa historia, pero quizás su amiga había comprendido todo.

-Parece que está por desatarse una tormenta- Murmuró Terry, empezando a cerrar paulatinamente todas las contraventanas.

El viento que llegaba de afuera, se estaba haciendo más frío.

-Esta villa es vieja y la mitad de las contraventanas están dañadas.

-¿En dónde están los criados?

Mientras lo ayudaba a cerrar las numerosas ventanas, Candy finalmente expresó la duda que se había estado preguntando desde hacía un tiempo.

-Los Cods, la familia que en el pasado trabajaban en la villa, viven cerca de aquí. Ellos son quienes se encargan de todo cuando vengo aquí. Incluso nuestros caballos ahora viven con ellos. Nadie utiliza ya este lugar, porque la nueva segunda residencia de los Granchester se encuentra en Windermere. Sin embargo, yo nunca he ido.

Terry se volteó para mirarla y le sonrió. En la oscura habitación, sus ojos resplandecían con una dulce luz.

-¿Sabes? Simplemente no puedo olvidar los veranos que pasé aquí cuando era pequeño, junto al duque Granchester y a una actriz estadounidense.

Sorprendida, Candy apartó la mirada. Terry comenzó a encender las velas dispersas en la habitación y el ambiente quedó envuelto en una atmósfera casi irreal.

De repente se escuchó el estruendo de un trueno y resonó el ruido de la lluvia, parecido al de las olas rompiendo contra las rocas. Una ráfaga de viento abrió de par en par las contraventanas que habían cerrado, haciendo que se batieran y permitiendo entrar la lluvia y al viento. El aire se puso repentinamente frío y Candy se llevó las manos a los brazos.

Terry se desapareció por un instante y reapareció por una estancia al fondo del pasillo, sujetando en la mano una bata blanca.

-Toma...-Dijo, y levemente avergonzado le colocó sobre aquella prenda de seda blanca.

Candy percibió un perfume suave y dulce.

-Es de mi madre...- Le reveló casi con dificultad, mirando hacia otra parte Candy se dio media vuelta, sorprendida. Sus miradas de pronto se encontraron y, al mismo tiempo, ambos se apresuraron a apartarlas

-Terry... Pero... ¿Ese día?

-Eleanor Baker me dijo que saludara a una chica llena de pecas.

-¿En serio? Entonces... Entonces... Oh, Terry...

No necesitaba saber más. Terry y su madre... De modo que Eleanor había podido hablarle con sinceridad a su hijo. Feliz, apretó las mangas de aquella bata, demasiado grande para ella, y sintió que los ojos se le humedecían.

Terry no entró en más detalles sobre el tema y se dispuso a encender el fuego en la chimenea. Debía de estar acostumbrado a hacerlo, porque la llama prendió de inmediato y en los ojos de Candy comenzó a vibrar el cálido color del fuego.

-Acércate a la chimenea.

En otras palabras, aquella frase quería decir “*acércate a mí*” . Ante ese pensamiento, Terry se sintió insólitamente nervioso. Candy obedeció dócilmente y se sentó sobre una alfombra de piel. Luego extendió ambas manos hacia el fuego.

-Qué caliente está... -Murmuró.

Las llamas danzaban detrás del perfil de la muchacha. Terry continuó observándola.

También ese día, al llegar la noche, encendimos la chimenea. Esa mujer y yo nos quedamos aquí hasta el amanecer, mirando el fuego. No hablamos de nada en particular, pero yo entendí... Si tan solo hubiera podido, ella se habría quedado con el duque de Granchester... Y conmigo. Eso era lo que realmente quería... Mucho más que llegar a ser una actriz. Sin Candy, no habría comprendido nada de todo esto. Casi estuve a punto de echar a mi madre. Casi estuve a punto de hacer algo que después ya no habría podido remediar.

Repentinamente, Candy le dirigió una sonrisa y él se la devolvió con todo el corazón. A veces, incluso una sonrisa vale más que mil palabras. El pecho de la muchacha se llenó de una sensación de calor: Terry le gustaba. Ese pensamiento le resultó casi doloroso y se preguntó si él también sentía lo

mismo. El tiempo pareció detenerse por un instante y el joven extendió instintivamente los dedos hacia ella. Pero de pronto se detuvo, como si hubiera vuelto en sí.

Suspirando, Candy lentamente volvió a observar el fuego.

-También en el Hogar de Pony hay una chimenea... Las directoras siempre preparaban malvaviscos..

-Tus conversaciones tratan con frecuencia de comida.

El tiempo continuó avanzando y Terry, como si la tensión finalmente se hubiera disuelto, le sonrió y extendió las piernas sobre la alfombra.

-El hecho es que cada día no veía la hora de que llegará el momento de la merienda y de la comida... También me gustaba hacer pan y galletas junto a las directoras... ¡Eran riquísimas! ¡Cómo me gustaría que tú también pudieras probar las galletas con pasas de la Hermana Lane!

-Me gustaría ir algún día... tengo curiosidad de ver el manzano donde aprendiste a hacer de Tarzán.

-¿De verdad? ¡Tienes que prometérmelo!- Exclamó ella, girándose para mirarlo con ojos brillantes.- Pero quizás ha llegado el momento de dejar de hacer de Tarzán... A partir del otoño quiero esforzarme para llegar a ser una verdadera señorita.

Había hablado con la mayor seriedad, pero él se echó a reír.

-¿Tú una señorita? ¡Realmente no te imagino así!

-¡Qué grosero!- Exclamó Candy inflando las mejillas para mostrarse enojada, pero ella también se echó a reír.

-Aún no tengo muy claro cómo se comporta una verdadera señorita, pero cuando conozca al Tío Abuelo William, no quiero que quede desilusionado. Quiero llegar a ser una chica de la cual él pueda sentirse orgulloso.

-Estás hablando de la persona que te adoptó ¿Cierto?

-Exacto. En las cartas que me envía Georges, su secretario, siempre ha escrito que el Tío Abuelo no ve la hora en que yo llegue a ser una espléndida señorita.

-¡Qué presión!- Comentó riendo Terry.

-Pero no tengo otra forma de demostrarle mi agradecimiento... Si me esfuerzo, creo que podré obtener buenos resultados en mi comportamiento, en mi forma de pensar e incluso en los estudios, pero...

Al ver como su expresión se ponía seria, Terry dejó de sonreír.

-... Simplemente no puedo estar al ritmo de las demás en lo que respecta al piano... Y el resto de los instrumentos.

En efecto, todos los alumnos del instituto podían tocar algo. El piano, el clavicordio, el arpa, el violín. Annie, por ejemplo, era buena tanto con el piano como con la flauta.

-Tienes que estudiar sin prisa, tomándote tu tiempo.

-Pero si no me apresuro, el Tío Abuelo podría morir.

-¿Tan anciano es?

-Nadie lo ha visto jamás, por tanto son solo rumores, pero parece que ya es de edad muy avanzada.

-En ese caso, ya veo por qué tienes tanta prisa.

-Desde luego, si hubiera un buen maestro dispuesto a darme clases privadas de piano sería para mí una gran ayuda- Dijo Candy, escrutándolo socarronamente al rostro.

El muchacho se echó a reír y le dio un golpecito en la frente.

-Si te conformas conmigo, estare disponible. ¿Es lo que querías oírme decir?

-¡Exacto!- Respondió ella con una radiante sonrisa.

Conteniendo el impulso de halarla hacia él para estrecharla con fuerza, Terry se levantó.

El fuego de la chimenea ya se estaba apagando y, sin que se hubieran dado cuenta, también el sonido de la lluvia había cesado. A través de las contraventanas dañadas se filtraban ahora los luminosos rayos del sol.¹

-Si te parece bien, estaría feliz de echarte una mano, Tarzán Pecos- Dijo el joven, haciéndole una gran reverencia.

- No me gustó mucho el final de la frase, pero lo importante es que tú te has ofrecido a ayudarme.- dijo Candy y al levantarse terminó por pisar el dobladillo de la bata.

Riéndose entre dientes, Terry comentó divertido: -Definitivamente no te queda bien.

-¡Ya verás que un día llegaré a ser una chica que pueda usar incluso una magnífica bata como esta!- Replicó de manera afectada.

-Eso es imposible- dijo riendo el muchacho y se dirigió hacia una estancia al fondo del pasillo.

Preocupada por estropear la bata de seda blanca de Eleanor Baker, Candy se la quitó y la dobló con cuidado.

-Aquí está el salón de música. Hay tanto un piano como un arpa.

Terry apoyó la mano sobre una puerta rodeada de varios estantes para libros. Llegando detrás de él, Candy los examinó con la mirada.

-Terry, ¡Todos son libros de teatro! ¡Incluso están todas las obras de Shakespeare!

-Sí...

El muchacho se detuvo y tomó uno de los volúmenes, pero lo volvió a poner en su lugar un instante después.

Antes de marcharse, su madre, Eleanor Baker, le había propuesto ir con ella a América, para estudiar actuación. Quizás esa mujer había sentido en su corazón que su hijo abrigaba un profundo interés por aquel mundo.

Mi yo de antes... Habría terminado por seguirla. Antes de conocerte, Candy...

La observó mientras estaba concentrada en admirar con fascinación en los ojos aquella infinidad de libros. Sintió que había encontrado algo capaz de cautivarlo más que la actuación.

-El piano está por aquí- Le dijo.

Terry se prometió revivir ese precioso verano que estaban pasando juntos.

-¡Es fantástico! ¡Realmente parece el salón de música del colegio!- Exclamó alegremente Candy en cuanto cruzó el umbral de la habitación.

Cerca de un gran piano de cola había un clavicordio, un arpa y varios estuches de violines de diferentes tamaños, colocados aquí y allá.

-Deben de estar llenos de polvo, hace mucho tiempo que ya nadie entra aquí. Candy, ¿Te importaría abrir la ventana?

Sacudiéndole el polvo, Terry abrió el piano, mientras la muchacha se dispuso a abrir de par en par ambas contraventanas. La estancia se inundó del aroma de la hierba tras la lluvia y del azul del cielo, que se había despejado tras el aguacero. De repente, Terry empezó a tocar una alegre y rítmica melodía.

-¿Cómo se titula esta pieza?- Preguntó Candy, colocándose detrás de él.

Mientras continuaba recorriendo las teclas con sus dedos, el muchacho se volteó de manera sarcástica y respondió: -Es una improvisación. ¡El título es Tarzán Pecos y la Monita!

-¡Ay, basta Terry!

Candy solo le dio un ligero empujón, pero él reaccionó de forma teatral y se tiró al suelo, llevándose consigo la silla. El ambiente se llenó de sus risas.

Escondida tras la puerta abierta de par en par, Eliza los observa con ojos llameantes de ira.

Preocupada por el estado de Terry, Eliza había decidido ir a verlo a la villa. Pensó que seguramente el muchacho debía de haber tenido un repentino acceso de fiebre, de otra forma, jamás habría faltado a la fiesta sin siquiera avisar.

La verja de hierro de la residencia estaba entrecerrada y ella la había cruzado sin vacilación. Del otro lado del baldío jardín, había visto entre la vegetación veraniega un caballo blanco, atado a la sombra de un árbol. Aquel detalle le había despejado cualquier duda.

¡Lo sabía! ¡Terry tenía intención de ir a la Fiesta Blanca cabalgando ese caballo!

Sonrió engreída.

Me pregunto que tan feliz que se pondrá al ver que he venido a buscarlo en persona.

Casi le pareció poder ver la expresión emocionada del joven.

Había golpeado con fuerza y llamado varias veces, pero nadie se había presentado. Sin embargo, la puerta de la entrada estaba abierta y ella se convenció de que sería perdonada por haber pasado sin permiso. Es más, ¡Entraría a escondidas precisamente para darle una sorpresa! Así, recorrió el oscuro pasillo de manera triunfal y, de una de las últimas habitaciones, había escuchado provenir el sonido de un piano y unas alegres risas. Se dirigió en aquella dirección.

Al principio, no podía creer en la escena que se había desarrollado frente a ella. Escondida en las sombras, fue invada por tal ira que casi le pareció que

iba a vomitar el corazón.

¡Candy! ¡Jamás te perdonaré por esto! ¿Qué hace una harapienta como ella con Terry?

¡Qué descarada! ¡Ni lo sueñes! ¡Nunca jamás te lo cederé!

La muchacha se mordió los labios con fuerza.



Capítulo 15

Septiembre...

Finalmente, también estas vacaciones de verano han llegado a su fin. Se fueron volando...

El colegio de verano no ha sido para nada terrible, ¡Al contrario!

Cada día me pareció vivir un sueño maravilloso... Aún estoy inmersa en los recuerdos. El viento y la luz de Escocia... Cuántas imágenes se agolpan en mi mente cuando cierro los ojos...

Incluso logré mejorar un poco mi interpretación del piano.

¡Gracias, T.G! En este colegio tan lleno de reglas, no sé cuándo tendremos otra vez la oportunidad de tomar lecciones juntos, ¡Pero te prometo que me ocuparé de seguir las nociones fundamentales que me has enseñado!

Las vacaciones han sido tan divertidas que en este momento incluso puedo soportar el severo rostro de la Hermana Gray.

Sin embargo... También ha pasado algo bastante triste. Cuando regresé encontré en el dormitorio estudiantil una carta escrita por el señor Albert.

Se ha vuelto a marchar... Esta vez parece que se encuentra en África... Siempre reía diciendo que no está hecho para quedarse quieto en un solo lugar, pero... Cómo me habría gustado volver a verlo al menos una vez más... Me pregunto cuándo podremos volver a vernos...

Recordando la sonrisa de su amigo, la muchacha volvió a leer la carta que había guardado entre las páginas del diario.

Queridísima Candy,

En este momento me encuentro en un país africano llamado Kenia.

¿Entonces? ¿Te has quedado sin palabras?

Te pido perdón por haberme marchado sin avisarte. Cuando fuiste con Stair y los demás al zoológico, quería hablarte de ello, pero al

verlos tan felices, no pude hacerlo. Sabía que te habría hecho entristecer.

Al parecer, ni siquiera tengo el talento para trabajar en un zoológico. No podía soportar ver todos los días a esos animales en jaulas y siempre tenía un gran deseo de liberarlos. Antes de caer realmente en la tentación, decidí marcharme con Poupe y sumergirme en la naturaleza.

En este momento estoy ayudando en una clínica (Para seres humanos). Hay personas que han venido de todo el mundo y entre ellas también hay una enfermera estadounidense de casi veinte años. Se parece un poco a ti.

Querida Candy, entre nosotros nunca podrá haber un adiós. Sé que no encontraremos otra vez.

Hasta entonces, ¡Me gustaría que siempre estés bien y que continúes siendo tú misma!

Albert.

P.D

Lo olvidaba, no te preocupes por Hughley, la confié a los cuidados de un compañero de trabajo. Patty podrá ir a visitarla cuando quiera.

-Ya veo...Entonces aunque me escapara del instituto, no tendría a nadie a quien ir a visitar...- Comentó Terry decepcionado, alzando la mirada al cielo luego de haber terminado de leer la carta. Durante el descanso para el almuerzo, los muchachos se habían encontrado en la Falsa Colina de Pony.

-África está muy lejos... Por la forma en que él habla, casi pareciera que se encuentra a la vuelta de la esquina, pero no es así...- Suspiró Candy.

-Ciertamente así es él... Se las arregla para poder marcharse libremente a donde quiera...

-Tienes razón, al señor Albert le sienta bien esa libertad... Supongo que estará mucho más feliz de poder pasar el tiempo entre los animales que viven en la naturaleza.

“Sé que nos encontraremos otra vez” . Si era él quien lo afirmaba, pensó Candy, seguramente un día se volverían a ver, exactamente como se habían vuelto a encontrar por casualidad de noche en una esquina de Londres.

La joven también dirigió la mirada hacia arriba. En aquel cielo azul pálido ya se cernía el otoño e incluso el viento llevaba consigo. Mezclado con otros olores, el aroma de aquella estación. Las flores que habían llenado de color la elevación ahora estaban completamente desfloradas y sus semillas habían comenzado a cambiar de color.

Desde que habían regresado al colegio, los dos muchachos se encontraban a escondidas todos los días a la misma hora y en el mismo lugar. No es que hubieran quedado de verse, pero durante las vacaciones de verano, el último día de sus lecciones secretas de piano en la residencia escocesa de Terry, él había dicho: -Creo que simplemente de ahora en adelante pasaré el descanso del almuerzo en la colina.

El muchacho había murmurado aquellas palabras de manera que Candy pudiera escucharlo.

-Creo que yo también haré lo mismo- Había respondido ella con indiferencia, fingiendo hablar para sí.

Ante el solo pensamiento de también poder volver a verlo una vez que regresara al colegio, el corazón de Candy había comenzado a latir más fuerte. Se habría contentado incluso con unos momentos, solo quería poder estar cerca de él y escuchar su voz.

-Me preguntó cómo es esa enfermera que se parece a ti. Sin duda será una chica llena de pecas, con la nariz chata y que se mete de un problema a otro.

-¡Pues imagínate!

Las bromas de Terry le cosquilleaban el corazón.

-Pero ella está trabajando en África. Debo admitir que es una chica realmente admirable.

Creo que ser enfermera es un trabajo muy importante...

La mirada de Candy se perdió en un punto lejano.

-En el hogar de Pony, donde crecí, cuando alguien se enfermaba siempre era una gran preocupación. De hecho, en pueblo no había doctor y para encontrar uno, había que llegar hasta una ciudad bastante lejana. Si algún niño tenía fiebre alta en medio de la noche, las directoras se preocupaban. En esos momentos la Hermana Lane siempre se repetía que debería de haber estudiado enfermería... En ese entonces yo era solo una niña y me quedaba ahí dominada por la ansiedad, sin poder hacer nada para ayudarla...

Observando el perfil de la muchacha, Terry entrecerró los ojos.

Desde que eras niña... Has crecido teniendo que preocuparte por tantas cosas...

Él, en cambio, había crecido en un mundo donde el doctor de confianza y su enfermera se presentaban inmediatamente incluso ante la primera tos, un mundo donde eran los

criados los que pensaban en todo. Pero los miembros de un ilustre linaje como el suyo, se asumía que la gente debía inclinarse ante ellos. Vivían relaciones basadas en la adulación y la falsedad, justo como hacían el duque de Granchester, su madrastra y sus hermanastros, sin nunca haberles cruzado por la mente la sombra de una duda.

¡Es precisamente porque son esa clase de personas, que ni siquiera son capaces de amar de verdad!

Su padre no había podido amar a Eleanor Baker para siempre. En esos tiempos, eran un aristócrata y una actriz estadounidense todavía en los inicios de su carrera. El duque les había ocultado a todos su relación y cuando la mujer trajo al mundo a Terence, él se lo arrebató y la abandonó. Para su padre, Terry simbolizaba la mancha de un pasado que ni siquiera quería recordad. De esa manera había crecido bajo las miradas de personas que lo observaban casi como si fuera algo sucio.

-Si te resulto tan molesto ¿Por qué me tragiste contigo?- Le había gritado más de una vez a su padre

-Lo siento por ti, Terence, pero por tus venas corre la sangre de los Granchester y esa es una realidad innegable. Jamás habría podido entregarte a alguien más. Sin embargo, si odias hasta este grado tu nombre y no te importa terminar en medio de la calle, también puedes renegarlo. Sé bien que no serás tú quién continúe con el buen nombre de la familia.

¿Entonces? ¿Acaso tienes el valor para hacerlo?

Aún podía escuchar reverberar en sus oídos la sonora carcajada de su padre.

Hasta ahora no he tenido el valor... ¡Pero no quiero ser como él! Cuidaré de la persona que amo... La haré feliz... Para toda la vida...

Terry continuó mirando el perfil de la muchacha, sintiendo en su corazón que había encontrado a esa persona. Consciente de aquellas mirada fija sobre ella, Candy casi podía sentir calidez en la mejilla. Como embrigada por una incontenible sensación de sabor agridulce, comenzó a recoger las

semillas de las espigas junto a ella. Le habría gustado continuar sintiendo para siempre aquella calidez en su rostro.

Casi todos los días, hasta que las luces se apagaban, Patty y Annie pasaban sus noches en la habitación de Candy. Las dos muchachas nunca se cansaban de hablar de Stair y Archie y con frecuencia, mientras las escuchaba, Candy empezaba a pensar en Terry. Ese día tampoco fue la excepción.

-Últimamente, cuando llega el descanso para el almuerzo, inmediatamente desapareces de cualquier parte ¿Eh, Candy?

Con una risita Patty escrutó el rostro embobado de su amiga.

-Bueno, este...

-No tienes que fingir con nosotras, Candy- Dijo Annie, asintiendo suavemente.

-Te encuentras con alguien, ¿No es cierto? Un tal señor T...

-¿Pero cómo? ¿Se han dado cuenta?

Al ver que Annie y Patty se miraban, Candy se encogió de hombros de manera avergonzada. Habría querido esconderse en cualquier parte por la vergüenza.

-Por supuesto, desde que estábamos en el colegio de verano. ¿Verdad Annie?

-Sí... Pero Candy, trata de tener cuidado- Dijo Annie, bajando la voz. Patty también asumió una expresión seria.

-Creo que Eliza está vigilando tus movimientos.

-A veces te observa con una mirada tan amenazante... Hace que me dé escalofríos-Añadió Annie, frunciendo la frente.

-No me había dado cuenta... Pero eso no es una novedad, ¿No? Eliza siempre ha sido una entrometida y siempre me ha mirado de esa forma-
Comentó alegremente Candy, tratando de ponerle fin a los temores de sus amigas.

-Espero que solo se trate de eso...

Candy comprendía bien a lo que se refería Patty.

A Eliza también le gusta Terry.

Tener a alguien que te gusta. Sorprendida, Candy se llevó una mano al pecho.

Terry me gusta, realmente me gusta mucho...

Era la primera vez que experimentaba una sensación similar. También por Anthony había sentido algo muy grande, pero las emociones que sentía ahora eran un poco diferentes.

Era como si su pecho estuviera ardiendo por todo el calor que encerraba... Cuando pensaba en Terry, se sentía triste y al mismo tiempo feliz. Hacía que casi le costara respirar.

Patty y Annie estaban ahora en silencio mirando fijamente más allá de la oscuridad de la ventana. Al otro lado del bosque estaban Stair y Archie. Detrás de ellas, Candy también dirigió la mirada hacia la vegetación envuelta por las tinieblas.

Al otro lado de aquella oscura vista, Archie también tenía la mirada fija en la ventana.

-¿Qué miras, Archie?-, Le preguntó su hermano sin voltearse, mientras continuaba trabajando en el escritorio.

-No... Nada...

Archie cerró apresuradamente las cortinas.

-Archie...Candy no vendrá más- Murmuró Stair.

-Lo sé. Solo estaba pensando en Candy... ¡Y en ese presumido noble!

-Ah, ¿Te refieres a Terence? Parece que se llevan muy bien- Comentó alegremente Stair.

El muchacho no se volteó y permaneció concentrado en su trabajo, incluso cuando su hermano se apoyó de manera pensativa sobre el sillón.

-Me pregunto si Candy... Ya se habrá olvidado de Anthony.

-Espero que sí.

-¡Stair!- Exclamó con dureza Archie.

Stair se giró lentamente. A diferencia de su tono alegre, en sus ojos brillaba una luz tranquila y melancólica.

-Archie, Candy debe olvidarlo. Ha llegado el momento de suelte ese recuerdo, ¿No crees?

-Quizás tengas razón, sin embargo...

-Estoy seguro de que ella en realidad nunca lo olvidará, pero el dolor se aleja con el tiempo... Ese presumido noble... Bueno, el puede hacer algo que nosotros no podemos.

Por toda respuesta, Archie se encogió de hombros y miró hacia abajo con aflicción.

-Ya te lo dije, ¿No? Lo mejor que podemos hacer es velar por ella desde la distancia. ¿No tienes acaso a tu fiel y encantadora Annie?

-No quiero lastimar a Anie, pero...- Murmuró Archie, que continuaba manteniendo la mirada fija en el suelo.

-Yo cuidaré de Patty. Ella es una persona especial y capaz de comprender mis inventos.

-Ah, en ese caso, seguramente si es una persona especial- Asintió Archie, luego alzó el rostro y finalmente mostró una sonrisa.

-Por otra parte, ¡Tiene una gran personalidad y es bonita! Mira, incluso en este momento estoy haciendo algo para ella.

Stair señaló el objeto en el que estaba trabajando: Unas gafas con un cordón pegado.

-¿Qué es esa cosa?

-Gafas con pequeños cepillos incorporados, ¡De manera que no tenga problemas cuando los lentes se empañen! ¡Ya verás cómo se pondrá de feliz!

Poniéndose su prototipo de gafas de antiempañamiento, el joven sonrió con suficiencia.

El otoño estaba llegando a gran velocidad, coloreando en un instante los árboles del instituto.

Con el paso del tiempo, el odio de Eliza hacia Candy había ido creciendo. No se le escapaban los guiños que Terry y su rival se intercambiaban de forma tan natural cuando se cruzaban en el interior del colegio. Ante la idea de que podrían encontrarse en algún lugar acordado con anterioridad, sentía que le faltaba el aire por los celos.

¿Qué le ve a alguien cómo esa? ¡Definitivamente algo no está bien con Terry! ¡Ésa solamente es una miserable huérfana! ¿Por otra parte, tanto mamá como la Tía Abuela Elroy siempre han dicho que las personas de bajo extracto social son buenas para congraciarse con la gente! Lo mismo pasó con Anthony, ¡Todos terminaron por dejarse engañar! ¡Realmente no conocen su verdadera naturaleza!

Eliza estaba plenamente convencida de tener razón. Si Terry se diera cuenta de qué clase de persona es Candy, definitivamente todo el afecto que sentía por ella se esfumaría en el aire. Por lo demás, Terry era un noble y la

muchacha adecuada para él no podía más que pertenecer a una ilustre familia, justo como era su caso.

En su rostro apareció una malvada sonrisa.

Ese mismo día esperó a que Terry saliera del establo. Ya se había informado de los horarios en que practicaba equitación.

-¡Terry!

El muchacho apareció tirando por las riendas a su caballo y Eliza corrió a su encuentro.

-Hola, señorita. ¿Qué sucede?

-Yo... Tengo que prevenirte sobre algo.

Trató de pronunciar aquellas palabras con toda la docilidad de la cual era capaz y bajó la mirada.

-¿Tienes que prevenirme sobre algo?- Repitió él con poco interés, acariciando el hocico de Theodora.

-Tengo que hablarte de Candy.

Por primera vez, el muchacho se volteó para mirarla.

-Espero que tú sepas quién es en realidad. Viene de un orfanato y trabajaba para mi familia. Siempre se comportaba tan mal que la pusimos a cuidar de los caballos.

Con expresión dura, Terry continuó observándola sin decir una sola palabra.

Imaginándose que estaba en Shock, los ojos de Eliza brillaron triunfantes.

-Tienes que saber que Candy es sumamente hábil para ganarse el favor de cualquier persona. ¡Es así como logró que la adoptaran! Incluso tiene el hábito de robar. ¡Deberías haber visto su cara de inocente cuando robo las joyas de mi madre!

Terry continuaba guardando silencio y Eliza continuó diciendo aún más cosas malas.

-Es buena haciéndose la santa, incluso mi familia ya no sabía qué hacer con ella. Terry, quiero que tengas cuidado: Si se corrieran por ahí rumores sobre ti y ella, tu buen nombre se mancharía.

Como si no fuera suficiente lo que ya había dicho, la muchacha continuó listando las fechorías de Candy.

Cuando Eliza finalmente hubo terminado, Terry montó a Theodora y dijo bruscamente: -

Te agradezco mucho por la advertencia. Ya que estás aquí, ¿Puedo pedirte que también la prevengas acerca de mí? Dile que Terence no tiene rival en fumar, en beber, en robar y en pelear. Dile que soy un delincuente empedernido que ha quebrantado las reglas millares de veces.

Eliza levantó la cabeza y le dirigió una mirada penetrante.

-Ahora me gustaría ir a dar una cabalgata- Dijo, y tirando de las riendas el muchacho se dispuso a marcharse.

-Ah, una última cosa. Deberías ver en el espejo la expresión que tienes en este momento.

Tienes exactamente la típica cara hortible de quienes hablan mal de los demás. Me despido.

El caballo partió al galope.

¿Cómo... Cómo se atreve?

Por la rabia, Eliza por poco casi se desmaya. Era la primera vez en toda su vida que alguien se burlaba de ella de esa manera.

¿Cómo puede ponerse a defender a alguien... A alguien cómo Candy?

El cuerpo de la muchacha casi parecía despedir una furia negruzca, dispuesta a arrojarse con una fuerza cada vez mayor, no hacia Terry, sino hacia Candy.

Pero, ¿Por qué? ¡Candy! ¡Realmente esta no te la perdonaré!

En la profundidad de los ojos de Eliza se encendió una llama oscura.

Capítulo 16

Era una noche oscura, sin luna ni estrellas.

A aquella avanzada hora todos los árboles del bosque estaban envueltos en las tinieblas y el mundo parecía un oscuro pantano sin fin. Desde alguna parte resonaba el canto lúgubre de un búho.

Candy caminaba rápidamente entre los árboles, apretando fuertemente en la mano una linterna. Su única preocupación era que pudiese haberle sucedido algo a Terry. Corriendo en la oscuridad, avanzaba hacia el establo, invadida por la inquietud. Incluso le resultaba difícil respirar, y ciertamente su corazón no tendría paz hasta que no pudiera ver al muchacho. En cuanto llegó se precipitó a la puerta, lanzándose hacia el interior. En la oscuridad, divisó el titilante resplandor de otra linterna.

-¡Terry! Terry, ¿Estás ahí?- Murmuró suavemente con la voz tensa, levantando la luz que llevaba consigo.

-¡Candy!- Exclamó el joven emergiendo del fondo del establo y se acercó a ella, sujetando en la mano su propia linterna. Tal vez despertándose por la presencia de ellos, Theodora resopló.

-¿Qué te ha pasado? ¿Qué es tan urgente? ¿Por qué querías hablarme a esta hora?

-¿A qué te refieres?

Repentinamente la expresión de Terry, iluminada por el foco, se endureció.

-¿No eras tú quién quería hablarme?

-¿Qué quieres decir? Bajo la puerta encontré un mensaje tuyo, decía que tenías algo urgente que decirme...

-Yo también encontré el mismo mensaje, Candy...

Por un instante se quedaron sin aliento, pero inmediatamente después Terry exclamó: -

¡Rápido! ¡Tenemos que salir de aquí enseguida!

En la voz de Terry había una aprensión que jamás había advertido antes. Justo en ese momento, ambos percibieron unos pasos que se acercaban. No era de una o dos personas: Debía de haber mucha gente ahí fuera. Con un fuerte ruido, la puerta del establo fue abierta enérgicamente y en un instante los dos muchachos se encontraron rodeados por la luz de varias linternas.

-¡Qué... Qué incidencia! ¡Algo tan vergonzoso jamás ha sucedido en nuestro colegio!

¿Cómo se han atrevido a deshonar de esta manera el buen nombre del colegio?

La voz de la Hermana Gray temblaba por la rabia y las otras religiosas también miraban fijamente de manera gélida a Candy, como si tuvieran frente a sus ojos un acto repugnante.

Detrás de ellas, emergió la estridente voz de Eliza: -¡Sabía que esos rumores eran ciertos!

¡Candy le pide a Terry que se encuentre con ella de noche!

-¡Esto es algo tan vergonzoso, Candy!- Comentó ásperamente Luise, volteando el rostro hacia otra parte.

Candy estaba tan alterada que no podía creer lo que le estaba ocurriendo, sin embargo fue capaz de mantener la sangre fría. He ahí a lo que se debía aquella ansiedad que le había oprimido hasta poco antes el pecho: Se trataba de una trampa. Aquella nota... Todo había sido obra de Eliza.

-¡Es un comportamiento indigno!- Exclamó la Hermana Gray, apartando los ojos de ellos.

Terry se puso frente a ella con decisión: -¡Hermana Gray ha sido un error! ¡Todo es un malentendido! ¡Hemos sido engañados! Hemos sido atraídos hasta aquí por una nota falsa y...

-¡Cállate Terence! ¡Esta vez has hecho algo realmente imperdonable! ¡Y esto va también para ti, Candice!- Gritó la directora, incinerando a la muchacha con la mirada.

-Hermana Gray, ¡En verdad no hemos hecho nada malo! ¡Por favor, escúchenos!

-¡No digas ni una palabra, Candice! ¡Es inútil que busquen justificaciones! Hermana Kreis, quiero que usted y las demás monjas lleven a Terence a su habitación. ¡No deben dejarlo solo por ningún motivo! ¡Candice, tú vendrás conmigo!

-¡Deténganse! No se lo suplico, Hermana Gray, ¡Espere! ¡Se ha tratado de una trampa!

¿Pero por qué no quiere escucharme?- Gritó el muchacho empezando a forcejear, pero las monjas lo detuvieron.

-¡Suéltense, les he dicho! ¡Escuchen lo que tengo que decir! ¡Deténganse! ¿Qué tienen planeado hacerle?

Agarrada fuertemente de los hombros por la Hermana Gray, Candy ni siquiera pudo voltearse. La voz de Terry, sacado a rastras por las religiosas, se hizo cada vez más lejana.

Tratando de contener el temblor que invadía su cuerpo, alzó el rostro con firmeza. No podía negar que había salido en plena noche, y sabía bien que de esa manera había quebrantado las reglas. Podía aceptar aquella acusación, pero de igual manera estaba consciente de no haber cometido ningún acto deshonesto.

-¡Hermana Gray, le ruego que me crea! ¡Si vine aquí es solo porque he sido engañada!

¡Deje que le explique cómo han ocurrido las cosas!- Le suplicó con todas sus fuerzas.

Sin embargo, la directora permaneció en silencio y salió del establo empujándola por la espalda. Una vez afuera, se detuvo en la oscuridad y le ordenó fríamente a la Hermana Margaret: -¡Lleve a Candice White Ardlay a una de las celdas reservadas a los estudiantes!

¿Las celdas reservadas a los estudiantes?

Candy abrió los ojos de par en par.

-Yo misma me encargaré de comunicar lo acontecido a su tutor, mañana por la mañana.

Como si hubiera recibido un golpe inesperado, la joven se giró de inmediato para mirar el rostro de la monja, iluminado por la luz de la linterna. ¿Había hablado de su tutor? ¿Así que quería contarle todo al Tío William?

La mujer respondió a aquellos ojos suplicantes con una mirada amenazadora y la Herma Margaret empujó bruscamente a Candy por la espalda.

Ya completamente sin fuerzas para poder reaccionar, la muchacha casi estaba por echarse a llorar. En sus ojos apareció claramente la imagen de Eliza, de pie cerca de ahí, quien la miraba con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Frente a ella estaba la llama titilante de una vela consumida, casi a punto de apagarse. Las paredes eran tan escabrosas que parecían desmoronarse. Candy apoyó la espalda a ellas y se acurrucó abrazándose las rodillas. Su sombra proyectada en el muro osciló.

Había sido encerrada en la celda reservada a los estudiantes y le resultaba imposible creer que realmente se encontraba ahí dentro. Incluso lo que

había sucedido en el establo le parecía solo una horrible pesadilla, pero desafortunadamente todo era real.

El cuarto estaba completamente vacío. En el interior solo había una andrajosa frazada, quizás mordisqueada por los ratones. Ya había oído decir que en los sótanos del colegio se encontraban las prisiones y ahora sabía que aquellos rumores eran ciertos. La llama de la vela, cada vez más pequeña, estaba por extinguirse. En realidad, ni siquiera esa pequeña luz le había sido concedida. La Hermana Margaret, llena de desprecio, no le había dirigido una sola palabra, pero luego por algún motivo le había llevado a escondidas aquella vela.

Sin embargo, la Hermana Margaret también creía en su culpabilidad, y cuando Candy había tratado de disculparse, fríamente se había negado a escucharla.

Al límite de su resistencia, la joven se mordió los labios. Trató de resistirse, pero las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, cayendo sobre sus rodillas. No podía imaginar la desilusión que sentiría el Tío Abuelo William al recibir la noticia de lo que había ocurrido. No quería que también él pensara mal de ella: Podía soportar ser expulsada del

colegio e incluso ver anulada su adopción y su pertenencia a la familia Ardlay, pero era importante que su benefactor supiera la verdad.

-Ha sido Eliza... ¿Por qué ha llegado a tanto?

Te esperaré esta noche a las nueve en el establo. Tengo que hablarte de algo muy importante. Prométeme que vendrás.

T.

Realmente había sido una tonta al creer enseguida en ese mensaje, pero la preocupación por la suerte de Terry había sido demasiado fuerte. La ansiedad por saber si le había sucedido algo superaba incluso el deseo que tenía de verlo. Y luego, ¿Cómo habría podido saber que ambos habían recibido aquella nota?

De repente, Candy levantó el rostro manchado por las lágrimas: No era el momento de llorar.

-¿Qué le habrá pasado a Terry? ¿Y si... Él también se encontraba aquí?

Se levantó y apoyó la oreja contra el muro. No sabía cuántas celdas había en los sótanos, pero al otro lado de aquella fría pared solo escuchó el silencio.

-Terry... Terry...

Llamó una y otra vez aquel nombre, pero su voz fue absorbida por los muros de piedra de aquel estrecho cuarto. La vela casi se había consumido por completo, pero Candy ya no estaba llorando y ahora miraba fijamente la llamita, a punto de apagarse.

Mientras tanto, Terry se encontraba en su recámara y miraba intensamente la oscura vista que se alzaba más allá de la ventana. Angustiado, apretó los puños.

Candy... ¿Qué te hicieron?

El castigo que él había recibido consistía en encerrarlo en su habitación. La puerta había sido cerrada con llave y afuera había una monja colocada para vigilarlo.

-¡Maldición! ¿Pero cómo que reclusión? Ni siquiera han escuchado nuestra versión de los hechos... Solo espero que Candy no haya recibido un castigo más duro que el mío...

El joven simplemente no podía quedarse quieto y seguía caminando nerviosamente por la habitación. Hasta ese momento nunca se había preocupado por infringir las reglas. De

hecho, los Granchester siempre entregaban generosas donaciones al colegio y sus antepasados además habían colaborado para la fundación del colegio. Incluso la iglesia había sido construida por su familia. Al principio había esperado que la directora hubiera tenido el valor de expulsarlo, pero en

lugar de eso siempre le había sido perdonada con extrema ligereza cualquier falta. Despreciaba a aquella mujer por el trato que le daba, pero al mismo tiempo sabía bien que la Hermana Gray era una persona muy indulgente.

¿Y si a Candy le han echado la culpa de ambos?

Ante ese pensamiento sintió que debía hacer algo. Tenía que salvarla.

No será difícil escapar de esta habitación...

Ya decidido, abrió lentamente la puerta de vidrio que conducía al balcón, pero justo en ese momento apareció una sombra negra.

-¡Maldito! ¡Bastardo!- Jadeando, Archie se lanzó sobre Terry.- ¿Qué le has hecho a Candy?

Archie lo golpeó repentinamente, haciéndole tambalear. Luego lo sujetó por las solapas y lo arrastró a la habitación. Inmediatamente después, su hermano también apareció en el balcón, con el rostro pálido y los puños apretados.

Terry miró a Archie con los ojos llenos de angustia y preguntó: -¿Qué ha pasado? ¡Cómo está Candy?- Haciendo caso omiso del golpe que había recibido, solo podía pensar en la suerte de la muchacha. -¿Qué le ha pasado a Candy? ¡Dímelo!

-¡No te hagas el tonto! ¡Ha sido encerrada en una de las celdas reservadas a los estudiantes! ¡Por tu culpa!- Archie estaba por arrojarlo contra él, pero Stair lo detuvo.

-Es verdad. El alboroto de esta noche ha despertado a todos en el dormitorio. Estamos preocupados por saber qué les pasará... A Candy... Y también a ti...- Dijo Stair, casi rechinando los dientes.

Terry permaneció escuchando de manera ausente.

-Las celdas reservadas a los estudiantes...

-¡No se trata de eso! Cuando la noticia llegue a la familia Ardlay... Ella será expulsada del colegio.

-Candy... ¿Expulsada?- Murmuró Terry tambaleándose.

-Exacto, ¡Por tu culpa! ¿Por qué le pediste que se reuniera contigo en el establo?- Como para escapar de la intensa mirada de Archie que se cernía sobre él, Terry volteó el rostro y se apoyó en la pared.

-No fui yo...

-¿Qué dijiste? Todavía te atreves a...

-¡No fui yo quien la citó en el establo! Yo también recibí el mismo mensaje- Replicó el muchacho, sacando del bolsillo la nota.

Por favor, reúnete conmigo en el establo esta noche a las nueve.

Tengo que hablarte de algo muy importante. No faltes por ningún motivo.

Candy

-Pero esta... ¡No es su letra!- Exclamó sorprendido Stair, arreglándose las gafas tras haber leído aquellas líneas.

En silencio, Archie también miró fijamente aquellas palabras.

-Realmente fui un imprudente... Si lo hubiera meditado con calma, me habría dado cuenta de que ella nunca habría podido deslizar este papel bajo mi puerta. Pero apenas lo leí...

Pensé que algo le había pasado y...

Archie apartó la mirada. Le pareció que podía comprender lo que sintió Terry al recibir aquel mensaje. Aquel simple trozo de papel seguramente habría bastado para empujarlo también a él a cometer alguna estupidez.

Este noble... Realmente está interesado en Candy...

Terry estaba dominado por la confusión e incluso Stair lo miró fijamente.

-¡Evidentemente se trata de una falsificación!

Terry tomó la hoja de las manos de Stair y la arrugó con rabia. Luego, alzando el rostro dijo: -Sé quién fue.

Sorprendido, Stair contuvo por un instante el aliento.

-¡Han sido sus primos!

-¡Eliza!- Gimió furioso Archie..

-Supongo que ese tal Neal también colaboró.

-Entonces... Tenemos algo con que defendernos. Mañana por la mañana, ¡Pidámosle a la Hermana Gray que nos reciba! Le llevaremos esta nota como prueba- Propuso resuelto

Stair, apretando los puños. Por mucho que fueran personas indeseables, Eliza y Neal formaban parte de la familia Ardlay y siempre seguirían siendo sus primos. No obstante, el joven estaba sumamente decidido a llevar a cabo aquella acusación.

-Yo también testificaré sobre la despreciable naturaleza de ambos- Intervino Archie, asintiendo con impaciencia.

Terry permaneció en silencio, tratando de reflexionar.

-¿Creen... Qué esto servirá para resolver las cosas?- Susurró con seriedad, manteniendo la mirada hacia abajo.

-Esos primos suyos... Esas víboras, no son tan fáciles de acorralar. Estoy plenamente convencido de que este mensaje es obra de ellos, ¿Pero creen que este trozo de papel baste como prueba? Cuando esa víbora diga que ella no sabe nada, el asunto se cerrará ahí...

La directora le tiene mucho más confianza a ella que a Candy... No quisiera que solo acabáramos por empeorar la situación.

-¿Entonces propones abandonar a Candy a su destino? ¡Realmente eres un sujeto sin una pizca de corazón! ¡No eres más que un noble presumido que siempre se saldrá con la suya!- Le gritó de frente Archie, acercándosele más.

-¿Cómo me has llamado?

Stair se interpuso entre los dos muchachos, centrados en mirarse de manera amenazante.

-Granchester no está del todo equivocado. Archie, cuando Candy es víctima de las maquinaciones de esos dos, no hay nada que hacer. Has sido testigo hasta hoy, ¿No?

Sabes bien lo hábiles que son para inventar mentiras ingeniosas.

-Pero si no hacemos nada, Candy será repudiada por la familia Ardlay, incluso cuando no había motivo, los demás siempre se han opuesto a su adopción.

-¿Repudiada?- Exclamó Terry con la voz quebrada.

Stair asintió y dijo: - Cuando reciba la notificación de la Hermana Gray, quizás esta vez ni siquiera el Tío Abuelo William llegue a perdonar a Candy, Granchester ya sabes que ella no tiene familia ¿Verdad?, Su vida... Siempre ha estado llena de dificultades, los Lagan incluso trataron de enviarla a México a trabajar... Sin embargo, no la escuche lamentarse siquiera una vez, es más: Nosotros fuimos quienes sacamos fuerza de su sonrisa, nosotros... Solo queremos que un día ella pueda ser feliz.

Solo queremos que un día ella pueda ser feliz.

Al escuchar aquellas palabras pronunciadas en voz baja por Stair, Terry levantó los ojos humedecidos.

¿Quieren que un día ella sea feliz? Yo no me quedaré aquí a rogar para que eso ocurra.

Yo... ¡Quiero ser yo quien la haga feliz!

Como si hubiera tomado una importante decisión, el muchacho respiró profundamente.

-No se preocupen por ella... ¡Yo la protegeré!-. En cuanto dijo aquellas Terry se lanzó hacia el balcón.

-¡Oye!

Archie y Stair se apresuraron a detenerlo, pero el joven descendió ágilmente al suelo y fue engullido inmediatamente por la oscuridad del bosque.

El muchacho corrió entre los árboles, invadido por una abrasadora rabia. Sin embargo, al mismo tiempo su mente estaba perfectamente lúcida.

¡Cómo le habría gustado reírse de sí mismo!

Siempre me he comportado de forma rebelde, ¿Pero qué he hecho en realidad? He usado el dinero de mi padre para divertirme y he crecido gozando de su protección... Me he enojado cada vez que alguien me define como un noble, ¿Pero acaso no me he aprovechado siempre de mi posición? Candy, ¡Yo te salvaré!

Llegó a la torre septentrional. La prisión de los estudiantes estaba envuelta en un inquietante silencio, similar al de un cementerio. Tal vez asustados por aquel lugar, incluso los búhos se contenían de emitir sus cantos.

¿Por qué la han encerrado en semejante lugar? ¿Por qué no me metieron a mí?

La puerta de madera que conducía a los sótanos y a las celdas estaba cerrada fuertemente con llave. Terry la golpeó con los puños, con todas sus fuerzas.

-Candy, ¿Me oyes?- Gritó en vano, mientras sus palabras se perdían en las tinieblas.-

Candy... No puedo entrar... Pero me quedaré aquí. Me quedaré aquí todo el tiempo, ¿Has entendido?

Apoyándose en la pared de piedra, cerró los ojos. Sentía pena por su propia impotencia.

Si tan solo fuera adulto... Si tuviera el poder... No habría dudado en llevársela consigo y abandonar aquel colegio.

Y en cambio no hay nada que yo pueda hacer...

Terry se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, en cada rincón del colegio no se oía hablar más que de Candy y Terry.

Llenas de curiosidad, las alumnas se habían reunido en la clase mucho más de lo habitual.

-¿Es verdad que Candy le pidió que se reuniera con ella en el establo?

-Parece que está encerrada en la celda reservada a los estudiantes.

-Después de un acto tan vergonzoso, definitivamente la expulsarán del instituto. Cada vez que escuchaban aquellos cuchicheos, Annie y Patty se miraban la una a la otra, al borde de las lágrimas. Las dos muchachas realmente no creían en aquellos rumores, pero ni siquiera tenían el valor de contradecir a Eliza que, incluso en ese momento, estaba explicando a grandes voces el escandaloso acontecimiento ocurrido la noche anterior en el establo.

-Desde que me di cuenta de que Candy había puesto los ojos en Terry, continué observándola atentamente. Esa es alguien de origen pobre... ¡Debieron de haberle brillado los ojos cuando escuchó que Terry era un noble!

Eliza hablaba deliberadamente en voz alta, mientras Luise y las demás acompañaban sus palabras asintiendo con convicción. Al ver a Annie todavía más abatida, Patty le puso un brazo alrededor de los hombros.

-¡Miren, es Terry! Al parecer su castigo ya ha terminado- Exclamó alegremente Luise.

En efecto, desde la ventana había visto la figura del joven, absorto en cruzar el jardín inundado por la luz de la mañana.

-Creo que es obvio, él no ha hecho nada malo. Solamente fue incitado por Candy.

Con una risita en el rostro, Eliza observó la viril imagen del muchacho que caminaba en línea recta frente a ella. Entrecerró los ojos. Terry había sido perdonado y Candy estaba en una celda, Seguramente esta vez sería expulsada de la familia Ardlay. ¿Acaso no era algo que debía haber ocurrido hace mucho tiempo? Eliza sonrió para sus adentros.

Observando aquel comportamiento, Annie sintió un ligero temblor en su interior. ¿Qué había sido de su amiga?

-Así que Terry ha sido perdonado... Y... ¿Candy? - En busca de consuelo, se volteó hacia Patty.

-Estoy segura de todo saldrá bien, Annie... Sin duda Candy también será perdonada -

Imponente, Patty murmuró aquellas palabras, también tratando de convencerse a sí misma.

Mientras recorría el pasillo, Terry se encontró bajo la mirada de todos los presentes. No le interesaba estar rodeado de susurros y de sonrisas burlonas, su única preocupación era Candy. Ya había tomado su decisión. Al llegar a la puerta de la directora, llamó.

-Adelante- Respondió la Hermana Gray.

El joven abrió lentamente la puerta. Sentada frente al escritorio, la religiosa abrió los ojos de par en par con ira y exclamó severamente: -¡Terence! ¡En este momento tendrías que estar en tu dormitorio cumpliendo tu castigo! ¡Vuelve inmediatamente a tu habitación!

¿Acaso no estaba cerrada con llave? ¡Creí que había puesto a alguien para vigilarte!

-Hermana Gray, me era absolutamente necesario hablarle y me escapé de mi habitación.

La Hermana que puso de guardia no tiene la culpa. Por favor, concédame un minuto de su tiempo.

La directora entrecerró los ojos con desconfianza: Era la primera vez que ese muchacho se dirigía a ella de manera tan educada. Permaneció en silencio por un momento, pero inmediatamente se recuperó y continuó: - ¡No, esto es inadmisibile, Terence G.

Granchester! ¡Va contra las reglas que un estudiante que está castigado salga de su habitación sin permiso!

Con firmeza la mujer señaló severamente la puerta, haciéndole un ademán para que regresara a su dormitorio, pero Terry no se dejó disuadir y se le acercó.

-No quiero causarle molestias, Hermana Gray. Este es el primer y último favor que le pido.

El joven tenía en sí mismo una fuerza capaz de hacer titubear incluso a una persona como la Hermana Gray. La directora de hecho bajó la mano extendida.

-Date prisa- Dijo, alzando la barbilla y girando el rostro hacia un lado.

-¿Candy ha sido expulsada?

-No podría ser de otra manera- Respondió fríamente la Hermana Gray

-¿Entonces por qué no fui castigado de la misma manera? ¿Por qué no fui encerrado en una celda?

Sorprendida por el furor de Terry, la mujer miró de golpe frente a ella. – Candice siempre es una fuente de problemas... No tiene el concepto de la deserción que corresponde a una jovenita.

-¡Yo también soy una continua fuente de problemas! ¡Yo tampoco tengo el concepto de la deserción que corresponde a un muchacho! ¿O me equivoco, Hermana Gray? ¿Por qué

no lo dice claramente? ¿Por qué no dice que necesita de las generosas donaciones de mi padre? ¡Diga que quiere aprovechar este incidente para pedirle aún más dinero!

-¡Terence! ¡Deberías avergonzarte de lo que acabas de decir!- La directora alzó repentinamente la voz y se levantó de la silla: -¡Desde hace muchísimos años, nuestro instituto está vinculado al duque y a la familia

Granchester por un profundo sentimiento de gratitud! ¡Pero aunque tú seas su hijo, no puedo aceptar palabras tan ofensivas!

-¡Y efectivamente no debe hacerlo!- Exclamó Terry de manera directa, sosteniendo aún la mirada amenazante de la Hermana Gray. –Quiero recibir el mismo castigo que Candice.

Es más, antes me gustaría que usted se cerciorara de nuestra culpabilidad. Hermana Gray, caímos en una trampa, ambos recibimos una nota falsa... Por favor, ¡Verifique lo que estoy diciendo!

Acercándose aún más y con una expresión grave en su rostro, el joven inclinó profundamente la cabeza.

Permaneció en silencio, la directora ya no mostraba aquella severidad tan fuerte que quitaba el aliento. Después de algunos minutos, como si hubiera tomado una decisión, la mujer enderezó bien la espalda y miró fijamente a Terry de manera sosegada.

-La cuestión aquí no es el hecho de haber sido engañados o no. Cualquiera que haya sido el motivo, ustedes fueron descubiertos encontrándose de noche en un establo. Esto es un hecho innegable.

Eran palabras pesadas como rocas. Dándose cuenta de la realidad de los hechos, Terry retrocedió y palideció. A espaldas de la Hermana Gray, a través del cristal de la gran ventana, podía ver los árboles desnudos mecerse en el viento frío. La directora tenía razón: Se habían encontrado en el establo. Si hubiera sido Candy quien se lo pidiera, él se habría reunido con ella sin importar lo que pasara.

Seguramente esto también se aplica a ella...

Los hombros del muchacho se hundieron. Terry se dio cuenta en un instante de que no había nada más que hacer y respiró profundamente.

-Hermana Gray, si realmente está decidida a expulsar a alguien, quiero ser yo quien reciba el castigo en lugar de Candice- Dijo con serenidad.

-¿Cómo has dicho?- Preguntó la mujer, abriendo los ojos de par en par.

-Quiero ser expulsado. Ya todos saben lo que ha ocurrido, y si uno de nosotros no recibe el castigo adecuado, el asunto no podrá darse por terminado.

Terry sabía que estaba en juego la reputación del instituto.

-Pero... Pero tu padre...

-Él no tiene nada que ver. A partir de hoy, ya no soy un Grandchester- Dijo el joven de manera decidida y voz firme.

-¡Terence!

-Le ruego que no le comunique este incidente al tutor de Candy... Quiero decir... De Candice. Esto es lo único que le pido.

Dicho esto, el joven inclinó de nuevo profundamente la cabeza.- Hermana Gray, gracias por todo lo que hizo por mí hasta hoy. Espero que pueda perdonarme por la mala educación que demostré en tantas ocasiones.

Cuando Terry dejó la habitación, la Hermana Gray permaneció en silencio observando la puerta cerrarse. No sabía si las clases ya habían comenzado, pero el colegio estaba envuelto en silencio.

Terry se repitió haber hecho la elección correcta.

En este momento no hay otra cosa que pueda hacer... Candy... Al final, yo también tendré que limitarme a esperar que un día tú seas feliz...

Sin prisa, salió del colegio.

A ntes de conocerla, para mi vivir aquí prácticamente era como estar en un cementerio...

Pero entonces un día la vi, en el bosque...

“Y además ¡Esta es mi Falsa Colina de Pony!”

“¡Y deja de darte tantos aire! ¡Mi nombre es Candice White Ardlay!”

En lo profundo de su mente resonó la voz de Candy, y frente a sus ojos apareció su sonrisa.

No, en realidad nos conocimos incluso antes, en la cubierta de aquel barco inmerso en la niebla... Era una noche muy fría.

Terry se detuvo y frunció el ceño, casi queriendo contener el dolor que le oprimía el pecho.

Mi juventud... Mi amor... Todo se está llenando para no volver nunca más...

Se dio la vuelta para mirar el edificio escolar del Colegio San Pablo, el jardín y el bosque.

Luego retomó su caminar por delante, con intención de dejar todo atrás.

-Ah, ¡La luz! ¡El viento! ¡El aire fresco! ¡Un colchón suave!

Candy se tiró sobre la gran cama de la habitación especial y se estiró lo más que pudo.

Desde la ventana abierta entraba el viento frío y los rayos del sol otoñal, próximo al ocaso.

Tendida, Candy respiró larga y profundamente. -¡Que hermosa es la libertad!- Estaba realmente agradecida por la libertad. -¡Debe ser así como se siente cuando se salen de prisión! Si, realmente ha sido una experiencia instructiva.

Con una gran sonrisa, Candy dio una voltereta sobre la cama y planeó hacia el suelo. Se acercó lentamente a la ventana. Todos ya debían de haber regresado al dormitorio, ya que en el jardín no se veía un alma.

-Nunca imagine que la Hermana Gray fuera una persona tan comprensiva. Ha cambiado mi castigo en la celda a un encierro en la habitación. Quizás Terry le ha explicado el asunto de los mensajes falsos con los que nos engañaron...

La Hermana Margaret también le había comunicado que, de manera absolutamente excepcional, lo ocurrido no sería informado a su tutor. Por el alivio, la muchacha casi dio un salto por la alegría: Darle un disgusto al Tío Abuelo William era lo último que quería.

Seguramente era un hombre muy anciano o talvez tenía problemas cardiacos.

Me pregunto cómo estará Terry...

Más que cualquier otra cosa quería asegurarse de que el muchacho estuviera bien, pero incluso le estaba prohibido hablar con Annie y Patty. Le había sido impuesto silencio obligatorio, la puerta había sido cerrada con llave y, de vez en cuando, una monja puesta para vigilarla llegaba a monitorearla. Pero en comparación con la experiencia vivida en prisión, aquello no era nada. Había pasado una noche entera encerrada en una celda húmeda y desprovista de ventanas. Inmersa en las tinieblas y asustada, se había acurrucado para protegerse de un frío tan intenso que congelaba el corazón. Mientras afrontaba inmóvil aquella oscuridad, lentamente, su corazón había empezado a tranquilizarse y la oscuridad se convirtió en una pantalla en la cual se proyectaron sus sentimientos. Suspirando, la muchacha se había reprochado por su propia imprudencia.

¿Cómo había podido creer en aquel mensaje y dirigirse corriendo al establo? Era imposible que Terry hubiera podido dejarle aquella nota bajo la puerta *Estaba preocupada por él... No podía pensar en otra cosa. Porque yo...*

¡Estaba enamorada de Terry! En ese momento, se dio cuenta con claridad de cuan fuerte era lo que sentía.

Este sentimiento... No lo puedo evitar. No importa lo que diga o haga la gente...

Enamorarse de alguien. Candy siempre había estado convencida de que solo existía un modo de hacerlo, pero por primera vez se dio cuenta que, similar a un prisma iluminado

por la luz, aquella emoción era capaz de producir una gama de diferentes colores según la persona que se tenía enfrente.¹

Lo que había sentido por Anthony, teñido de un hermosísimo y delicado matiz, ni siquiera en aquel momento había perdido su intensidad. Sin embargo, ahora, el color vivo emitido por Terry le quitaba la respiración.

En verdad espero que no lo hayan encerrado en una celda... Después de todo yo he sido perdonada, así que seguramente él también...

El deseo de verlo era incontenible. Seguramente él también estaba preocupado por ella.

Candy se metió debajo de las frazadas y se aseguró de que la cuerda hecha con sábanas todavía estuviera en su lugar. No le quedaba más que aguardar el monitoreo de la monja después de que las luces se apagaran. Cómo habría querido que el tiempo corriera más rápido... Incluso le estaba prohibido intercambiar una sola palabra con la monja que venía a traerle la cena. Bajo la mirada de la religiosa, Candy terminó su comida, mostrando una expresión digna de elogio. Luego, cuando se metió en la cama, finalmente se quedó sola.

La joven estaba decidida a meterse en la habitación de Terry. Si la descubrieran, esta vez no se quedaría con un castigo en su habitación; Así que debía prepararse con cuidado y no debía cometer ningún error.

Cuando la ronda de inspección hubo finalizado, después de sé que se apagaron las luces Candy colocó una almohada debajo de la frazada para simular su presencia. No sabía cuándo volvería a pasar la monja de vigilancia, pero no podía resistir al deseo de ver a Terry. Le bastaría observarlo a través de la ventana y ver que estaba bien. Después de salir al balcón, lanzó la cuerda de sábanas hacia un árbol y saltó al vacío.

Ni siquiera en aquella fría noche el cielo estaba iluminado por la luna, pero Candy estaba agradecida por aquella negra oscuridad como la brea. Todas las luces del dormitorio masculino estaban apagadas. Desde la copa de un árbol volvió a verificar la ubicación de la recámara de Terry y planeó hacia su balcón. La habitación del muchacho también estaba oscura y silenciosa.

Desde el exterior, la joven se quedó escuchando. No se oía nada y no parecía que hubiera nadie.

Hay demasiado silencio... ¿Es posible que Terry no esté?

El pecho se le estaba desgarrando por la ansiedad. Armándose de valor, apoyó la mano sobre la puerta de vidrio y la encontró abierta.

-Terry...- Susurró, entrando a la oscura habitación.

Al no oír respuesta, comenzó a agitarse. Se acercó al escritorio, y encendió la lámpara que estaba allí. La habitación estaba vacía.

¿Por qué todo esta tan ordenado?

Iluminado por la lámpara sobre la mesa encontraron sobre blanco. Candy se quedó sin aliento.

A quienquiera que tenga el corazón de atender mi petición, le pido que entregue esta carta a Candice White Ardlay.

¿Una carta para mí?

Con manos temblorosas Candy abrió el sobre.

Querida Candy:

Decidí dejar el colegio e ir a América. Hay algo que me gustaría hacer. Dondequiera que yo esté, siempre rogaré por tu felicidad.

Terence.

Eran solo unas pocas líneas y, por más que las relevara, no había escrito nada más.

¿Terry se ha ido a América? ¿Por qué? ¿Por qué tan de repente?

De pronto la hoja se le cayó de las manos. La excesiva facilidad con que la habían sacado de la celda, que se evitara la expulsión, no haberle enviado la

notificación a su tutor...

¿Cuántas veces la Hermana Margaret le había repetido que se trataba de una medida absolutamente excepcional tomada por la directora?

No es posible... Terry.. .

Extendió la mano para tomar la carta y se dio cuenta de que los dedos le temblaban. Justo en ese momento, la puerta de la habitación vibró: Alguien estaba forzando violentamente la entrada.

-¡Maldición! Está cerrada.

Al reconocer la voz de Neal, Candy contuvo por un instante el aliento.

-¡Lo tiene merecido! Estoy contento de que lo hayan echado.

Sí era Neal quien estaba hablando.

-Parece que también fue abandonado por su aristócrata padre. ¡Y ahora se escapa a América con el rabo entre las piernas!

-Sí, eso he oído. Dicen que partirá al amanecer a bordo de un barco. Se ha sacrificado en lugar de esa chica que se ocupaba de los caballos en tu casa, ¿Verdad, Neal?

-¡A si es! Increíble... Por alguien como esa...

Neal le dio una patada a la puerta. –No hay nada que hacer, no se abre. Me dijeron que ha dejado sus cosas, realmente esperaba poderles echar un vistazo.

Los pasos de los muchachos se fueron alejando.

Cubriéndose el rostro con las manos, Candy se desplomó en el suelo. Las lágrimas le brotaban de los ojos una tras otra. Tratando de no hacer ruido, se abandonó en el llanto.

Terry... Se ha hecho expulsar... Se ha hecho expulsar por mí... Y ahora se irá a América...

"Dicen que partirá al amanecer a bordo de un barco".

De pronto Candy alzó el rostro. No podía quedarse ahí a llorar, debía correr tras él, alcanzarlo y decirle que no se marchara.

La muchacha se levantó de un salto como si fuera un resorte y, sujetando fuertemente la carta contra su corazón, saltó del balcón hacia un árbol. Tenía la vista nublada y se golpeo contra las ramas, lastimándose las rodillas, pero de todas formas logró regresar a su propia habitación.

El puerto... El mismo por donde había llegado también ella desde América. Estaba lejos, pero si se iba de inmediato, tal vez lograría alcanzarlo al amanecer.

Recogió de prisa los ahorros que había logrado juntar, y luego saltó nuevamente hacia el exterior. Ya no le preocupaba que alguien pudiera verla.

Una vez afuera, buscó por la calle un carruaje libre, como sumida en una terrible pesadilla.

-¡Al puerto! ¡Lléveme inmediatamente a Southampton!

-¿Cómo?

Candy suplicó llorando al sorprendido cochero. Aunque lo intentara, no podía detener las lágrimas.

-¡Realmente tengo que impedir que una persona se suba a un barco! ¡Por favor!

¡Apresurémonos!

Impresionado por la firmeza de la muchacha, el hombre asintió seriamente y fustigó a los caballos. El carruaje aceleró rápidamente en la noche, y por el camino resonaba el traqueteo de las ruedas.

Candy se concentro en rezar.

Por favor, por favor, haz que logre llegar a tiempo... Haz que logre encontrar a Terry...

Yo todavía no le he...

Los ojos se le inundaron aún más de lágrimas, impidiéndole incluso rezar. Era cierto: Ella aún no le había abierto su corazón. Aún no le había dicho que estaba enamorada, muy enamorada de él.

El carruaje continuaba corriendo por el camino desierto y el cielo poco a poco se iba tiñendo de blanco. Rezando porque el amanecer tardara en llegar, Candy alzó la mirada.

Esperaba que el sol saliera lentamente, al menos hasta que ella pudiera llegar al puerto.

Continuó repitiendo el nombre de Terry. El carruaje, impulsado a máxima velocidad, progresivamente comenzó a desacelerar.

-¡Señor, se lo ruego!

Con la intención de reiterar su urgencia, Candy se asomó para hablar con el conductor.

El hombre, delgado y de ojos amables, se volteó para mirarla con una expresión afligida.

-Señorita, no lo lograremos. Sé que se lo prometí, pero el sol saldrá antes de que lleguemos al puerto.

-Señor...Yo realmente tengo que... -Los ojos de Candy se volvieron a llenar de lágrimas.

-Debe encontrar a una persona, lo sé... Pero por mucho que podamos esforzarnos, algo imposible seguirá siendo imposible- Con aspecto apenado, el hombre se secó el sudor. El caballo también jadeaba por el cansancio. Candy bajó la mirada.

-Discúlpeme... Tiene razón... -Enjugándose las lágrimas, levantó la cabeza.
-Entonces le ruego, lléveme a un lugar donde sea posible ver el mar.
Quisiera ver... Al menos el barco.

-¡Muy bien! ¡Conozco el lugar indicado!- Asintió el hombre y el carruaje recobró la velocidad.

Cuando llegaron a la cima de una colina, el sol ya estaba saliendo. A la distancia se veía el mar, cubierto por la niebla. Candy salió del carruaje y observó aquellas aguas envueltas por un manto de seda gris. El mar parecía estar tan cerca y sin embargo estaba tan lejos.

En ese momento, avanzando entre la niebla matutina, apareció de repente un gran barco de pasajeros. Candy dio un pequeño grito, seguramente ahí era donde se encontraba Terry.

-¡Terry!- Gritó.

La muchacha empezó a correr hacia el borde de la elevación. Si hubiera podido flotar en el aire, ciertamente habría alcanzado el barco, pero desgraciadamente no tenía alas para volar.

-¡Terry! ¡Terry!

Las lágrimas cayeron sobre sus temblorosos labios. El viento soplaba con fuerza y la voz se le quebró pero ella no dejó de llamar aquel nombre.

Terry, ¿Por qué te has hecho expulsar en mi lugar? ¿Pensabas... Que así me harías feliz?

Habría querido golpearle con fuerza el pecho. Sin embargo, de repente, le pareció escuchar en sus oídos la voz del muchacho.

“Hay algo que quiero hacer”

En el breve mensaje que le había dejado, estaba escrita justamente esa frase.

¿Lo decías en serio, Terry?

Poco a poco, la niebla se disipó y fue como si el mar estuviera cantando a gran voz una melodía para el sol naciente. El barco ahora brillaba, como si fuera cubierto por un polvo dorado, mientras sobre el vasto océano se perfilaba un camino tan luminoso que era casi enceguedor. El barco de Terry continuaba avanzando en aquella dirección.

Candy respiró profundamente.

Oh, Terry... Has comenzado a recorrer tu camino... Hay algo que quieres hacer... No me has mentido al decirme eso...

La muchacha ya no estaba llorando. El barco de Terry avanzaba hacia la luz y ella estaba segura de que el futuro le reservaría al joven una mañana aún más brillante. Sin parpadear, con los ojos húmedos continuó mirando fijamente el barco que se alejaba cada vez más.

Yo también quiero encontrar mi camino.

Y un día, se prometió, volvería a ver a Terry otra vez.

¡Por supuesto! ¡Estoy segura de que volveremos a vernos! Nosotros estamos vivos... ¡Un día nos encontraremos de nuevo!

Incluso cuando el barco desapareció de la vista, Candy permaneció de pie sobre aquella colina azotada por el viento frío.



Por mucho que escriba no puedo expresar lo que siento por Terry.

T.G. Se ha ido dejándome muchísimos recuerdos... Pero yo no quisiera hablar de recuerdos o del hecho de que se ha ido, ¡Porque un día volveremos a encontrarnos! T.G., hasta que no llegue ese momento, seguiré albergando y cuidando lo que siento por ti.

Sin embargo, T.G., espero que no te enojés. Has tratado de protegerme sacrificándote en mi lugar, pero yo estoy por dejar el colegio. Siento que aquí no encontraré mi camino. Si me quedo, sé que tendré un futuro asegurado, pero me he dado cuenta que esto no me llevará a la felicidad.

Debo encontrar por mí misma mi camino y si hay una persona que me lo ha enseñado esa eres tú, T.G, ¡Gracias!

Y luego me habría gustado gritarte a voz en cuello estas palabras: Terence, estoy enamorada de ti, como nunca lo he estado de nadie...

Aquellas palabras llenaron los últimos espacios en blanco. Candy cerró el diario y soltó un largo suspiro. Cuando llegó a aquel instituto, aquel diario aún era nuevo, pero ahora incluso las letras doradas se habían desgastado ligeramente.

La joven envolvió con cuidado el diario en un papel blanco y dejó encima una nota.

Les ruego que entreguen este diario al señor William A. Ardlay.

Candy se sentía confiada: Cuando el Tío Abuelo leyera aquellas páginas, seguramente comprendería el motivo por el que estaba abandonando el colegio. La joven sacó de un cajón del escritorio el corbatín blanco que Terry le había atado alrededor del brazo en el Festival de Mayo.

Terry... Estoy segura de que un día podré devolvértelo.

Lo guardó en una maleta. Solo había otras dos cosas importantes que quería llevarse consigo. La cruz de la Señorita Pony y el broche del Príncipe de la Colina. Miró por última vez los suntuosos muebles de su habitación. No se había merecido nada de todo aquello que la rodeaba.

-¡Se lo agradezco, Tío Abuelo!

Candy hizo una profunda reverencia, como si realmente tuviera enfrente a su benefactor, luego salió silenciosamente de la habitación. Aún era

temprano y el pasillo del dormitorio estudiantil estaba en silencio. Seguramente Annie, Patty, Archie y Stair aún estaban durmiendo.

Perdonenme por irme sin decirles nada.

En el exterior se percibía el aroma del agua fresca.

Despidiéndose en su corazón de la Hermana Gray, la Hermana Kreis y la Hermana Margaret, empezó a caminar lentamente hacia la puerta de hierro principal. Los jardineros, que ya estaban trabajando desde muy temprano esa mañana, no notaron su presencia y continuaron recogiendo las hojas esparcidas por el suelo. A aquella hora, incluso el guardián de la puerta seguramente estaba concentrado en limpiar la fachada, dejando abierta y sin vigilancia la entrada. Candy se dirigió en aquella dirección.

Adiós bosque del colegio, caballeriza, establo, Theodora... Y adiós a ti, Falsa Colina de Pony.

Se detuvo frente a la gran puerta y la empujó sin dudar... Como había imaginado, no había nadie en los alrededores y la puerta se abrió, emitiendo un sonido sordo.

Adiós, Coelgio San Pablo.

Cuando se dio la vuelta, el edificio le pareció oscuro y triste. La calle que la esperaba, en cambio, le pareció brillante y luminosa.

Candy respiró profundamente, luego comenzó a caminar.

TERCERA PARTE

***(I)/Carta de Susie**

Si cierro los ojos, todavía puedo sentir sobre los párpados la resplandeciente luz de aquella mañana.

Dejando atrás el Colegio San Pablo, había un solo lugar al que podía regresar: El Hogar de Pony.

Estados Unidos e Inglaterra. Sabía bien que entre las dos naciones se interponía un inmenso océano, pero en aquel momento en mi corazón no había lugar para la duda: Regresaría a casa y, sin importar el precio, volvería a ver a Terry.

Cuando le conté todos los acontecimientos que plagaron mi viaje hacia los Estados Unidos, mi amado inicialmente se echó a reír, pero luego repentinamente asumió una expresión seria y me abrazó con fuerza. Estaba aliviado de que no hubiera ocurrido nada malo.

De hecho mis acciones podrían definirse como imprudente. Había utilizado casi todos mis ahorros para pagar el carruaje con el que había intentado detener a Terry y no tenía a nadie a quien pedir ayuda, sin embargo, me sentía tan ligera y serena, como no me ocurría hace mucho tiempo.

Tenía conmigo mis poderosos amuletos: El broche del Príncipe de la Colina, el corbatín blanco de Terry y, por supuesto, la cruz que siempre llevaba al cuello que me había sido regalada por la Señorita Pony. Estaban esos tres objetos para protegerme y eso bastaba para infundirme seguridad y hacerme creer que sería capaz de superar cualquier adversidad.

Y toso salió justamente como la Señorita Pony siempre decía: Si sigues adelante con convicción y con un corazón puro, seguramente tu camino se abrirá ante ti.

Durante el viaje conocí a muchas personas y recibí ayuda de ellas. Todas esas experiencias además me ayudaron a entender lo que quería hacer con mi vida.

Del fondo de un armario saco un gran joyero con incrustaciones.

Este voluminoso objeto, decorado con madre perla y pequeñas gemas, se hereda de generación en generación en la familia de mi amado. Intenté decirle que algo tan hermoso y de tal valor no me sienta bien, pero él solo se echó a reír y no desistió de su propósito, diciendo que podía hacer con él lo que quisiera.

Este joyero, demasiado lujoso para que yo lo utilice, contiene solo las cosas que son realmente importantes para mí: Mis recuerdos. En el interior hay recorte de revistas y periódicos. Y un fajo de cartas.

Coloco el joyero sobre el escritorio y me dispongo a abrirlo.

La primera carta que me recibe sonriendo contiene la evaluación obtenida por Susie Ann Carson en la escuela de enfermería y representa al mismo tiempo un regalo, lleno de gratitud, hacia mi persona. Susie se graduó con honores y afirma haberse convertido en enfermera gracias a un ejemplo.

Hace dos meses recibí una postal de aspecto singular enviada por ella desde Calcuta, en la India.

Mí querida, queridísima Candy,

Han pasado dos semanas desde que llegué a Calcuta y finalmente estoy empezando a habituarme a mi nueva vida.

Todo lo que veo y siento continúa llenándome de asombro. Estoy segura de que esta ciudad también te conquistaría. Sin embargo, todos los días, hay muchas personas enfermas que cuidar casi no tengo tiempo para comer. ¡Quiero estudiar para poder ser incluso de más ayuda para todas ellas!

Trabajando en esta clínica, me encuentro pensando en la cantidad de cosas que podrías enseñarme si estuvieras aquí conmigo. A pesar de todo estoy bien, ¡Así que no debes preocuparte!

Te enviaré más postales. Quién sabe cuándo podremos volver a vernos...

Cuídate siempre, ¡No lo olvides!

Susie.

Mirando esta postal, me parece poder ver su sonrisa llena de energía. Cada vez que vuelvo a leer sus palabras, mi rostro se rompe en una sonrisa.

Este mundo realmente está atravesando y unido por hilos resplandecientes.

La primera vez que pensé en llegar a ser enfermera fue cuando, durante mi viaje de regreso a América, cuidé precisamente a Susie. Ella era la hija más pequeña de los Carson, una familia que fue muy amable conmigo y en aquel entonces solo tenía tres años. Esa niña, todavía demasiado pequeña para comprender la muerte de su madre y capaz de llenarme el corazón de ternura, ahora se ha convertido en una enfermera llena de vitalidad.

Sí... Son todas las personas que encontré a lo largo de mi camino después de dejar el Instituto San Pablo.

Los encuentros son como las ramas de un gran árbol: Un encuentro puede dar vida a subsiguientes encuentros, justo como una rama de vida a otras ramas, y luego nuevamente a otras. De esta manera, gracias a los Carson conocí al señor Juskin, a Cookie y al comandante Niven. Continué expandiendo mis ramas, haciéndolas más numerosas y llenándolas de hojas frescas.

No puedo sentir más que gratitud hacia todos ellos: Si he llegado a ser la persona que soy, es gracias a la bondad con la que me ayudaron. Sin embargo, al mismo tiempo, también sé que he sido una fuente de grandes preocupaciones.

Cuando de alguna manera logré regresar al Hogar de Pony, sentí que debía escribir cartas a muchas personas: Al Tío Abuelo William, a Stair, a Archie, a Annie, a Patty, a la Hermana Gray y a las maestras del Coelgio San Pablo. Y, por supuesto, a todos los que estuvieron cerca durante el viaje.

Para el señor August Carson

Querido señor Carson,

¿Cómo está? Luego de numerosas vicisitudes (¡Y lo dijo en serio!)

¡Logré regresar sana y salva a Estados Unidos!

Mi querido Hogar de Pony se encuentra en Michigan y me parece un milagro haber llegado a él. Sin embargo, después de todo, no se trata de ninguna hazaña: Todo ha sido gracias a la ayuda recibida de las personas

que conocí, empezando por usted. Siento una inmensa gratitud hacia cada uno de ustedes.

El Hogar de Pony es mi lugar de origen, es el orfanato en el que fui abandonada y donde crecí. Las directoras, sorprendidas por mi inesperado regreso, ¡Se quedaron sin aliento! Me recibieron entre lágrimas, pero también dijeron que, desde que me tomaron con ellas, las preocupaciones parecen nunca terminar. Soltaron una infinidad

de

suspiros.

Me

disgustaba

mucho,

pero

desgraciadamente tienen razón.

De todas manera, estoy bastante bien y quisiera agradecerle por todo lo que hizo por mí.

Yo, una completa desconocida venida de quien sabe dónde, ¡Me atreví a colarme a hurtadillas en su carreta y comerme las manzanas que había guardado especialmente para sus hijos! ¡Le ruego me perdone por eso!

Cuando lo hice, estaba dominada por un hambre que nunca antes había sentido en mi vida. No tenía dinero para pagarme el tren hasta el puerto y había pasado ya la noche anterior en el granero de una casa abandonada.

Ya me había encontrado con tener que dormir en un lugar mucho más oscuro (Aunque prefiero no hablar de ello) y no era la oscuridad lo que me preocupaba (¡Por cierto tengo la gran habilidad para poder dormir en cualquier parte!), pero la falta de comida realmente me hizo perder el control.

Cuando me descubrió, usted me echó, pero Sam, Jeff y Susie, a pesar de haberme devorado la merienda destinada para ellos, me alojaron a escondidas en el cobertizo.

Querido señor Carson, usted realmente me dio miedo (¡Aunque es normal que se haya enojado!), pero al verlo bien que había criado a sus hijos inmediatamente pensé que era un buen padre. ¡Y de hecho no estoy equivocada! Aunque a regañadientes, usted me permitió quedarme con ustedes en casa, ¡Y por esto le estoy muy agradecida!

Usted no me hizo preguntas e incluso siento una gran gratitud por la profunda sensibilidad que tuvo mi persona. En aquel momento tenía muchas razones para estar tristes y no podía contarle nada.

Si usted me hubiera preguntado algo, quizás no habría sido capaz de contenerme y me habría echado a llorar, terminando por ponerlo en un gran aprieto...

En realidad, yo era una de las alumnas del prestigioso Instituto San Pablo y recién me había escapado del colegio. Parece imposible que alguien como yo en realidad estudiara en un lugar tan adinerado, ¿Cierto?

Como ya le escribí, soy huérfana, pero hay una persona que fue tan bueno que me adoptó. Al dejar el Instituto, lamentablemente traicioné la confianza del hombre a quien le debo todo, pero yo quería a toda costa volver lo más pronto posible a Estado Unidos.

De hecho, aquí hay alguien a quien quiero encontrar con todo mi corazón... Pero antes de hacerlo deseaba, si es posible, encontrar mi camino. Cuando haya llegado el momento en que nos reencontráramos, quería ser capaz de mirarlo a los ojos con orgullo, haciendo que él también se pusiera feliz y orgulloso de mí.

¡Oh, señor Carson, es en su casa que encontré lo que buscaba!

Cuando Susie se enfermó de sarampión y cuidé de ella, empecé a ver con claridad lo que deseaba hacer: Ser útil a los demás. ¡Quiero llegar a ser

una enfermera! Quiero poder estudiar dependiendo solo de mi esfuerzo y vivir con valentía.

Hasta hace algún tiempo, mi sueño era ser adoptada por una familia rica y llevar una vida cómoda, ¡Pero al parecer los lujos no me sientan bien!

Señor Carson, usted se dio cuenta de mi urgencia de volver a Estados Unidos y me presentó al señor Juskin, el constructor de barcos. Le agradezco por eso y también por la pequeña suma de dinero que me dio a la partida: No sabe cómo me fue de utilidad.

Fue difícil separarme de sus hijos, pero no podía quedarme con ustedes para siempre...

En resumen, gracias a su ayuda logré llegar sana y salva a Estados Unido ¡Y ahora incluso puedo escribirle una carta! Parecería haber llegado al final feliz, pero todavía no es así.

¡Mi aventura empieza ahora!

Pronto le haré llegar noticias mías.

Querido señor Carson, también por sus hijos, trate de llevarse bien con los demás habitantes del pueblo. Reserve su obstinación solo para las cosas buenas, ¡No lo olvide!

¡Recuerde que su sonrisa es realmente intensa y maravillosa!

Candy.

Para Samuel, Jeffrey y Susie Ann Carson

¡Sam, Jeff, Susie!

¿Cómo están? ¡Gracias por las hermosas cartas y dibujos que me han enviado!

¡Susie, te has vuelto muy buena para escribir!

Leyendo sus cartas, recordé las caritas que tenían cuando, a altas horas de la noche, me llevaron a escondidas un poco de pan al cobertizo. ¡Estaba tan rico!

Querido San, siempre les hablo de ti a los chicos varones del Hogar de Pony, y les cuento cómo te esfuerzas para ser un buen hermano mayor. Aquí hay niños sin padres, pero ninguno logra volverse un hermano mayor como debería, ¡Dispuestos a proteger a sus hermanitos y a sus hermanitas, como lo haces tú! Incluso cuando Susie se enfermó de sarampión, tú fuiste mi valiente asistente y, si debo ser sincera, fuiste mucho más útil que tu ansioso papá.

También recuerdo que, a costa de renunciar a tu parte, nunca dejabas que le faltara la merienda a Jeff y Susie. Los chicos del Hogar de Pony, al contrario, ¡Cuando se les llama para tomar la merienda batallan para apoderarse de la galleta más grande! Al verlos, solo están siguiendo el ejemplo de su jefe (Que sería yo),

¿Te das cuenta?

Querido Jeff, discúlpame si me fui antes de enseñarte los trucos para trepar los árboles... De todo, lo más importante que debes recordar es tener cuidado de no caer, ¿Entiendes? Yo también empecé a partir de ahí, practicando a trepar cada vez más rápido.

Hasta la fecha, ¡Mi récord de tres minutos y veinte segundos trepando el gran árbol frente al Hogar de Pony sigue invicto!

Querida Susie, el hermoso retrato que me enviaste está exhibido en una pared. Sin embargo, la próxima vez, acuérdate de hacerme más hermosa (Sam, Jeff, ¿Se echaron a reír?).

Su Candy.

Para el señor Dan Juskin

Muy bien, señor Juskin, este es un acertijo para usted: Debe decirme el nombre de la chica que voy a describir.

Pregunta: Tiene muchas pecas, pero es amable, muy hermosa y dulce ¿De quién estamos hablando?

Juskin: ¡Se trata de Candy!

¡Respuesta correcta! ¿Din don dan!

¡Por supuesto, estoy bromeando! Me parece verlo mientras se ríe perplejo...

Ha pasado tanto tiempo, ¿Se acuerda de mí? ¡Soy Candy!

Me tomó mucho tiempo poder contactarlo, es debido al hecho de que mis cartas fueron devueltas innumerables veces. Sin saber más en dónde se encontraba, le pedí ayuda al señor Carson y finalmente tuve noticias suyas. ¡Me enteré de que usted también estaba preocupado por mí! Me lo escribió el señor Carson en una carta.

¡Gracias! Como puede darse cuenta, estoy bien.

Lamento saber que su astillero naval al final fracasó... Estaba preocupada, ya que me había parecido que los negocios no estaban yendo muy bien. Pero supe que con sus colegas abrió en la ciudad un bar llamado Light... ¡Y eso también me preocupa un poco!

Señor Juskin, por favor, ¡No beba más con sus clientes! ¡No es bueno empinar demasiado el codo!

Sé que lo estoy sermoneando, pero en este momento estoy estudiando intensamente para llegar a ser enfermera. Me gustaría ingresar a una escuela en la que pueda aprender haciendo práctica (Con el fin de no pagar siquiera la colegiatura), pero aun así se requieren conocimientos básicos. Por tanto, en el manual que estoy usando para prepararme, ¡Me topé con un alarmante capítulo que habla del alcoholismo! Mientras lo leía, inmediatamente pensé en usted. Sí logré embarcarme en un navío con destino a los Estados Unidos, también fue gracias a su ayuda, y ciertamente no quiero verlo convertirse en un alcohólico.

A las directoras del Hogar de Pony aún no les he confesado el haberme subido a bordo como polizón, escondida en una gran caja que contenía latas... Temo que podrían desmayarse. Las directoras son para mí como unos padres. De hecho, soy una niña huérfana que tuvo el honor de ser bendecida por la buena fortuna (¡Estoy convencida de ello!) y ellas me criaron en este orfanato. Solo les conté que había logrado regresar gracias a la ayuda de personas amables. ¡Después de todo fue precisamente así como ocurrieron las cosas!

Nos conocimos gracias al señor Carson, usted señor Juskin, ha cumplido mi deseo... ¡Realmente soy una persona muy afortunada!

Me quedé en la bodega, escondida entre todas aquellas grandes cajas y tratando de no hacer ruido... Pero esa fase duro muy poco.

¿Quiere saber qué sucedió después? ¡Lo descubrirá en mi próxima carta! Nuevamente estoy bromeando, ¡No lo tendré más en suspenso! De hecho, estoy ansiosa por contarle todo.

¿Alguna vez se hubiera imaginado que había otro polizón a bordo?

Yo creía que solo nosotros podíamos concebir un plan similar,

¡Pero alguien nos superó! Estpy hablando de Cookie. ¿No tiene un nombre delicioso? Candy y Cookie, Caramelo y galleta, que viajaban como polizones en un barco. Qué extraña pareja, ¿Cierto?

Este chico estaba acostumbrado a viajar de esa manera y conocía bien el interior del barco. Se movía como si esa fuera su casa y se desplazaba ágilmente por todos lados como un pequeño ratón.

Sin embargo, las cosas no siempre salen a la perfección. Cookie, de hecho, fue descubierto rápidamente por los marineros y creo que nunca ha experimentado un susto similar. Imagínese que incluso l lanzaron al mar, diciendo que esta vez no iban a permitir que se saliera con la suya.

Cookie había sido descubierto y enviado de vuelta varias veces, así que, incluso cuando lo castigaban, ¡Todos se echaban a reír! ¡Pero la broma es

*buena mientras que dura poco! ¿Y si le hubiera dado un infarto?
Dominada por la rabia Salí disparada de la bodega... Y*

fue así como también me descubrieron.

Sin embargo, es gracias a este incidente que conocí al comandante Niven y pude recibir su ayuda.

El comandante Niven es un hombre taciturno, pero es una persona muy amable y de buen corazón.

Gracias, señor Juskin. ¿Quizás eligió deliberadamente un barco dirigido por un comandante notable por sus virtudes? Por lo que me contó mi compañero de viaje, el comandante antes dirigía un lujoso barco de pasajeros. Cuando asumió la responsabilidad de un error cometido por uno de sus subordinados, fue transferido a su posición actual. Cookie también parecía admirarlo mucho.

El padre de mi nuevo amigo era marinero y siempre había albergado el sueño de llegar a ser un día el capitán de un gran barco con destino a un país extranjero.

Pero, debido a un accidente, no lo logró. Con mayor razón, ahora el hijo quiere llevarlo a cabo y continuar este sueño.

El comandante Niven parecía haber comprendido muy bien el deseo de Cookie. Siempre gracias a usted, es que pude volver sana y salva a Estados Unidos, regresando a mi país.

Señor Juskin, quiero agradecerle de corazón a usted y a todos los demás.

¡Realmente espero que esta vez mis cartas no vengan de regreso!

¡Espero que el Harbour Light sea un gran éxito en la ciudad y le haga ganar mucho dinero! ¡Y espero que no se vuelva un alcohólico! ¡Y luego (Ya que estamos) espero llegar a ser una muy buena enfermera!

Candy.

Para la señorita Candice White Ardlay (de Georges Villers)

Al saberla bien y con salud, el señor William se ha tranquilizado mucho.

Le aseguro que el señor ha recibido todas las cartas que le han sido enviadas.

En relación al deseo expresado por usted de ingresar a la Escuela de Enfermería Mary Jane, tal propuesta ha sido aprobada.

El señor William está dispuesto a asumir todos los gastos, pero antes que todo desea respetar sus disposiciones.¹

Pase lo que pase, recuerde que usted siempre será parte de la familia Ardlay.

Espero que haga honor a esté nombre y se comprometa con todo su ser.

Georges Villers.

Para el comandante Edgar Niven

Querido señor Niven,

Espero que esté bien. Esta mañana fui a dar un paseo al bosque junto con los niños del Hogar de Pony y recolecté con ellos unas nomeolvides, que florecieron antes de tiempo. Por la tarde dejaré este lugar para ingresar a la Escuela de Enfermería Mary Jane. La directora Mary Jane es una amiga de la Señorita Pony, la mujer que me crió y que es para mí como una madre. El instituto está anexo al Hospital San José y me permitirá trabajar mientras estudio. De esa forma, podré evitar pagar la colegiatura. ¿No le parece una jugada maravillosa? ¡Mi barco está a punto de zarpar!

¡Me esforzaré al máximo! Mientras le escribo, tengo frente a mí un vaso en el que puse los nomeolvides. Su color me hace pensar en la tonalidad que tenía el mar aquel día cuando usted me dijo: “A medida que navegamos, lo único que podemos ver es el mar.

Imagino que tú lo encuentras bastante aburrido.”

Aquella vez, yo negué con la cabeza y le afirmé que no era así, porque cada vez el agua me mostraba un color diferente. Al escuchar mi respuesta, usted asintió varias veces. Ahora tengo la impresión de que el mar, con sus diferentes matices, se asemeja al imperceptible del tiempo. Parece que nada cambia, sin embargo, algo sin duda alguna, cambia. Comandante Niven, me preguntó qué mar estará mirando en este momento...

Cada vez que recibo una carta de los varios puertos en los que atracó, me parece ser transportada a ese lugar. ¡En el mundo hay más países de los que alguna vez haya imaginado!

Los niños del Hogar de Pony nunca han salido ni siquiera de nuestro pueblito y tengo la impresión de que piensan que en el mundo solo existe los Estados Unidos. Por esto, sus cartas son para ellos un gran material de estudio.

¡Obviamente, esto también vale para mí!

Durante nuestro viaje aprendí muchas cosas. No solo usted me perdonó por lo que tramé, sino incluso me ofreció su ayuda y nunca me cansaré de expresarle mi gratitud.

Cookie me dijo que usted tiene una hija más o menos de mi misma edad y que se preocupa por el dolor que le provoca debido a sus

múltiples viajes al mar. Cuando me enteré de que me veía un poco como su hija, no imagina cuan feliz me sentí.

También yo me sentí como si usted fuera mi padre. Sería hermoso si el Tío Abuelo William, el hombre que me adoptó, se pareciera a usted (Aunque ciertamente usted es mucho más joven)...

De vez en cuando recuerdo sus palabras y me doy ánimos: “Sabes, Candy, el mar no siempre está en calma. Es como la vida: Hay momentos de paz y momentos turbulentos. Pero en cualquier situación, el barco debe tratar con todas sus fuerzas de controlar las olas y seguir derecho por su trayectoria”.

Estoy por afrontar una nueva etapa de mi vida y, al igual que un barco, no importa que terribles tempestades vaya a encontrar en mi viaje: Quiero seguir mi propio camino dedicándome con todas mis fuerzas para resistir las olas.

Le escribo mi nueva dirección. ¡Tengo mucha curiosidad de saber de dónde llegará su próxima postal!

Ah, cuando regrese a Inglaterra, ¿Podría darse una escapada a un bar que se encuentra en la zona del puerto y que se llama Harbour Light? El local es dirigido por el señor Juskin, el hombre que me ayudó a esconderme en la bodega entre las cajas con latas (En otras palabras, es la persona que me permitió embarcarme clandestinamente...). Cuando se encuentren, estoy segura de que estará sorprendido y feliz.

Le adjunto también una nomeolvides. Oro siempre para que sus viajes en el mar sean serenos.

Candy.

Para la señorita Candice White Ardlay (de Cookie)

Candy, ¿En serio tenías un nombre tan largo? ¡Me cansé de solo escribirlo! En realidad, ¡Me llamo Cricket Dix! ¿Y entonces?

¿Has visto cuantas cartas? ¿Quieres que compitamos?

Sabes, Candy, quería hacerte llegar mis mejores deseos. ¡Tu viaje para llegar a ser enfermera finalmente ha comenzado!

Durante todo este tiempo hemos navegado hacia el sur, así que leí todas tus cartas de una sola vez.

Gracias al comandante Niven empecé a trabajar en el barco, ¡Pero no tienes idea de cómo se la pasa encima de mí! “¡Cookie, si quieres llegar a ser un comandante, tienes que estudiar de manera apropiada!” Lo imito bien, ¿Cierto? ¡Maldición, olvide que está es una carta! ¡Es por esto que detesto escribir!

En resumen, el comandante siempre me repite que ahorre dinero para ir a la escuela. También añadió que, si me esfuerzo, considerará echarme una mano. ¡Me esforzaré al máximo! ¡Le dije que llegaré a ser un comandante y eso es lo que haré! También mi padre siempre decía eso, ¡Así que estoy decidido a dar lo mejor de mí!

Candy, ¡Tú también esfuérzate! Desde luego que, aunque llegues a ser enfermera, simplemente no pienso dejarme inyectar por ti.

Estaría aterrorizado... ¡Siempre tienes la cabeza en las nubes!

Pero estoy seguro de que serás muy buena para cuidar a los enfermos. El comandante decía cuando que cuando me lanzaron al mar, los cuidados que me diste fueron muy meticulosos.

Por supuesto, todavía tengo conmigo la cinta que me diste a cambio de mi sombrero. Cuando tuvimos que despedirnos, los intercambiamos para animarnos el uno al otro, ¿Recuerdas? Por favor, no se lo des a tus pequeños secuaces, ¡Aunque te ofrezcan una enorme suma de dinero! Y sea como sea, no deberías haber dicho que solo costaba cincuenta centavos, ¡Mira que tuve que desembolsar una gran cantidad de dinero para comprarlo!

Querida Candy, a mí no me gustan mucho las cartas y casi nunca escribo, pero me encanta recibirlas. ¡Mándame cuantas quieras!

Dentro de tres días, ¡Regresamos nuevamente al mar!

Imagina, repentinamente crecí veinte centímetros (Tienes envidia,

¿Cierto?)

Cricket Dix alias Cookie.

Para Samuel, Jeffrey y Susie Ann Carson 2

¡Gracias por su carta llena de hermosas noticias! Estaba tan feliz que casi me puse a llorar. ¡Felicitaciones por su nueva mamá! Me han escrito que se llama Victoria, ¡Que maravilloso nombre!

Les creo incluso un hombre como su papá ¡Tiene siempre una sonrisa estampada en la cara! Imaginándose la escena, a mí también me dieron ganas de reír.

Mirando el dibujo en el que Susie ha retratado a mamá Victoria, se percibe que es una persona dulce. Y, por supuesto, lo mismo también se deduce de la carta de Jeff.

Jeff, Susie, sus manitas todavía son tan pequeñas, sin embargo siempre han ayudado a su papá y a Sam a lavar la ropa y a cortar la leña. Realmente han sido muy buenos.

Susie, ¿Recuerdas lo que decíamos? Tu mamá no está muerta, solo se fue al otro lado de Mount Rodney. Seguramente ahí, tu mamá y mamá Victoria conversaron: "Te confío a mis amados hijos, Sam, Jeff y Susie"... Estoy segura de que su mamá le dijo exactamente esas palabras.

Sam, has sido tan bueno en ocuparte hasta el día de hoy de tantas cosas. Espero que ahora también empieces a dedicar tiempo para ti mismo. Por el momento, estoy estudiando para llegar a ser algún día, una buena enfermera. Hoy me espera el turno de residente nocturno. Será mejor que empiece...

Les volveré a escribir con más calma. ¡Saluden de mi parte a su papá y a la señora Victoria!

Con un poco de prisa,

Su Candy.

Para Terry

Querido Terry...

Continúo sin saber a dónde dirigir mis cartas y, por mucho que trate de escribir, todas estas palabras se quedan en mis manos.

Oh, Terry... He regresado a Estados Unidos casi queriendo perseguirte, pero el tiempo no hace otra cosa que transcurrir.

Cómo desearía poder hacer que retrocediera... Si tan solo te hubiera logrado alcanzar en el puerto antes de tu partida... Y si solo hubiera estado en el Hogar de Pony cuando fuiste a visitarlo...

Recuerdo aquella vez que me dijiste que te habría gustado, un día, ver el lugar en donde crecí. De la misma manera, recuerdo tu sonrisa.

Gracias por tu visita... Sé que solo estuviste por poco tiempo, pero las directoras me contaron que fuiste a ver el gran roble en que siempre me trepaba, el manzano donde aprendí a tirar el lazo y mi Colina de Pony. Esos árboles que quizás tocaste y la altura en la que te paraste, ahora son incluso más valiosos para mí.

Sabes, Terry, me inscribí en una escuela de enfermería, y mis días siempre están muy ocupados. Imagino que tú también, en alguna parte de los Estados Unidos, continúas recorriendo tu camino.

Cuando logremos encontrarnos, y sé con certeza que ocurrirá, te diré algo y lo haré con orgullo.

Hasta entonces, te prometo viviré mi vida con valentía.

Tarzán Pecosá

De Archie

Querida Candy,

Hoy tengo intención de enviarte esta carta adelantándome a mi hermano. En realidad, siempre me pareció de mal gusto escribir en nombre de ambos.

¡Que sorpresa saber que te estás esforzando por trabajar y estudiar en una escuela para enfermeras! Para ser honesto, ¡Desde que te conozco las sorpresas nunca terminan!

Quizás Annie ya te lo ha escrito, pero también nosotros vamos a regresar a Estados Unidos. En Europa sopla un viento de guerra, aunque espero que mi mal presentimiento sea equivocado.

Quisiera contarte tantas cosas, pero no puedo escribirte más...

En cualquier caso, antes de regresar a nuestra residencia en Chicago, tengo intención de ir a verte.

Archie.

De Stair

Queridísima Candy,

¿Así que Archie ya ha estropeado la sorpresa de nuestro regreso a Estados Unidos?

Cuando le propuse, con extrema corrección, escribir una carta juntos, ¡Me respondió como si nada que él ya lo había hecho! ¡Y

pensar que había planeado una entrada triunfal para dejarte con la boca abierta!

Pero olvidemos este asunto... ¡Cuántas ganas tengo de volver a verte!

Londres está envuelto en una atmósfera de mucha tensión, pero creo que también se puede decir lo mismo de los otros países. La familia Ardlay rápidamente percibió el peligro y nos han ordenado regresar a la patria... Pero, si puedo ser honesto, ¡Archie y yo no podríamos estar más emocionados! ¡Hurra! ¡No podemos más con todas estas reglas!1

Y luego no hay nada que hacer, el colegio sin ti es realmente triste y sombrío... ¿También Archie te escribió lo mismo? Por no mencionar que Londres simplemente no me gusta mucho. De hecho esperaba asistir a la universidad en Estados Unidos.

Por supuesto también Annie regresará a Chicago, y creo que Patty nos seguirá. Realmente no puede estar sin mí... Desde luego estoy bromeando, pero esto te hará comprender cuán grave es la situación mundial.

Los padres de Patty tienen relaciones con el mundo de la política y el periodismo, y probablemente están bien informados de lo que está pasando.

Patty parece un poco preocupada por partir hacia

los Estados Unidos dejando a sus padres aquí en Inglaterra, pero en Chicago estaremos Annie, tú y también yo. Ciertamente, esto la animará.

Sabes, Candy, no hago otra cosa que pensar en cómo crear un virus de la paz para esparcirlo desde el cielo, de manera que, respirándolo, la gente deje de sentir todo ese deseo de combatir.⁵

En realidad, no: En este momento, más que nada, cuento los días que faltan para que termine nuestra vida escolar y me doy ánimo pensando en el momento en que te volveré a ver, esta vez vestida de enfermera.

El día de nuestro regreso es un secreto. Archie al menos se guardó esta información para sí... Después de todo no es tan malo como hermano menos.

Stair.

P.D.

Te pido disculpas, pero todavía no he logrado obtener información del señor Albert y de su vida en África. Espero descubrir algo antes de mi regreso.

Para la directora Hermana Gray

Estimada Hermana Gray,

Espero que esté bien. A veces me parece escuchar con nostalgia el sonido de la campana del Instituto San Pablo.

Querida directora, sé que fui una pésima estudiante y que solo le causé problemas. Por eso, nunca esperé que les hubiera encargado a los hermanos Cornwell, de regreso a los Estados Unidos, que me trajeran una biblia de su parte.

Estoy realmente conmovida y le estoy profundamente agradecida.

Quiero que sepa que el hábito de orar antes de dormir y la práctica de reflexionar sobre mis errores, ambos aprendidos durante mi estancia en su colegio, ahora son parte de mí.

Cuidaré la biblia que me ha regalado y oro para que, cualquiera que sea el futuro que nos espera, Dios la proteja a usted y al instituto.

Candice White Ardlay.

Para la directora Mary Jane

Querida Directora,

Le estoy agradecida ¡(Y lo digo con sinceridad!) Por los regaños que recibo de usted todos los días. Sin embargo, no encontrando nunca un momento para hablarle, me veo obligada a escribirle una carta.

Cuando me gritó que tomara unas vacaciones, me asusté, convencida de que me había despedido. Sin embargo, una vez que regrese al Hogar de Pony, me di cuenta de lo buena que había sido conmigo. Realmente soy una chica despistada que siempre saca conclusiones apresuradas, ¿No es cierto?

Un solo día (Y no es una queja ¡Créame!) Al lado de la señorita Pony y de la Hermana Lane me permitió recuperar el aliento.

La idea de que usted y la señorita Pony eran amigas de infancia me llena de alegría. Me han sido contadas tantas anécdotas de cuando eran pequeñas: Me enteré de que usted era tan delgada que parecía ser casi transparente, que era ágil y rápida al correr y también que, cuando la descubrían haciendo alguna travesura, se escondía por completo detrás de la amplia espalda de la Señorita Pony (¿Quién habría alguna vez imaginado que también la Señorita Pony fuera una notable revoltosa?). Todo esto me ayudó a sentirla más cercana, directora Mary Jane.

Sé que ya conoce la razón por la que estaba tan apegada al señor William McGregor.

Es justamente como le contó la Señorita Pony: Nunca tuve oportunidad de conocer al Señor William A. Ardlay, el riquísimo señor que fue tan amable de adoptarme y que, además de salvarme, siempre se ha mostrado tan magnánimo al perdonarme todas mis faltas.

Los rumores sobre él, siempre lo han descrito como un hombre exéntrico, obstinado y caprichoso. ¿No cree que este perfil

corresponde perfectamente al señor McGregor? Incluso su edad me parecía que podía coincidir... Sé que el Tío Abuelo es un hombre muy anciano, por eso siempre he sentido dentro de mí la ansiedad de tener que apresurarme a encontrarlo, antes de que sea demasiado tarde.

Si me convencí de que el Señor McGregor era el Tío Abuelo William... Bueno, ¡Siempre es debido a mi carácter arrebatado! Sin embargo, aun cuando me enteré de la verdad, continué sintiendo por él el cariño que podría albergar por un pariente.

Su áspera expresión parecía la de un hombre que se guardaba para sí todas las penas de la vida, pero cuando hablaba de su Mina, su rostro se volvía radiante, transformándolo en adorable abuelito.

Apuesto que ni siquiera usted, jamás se habría imaginado es esta famosa Mina, capaz de hacer que el Señor McGregor perdiera la cabeza, ¡Era un lindo perro, grande y gordo!

Estaba tan feliz de que nuestro paciente estaba mostrando signos de mejoría... Pero en cambio murió, tan repentinamente...

Lo sé, usted tenía razón cuando me regañó diciendo: “¡El Señor McGregor ciertamente no ingresó al hospital para divertirse!

¡Tenía una enfermedad incurable!”

De la misma manera, todas sus otras afirmaciones también eran ciertas: “Si una enfermera se deprimiera por cada paciente que muere, ¡No sería capaz de trabajar! ¡Él único que tiene derecho a llorar es solo el enfermo!”. Y de nuevo: “¡Trata de controlarte! De un hospital se sale sano

o muerto, ¡No hay alternativa!”. Todavía me parece escuchar en los oídos sus duras palabras. Sin embargo, su voz, no sonaba aterradora, pero resonaba en mi corazón cómo para alentarlo.

Una persona muy importante se fue ante mis ojos. Me sonreía solo un momento antes, pero cuando me di cuenta ya me había dejado.

Las personas pueden morir así, en un instante, Sé que ésta es la realidad, pero simplemente todavía no puedo aceptarlo. Sin embargo, ahora mi corazón está tranquilo.

La Señorita Pony me dijo: “Sin distinción, el Señor pone la muerte al final de cada camino”.

El Señor McGregor vivió toda la vida que le fue destinada. Y es así para todos, ¿No es cierto?

Será difícil... Pero creo haber encontrado la fuerza para afrontar con valentía las diferentes maneras en que la muerte se presenta en mi camino. No olvidaré ninguno de sus regaños, querida directora.

“Cualquier cosa que nos depare el futuro, ¡Lo importante es que existen personas con la capacidad de curar el cuerpo y el alma! ¡La humanidad no tiene fronteras!”. Las palabras con las que me ha estimulado están grabadas en mi corazón.

Si tuvieran que enviarme al Hospital Santa Juana en Chicago, me esforzaré al máximo para aprender las técnicas quirúrgicas, ¡Con el fin de serle útil a los pacientes y pronto llegar ser una verdadera y competente enfermera!

Le prometo que un día, ¡Seré una alumna de la cual se pueda sentir orgullosa!

Siempre torpe, Candy.

P.D. ¡Le juro que no tengo nada que ver con el hecho de que los niños la hayan llamado “Gallina desplumada”!

De Annie

Querida Candy,

¿Cómo estás? ¿Estás siempre muy ocupada?

Tenía la esperanza de que, una vez regresara a Chicago, habría forma de verte más a menudo, y en cambio... Debido a que sé cuán ocupados son tus días, he decidido escribirte.

Archie insiste en decir que no es necesario que te comunique esta noticia, y que perfectamente puedo esperar hasta que nos veamos en persona, pero ni siquiera sé cuándo sucederá y quiero que lo sepas lo más pronto posible.

Incluso te envió un recorte de periódico. Ay... Pero tal vez tú ya estás enterado de todo, ¿Cierto?

Oh Candy, ¡Hasta yo me siento feliz!

Annie

¡Un nuevo gran talento!

¡Una nueva estrella brilla en el escenario: Terence Graham!

¡Una elección sin precedentes para el Rey de Francia en el Rey Lear; puesta en escena por la compañía teatral Stratford!

*** (II)**

Aquel día, cuando tomé entre mis manos el recorte de prensa que Annie me envió, mis sentimientos me abrumaron como una avalancha, impidiéndome incluso permanecer de pie.

Desplomada es el suelo, observé la foto de Terry. Tenía la vista nublada y, por temor de mojar con mis lágrimas aquella imagen, la alejé de mí. Sin embargo, casi me pareció alejar al propio Terry e, inmediatamente después, la estreché contra mi pecho.

Tomo del joyero un sobre grueso en cuyo interior guardé aquel recorte. Durante mucho tiempo, la fotografía me acompañó a donde quiera que

fuera, y por lo tanto está bastante deteriorada, pero la viril imagen de Terry ha permanecido intacta hasta hoy.

Terry se había convertido en un actor que dejaba huella en el escenario, pero yo no estaba sorprendida. Recordaba las palabras que me había dejado antes de partir, así como no había olvidado la entrega con la que leía y recitaba en Escocia las tragedias de Sakespeare.

El artículo citaba la frase: “Una elección sin precedentes”, pero yo estaba segura de que incluso su sola aparición en las audiciones había sido suficiente para atraer sobre él las miradas de todos los presentes. Su voz profunda, ni particularmente aguda ni particularmente baja, su audacia y su sonrisa tan suave y dulce capaz de agitar cualquier corazón...

En el artículo no había rastro del nombre de Eleanor Baker. Si Terry había logrado en ése breve lapso de tiempo llegar tan alto, había sido únicamente gracias a su carisma y sus esfuerzos, llevados a cabo en secreto.

Terence Graham. He repetido innumerables veces ese nombre. Había renunciado a la familia Granchester para empezar a recorrer solo su propio camino. Yo estaba muy feliz por él.

Terence G. Granchester. Muchas veces me había preguntado qué significaba aquella “G”.

Finalmente sabía en dónde se encontraba, y sólo eso fue suficiente para hacerme creer que frente a mí se perfilaba un camino luminoso. La esperanza de poder volverlo a ver se

había pues transformado en certeza, y me preguntaba si, enviando una carta a la compañía teatral Stratford, podría ponerme en contacto con él. En cualquier caso, la compañía estaba por salir de gira y tal vez haría una parada también en Chicago. Más que nada, quería hacerle saber lo más pronto posible que había regresado a Estados Unidos, algo que probablemente ignoraba. Tal vez fui una tonta, pero en aquel momento me sentía en el séptimo cielo y estaba llena de esperanza, segura de que todo iba a salir bien. Ni siquiera imaginaba las vueltas y las dificultades que me estaban esperando.

Pero... No quiero pensar que todo haya sido obra del destino: Quiero creer que todos los caminos que hemos tomado fueron el resultado de una elección. Este se aplica para mí, para Terry... Y también para Stair...

Cierro fuertemente los ojos por un momento y trato de calmar mi agitado corazón.

Saco del sobre otro recorte de periódico: Es el artículo en el que Frannie Hamilton, mi compañera de clase, recibe un reconocimiento por su trabajo como enfermera de la Cruz Roja.

Para Frannie Hamilton

Querida Frannie,

Imagino que estarás sorprendida de recibir tan inesperadamente una carta mía.

¡En realidad hace tanto que no nos vemos!

Soy Cndice, compartíamos la misma habitación en la residencia estudiantil cuando asistíamos a la Escuela de Enfermería Mary Jane y también volvimos a estar juntas en el Santa Juana.

Espero que te acuerdes de mí.

La razón por la que sentí la necesidad de escribirte es porque ayer leí un artículo en el que se habla del reconocimiento de tu trabajo en la cruz roja.

¡Estaba tan feliz que lo leí varias veces! Quería hacerte llegar al menos mis felicitaciones, así que me decidí a tomar la pluma.

Qué nostalgia he sentido al volverte a ver... Cuando me encontré frente a tu foto, pensé que no habías cambiado en absoluto: Siempre tienes el aspecto de una persona muy eficiente. Al verte como entonces me sentí feliz.

Ha pasado mucho tiempo desde que nuestros caminos se separaron.

Creía que la guerra terminaría pronto, pero no fue así. Durante todo este tiempo, te has esforzado para llegar a ser una enfermera de la Cruz Roja, y yo no puedo hacer más que admirarte.

Aún recuerdo cuando en el Santa Juana llegaron a buscar voluntarias para la Cruz Roja. Te levantaste de inmediato con decisión, pero yo no lo hice... No tenía el valor. No tengo familia, sin embargo no podía resignarme a la idea de perderlo todo, y solo pensaba en mí misma.

Luego, arrepintiéndome de mi conducta, me ofrecí en tu lugar, pero incluso en ese momento tu firmeza fue admirable y me respondiste que no tenías miedo de morir.

Sí... Recuerdo que también me contaste sobre tu familia. Decías que no importa tener familiares si no son unidos, porque en ese caso es como estar solo en el mundo. En ese momento te sentí muy cercana, por primera vez.

En aquel entonces todavía tenía una visión romántica del trabajo de una enfermera y de la vida en el campo de batalla. Me avergüenzo de no haber tenido la firme determinación que tú demostraste, y a la fecha todavía lamento si hice que te molestaras debido a mi comportamiento.

Rápidamente me tomo mucha confianza con todo el mundo. Quien aprecia esta parte de mí no tiene problemas, pero también hay algunos que simplemente no lo soportan. Sin pensar en tus sentimientos, fui impertinente y por mi cuenta estaba convencida de que rápidamente llegaríamos a ser amigas. Sin embargo, las personas, tienen diferentes formas de vivir, pensar y razonar...

Aprendí muchas cosas de ti: Tomar con seriedad mi trabajo, respetar los horarios, ¡Mantener todo limpio y en orden! Digo que aprendí muchas cosas, pero al final siempre sigo siendo la misma...

Frannie, sólo quería hacerte saber que hay alguien que siempre te ha admirado muchísimo.

Bueno... Tenía la intención de escribirte sólo dos líneas de agradecimiento, pero como vez sigo siendo la misma parlanchina.

Perdóname por esta larga carta.

Frannie, ¡Continúa esforzándote en tu trabajo como enfermera!

Oraré siempre para que estés bien.

Candice.

Para mi querida Candy (de Patty)

Querida Candy,

¿Cómo estás? Finalmente en día de mi partida a Chicago ha sido fijado.

Casi nunca he vivido con mis padres, pero ahora que tengo que irme sola a un país extranjero, todos estamos un poco melancólicos.

Inglaterra también entró en la guerra y una parte de mí piensa que lo más correcto sería quedarme... Pero mi familia no está de acuerdo.

Stair está preocupado y me invita a alcanzarlo pronto... Y yo también quiero estar cerca de él. ¡Y sobre todo en Chicago estás tú! Cuando me enteré, ¡De repente todo se tiñó de rosa! ¡Oh, Candy no veo la hora de verte y contarte tantas cosas! También quería hablarte de algo que me escribió Stair. ¿Es cierto que en el hospital donde trabajas fue hospitalizado el Señor Albert? Supe que perdió la memoria...

Aquí también llego la noticia del tren que explotó en Italia. ¿Quién habría imaginado que nuestro amigo viajaba justamente en esos vagones? Todos estábamos tan convencidos de que se encontraba en África... ¡Y luego no puedo creer que una persona dulce como él sea sospechoso de ser el presunto culpable de la explosión!1

También me contaron que en Italia deambuló por varios hospitales de campaña y albergues para prófugos. No puedo evitar creer que ha sido el Señor quien ha guiado sus pasos hacia ti. Estoy feliz de que las sospechas sobre él hayan resultado infundadas, pero también, sé que aún no ha recuperado la memoria.

Stair también está muy preocupado por su condición.

La guerra realmente es algo aterrador. Destroza los lazos que unen a las personas e inflige profundas heridas en el corazón. Supongo

que tú estás aún más conmovida que yo. A partir de ahora,

¡Todos juntos nos esforzaremos para hacer que los recuerdos del Señor Albert vuelvan!

Te agradezco por haberte preocupado también por mi tortuguita Hughley. Habría querido llevarla conmigo, pero finalmente decidí confiarla al cuidado del zoológico Blue River.

Contaré con ansias los días que nos separan para volver a vernos y espero que la guerra termine pronto...

Con mucho cariño,

Tú amiga Patty

Para el Doctor Frank Campbell del hospital San José

Querido Doctor Frank,

¡Mil gracias por su carta y por el tomo de Introducción a los Textos de Medicina que me ha enviado para felicitarme!

Creo que estaba muy asombrado de ver que yo lograra estar dentro de los primeros lugares en el examen de enfermería, ¡Pero cuando me esfuerzo llevo grandes resultados a casa! Eh eh... ¡Me concentraré al máximo para estudiar concienzudamente el libro que me ha regalado!

Por una carta de la Hermana Lane, también me enteré de que fue muy amable de pasar por el Hogar de Pony durante un viaje de trabajo.

¡También le agradezco mucho por esto!

Y estaba tan preocupada por Mina, la perra que el Señor McGregor amaba casi como a una ¡hija! Desde que quedó bajo el cuidado del Hogar de Pony

ha engordado bastante, ¿Lo ha notado?

Una enfermera de primera clase (Que sería yo) Los ha regañado advirtiéndoles de no darles demasiada comida, a fin de salvaguardar su salud, y en cambio... Al parecer la Señorita Pony simplemente no puede resistirse cuando Mina se pone en pose para pedir algo de comer. Y decir que es tan estricta con los niños ¡Y en particular lo era conmigo!

En esta ocasión, sin embargo le escribo para hacerle una consulta.

¿Alguna vez ha atendido a un paciente que sufre de amnesia?

Una persona a quién prácticamente le debo mi vida ha perdido repentinamente la memoria y ha sido hospitalizado en el Santa Juana. En verdad deseo tanto que él se cure, y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para que esto suceda.

Por favor, deme su opinión al respecto.

Su estupenda enfermera principiante Candy

P.D. Doctor Frank, la persona de quien le he escrito se encuentra ahora en el ala número cero del hospital. Ahí definitivamente no podrá recibir una atención médica adecuada ya que, como quizás ya sabrá, en esa sección son abandonados los paciente que carecen de familia o de conexiones. Estoy triste y enojada por mi impotencia.

*** (III)**

En el Hospital Santa Juana no existe más el ala cero. Fue eliminada por el doctor Leonard, cuando de subdirector fue ascendido a director.

Incluso cuando Estados Unidos entró en el gran conflicto mundial, el hospital debe de haber recuperado su verdadero espíritu. Los hospitales y los enfermos no tienen fronteras, y nuestro deber es atender a las personas: Las convicciones de la directora Mary Jane también vivían en el corazón de aquel hombre.

Por mucho tiempo yo lo consideré un médico insensible. Cuando me propuse cuidar al Señor Albert hasta que se recuperara, él me despidió. Como jefe, su decisión fue absolutamente correcta: Incluso comprendiendo al máximo mis sentimientos, las reglas del hospital debían respetarse.

Por otro lado, creo que fue gracias a sus severas palabras que me esforcé con todo mí ser para aprobar el examen de enfermería. De hecho fue él quien, incluso antes de llegar a ser director, me dijo que era impensable dejar a un paciente en manos de una estudiante.

He comprobado tantas veces cuan errado es juzgar a las personas por su apariencia, pero aún hoy en día continuo cayendo en ese mismo error. A la fecha mi amado siempre se ríe por esta debilidad mía.

El Señor Albert... En ese entonces ni siquiera sabía su nombre completo. Él era Albert, yo no necesitaba saber nada más. Inexplicablemente su sola presencia bastaba para tranquilizarme. Ahora puedo comprender el significado de ese lazo invisible que nos unía.

El sol empieza a ponerse y las sombras se alargan sobre la alfombra. Del mismo modo, también mi corazón comienza a ensombrecerse al evocar los innumerables y tristes acontecimientos que siguieron...

Incapaz de seguir mirando las cartas y los recortes de periódicos, lentamente cierro el alhajero.

Ahí dentro también están las cartas de Terry y los artículos sobre sus presentaciones. Los guardé todos, tanto los positivos como los más difíciles de sobrellevar, ya que todos se relacionan con él.

Y además, está mi pequeña y preciada caja de música...

Después de haber cerrado el joyero, suelto un profundo suspiro para tratar de recuperarme y me dirijo hacia la estancia de al lado, utilizada como estudio.

Las paredes de esta habitación están cubierta con libros encuadernados en cuero de las obras completas de Shakespeare, novelas de literatura francesa

e inglesa, publicaciones de medicina...

En una esquina no han sido colocados retratos sino varias fotografías pequeñas con marco. De todas, creo que una tiene un valor especial: La imagen que retrata a los Lagan, uno de los clanes de la familia Ardlay, y a sus empleados.

Escuchando las arrogantes palabras de Eliza, me entere que su familia estaba administrando hoteles y actividades turísticas a gran escala. Aprovechándose del apoyo de los Ardlay los Lagan fueron expandiendo progresivamente sus negocios. El frío y habilidoso Señor Raymond Lagan y su hijo Neal, convertido en un empresario sin escrúpulos, no fueron afectados en lo más mínimo por la crisis financiera y, al contrario, salieron fortalecidos.

Esta foto fue tomada con motivo de la fiesta de inauguración del hotel más elegante de su cadena: el Miami Resort Inn. Jamás me esperé que sería invitada. Incluso dejando a un lado a Eliza, ¿Es posible que su hermano no se hubiera opuesto?

Recuerdo que en esa ocasión Neal hacía todo lo posible por evitarme, y yo percibía una extraña sensación. Nuestras miradas se encontraron sólo por un instante y sus ojos eran extremadamente penetrantes. No puedo olvidar aquella mirada sombría y cortante en la que parecía albergar un tono profundo y singular, imposible de ver en los ojos de Eliza.

Neal y Eliza. Siempre había considerado a esos dos hermanos como un solo ser, pero ese día me di cuenta de que en Neal corrían sentimientos completamente diferentes a los de su hermana. Era algo tan obvio, pero sobre lo cual nunca había reparado.

En el centro de la fotografía están lógicamente en Tío Abuelo William, la Señora Lagan, Neal y Eliza. Al momento de tomarla, el Tío Abuelo riendo me propuso que me colocara junto a pero educadamente me negué. Naturalmente, me encontraba mucho más cómoda cerca de mis queridos Stewart y Mary. A mi lado está Georges, por lo general tan reacio a ser fotografiado, con una graciosa expresión avergonzada en su rostro.

La Ti Abuela Elroy no había podido asistir debido a problemas de salud e incluso Archie no se había presentado aduciendo un repentino compromiso, pero yo sabía muy bien que nunca había tenido intención de asistir.

La familia Lagan... La villa de Lakewood a donde me dirigí, aun siendo niña y con el corazón lleno de esperanza, dejando atrás el Hogar de Pony.

Las incontables lágrimas derramadas en aquellos días ahora son solo un recuerdo.

Para la señora Lagan

Estimada Señora Lagan,

Espero que esté bien. Le agradezco por haberme invitado a la fiesta de inauguración del Resort Inn. Gracias a usted, tuve la oportunidad de visitar un espléndido hotel y de reencontrarme con personas que no veía desde hace mucho tiempo.

Más que cualquier otra cosa, quisiera agradecerle por haber desmentido frente a toda la familia el hecho de que tengo el hábito de robar. En realidad ésta es una acusación que durante muchos años ha arrojado una sombra en mi corazón, y puedo asegurarle que soy completamente inocente.

Cuando le expresé mi agradecimiento, usted me respondió que simplemente había obedecido las órdenes del Tío Abuelo William, pero aunque así haya sido, imagino que le costó mucho pronunciar esas palabras.

Aprovecho la oportunidad para agradecerle nuevamente y espero que sus Resort Inn Hotel aumenten cada vez más en número.

Candice W. Ardlay

Para el señor Stewart Lux

Querido Stewart,

¡Nunca habría imaginado que todavía trabajaban para los Lagan!

¡Estaba convencida de que incluso Mary ya se había ido hace tiempo! Qué valientes... ¡Han logrado aguantar durante todo este tiempo a pesar del trato que les dan! Pero ahora ya no eres más su chofer privado sino el jefe de la recepción del hotel de Miami.

¡Entonces la familia Lagan observa atentamente a sus empleados!

Muy bien podrías haberte presentado con tu nuevo uniforme, ¡En cambio llegaste a recogerme precisamente con la ropa que usabas en los días en que nos conocimos! Realmente eres un hombre a quien le gusta hacer bromas, ¡Aunque quién lo diría! Me llevaste de vuelta al pasado, ¡Y por un momento me quedé sin aliento! Era el mismo traje que llevabas puesto cuando viniste al Hogar de Pony...

Aquel día, yo estaba en la Colina de Pony observando como tu auto se acercaba levantando nubes de polvo, ¿Sabes? ¡Estaba tan feliz de que hubiera llegado alguien dispuesto a hacer de mí su hija adoptiva! Mientras yo me encontraba dominada por el entusiasmo, tú me mirabas con una expresión de disculpa, ¿Recuerdas? Me di cuenta que, aunque eres un hombre callado, estabas tratando de consolarme con todo tu ser, por eso había logrado volver a estar feliz.

¡Lástima que cuando conocí a Eliza el golpe fue grande! Nunca podré olvidar la desilusión que sentí en ese momento. Pero quizás fue precisamente esa experiencia la que me fortaleció y me permitió soportar los golpes que a continuación me tenía reservados la vida.

Sin embargo, si logré soportar los días transcurridos en aquella casa, fue gracias a la bondad de ustedes.

A la fecha todavía recuerdo aquella mañana cuando trataron de enviarme a trabajar a México. En la niebla matutina y conteniendo las lágrimas, tú, Mary, Doug y el señor Whitman se presentaron para despedirme.

Cuánto tiempo ha pasado desde entonces... Todos hemos superado las olas turbulentas de la guerra y hemos logrado volver a vernos.

¡No podría ser más feliz! A mí también me han pasado muchas

cosas ¿Sabes? Después que regresé a Chicago, hubiera querido ir a saludarte inmediatamente, pero me era muy difícil presentarme en la casa Lagan... Me alegra haber asistido a la fiesta de inauguración y haber tenido la oportunidad de saludar también a Mary.

Cuando en la fiesta me disculpé por haberte llamado simplemente Stewart, dada nuestra diferencia de edad, y me propuse rectificar el error de ahora en adelante, tú te echaste a reír y dijiste que así estaba bien. Como vez, incluso en esta carta he respetado fielmente tus instrucciones. Incluso Mary se burló de mí, porque todavía tenía estas cosas en la cabeza. Por lo tanto, querido Stewart, por favor no olvides la promesa que me hiciste: La próxima vez que vaya al hotel, a escondidas de la señora Lagan, ¡Espero un trato especial!

Candy

Para la señorita Mary Darcy

Querida Mary,

Cuando te vi dar órdenes durante la fiesta de inauguración, con la misma energí que siempre te ha caracterizado, me pareció retroceder en el tiempo.

¡La criada principal de la casa Lagan! ¡Sin ti parecía que nada avanzaba! Reías diciendo que prácticamente eras la señora de la casa, pero tú y Stewart realmente deberían recibir un reconocimiento oficialmente: Los Lagan tienen una pésima manera de tratar a las personas.

¿Así que Doug renunció a su trabajo y abrió una panadería?

¡Cuando supe que su negocio se llama "El glotón" a mí también me dio hambre! La próxima vez, de verdad espero ir a visitarlo y darle una sorpresa.

Oh, Mary, ¡Me divertí al escuchar tus historias! No puedo creer que, cuando Neal decidió por su cuenta nuestro compromiso, ¡Tú le pusiste laxante en su té! ¡Me dan ganas de reír de solo volver a pensar en ello! ¡Y

ni siquiera le hizo efecto! Me conmoví tanto cuando me dijiste que de ninguna manera podías aplacar tu cólera respecto a este asunto.

Incluso cuando me relegaron para cuidar a los caballos, tú siempre me pasabas a escondidas alguna cosa. Doug, al contrario, me llevaba pan recién horneado... ¡Por eso no quiero en absoluto que pienses que no hiciste nada para ayudarme! ¡Si logré apreciar mi vida en el establo, realmente fue gracias a ti! La funda de retazos que cosiste para mí me permitió tener sueños tranquilos, y es algo que nunca olvidaré.

Al parecer, se dice que si Neal todavía no tiene novia, todo es culpa de una maldición mía ¿Cierto? Eso simplemente es una típica ocurrencia de Eliza. Me da risa... ¿Ahora también sería una hechicera?

¡Fue tan hermoso volverte a ver y espero con ansias el día en que podamos hablar de nuevo!

La próxima vez que vaya a la residencia principal de los Ardlay, en Chicago, te lo haré saber (En secreto).

¡Gracias por haberme dado la dirección del señor Whitman! ¡Le escribiré inmediatamente!

Candy

Para el señor Jacob Whitman

Querido señor Whitman,

Ni siquiera sé por dónde comenzar esta carta...

¡Soy Candy! Ha pasado muchísimo tiempo, pero siempre he seguido pensando en usted, en Mary y en todos los demás.

Hace algún tiempo fui invitada a la fiesta de inauguración del hotel de los Lagan en Miami. Estará sorprendido de saber que recibí oficialmente una invitación de parte de ellos, ¿Cierto?

Aquella ocasión me dio la oportunidad de volver a ver a Mary y Stewart.

Fue precisamente Mary quién me contó de su mudanza a California y me dio su dirección. Sin embargo, yo, simplemente no podía decidirme a tomar la pluma... Los recuerdos eran demasiados intensos para soportar... Creo que usted podrá comprenderme.

Querido señor Whitman, quiero agradecerle por haber cuidado con tanta devoción del rosal. Incluso el Tío Abuelo William me ha informado de su bondad.

Estaba triste al saber que la residencia de Lakewood había sido abandonada y ahora ya no está en uso, pero cuando me enteré que, cada vez que usted iba, tenía el cuidado de ventilar las habitaciones y de velar por aquel inmenso jardín, sentí una gran emoción.

Realmente le agradezco de corazón.

Visité Lakewood después de mucho tiempo y lo encontré igual. El Portal de las Rosas, la Entrada de Piedra y el Portal de Agua... Y

luego el bosque...

A dondequiera que vaya, las imágenes de aquellos árboles y del jardín de rosas nunca me han abandonado, ¿Sabe? Siempre me preguntaba si las rosas Dulce Candy seguían floreciendo, y cuando me dijeron que cada primavera volvían a la vida, incluso aumentando en número, por un momento me quedé sin palabras.

Desde el día que dejé Lakewood, realmente han sucedido tantas cosas.

Supongo que ya se enteró sobre Stair. Hay eventos tan dolorosos que aún no pueden convertirse en recuerdos.

Tal vez los tres portales de la villa todavía están esperando que sus respectivos propietarios regresen.

En este momento estoy de vuelta en mi pueblo natal, donde se encuentra el Hogar de Pony, y estoy trabajando como enfermera en la Clínica Feliz del

Doctor Martin. Por supuesto, me ocupo de ayudar en el orfanato y mis días están bastante atareados.

Señor Whitman, debe saber que durante mi visita a Lakewood, hice que me dieran una mata de la rosa Dulce Candy. Tengo intención de cultivarla con dedicación cerca del Hogar de Pony y hacer que su número aumente. He mejorado un poco en la jardinería, ¡En serio! ¡Imagine que ahora también puedo distinguir la mala hierba de las plantas con flores!

Espero que incluso en la soleada California, rodeado del afecto de sus hijos y nietos, usted continúe haciendo florecer muchísimas

flores. A la espera de que algún día pueda volverlo a ver, le deseo lo mejor.

Candy

Para el señor Georges Villers

Querido Georges,

Me alegro de saber que te estás recuperando de la gripe. ¡Una persona como tú ciertamente no puede enfermarse! ¡No me gustaría que hayas contraído un virus muy potente en la fiesta de los Lagan! En cualquier caso, incluso el Tío Abuelo William, sabiendo cuan raramente te enfermas, está muy preocupado.

Tú eres mi héroe de brillante armadura, mi Caballero Blanco (Perfecto para una chica cuyo apellido es "White" ¿No crees?), El hombre fuerte con quien siempre pude contar! ¡Siempre debes estar sano! Cada vez que me he encontrado en problemas, has venido a salvarme, pero hasta el momento creo que jamás te he agradecido de forma adecuada.

Las cartas que me enviabas siempre contenían solo serios y formales mensajes de parte del Tío Abuelo y el sólo recibirlas me ponía en un estado de agitación. Sin embargo ahora sé por qué te comportabas de forma tan rígida y caso me dan ganas de reír.

Tratabas de detener de cualquier forma mis preguntas, ¿No es así?

Siempre te pedía que me contaras cualquier cosa sobre el Tío Abuelo, no hacía otra cosa que insistir en el tema, estaba tan ansiosa por conocerlo. ¡Pero tú en cambio nunca me diste siquiera la más mínima pista! ¡Realmente eres digno de confianza! ¡Ahora comprendo por qué se dice que la casa de los Ardlay no sería nada sin Georges!

¡Todos nosotros siempre habíamos creído que el Tío Abuelo Willian era un señor mayor y enfermo! Además estaba convencida de que era una especie de ermitaño centenario que apenas podía respirar, ¡Pero todavía con una mente perfectamente lúcida! O

mejor dicho, ¡Eso era lo que querías que yo creyera!

Ahora que el misterio se ha resuelto, intencionalmente me dirijo a él como si fuera un hombre muy viejo, sin dejar de llamarlo Tío Abuelo, yél ya no sabe qué hacer para que lo perdone. Es una pequeña venganza que tengo el derecho de darme, ¿No crees?

Querido Georges, recuerdo como si fuera ayer nuestro primer encuentro. Nunca podré olvidar el viaje a México, el país en donde debía quedarme a trabajar.

De pronto, ¡Alguien me puso una mano en la boca y me secuestró!

Luché con todas mis fuerzas, ¡Pero tú no te alteraste en absoluto (Creo haberte dado algunos pequeños arañazos... Y también perdóname por ese mordisco en el brazo)!

Sin embargo, luego dijiste que podía estar tranquila porque no querías hacerme daño. Inexplicablemente, en ese momento, tú voz tan cálida y sincera me calmó. Incluso tus ojos limpios me tranquilizaron, y me convencí de que no podías ser una mala persona. Lo que ocurrió después, incluso ahora me parece un sueño, y los mismos recuerdos son vagos. No podía creer que había sido adoptada por los Ardlay, pero estaba aún más extasiada con la idea de volver a ver a Anthony y a los demás. No podía contener la alegría.

Y después... Una sola palabra dicha por ti, a pesar de que eres tan taciturno, fue suficiente para hacer que me decidiera ir a Inglaterra. Por favor, ¡Enséñame cómo hacerlo! ¿Cómo haces para motivar los corazones de las personas sin hablar? Yo hablaré por lo menos cien veces más que tú, pero los niños del Hogar de Pony simplemente no me hacen caso.

Bueno, en este punto diría que ha llegado el momento de que te tomes la temperatura. ¿Entonces? Si ha bajado, ¡Puedes continuar con la lectura! El Tío Abuelo William es tan gentil al decir que no hay mejor alimento que mi charla, ¡Por lo que ya verás también te hará bien a ti!

Querido Georges, nunca me revelaste nada sobre el Tío Abuelo, pero él al contrario es bastante hablador y me ha contado muchas cosas sobre ti.

Me enteré de que tú también eres huérfano (Esto me hizo sentir aún más cercana a ti) Y que, aunque me parece imposible por la manera en que te conozco, fuiste un chico bastante problemático, al menos hasta que conociste al señor William C. Ardlay, el anterior jefe de la familia. ¡Que maravilloso incidente! Durante un viaje a Francia, su maleta que conteniendo algunos documentos importantes, estuvo a punto de ser robada... ¡Y he aquí cómo se conocieron! El señor

Ardlay tal vez vio algo en tus ojos, y en lugar de enojarse, te tomó consigo, trayéndote hasta los Estados Unidos. Realmente es el más digno predecesor de los Ardlay del que he sabido. No sólo tenía sentido para los negocios, sino también sabía valorar adecuadamente a las personas.

Aquel hombre se preocupó de darte educación (¡En la que por supuesto alcanzaste excelentes resultados!) Y te crió queriéndote como un hijo. Tú respondiste y superaste todas sus expectativas.

Luego, poco antes de morir de forma repentina mientras estaba comprometido con el trabajo, te confió a su querido William A.

Ardlay.

Oh, Georges, no te enojas con el Tío Abuelo porque habla demasiado: ¡Con la edad sucede que uno se vuelve más hablador!

Por supuesto, estoy bromeando...

Mientras me contaba todo esto, el Tío Abuelo tenía los ojos húmedos. Dijo que has estado a su lado desde su infancia, que siempre has estado de su parte y que eres la persona en la que siempre ha podido confiar y de quien más se fía. También me confesó que fue precisamente gracias a tu presencia que pudo llevar la vida libre que deseaba. Lamentaba el haberte dado tantas preocupaciones... Y tiene razón.

Puedo imaginar muy bien tu dolor al saberlo desaparecido. De repente ya no llegaban mensajes de tu parte... Y si pienso que, para no hacer que se preocupara el Tío Abuelo William yo evitaba escribirle lo que me estaba pasando, simplemente me dan ganas de reír. Peor una persona sería como yo nunca habría podido contarle a nadie que le debía su propia vida a un hombre extraño que vivía en el bosque de Lakewood, ¡Y que ocupaba sin autorización una cabaña perteneciente a los Ardlay!

Y tú, por supuesto, ¡No podías imaginar que yo misma estaba cuidando de él! ¡La vida de las personas son historias realmente sorprendentes! Cuando estaban por obligarme a aceptar el compromiso con Neal, tú, el emblema de la fidelidad, desobedeciste por primera vez las órdenes del Tío Abuelo. Tenías una expresión de angustia, pero fuiste tan amable de revelarme el lugar donde podría encontrarlo. Él estaba ahí, en Lakewood. ¡Realmente te lo

agradezco! ¿Entiendes ahora por qué te llamo mi Caballero Blanco?

Espero, algún día, poder devolver todo aquello que has hecho por mí. Si estuviéramos más cerca, te habría cuidado sin dejarte solo ni un instante (¡Y ahora no me diga que te sientes aliviado! Mira que, aunque no lo parezca ¡Soy una estupenda enfermera!): Se me olvidaba, ¿Has tomado las medicinas? Te recomiendo, al menos por ahora que estás enfermo, ¡No pensar en el trabajo y descansa lo más que puedas! ¿Cómo dices? ¿Con una carta tan larga no te dejo descansar adecuadamente? ¡Tienes razón! Bueno, será mejor que me detenga aquí. La próxima vez que nos veamos, te haré probar un excelente pie de queso hecho con mis propias manos.

Ahora descansa, y que tus sueños puedas ser maravillosos.

Candy

*** (IV)**

En el semi-estudio, desplazo la mirada de la fotografía de la fiesta celebrada por la familia Lagan hacia una pequeña imagen color sepia situada a su lado, con un marco de plata ennegrecida a su alrededor. La fotografía está desenfocada y todo se ve un poco borroso, alimentando la sensación de que en realidad se trata de otro mundo. Frente a nosotros hay una especie de avión rudimentario, claramente construido a mano. Archie, Annie, Patty...

Todos se ven felices. Incluso yo, situada en el centro, la única que lleva un casco en la cabeza, estoy riendo de buena gana.

Esta imagen fue tomada poco antes del vuelo inaugural del aeroplano construido por Stair.

Todos se habían negado (¡Incluso Patty!) Y solo yo había quedado para ofrecerme como voluntaria junto a su creador. Solo falta Stair, el artífice de la foto.

La imagen resultó tan movida precisamente porque la cámara también fue construida por mi amigo. De aquel artefacto suyo salieron muchas fotos, todas desenfocadas. Archie comentó diciendo: "Los inventos de mi hermano, todos eran iguales"... Luego, con los ojos rojos, me dio una fotografía.

Como era de esperarse, el motor de aquel artefacto explotó en el aire y nosotros tuvimos que abandonarlo utilizando los paracaídas preparados por cualquier eventualidad, pero Stair no parecía sorprendido e incluso, afirmó que había salido exactamente como él

esperaba. Y pensar que yo confié en él, aunque no del todo, y había aceptado acompañarlo...

Recuerdo que en ese tiempo la guerra se hacía cada día más intensa, pero en las afueras de Chicago se seguía respirando una apacible atmósfera.

Mirando la foto tomada por Stair y en la cual él mismo está ausente, me parece ver el mundo a través de sus ojos. Ese día él era el más entusiasmado de todos.

Aún me pregunto si ya había tomado la decisión de enlistarse como voluntario en el ejército. La fotografía, ya desenfocada, se vuelve incluso menos clara.

Recuerdo que era una tarde saturada de luz. Aunque solo por un momento, desde el cielo habíamos visto la inmensa residencia de los Ardlay y la preciosa campiña que se extendía delicadamente. Un pájaro que volaba en completa tranquilidad se había asustado por nuestra presencia y repentinamente había cambiado su ruta, haciendo que nos echáramos a reír. Un instante después, el motor no había abandonado.

Aparto la mirada de la foto y siento un temblor en la punta de los dedos.

Soy yo la que parece más feliz de todos, y es precisamente eso lo que no puedo perdonarme. Aquel día no pude percibir en lo más mínimo las preocupaciones que Stair tenía en su corazón; Estaba demasiado absorta en mí misma. Estaba preocupada por el señor Albert, pero sobre todo estaba feliz por la idea de poder volver a ver a Terry. Sí,

¡Pronto lo volvería a ver!

Terence Graham había sido elegido para interpretar el papel protagónico masculino en

"Romeo y Julieta", mientras que la parte femenina había sido dada a una hermisísima actriz en ascenso, Susanna Marlowe. Las revistas de chismes ya habían comenzado a sentir curiosidad y a insinuar que entre ellos había una relación, pero eso no me perturbaba, porque estaba segura de los sentimientos de Terry.

Cuando había llegado a Chicago para una función del "Rey Lear" con fines benéficos, corrimos el uno tras el otro sin lograr encontrarnos. Solo para verlo, había abandonado mi turno de noche para asistir a la función, un comportamiento ciertamente indigno de una enfermera. Al mismo tiempo,

él me había esperado frente al hospital hasta el amanecer. Cuando comprendimos cómo habían ocurrido las cosas, nuestros sentimientos se volvieron más claros. No había necesidad de que le explicara el motivo que me había empujado a volver a los Estados Unidos, Terry ya sabía todo.

Posteriormente traté de escribirle dirigiendo las cartas a la compañía de teatro, pero casi ninguna había llegado a su destino. O mejor dicho, no le habían sido entregadas.

La razón era Susanna Marlowe. En aquel tiempo, la rabia que sentía hacia ella hacía que casi me dieran ganas de llorar, pero ahora creo poder comprender cómo se sentía. Cuando

has amado a alguien desde el fondo de tu corazón, tus sentimientos ya no pueden permanecer claros.

Romeo y Julieta era un título que me recordaba el Festival de Mayo, y Terry había prometido invitarme a la función, asegurándome que también había considerado los boletos para el tren. No habría podido estar más feliz y estaba segura de que esa vez lo volvería a ver. Simplemente no podía pensar en otra cosa. Cuando subía al primer tren de la mañana para partir a Nueva York, extrañamente se presentó solo Stair para despedirme.

Recuerdo su imagen en la plataforma envuelta en la niebla matutina... Es el último recuerdo que tengo de él.

Fue ahí que me dio aquella caja de música capaz de producir una melodía tan maravillosa.

Cuántas veces su música me ha reconfortado...

Me muerdo los labios para contener las lágrimas y vuelvo de prisa a la sala de estar.

Sobre la mesa aún está el joyero con incrustaciones. Lo vuelvo a abrir una vez más, tomando entre mis manos aquel pequeño objeto, la Caja de Música de la Felicidad de Candy, que Stair fabricó para mí.

De Archibald Cornwell 2

Querida Candy,

He sido muy feliz al recibir tu carta. En este momento dolo hay una persona con la que puedo hablar libremente de mi hermano, y esa eres tú.

¡Cómo quisiera gritarle con todas mis fuerzas que ha sido un estúpido! Ciertamente eres la única capaz de entender el significado de tal reproche de mi parte.

Nuestros padres están abatidos, y no hacen más que llorar por la muerte de Alistair. Continúan repitiendo que deberían vivir con nosotros por muchos pero muchos años más. Incluso la Tía Abuela Elroy parece que no ha tocado alimento durante varios días.

¿Cómo ha podido Stair hacernos esto a todos? Y luego, ¿Qué puedo decirle a Patty? Si ella le importaba tanto, nunca debió haber partido a la guerra. ¿No había regresado a Chicago precisamente para escapar del conflicto?

Nos separaban solo dos años de edad, y siempre había estado convencido de saber todo acerca de mi único hermano, pero ahora descubro que no lo conocía en absoluto. Cuando él trataba de hablarme de la guerra, yo no le prestaba atención, pero ahora sé que debí haberlo escuchado.

Desde pequeños él nunca ha soportado los enfrentamientos. Anthony era sin duda un choco tranquilo, pero con él, que tenía la misma edad que yo, se me presentó la ocasión de pelear, cosa que nunca sucedió con Stair. Ahora comprendo cuan tontos fuimos Anthony y yo al creernos los únicos herederos de todo el fervor que caracteriza a los Ardlay. Considerábamos a Stair demasiado tranquilo, pero probablemente de todos nosotros él era la persona más pura y capaz de grandes arrebatos.

¿Pero por qué se enlistó voluntariamente? Estados Unidos ni siquiera ha entrado en la guerra...

Sabes, Candy, gracias a tu carta creo haber comprendido algo más sobre él. Probablemente no podía estar aquí rodeado de comodidades, mientras

en el mundo muchos jóvenes como él estaban combatiendo. Quizás es como tú has dicho, y realmente creía poder esparcir desde el cielo una especie de “Virus de la paz”.

Sea como sea que hayan sido las cosas, yo me he quedado solo.

Anthony había perdido a su madre cuando era niño, y pasábamos muchos tiempos juntos. Los tres crecimos uno al lado del otro, jugando y confrontándonos como buenos hermanos.

Stair fue un hermano mayor ejemplar e indudablemente, aunque no hubiéramos estado emparentados, yo lo habría querido como amigo.

En el mismo instante perdí tanto a un hermano como a un amigo.

Oh, Candy, cuánta falta me hace Lakewood, el lugar donde nos conocimos. La vida de Anthony y Stair eran tan brillantes en aquellos días. Y lo mismo se podría decir de la mía...

La Señorita Pony tiene razón: Seguimos viviendo avanzando por un camino lleno de vueltas. Esto no quiere decir que al final de todo no haya espacio para la esperanza.

Stair ciertamente no se arrepintió. Si tú lo dices, yo también lo creeré.

Todavía no tengo las ideas todas claras, pero estoy empezando a descubrir lo que quiero hacer con mi vida. De ahora en adelante me dedicaré seriamente al estudio: Como miembro de la familia Ardlay, tengo trabajo que me espera. Daré lo mejor de mí, también por Anthony y por Stair.

Annie viene todos los días a visitarme porque está preocupada por mí. No me obliga a hablar de nada en particular, pero está cerca de mí con delicadeza. Para ser honesto, realmente aprecio mucho tal consideración de su parte.

Candy, te encargo a Patty. ¡Cuando la guerra haya terminado nos reuniremos en Lakewood para conmemorar a Stair!

También tú, ¡Deja de preocuparte por mí y piensa más en ti misma!

Sabes, te he visto un poco más delgada (¿Acaso no te vas a poner feliz?)

Siempre cuida de ti, ¿De acuerdo?

Archibald Cornwell

Para la señorita Candice White Ardlay (de Rolf Baughmann)

Estimada señorita Candice,

Me encuentro en una zona de guerra y temo haber recibido su carta con cierto retraso. Solo puedo esperar que esta respuesta mía llegue hasta usted, confiándola a la misericordia de Dios.

Si puedo expresarme con sinceridad, hablar de Alistair Cornwell es para mí algo muy doloroso. Él fue para mí un valioso y excelente subalterno. También en el ejército todos lo llamábamos Stair, usando su sobrenombre, e imagino que no le resultara difícil creer que todos lo queríamos mucho. Su sonrisa tan radiante y pura trajo sin duda, en esta situación tan claustrofóbica, un gran consuelo a muchos de sus compañeros, incluido yo.

Se definía como un gran inventor, pero la mayoría de las veces sus creaciones se convertían en fuente de risas. Para darle algunos ejemplos, una vez diseñó un dispositivo para hacer salir agua de la trompeta que se tocaba para despertar a los soldados, mientras que

en otra ocasión, durante los ejercicios de vuelo, consiguió dibujar un arcoíris en el cielo.

Sin embargo, su habilidad para volar y en el mantenimiento de la aeronave era grande, tanto que me hacía preguntarme en mi interior en dónde había adquirido todos esos conocimientos. Mi único pesar es no haber tenido la oportunidad de elogiarlo siquiera una vez.

Probablemente, Alistair Cornwell era un hombre muy alejado de la realidad de la guerra.

Antes de leer su carta, no sabía que tenía novia, y que ella usaba gafas. Ahora, sin embargo, comprendo por qué en su avión estaban dibujadas justamente unas gafas. Stair se ha ido junto a su amada, desapareciendo en el sol del ocaso.

Sobre todo ahora que nos ha dejado, supongo que es difícil entender los sentimientos que empujan a alguien a unirse voluntariamente al campo de batalla para enfrentarse cara a cara con la muerte, pero hay cosas frente a las cuales un hombre no puede echarse para atrás.

Creo que combatir era para él como una oración. Por las noticias recibidas, su avión fue derribado después de una intensa batalla en el cielo. Parece que no faltaron oportunidades para batir al enemigo, pero Alistair Cornwell decidió sacrificarse.

La guerra es algo cruel e inhumano. Ciertamente él era consciente de eso.

Me han informado de que su avión, más que precipitarse, fue como si se hubiera sumergido con ímpetu en el sol. Quiero que sepa que ese día el cielo del atardecer estaba iluminado por una intensa luz, maravillosa y dulce, como nunca antes había visto desde que llegué a Francia.

Animado por la esperanza de que esta guerra termine pronto, seguiré dedicando mis fuerzas a favor de los países aliados. Ruego todos los días para que el alma de Alistair Cornwell encuentre la paz y que su familia pueda encontrar serenidad.

Rolf Baughmann

De Patty 2

Mi queridísima Candy,

¡Gracias! ¡Mil y mil veces gracias! ¡Gracias!

Fui a la residencia de los Cornwell y Archie me dio a leer la carta del Capitán Baughamann. La leí y volví a leer, pero todas las veces las lágrimas me nublaron la vista, impidiéndome continuar. Tenía que sonarme la nariz, me daban ganas de llorar y a la vez de sonreír... Archie bromeó, diciéndome que al parecer yo tenía muchas cosas que hacer.

La mamá de Stair nunca se aparta de esa carta, así que Archie me regaló una copia. Eso hizo que nuevamente me echara a llorar.

Candy, ¿Sabías que la letra de Stair se parece a la de Archie? Por otro lado son hermanos...

No tienes que preocuparte más por mí. Desde que entre lágrimas me abofeteaste, mi estado de ánimo parece haberse calmado un poco.

¡Ciertamente que pegas duro! Me dolió...

En ese momento realmente pensaba seguir a Stair en la muerte. Él se enlistó sin decirle nada a nadie. Si lo hubiera sabido, lo habría detenido con todas mis fuerzas, pero ni siquiera a mí me dijo nada...

Por eso estaba convencida de que él nunca me había amado, y me sentí muy triste y afligida...

¡Yo lo amaba! Realmente estaba enamorada de él y lo consideraba mi prometido... Luego perdí toda la certeza que albergaba en el sentimiento que nos unía, y no puedo soportarlo.

Sin embargo, la carta del capitán, ha borrado mis dudas. He comprendido que, aún vivos, hay momentos en los que las personas están obligadas a separarse... Pero esto quizás lo sabes mejor que yo...

Él está muerto y yo debo aceptarlo. Jamás lo olvidaré, pero desgraciadamente no nos encontraremos nunca más...

Qué fuerte eres, Candy. Tomaré tu ejemplo y me haré más fuerte.

Imagino que también en la Clínica Feliz, tu nuevo lugar de trabajo, te esperan días muy atareados. ¿Pero estás segura de que el doctor Martin es

competente? Me pregunto si realmente el señor Albert

podrá mejorar en manos de ese médico que parece un alcohólico y no hace otra cosa que jugar con los anillos mágicos. Y luego ¿Al menos estás recibiendo un salario digno de ser llamado así?

Annie y yo no hacemos más que preocuparnos por ti. Nuestra amiga me parece un poco molesta y dice que, al menos en estos casos, deberías hacer uso de la ayuda de la familia Ardlay.

Querida Candy, al parecer también Estados Unidos está por entrar en guerra. La próxima semana mi madre vendrá a Chicago. Debe recoger material de trabajo, pero tal vez tanto ella como papá se establecerán aquí. Con toda probabilidad, dejaré la casa de los Winston, la familia que me ha hospedado hasta este momento, e iré a vivir con ella.

Stair me presentó a los señores Winston y ellos también están lejanamente emparentados con los Ardlay. Siempre hablan de él y no es fácil para mí, pero la idea de dejar esa casa tan acogedora y elegante me pone un poco triste.

En resumen, un día que estés de descanso, Annie y yo queremos prepara un pie de polo e ir a visitar a la Casa Magnolia. El señor Albert la otra vez lo agradeció mucho.

Se me olvidaba, le pedí a mi madre que vaya al zoológico Blue River y que me traiga muchas fotografías de Hughley. Tal vez al verlas, el señor Albert podría acordarse de algo...

Espero volverte a ver pronto.

Con toda mi amistad,

Patty.

De Annie 2

Querida Candy,

El cielo tiene un color grisáceo, como si en cualquier momento fuera a empezar a llover.

Siempre he detestado este tipo de días. Hacen que sienta dentro de mí una especie de ansiedad. En días similares, cuando vivíamos en el Hogar de Pony, tú siempre te comportabas como una hermana mayor, y me leías alegres libros ilustrados.

La última vez Patty y yo te llevamos el pie de pollo que habíamos preparado, pero ni siquiera pudiste terminarlo, y eso me alarmó.

Estaba tan orgullosa porque su sabor se estaba volviendo similar al de la receta de la Señorita Pony... Normalmente te comes incluso mi parte, y en cambio...

Patty y yo sabemos que tus preocupaciones no se limitan al señor Albert.

La muerte de Stair... No hay palabras para describir lo que significa para nosotros. Nunca tuve muchas ocasiones para hablar con él, pero a través de la relación que tengo con Archie siempre lo sentí como alguien cercano. También sé que continuamente nos estuvo apoyando.

Cuando pienso en Patty, realmente no sé qué hacer. Me basta imaginar estar en su lugar y haber perdido a Archie para comprender su dolor. Ella está haciendo todo lo posible para seguir adelante, y yo realmente la admiro mucho.

Sin embargo, si hoy he decidido escribirte, no es para hablarte de ella. Estoy sumamente preocupada por ti.

Sé que no quieres que te pregunte nada, por eso me abstengo de hacerlo, pero puedo entender lo que sientes, Candy. Sé cuánto te ha costado el tener que separarte de Terry.

Para mí es terrible incluso el solo recordar tu imagen de aquel día nevado. Regresaste con tanta premura de Nueva York y estabas destrozada... No fue culpa de un gripe si tuviste aquella fiebre tan alta, ¿Cierto?

Partiste llena de alegría para reunirte con Terry, y cuando volviste me dijiste con calma que habías regresado antes de tiempo solo porque habían ocurrido varias circunstancias y habían decidido no verse nunca más. Pero percibí tu enorme esfuerzo al pronunciar esas palabras, y me sentí muy triste por ti.

Fui abandonada contigo y crecimos juntas, Candy. Creo que puedo entenderte más que cualquier otra persona, ¡Tal como tú puedes leer en mi corazón!

Desde ese día, empecé a buscar información en periódicos y revistas, incluso en esas de chismes de farándula. Así que creo haber comprendido más o menos cómo están las cosas.

Durante los ensayos en el escenario, una de las luces de escena cayó estrepitosamente al suelo, golpeando a Susanna Marlowe y causándole lesiones muy graves que la obligarán a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Todo esto sucedió porque se lanzó sobre Terry en un intento por salvarlo...

¡Pero no creo una sola palabra sobre el supuesto romance entre ellos dos! Por como escriben, casi parece que ella se sacrificó en su lugar, ¡Pero con seguridad no pensaba en lo más mínimo en correr un riesgo tan grande!

Creo que puedo imaginar cuán afligido está Terry y se siente responsable por las lesiones sufridas por esa chica. Ella de hecho deberá renunciar a su prometedor carrera como actriz. Terry ciertamente no es un desconsiderado, de lo contrario ¡Jamás te habrías enamorado de él!

¡Pero estoy enojada, Candy! ¡Muy, muy enojada! No puedo dejar de imaginar lo que hubiera pasado si en lugar de Terry hubiese sido Archie. Yo nunca renunciaría a él, aunque Susanna estuviera de por medio, ¡Nunca!

Si debo ser sincera, creo que Archie todavía está enamorado de ti.

No es necesario que lo niegues, él también es un libro abierto para mí. A pesar de estar consciente de esto, al contrario, nunca he sido capaz de

renunciar a él. Sí, incluso he llegado a odiarte por esto. Sin embargo, poco a poco, siento que Archie está empezando a fijarse en mí.

Tú en cambio, Candy, ¿Por qué volviste de inmediato y dejaste ir a Terry con tanta facilidad? Seguramente sabes lo que pasó después...

Incluso se rumora de un compromiso, pero sobre todo se dice que la actuación de Terry se ha vuelto terrible. No hay más que críticas negativas sobre él. Su interpretación es totalmente carente de energía, y parece que incluso la compañía de teatro, no pudiendo más ponerse de su parte, pronto lo abandonará a su suerte. El sufrimiento de Terry ha llegado hasta este punto, y en absoluto no puedo perdonar a Susanna que, a pesar de todo, ¡Lo mantiene atado a ella!

Tú siempre has escuchado todos mis problemas, ¿Verdad?

¿Entonces por qué tú no confías en mí? Te suplico, ¡No renuncies a Terry como si no fuera nada! ¡No puedo aceptarlo!

No soy buena para hablar, pero tampoco puedo mantenerme al margen, y por eso te he escrito esta carta.

Oro todos los días por ti y por el señor Albert. Ruego que, la próxima vez que te vea, ¡Tú puedas volver a ser la Candy de siempre, llena de vida!

Annie

*** (V)**

Cuando recibí aquella carta de Annie, no podía contener las lágrimas. Estaba feliz por sentirla tan cercana.

Continuaba comportándome con mi habitual alegría, pero mi amiga había intuido bien mi verdadero estado de ánimo. Cuando me encontraba sola, de hecho estallaba en un interminable llanto. Estaba casi irritada por mi propio comportamiento, pero no importaba cuantas lágrimas derramara, mis ojos parecían una fuente destinada a no secarse jamás.

Solo podía pensar en el hecho de que nunca más volvería ver a Stair y que, de la misma manera, no me sería posible volver a ver a Terry.

En aquel tiempo había algo que Annie no sabía, algo respecto a Susanna Marlowe. De hecho yo me había dado cuenta de que esa muchacha amaba a Terry más que a su vida.

Susanna no era una mala persona.

El día que fui a visitarla al hospital estaba nevando. Terry ni siquiera me había informado de sucedido, y yo estaba convencida de que su condición física no era grave.

Llegué a enterarme de ella directamente en el teatro. Había intuido que había algo extraño, porque sabía que el papel de Julieta debía ser interpretado precisamente por Susanna.

Luego, en el vestíbulo, había escuchado hablar a la gente de ella y del accidente en el cual, por proteger a Terry, había sufrido lesiones graves. Según contaban, a raíz de lo que le había sucedido, lo estaba presionando a anunciar su compromiso formal. En completo estado de shock, me desmayé.

Yo también la odiaba. Me parecía increíblemente incorrecto que tratara de tener amarrado a Terry con esas artimañas, y mi pecho temblaba por la rabia.

Había ido hasta ahí para ver actuar a Terry en el papel protagónico, pero ya la obra era el último de mis pensamientos, así que me fui directamente al hospital de San Jacobo, donde sabía que había sido hospitalizada. Estaba nevando y era una noche muy fría.

Finalmente había logrado volver a ver a Terry. Anteriormente, cuando su compañía había pasado la noche en Chicago, había tratado de buscarlo en el hotel en que se alojaba, pero Susanna me había echado. Sabía que ella había escondido las cartas que le enviaba, y yo estaba decidida a asegurarme de que nunca más se metiera entre nosotros.

Estaba absolutamente decidida a hablarle de manera directa, pero luego descubrí que su condición era mucho más grave de lo que había pensado, y que incluso el amor que sentía por Terry era mucho más profundo de lo que hubiera creído.

Diciendo que su misma existencia solo sería un peso para nosotros, en aquella noche nevada Susanna incluso trató de lanzarse del techo del hospital. Sin no la hubiera detenido, sin duda lo habría hecho.

En un instante comprendí que todo estaba perdido.

Él estaba ahí en el techo, estupefacto. Se nos había unido bajo la incesante nieve al finalizar la obra. Sin decir una palabra, tomó entre sus brazos esa destrozada muchacha lloraba. Todavía recuerdo la expresión llena de dolor que Terry tenía en el rostro... No pudiendo soportarla, baje la cabeza.

Fue entonces que tomé mi decisión. Debía renunciar a él. Debía hacerlo para no causarle un mayor sufrimiento. Susanna y yo. ¿Cómo podría comparar el amor que sentíamos por el mismo muchacho? Habría querido gritar que yo también lo amaba... Pero ni Terry ni yo jamás habríamos podido seguir adelante olvidándonos de ella. En un instante comprendí que, si la hubiéramos abandonado, ninguno de nosotros jamás habría sido feliz. Solo quería marcharme. Lo más pronto posible.

Aquella noche Terry y yo no intercambiamos más que unas pocas palabras. Mientras cruzaba el umbral del hospital, dispuesta a marchar, él de improviso me alcanzó por detrás y me abrazó repentinamente, estrechándome con fuerza. "Por favor... Permanezcamos así... Solo por un instante más..."

Su voz... Aquella profunda voz que tanto adoraba. Nunca había deseado tan intensamente que el tiempo se detuviera. Recuerdo el frío de sus lágrimas sobre el cuello. Y luego...

El calor de aquel pecho que aún late dentro de mí.

La caja de música está tocando su melodía.

En aquella mañana llena de niebla en la que había partido hacia Nueva York, Stair me regaló la Caja de la Felicidad de Candy diciendo: “Cada vez que la hagas sonar, te acercará más y más a la felicidad”.

Tenías razón Stair: En aquella noche nevada, tú me salvaste. Sin esta música serena y alegre, ni siquiera hubiera logrado regresar a Chicago.

Desde aquel día, cada vez que me sentía triste, escuchaba su melodía, hasta que un día se arruinó. Estaba tan deprimida, y casi me parecía haber perdido lo último que me mantenía unida a mi amigo, pero algún tiempo después él fácilmente logró repararla. Desde entonces siempre he tenido temor de que volviera a descomponerse, por eso la he guardado en un lugar seguro como un objeto valioso.

Ha pasado tanto tiempo desde que no escucho esta suave música de la cual ni siquiera conozco el título. Posiblemente fue Stair quien la compuso. Me apoyo sobre la silla y me quedo embelesada escuchándola. No quiero recordar nada más, solo quiero escuchar está melodía que hace vibrar mi corazón. Sin embargo, poco a poco, las notas se hacen más lentas, hasta detenerse por completo.

De repente, vuelvo la mirada hacia un retrato que se asoma del joyero. No puedo evitar sonreír, y alargo una mano para tomarlo.

Se trata del retrato de Albert hecho por el Doctor Martin. Fue elaborado cuando mi amigo repentinamente hizo que le perdiéramos la pista y todos nos pusimos a buscarlo. Yo también traté de dibujar uno, pero era demasiado infantil y no se le parecía en absoluto.

Sin embargo, posteriormente, ése retrato fue especialmente apreciado por el Tío Abuelo William, y ahora se encuentra en una pared de su oficina. Parece que incluso Georges, a pesar de su carácter, lo definió con la mayor sinceridad como "Una obra maestra invaluable"

Después de que le dieron de alta del ala cero del Santa Juana, Albert y yo empezamos a vivir juntos.

Debido a mi decisión, había sido despedida pero no me afectaba porque me había prometido estar a su lado hasta que no se hubiera recuperado.

Eso era lo que yo quería, y nunca me habría imaginado que un día, inesperadamente, él pudiera desaparecer sin decirme nada, todavía sin memoria y en condiciones físicas precarias.

Cuando se fue yo empecé a buscarlo por todas partes, sin tener la más mínima idea de a dónde pudiera haberse dirigido. Fueron días en los que me sentí oprimida por un profundo sentimiento de angustia.

El propietario de la Casa Magnolia, me había comunicado que lo había visto hablar a escondidas con un sujeto vestido de negro y de aspecto sospechoso. La portera, la señora Gloria, incluso sospechaba que tuvieras vínculos con la mafia, y estaba presionando para que me dejara.

Sin embargo, yo, nunca creí aquellos rumores.

Con Albert nos habíamos prometido compartir todo, las cosas malas y las cosas buenas.

Había sido él quien me lo propuso. Yo podía hablarle de cualquier cosa: de Terry, de Susanna... Incluso de las cosas que ni siquiera le confesaba a Annie. De la misma manera, estaba convencida de que él también compartiría todo conmigo, y en cambio...3

Realmente estaba preocupada de que pudiera haberle pasado una desgracia. Antes de marcharse, me había dejado una gran suma de dinero para disculparse por la "Molestia"

que estaba convencido haberme causado, pero aquella era en realidad la última palabra que habría querido que usara. Además, no sabía de dónde venía todo ese dinero.

Cuántas noches de insomnio impregnadas por la ansiedad de no saber en dónde estaba...

Cuando volvimos a encontrarnos, muchas dudas se aclararon en un instante, pero de todos modos estaba enojada. Recuerdo haberle gritado diciendo: "Por la preocupación, ¡Me pareció envejecer de golpe!".

Y él riendo: "Prefiero que parezcas un poco mayor en lugar de que te tomen por mi hermanita". Sin embargo, al mismo tiempo, lo dijo con gran seriedad. Luego entrecerró los ojos, como tomándome el pelo.

Albert siempre ha sido muy bueno para confundir mis pensamientos.

Vivíamos juntos fingiendo ser hermano y hermana.

En aquella época me preguntaba si nuestra vida se parecía a aquella que se llevaba en una familia normal, pero probablemente no era así. No sabría cómo explicarlo, pero en el fondo de mi corazón sabía que él era una persona especial. Me pregunto qué pensaba él...

Es un hombre exasperante...

De Archie 3

Querida Candy,

Llevo prisa, por eso te dejare esta nota bajo la puerta. He escuchado unos preocupantes rumores. Ten cuidado con Neal Lagan. Desde pequeño, ese siempre ha sido alguien inclinado a las intrigas, es mejor no subestimarlos. Por no mencionar que, esta vez, creo que sus intenciones son serias.

Es un sujeto que no se da por vencido, ¡No bajes la guardia!

Nosotros también estamos haciendo todo lo posible por encontrar al señor Albert, por lo tanto trata de no preocuparte demasiado.

Un rápido saludo,

Archie.

*** (VI)**

Todavía hoy en día no puedo creer que Neal Lagan quisiera comprometerse conmigo.

Archie afirmaba que las intenciones de Neal Lagan eran serias, pero esto simplemente no es posible: Él, al igual que su hermana Eliza, despreciaba desde lo profundo de su corazón mis orígenes y mi procedencia. Había ciertas cosas que no podían cambiar solo porque había sido adoptada por los Ardlay, y una prueba era la invariable actitud de la Tía Abuela Elroy hacia mí.

Probablemente Neal estaba molesto por el hecho de que yo me doblegara ante su deseo.

Amenazaba a los que estaban a su alrededor diciendo que, si no aceptaba su propuesta, se enlistaría como voluntario.

Al escuchar que el compromiso era una orden del Tío Abuelo William, yo estaba profundamente abatida. Más que rabia, estaba invadida por una inmensa tristeza: ¡Yo no soy una pieza de ajedrez! ¿Acaso el Tío Abuelo solamente era un anciano excéntrico y un adinerado señor dispuesto a jugar con la vida de las personas?

Sin embargo, tengo que estar agradecida con Neal. Si no hubiera sido por su capricho,

¡Georges jamás habría desobedecido una orden del Tío Abuelo William! Además de salvarme, de hecho me reveló en dónde podría encontrarlo.

Ciertamente la vida aún me tiene reservadas muchas grandes sorpresas, pero realmente no creo que aquello que considero como el evento absolutamente más sorprendente que me ha sucedido, será desplazado tan fácilmente del podio. ¡En Lakewood pude encontrar finalmente al Tío Abuelo William! Y así descubrí que el Señor William A, Ardlay no era otro que el Señor Albert...

Para el Doctor Donald Martin

Querido Doctor Martin,

Solo puedo suponer, ahora que me he ido, ¡Cuánto echa de menos la presencia de una experta enfermera como yo! Ciertamente se está reprochando el no haberme tratado mejor cuando trabajábamos juntos, ¡Pero no es demasiado tarde! Pronto será Navidad... Por supuesto, estoy bromeando... Aunque soy bastante seria (¡Ah, ah, ah! Se cayó de la silla, ¿Verdad? ¡Soy una clarividente!)

En todo caso, ¡Estoy muy feliz de que mis premoniciones se hayan cumplido! En todo caso, ¡Estoy muy feliz de que, superado el problema del alcohol, ¡Los pacientes se presentarían masivamente a su puerta! Después de todo, ¡Usted es el mejor médico de Chicago (Aunque son sus palabras)!

Incluso el Señor William A. Ardlay está completamente de acuerdo al reconocer sus grandes habilidades. La persona que lleva este nombre es tan influyente obviamente es el señor Albert, a quien usted le prestó atención médica.

El único en decir que el señor Albert pronto recuperaría la memoria ha sido usted, doctor. Por otro lado, en el hospital Santa Juana lo habían colocado a la fuerza en la terrible ala cero y ciertamente, no recibió la atención adecuada.

Queda el hecho de que usted fue el único que aceptó atender, sin prejuicios ni preconcepciones, a un perfecto desconocido, sin un centavo e incluso sospechoso de haber detonado la bomba.

Por lo tanto, además de felicitarlo, ¡Le mando mi más sincero agradecimiento!

¿Cómo dice doctor Martin? ¿Cómo agradecimiento quiere una botella de whisky de primera calidad? ¡De ninguna manera! ¡Usted ha terminado con el alcohol!

Sé que no hago otra cosa que tomarle el pelo, pero realmente extraño los días en que trabajaba a su lado. Usted siempre parecía concentrado en jugar con los anillos mágicos, pero en realidad aprendí muchísimo y, ahora que me encuentro en el Hogar de Pony,

¡Estoy poniendo en práctica todo mi conocimiento!

Po lo tanto, en nombre de la gran confianza que le tengo, le pido que acepte la propuesta del señor Albert.

Mi amigo está agradecido por lo que hizo por nosotros: En un momento de gran desesperación, usted nos tendió la mano. Cuando iba de regreso de su trabajo como lavaplatos, el señor Albert se vio involucrado en un accidente automovilístico y fue llevado a la Clínica Feliz. Usted no solo se encargó rápidamente de atenderlo, sino le realizó gratuitamente varios exámenes...

Yo, en cambio, había perdido mi trabajo en el Santa Juana y usted inmediatamente me contrató. Supongo que lo hizo porque enseguida intuyó mi gran habilidad como enfermera ¿Cierto?

Sin embargo, Doctor, aunque se defina como el mejor médico de Chicago, su talento está desperdiciado mientras insista en trabajar en esa clínica que parece una pocilga (Perdone mi franqueza,

¡Pero así es!). ¡No tiene siquiera una sala de operaciones o un cuarto para los medicamentos!

Si trato de persuadirlo con tanta insistencia, ¡Es porque quiero que acepte tranquilamente la propuesta del señor Albert y se decida a construir una nueva clínica! Si realmente no le parece, cuando su actividad esté bien encaminada, también podrá devolver cada mes parte del monto.

Todos necesitan un médico como usted, Doctor Martin.

Por favor, ¡Considere seriamente esta oferta!

Candy

P.D.

¡Faltan diecinueve días para navidad!

Para el Doctor Donald Martin 2

Querido Doctor Martin,

¡Realmente le agradezco por los muchísimos regalos que nos ha enviado! Yo en realidad... ¡Simplemente esperaba que lo hiciera (De nuevo se cayó de la silla, ¿Verdad?)!

Incluso ha mandado regalitos para los niños... Pero el verdadero regalo para mí es su respuesta llena de entusiasmo. La señorita Pony, la Hermana Lane y yo, leímos con lágrimas en los ojos la carta en que dice que sería más que feliz de aceptar la oferta, con la condición de que la Nueva Clínica Feliz del Doctor Martin se construya aquí, y no en Chicago.

¡Usted nos ha dado una maravillosa noticia! Por lo tanto se acordó de cuando le decía que en nuestro pueblo no hay ni un médico, ¡Ni mucho menos un hospital! Y pensar que en esos tiempos todavía era un alcohólico...

Habitantes del poblado inmigrantes, murieron debido a una atención médica tardía, niños y ancianos que nos han dejado sin siquiera recibir la visita de un médico... Crecí escuchando innumerables historias como éstas. Si tuviera una mente más receptiva, incluso hoy me gustaría empezar a estudiar medicina, pero estoy segura de ser más apta para ser enfermera (Está pensando que tengo toda la razón, ¿Cierto?).

Quiero decirle que el Señor Albert también está entusiasmado por su propuesta.

Espero poder volver a trabajar un día a su lado.

Su Candy saltarina por la felicidad

Para el señor Vincent Brown

Estimado señor Brown,

Le agradezco por la hermosa tarjeta de navidad que me ha enviado.

Inmediatamente la puse sobre la repisa de la chimenea.

Como sabe, no se me permitió asistir al funeral de Stair, pero aun así me presenté, permaneciendo afuera de la iglesia. No puedo olvidar la alegría que sentí al recibir su saludo en aquella ocasión... Siempre me había preguntado qué tipo de persona era el padre de Anthony.

Desafortunadamente, tampoco se me permitió asistir al funeral de su hijo, y es quizás por esta razón que, aún hoy, a veces me resulta imposible creer que Anthony y Stair realmente nos han dejado.

Últimamente, tanto en la residencia principal de los Ardlay como en Lakewood, he tenido varias oportunidades para conversar con tranquilidad con el retrato de la señora Rosemary, la madre de Anthony. ¡Quedan tantos cuadros que la retratan! Uso la palabra conversar ya que se acerca mucho más a la realidad, con respecto a simplemente observar esas pinturas.

Cada vez quedo afectada por el parecido que había entre madre e hijo, así como se asombra el parecido con el hermano de la señora, el Tío Abuelo William Albert. Me han dicho que eran un hermano y una hermana muy unidos.

El tío Abuelo William Albert a menudo habla con gran respeto de usted, señor Brown, como si usted fuera su hermano mayor. Me cuenta con gran nostalgia los momentos que vivieron juntos.

Espero de todo corazón que venga a visitarnos a la residencia de Chicago y seré verdaderamente feliz si un día, durante la estación de las rosas, cruzáramos juntos el Portal de las Rosas en Lakewood. ¡Tendría tantas cosas de que hablarle!

Oro por su salud y por la serenidad de su viaje por mar.

Candice W. Ardlay

Para la portera de la Casa de la Magnolia, Gloria Bando

Querida Gloria,

¡Cuánto tiempo! Le agradezco mucho por la amable carta que me ha enviado y me disculpo por no haberle hecho llegar antes mi mensaje de

agradecimiento.

¡Espero que todos ustedes en la Casa Magnolia gocen de excelente salud!

El señor Albert y yo pasamos con ustedes una estancia verdaderamente agradable, ¡Y le aseguro que es cierto! Por lo tanto, le ruego, ¡No se culpen pensando que nos echaron!

La culpa fue del Señor Albert. ¡Yo también sospecharía si lo hubiera visto salir de la parte de atrás de un banco de Chicago (Además acompañado de un individuo sospechoso que vestía un traje costoso), o si lo hubiera sorprendido viajando en un lujoso

auto! Dadas las circunstancias, es normal haber pensado que estuviera involucrado en negocios de la mafia. Por otra parte, todos nosotros creíamos que había perdido la memoria y sabíamos que trabajaba como lavaplatos en un restaurante. Incluso estábamos convencidos de que era una persona indigente...

Realmente puedo imaginar lo estupefactos que se quedaron cuando descubrieron su verdadera identidad en el "Chicago News Express". Lo mismo fue para mí.

El señor Albert es el hombre al que le debo la vida, por eso tuve que intervenir cuando me enteré que había perdido la memoria (Aunque sé que en cierto punto luego la recuperó y yo en absoluto mi cuenta me di) y que había terminado en medio de la calle.

Soy yo quien debería disculparse con ustedes por haberles hecho creer que él era mi hermano.

El señor Albert siempre se encuentra muy ocupado, pero me ha dicho que a la primera oportunidad que tenga le gustaría ir a agradecerles.

Yo en cambio regresé a mi pueblo natal y estoy trabajando como enfermera.

Por favor, salúdame a todos en la Casa Magnolia.

Que esté bien, ¡No lo olvide!

Candy

Apreciable tía-abuela Elroy

Apreciable Tía Abuela Elroy,

Espero que se encuentre bien. Por favor discúlpeme si me he permitido escribirle, realmente espero no contrariarla.

He sentido la necesidad de darle al menos unas palabras de agradecimiento por haberme permitido asistir a la reunión organizada en Lakewood para conmemorar a Stair.

También me gustaría decirle que el doctor Leonard, el director del hospital Santa Juana, es un médico capaz y de gran sensibilidad, contrario a lo que pueda parecer. Estoy segura de que es la persona

más adecuada para ocupar el puesto del nuevo doctor de la familia Ardlay y también será capaz de darle seguimiento de la mejor manera.

Creo que el Tío Abuelo William tiene una extraordinaria capacidad para leer el corazón de las personas (Le ruego me disculpe por permitirme expresarme de esta manera).

Espero que su neuralgia pueda aliviarse.

Candice

Para Archibald Cornwell

Querido Archie,

¿Ya te has acostumbrado a tu nueva vida?

La decisión de asistir a la universidad de Massachusetts también sorprendió mucho a Annie, pero ahora se ha recuperado, con la firme convicción de que estás persiguiendo tu sueño.

Se ha vuelto mucho más fuerte, ¿No lo crees? Incluso me ha enviado una admirable carta en la que dice que, mientras espera a que vuelvas, se esforzará al máximo por encontrar su camino.

La guerra finalmente ha terminado, pero el mundo todavía está conmocionado. No es posible borrar la ansiedad que se cierne sobre todos nosotros, ¡Pero debemos de seguir adelante!

Supongo que el haber tenido una reunión en Lakewood para recordar, Archie, en parte te había animado, pero también sé cuánto te habrá costado regresar a esa residencia en la que tú, Stair y Anthony pasaron momentos de los cuales yo nunca formé parte.

El Tío Abuelo William dijo: “Cada vez que veo a Archibald, siempre lo encuentro más y más maduro y esto realmente me hace feliz”.

¡Hay certeza de que estas palabras tienen un peso completamente diferente, si consideramos que ha sido el señor Albert quien las ha dicho!

El señor Albert y el Tío Abuelo William... Todavía hoy en día pasa que me pregunto si realmente son la misma persona.

¡Recuerdo que cuando lo descubriste te quedaste señalándolo con un dedo, con los ojos abiertos de par en par e incapaz de proferir palabra! Cuando recuerdo la expresión que tenías... ¿Recuerdas cuántas veces me pediste que te explicara toda la situación? ¡Nueve veces! Incluidos los balbuceos que siguieron y las conversaciones que tuviste contigo mismo.

Me divierte pensar en la cara de sorpresa que habrían puesto Anthony y Stair, si todavía estuvieran con nosotros.

Solo muy pocos miembros de la familia conocían el secreto del Tío Abuelo. Estoy admirada por su discreción y cohesión. Si yo me hubiera encontrado en su lugar, estoy completamente segura de que no habría sido capaz de hacer lo mismo. Sin duda habría revelado todo de inmediato (¿Cómo dices, Archie? ¿Qué tengo toda la razón?). De hecho, si el señor William A. Ardlay es el mismo jovial señor Albert (Que incluso parece más joven que

su edad), no importando que sea un hombre hábil para los negocios, su aspecto no corresponde mucho a su responsabilidad y al rol que ocupa.

Como jefe de la familia Ardlay, el señor Albert de momento está muy ocupado, y casi no hay manera de que hablemos con calma.

Sin embargo, a pesar de estar sumamente ocupado, ha sido tan amable de ir a Lakewood. Ahí, incluso Patty, siempre tranquila, le preguntó por qué nos quiso ocultar su identidad.

Patty... Incluso ella, después de que su vida tuvo que seguir un camino inesperado, ha descubierto algo que sea hacer: Cuando termine la universidad de Chicago, ¡Decidió convertirse en maestra! Archie, ¡Todos ustedes han empezado a recorrer su camino! ¡Estoy tan feliz!

En estos momentos el Hogar de Pony se encuentra en medio de un gran trabajo de reconstrucción y ampliación. El señor Cartwright, un terrateniente, de hecho nos ha cedido los terrenos a un precio favorable, y la Señorita Pony y la Hermana Lane están muy contentas: ¡Ahora podrán seguir cuidando a los niños con tranquilidad!

Todo ha sido gracias al Tío Abuelo William. Él se ha tomado muy a pecho el tema relacionado al Hogar de Pony, ofreciéndose además a reconstruirlo. Sin embargo, las directoras, han

rechazado categóricamente una ayuda excesiva, no deseando abusar de su bondad.

Cuando se habla de estas cosas, siempre termino expresándome en tono formal y cada vez el Señor Albert pone una cara tan enojada...

Pero sabes, Archie, no puedo hacer nada: No puedo evitar pensar que todo éste apoyo viene del Tío Abuelo William y no del barbudo Señor Albert, que en una época parecía un pirata.

El nuevo Hogar de Pony tendrá habitaciones para huéspedes, por lo tanto, Archie, ¡Ven a visitarnos! ¡Por supuesto trae contigo a Annie!

Querido Archie, ¡Cúidate y esfuérgate al máximo en los estudios!

No veo la hora de poder volverte a ver.

Candy

Estimada tía abuela Elroy 2

Estimada Tía Abuela Elroy,

Incluso en este pueblo, inmerso en la nieve durante un largo tiempo, por fin llegó la primavera y los pajaritos han empezado a cantar de nuevo. Dentro de poco las flores volverán a florecer y el Hogar de Pony estará rodeado por corolas de todos los colores.

Estoy feliz de saber que su estado de salud es bueno. Después de considerarlo largamente, me he armado de valor y decidí escribirle. Le suplico que sea tan amable de leer mis palabras hasta el final.

Me gustaría hablarle de Archibald Cornwell y Annie Brighton.

Sé bien que se enojará, diciendo que no son cosas que me conciernen, pero tengo la absoluta necesidad de que usted me escuche.

Esos dos chicos se aman y lo han hecho por muchísimo tiempo.

Annie ya amaba a Archie desde antes que él se mudara a Lakewood y ha seguido guardando con cuidado ese sentimiento, estando siempre a su lado y apoyándolo con dulzura. Con el tiempo,

también Archie empezó a corresponderle, y durante todo este tiempo yo he sido testigo del camino que han recorrido juntos.

Le ruego, Tía Abuela, ¡Acepte el sincero sentimiento que los une!

He recibido una carta llena de angustia de parte de Archie en la que me dice que usted, los señores Cornwell y todos los miembros de la familia Ardlay se han opuesto a este compromiso. Supongo que uno de los motivos

de tanta hostilidad es debido a los orígenes de Annie, criada en el mismo orfanato que yo.

Nosotras fuimos abandonadas y, por mucho que podamos deseárselo, nunca sabremos quienes nos trajeron al mundo. Estoy convencida de que nuestros padres se vieron obligados a tomar una decisión tan triste, pero nosotras no tenemos la culpa de la decisión de ellos.

La señorita Pony, la mujer que nos ha criado, siempre ha definido lo que nos sucedió como "Un pequeño descuido de Dios". La clase de familia en la que se nace puede depender de un leve error de Dios, pero por esto no tenemos que entristecernos o sentir rabia.

La Señorita Pony también afirma que no importa de dónde vengamos: Lo que cuenta es que, cuando dejemos éste mundo, podamos sentir que hemos vivido una plena existencia.

A los ojos de las personas, incluso podremos parecer unas muchachas que han tenido un comienzo difícil, pero yo hoy soy una persona increíblemente feliz. Además, a diferencia mía, Annie fue adoptada desde pequeña por la familia Brighton y, como bien sabrá, ha sido amada y criada como una verdadera hija.

No puedo negar que el rango de familia de Annie es inferior al de los Ardlay y también sé que recientemente se ha llegado a conocer el hecho de que los Brighton han contraído deudas por una considerable suma. Sin embargo, los señores Brighton han declarado que no tienen ninguna intención de causarles molestias, y el mismo Archie no alberga ninguna preocupación con relación a éste asunto.

El Tío Abuelo William ya concedió su bendición, y los dos muchachos no tendrían ninguna razón de dudar más para realizar su sueño, pero Archie desea tener el consentimiento sincero de parte de sus padres y de la familia Ardlay.

Por favor, Tía Abuela, bendiga la unión de estos dos jóvenes tan enamorados. ¡Se lo suplico! Estoy convencida de que, una vez hayan

obtenido su consentimiento, incluso los señores Cornwell cambiarán de parecer.

Ti Abuela, ¡Le agradezco por haber leído esta larga carta hasta el final! Archie no sabe que me dirigí a usted y, por supuesto, lo mismo va para el Tío Abuelo.

Le ruego me perdone por esta intromisión de mi parte, pero le pido por enésima vez que se muestre magnánima hacia estos dos muchachos.

Oro para que usted siempre tenga salud.

Candice W. Ardlay

Para Alistair Cornwell (no enviada)

Querido Stair,

¡Tengo una gran noticia! ¡La fecha de la fiesta de compromiso de Archie y Annie finalmente se ha fijado!

La Tía Abuela Elroy y los Lagan (¡Eliza y Neal ante todo!), se opusieron tramando desde las sombras e involucrando a toda la familia, pero al final ha ganado el peso de la decisión tomada por el jefe de la familia: El Tío Abuelo William efectivamente les ha dado su bendición, y lo ha hecho de todo corazón.

Al parecer, el Tío Abuelo al principio no se esperaba semejante oposición de parte de la Tía Abuela, al contrario, esperaba que todo se resolviera con facilidad. Él no le da importancia a la procedencia o al origen de las personas; debe ser por esto que simplemente no puede tener una buena relación con el resto de los Ardlay.

Una de las razones de este problema seguramente es debido a mí.

Creo que mi adopción, llevada a cabo sin pedir el consentimiento de nadie, aún representa una herida profunda para la Tía Abuela y para los demás. Siento mucho todo esto.

Ah, pero tú, Stair, ya sabes todo, ¿Cierto? Por lo tanto también sabes que Archie, suspirando, ha dicho: “Cómo me gustaría que

Stair estuviera aquí...” ¡Claro! ¡Seguramente también sabes la verdadera identidad del señor Albert!

Desde que empezaste éste largo viaje, realmente han sucedido tantas cosas. Todo el tiempo me preguntaba qué habrías pensado tú u, sin darme cuenta, empezaba a escribirte cartas en mi corazón, como lo estoy haciendo ahora...

Cuando

hablo

contigo

me

siento

más

tranquila

e,

inexplicablemente, casi me parece recibir una respuesta de tu parte. Stair, ¿Han inventado por casualidad el Servicio Postal del Paraíso?

Desde el día en que recibí la invitación para la recepción del compromiso de Archie y Annie, ¡Me inunda la felicidad y tú eres el único con quien puedo compartir este sentimiento!

“¿Y yo?”, me preguntaba siempre el Tío Abuelo, hablando como si fuera Albert (Aunque enseguida sé que son la misma persona).

También quisiera compartir con él mis sentimientos, pero no hay nada que pueda hacer: Solo tú, Stair, puedes comprenderlo en realidad.

Tú los observas desde hace mucho más tiempo que yo, me pregunto lo feliz que estarías... Y quien sabe qué increíble invento habrías diseñado para festejarlos... Si lo pienso yo sola me echo a reír.

Todavía falta tiempo para la boda, ¡Pero Annie felizmente llegará a ser tu futura cuñada!

Al principio los señores Cornwell estaban en contra, pero parece que solo fueron influenciados por la Tía Abuela. Ahora, en cambio, tratan a Annie con gran amabilidad.

Tú padre se comporta exactamente como tú, ¿Lo sabes? Habla de la misma manera, e incluso cuando dice las cosas en serio casi pareciera que está bromeando... No sabía que a él también le gustara destruir cualquier cosa y se divirtiera reconstruyéndolo. Es por esto que Patty se siente a la vez triste y aliviada cuando lo ve.

Oh, Stair... Por un lado estoy emocionada por la noticia del compromiso de Annie, pero por el otro, siento un dolor tan grande cuando pienso en Patty... ¡Pero estoy segura de que tú siempre estás ahí para velar por ella!

Ahora Patty está completamente entusiasmada, y se está esforzando para llegar a ser una maestra. ¡Incluso ha empezado a criar una tortuga que llamó Hugley II! Ciertamente ella sabe más que nadie que tú esperarías verla feliz.

¿Quieres saber si yo soy feliz? ¡Por supuesto que lo soy! Después de todo tengo la Caja de la Felicidad de Candy. Has sido capaz de crear un objeto con efectos extraordinarios, ¡Realmente eres un increíble inventor!

El compromiso de Annie y Archie se llevará a cabo en Lakewood.

Fue precisamente él quien me lo ha revelado en secreto. Ese día harán su entrada por tu Portal de Agua, y están decididos a dejar a todos sin palabras. Ayúdales a asegurarse de que todo les salga a la perfección, ¿De acuerdo?

Yo seguramente te buscaré en la luz del sol y, desde luego, también buscaré a Anthony...

Ese día, por favor, bendice a Archie y Annie con una brisa muy suave.

Una carta de parte de tu Candy.

*** (VII)**

Del joyero con incrustaciones saco una espléndida tarjeta blanca, decorada con un diseño de encaje: Se trata de la invitación para el compromiso de Archie y Annie. El color ha permanecido intacto y en mi mente revivo la profunda emoción que sentí el día en que la recibí.

El suntuoso matrimonio celebrado posteriormente fue maravilloso, pero la fiesta de compromiso llevada a cabo el Lakewood, tan llena de calidez, despertó en mí muchísimos recuerdos y las lágrimas empezaron a fluir sin cesar.

Lakewood estaba plagado de flores y Annie, envuelta en un sencillo vestido de chiffon de color aguamarina, parecía resplandecer en una luz casi cegadora. Mi amiga estaba hermosísima y segura de sí misma. Por supuesto lo mismo podía decirse de Archie.

El cielo de un azul que casi hacía que los ojos dolieran, el perfume de las flores en el aire... De pronto noté que estaba soplando una brisa muy suave.

Sé que puedo escribirle una carta a Stair en mi corazón cuando yo quiera, pero en ese tiempo me era imposible hacer lo mismo con Anthony.

La clara luz de Lakewood, el olor del bosque, el resplandor del lago y luego el perfume de las rosas... Me parecía que en todos esos elementos había una parte de él.

Entre aquellos árboles Anthony se había volteado para sonreírme, y su tiempo se había detenido para siempre.

A veces me pregunto qué habría sucedido si él no hubiera muerto.

Creo que todos nos habríamos quedado el Lakewood, y ninguno hubiera ido a estudiar a Inglaterra. Sí... Nunca habiéramos partido, nunca habría conocido a Terence. Incluso he llegado a pensar que fue Anthony mismo quien puso a Terence en mi camino... Al menos así, podría encontrarle sentido a todo el sufrimiento de aquellos días.

Después de respirar profundamente toco suavemente un sobre de color rosa pálido, también guardado dentro del joyero. Todavía puedo percibir el rastro de un dulce perfume.

Esta es una carta de parte el Eleanor Baker y también contiene la entrada para una función de teatro...

Función Otoñal de la Compañía Teatral Stratford

HAMLET

Dirección: Robert Hathaway

Protagonista: Terence Graham

Eleanor Baker fue muy amable al enviarme esa invitación, pero yo no la acepté.

Para la señorita Eleonor Baker

Estimada Señorita Baker,

Le agradezco infinitamente por su carta y su invitación.

No tiene idea del tiempo que pase admirando embelesada la entrada para la función de Hamlet.

Ya sabía de esta obra por los diarios y las revistas. Siempre trato de evitar información acerca de Terence, pero inexplicablemente siempre termino por recibirla, casi de manera natural.

Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos en Rockstown.

Llegué a aquella ciudad por casualidad, durante la búsqueda de un amigo que había desaparecido y a quien le debía la vida. Nunca habría pensado que Terry estaba actuando en el pequeño teatro de una ciudad de provincia, uniéndose a una compañía de actores ambulantes... No puedo expresar con palabras la sorpresa y el dolor que sentí en aquel momento.

Había leído en los diarios que la actuación de Terry se había vuelto menos eficaz, causando que lo despidieran de la Compañía Teatral Stratford. Sin embargo, yo no podía creerlo... Intenté convencerme de que solamente se trataba de rumores.

Terry finalmente estaba ahí, frente a mis ojos... Habría querido lanzarme hacia ese mísero y dilapidado escenario y, entre lágrimas, golpearle con fuerza el pecho. Habría querido preguntarle de qué servía aquella noche en la que nos separamos el uno del otro. Pero no fui capaz. Sin embargo, tal vez, sucedió un milagro y la voz de mi corazón llegó hasta él.

De hecho, repentinamente, pareció que la actuación de Terry volvió a cobrar vida, y por un instante vi resplandecer en él la luz de antaño. En ese momento tuve la certeza de que podría volver a levantarse.

Quería tanto volverlo a ver... Pero no de aquella manera...

Cuando salí del teatro, me encontré confundida, ya sin saber qué hacer. En ese momento usted llegó a hablarme. Fue muy amable conmigo, a pesar de que nos habíamos visto una sola vez.

¡Terence Graham ha nacido para ser actor! ¡No puede contenerse con un escenario y con una función de aquel nivel! Pero esto, Señorita Baker, usted lo sabe mejor que nadie.

Aquella noche me di cuenta de que con discreción, usted siempre ha seguido preocupándose y velando por él. Saber que Terry tiene una verdadera madre me hizo feliz. El hecho de que no hayamos encontrado en un lugar como ese, incluso me ha hecho pensar que somos empujados por una fuerza misteriosa.

No me sorprendí cuando supe que Terry había logrado volver a ingresar a la Compañía Stratford, obteniendo nada menos que el papel de Hamlet.

Sin embargo, me encuentro obligada a rechazar su afectuosa invitación, Señorita Baker.

Me gustaría tanto verlo actuar, pero al mismo tiempo tengo miedo.

Si asistiera a la obra, ciertamente querría reunirme con él. Lo esperaría, para dirigirle al menos una palabra.

Y luego está la promesa que le hice a Susanna Marlowe. Le juré que nunca más nos volveríamos a ver.

Creo que Terry es perfecto para interpretar a Hamlet. Como anticipa la crítica, ciertamente será un gran éxito.

Le ruego me perdone, Señorita Baker. Aprecio inmensamente esto que ha hecho. Con solo mirar esta invitación, me parece poder verlo sobre el escenario y escuchar los entusiastas gritos y los interminables aplausos del público.

Conservaré ésta entrada como el más valioso de los tesoros.

Señorita Baker, esperaré con ansias el lanzamiento de su próxima película, y espero que usted siempre se encuentre bien.

Candice W. Ardlay

Para Terence Graham

Querido Terry,

Cada vez que hablo contigo en mi mente, mi corazón parece convertirse en un albaricoque maduro de sabor agridulce, listo para caer al suelo al menor soplo de viento. En esos momentos casi tengo miedo de respirar.

¡Felicidades por el gran éxito como Hamlet!

Por la gran demanda, han estado representando una función tras otra, ¿No es así? He leído artículos que hablan de ti en un tono entusiasta: "¡El Hamlet que todos siempre habíamos deseado ver!

¡Una obra que va más allá de toda expectativa!", ¡El Hamlet de Terence también llegará a Inglaterra!

Incluso el Tío Abuelo William ahora habla con facilidad de ti. Al principio forzosamente trataba de evitar de cualquier manera el tema incluso se preocupaba de esconder revistas que contenían artículos que estaban relacionados contigo. Contrariamente a sus intenciones, fue algo que me hizo sufrir y me siento aliviada de que ahora todos podamos comportarnos de una manera más natural.

Sabes, Terry... El Tío Abuelo William, sorpresa, sorpresa, ¡Es el Señor Albert!

¿Puedes creerlo? Qué increíble historia, ¿Cierto? ¡Y pensar que estaba en contacto con él incluso en Londres! Por no mencionar que, cuando abandoné el Instituto San Pablo, le dejé al Tío Abuelo William el diario en el que confié, sin esconder nada, todos mis sentimientos.

En otras palabras, el señor Albert conoce bien, casi tanto como yo, lo que sentía por ti. Él sabe todo sobre nuestro primer encuentro y de cómo, con el paso del tiempo... En resumen, está al tanto de todo.

No puedo siquiera imaginar con qué cara habrá leído esas páginas que escribí. Imagina que todavía ni siquiera tocar el tema.

Menos mal que el Señor Albert no se dedicó a la actuación, ¡Es extraordinario fingiendo! Llegaría a ser un gran rival en el escenario para ti, ¿Sabes?

Incluso cuando recuperó la memoria, no me lo confesó de inmediato... A la fecha aún hay muchos misterios por desvelar. Sin embargo, a pesar de todo, él verdaderamente me ha salvado. Ha sido quizás su presencia la que me ha permitido de cierto modo recuperarme. No sabes cuantas aventuras afronté para llegar a Estados Unidos y así reencontrarte. Me habría gustado tanto

contarte todo con calma, pero al final no fue posible. Cuantas cartas te envié sin que tú las recibieras... Sin embargo, tú, me escribiste con frecuencia... Pese a todos tus compromisos.

El destinatario es siempre "Tarzán Pecosa"... Me habría gustado recibir un mensaje más romántico en lugar de esas bromas sarcásticas, pero siempre estuve convencida de saber lo que había dentro de tu corazón. Incluso entre bromas, tus palabras siempre estaban llenas de afecto y consideración. Gracias Terry...

Hasta el día de hoy, conservo celosamente todas tus cartas, pero no puedo volver a leerlas.

Sé también que viniste a visitarme al Hogar de Pony, pero en aquel momento estaba viajando como polizón a bordo de un barco.

Cuando las directoras me contaron sobre tu visita, sentí una gran rabia. Si tan solo hubiera podido volver antes a los Estados Unidos... Si tan solo tú te hubieras presentado algún tiempo después...

Y lo mismo sucedió en Chicago. Continuamos corriendo uno detrás del otro sin encontrarnos jamás. Sin embargo, en aquella época, yo todavía estaba convencida de que todo aquello que habíamos perdido lo recuperaríamos, y que estaríamos juntos por muchísimo tiempo.

Aquella noche en Nueva York el aire estaba helado, pero la nieve que caía del cielo parecía emitir calor, tal vez porque me había quedado sobre la espalda la calidez de tu pecho.

Recuerdo que me dijiste: "Quiero que seas feliz ¿Entendido?"

Terry, soy feliz y quiero que tú también lo seas cada vez más.

"Susanna ha apoyado con su amor el retorno de Terence". Sí, también he leído artículos de este tipo.

Susanna es una persona maravillosa, ¿No es verdad? Sobre todo, es maravilloso el hecho de que siga amándote más que a nada en el mundo. Y

también tú, que la has elegido para tenerla a tu lado, eres maravilloso.

Por supuesto nunca enviaré esta carta, lo sé bien. Pero estoy tan contenta por tu éxito que no pude evitar escribirla.

Terry... No te olvides de que en un rincón de la Compañía estadounidense hay una asidua admiradora de Terence Graham.

No olvides que, cuando salgas al escenario, yo estoy ahí, aplaudiéndote con todas mis fuerzas.

P.D.

Terry...Yo estaba enamorada de ti.

Tarzán Pecosá

*** (VIII)**

Vuelvo la mirada hacia un sobre blanco, la única cosa dentro del joyero que parece envuelta en un gélido halo.

He leído su contenido una sola vez, pero recuerdo claramente cada una de sus palabras.

Es la primera y la última carta que recibí de Susanna Marlowe.

Para la Señorita Candice White Ardlay

Querida Candice,

Espero que hayas regresado sana y salva a Chicago.

Por favor perdóname por haberte echado aprisa en tal estado de ánimo. Sabía lo que Terence sentía en su corazón, pero pese a esa conciencia no podía aceptar el perderlo.

Recuerdo que también nos vimos en Chicago, para la ocasión de una obra benéfica. Tú te presentaste una noche en el hotel preguntando por él. No

podía soportar tus brillantes ojos, ni el hecho de que él no hacía otra cosa que pensar en ti. Habría hecho cualquier cosa con tal de que te olvidara. Comparado a perderlo, haber quedado incapacitada de las piernas no significa nada para mí...

Te pido perdón. Desde que empecé a amar a Terry, me he vuelto una chica cada vez más mezquina.

Desde que era niña, mi sueño ha sido la actuación y, para poder alcanzarlo, he renunciado a muchas cosas. Sin embargo ahora...

Mi único deseo es poder estar con Terry y no apartarme nunca de él. Sé bien cuan egoísta es este comportamiento.

Aquella noche no podía dejar de disculparme y de llorar, pero él me dijo estas palabras: "Me quedaré a tu lado... Para siempre..."

Las pronunció mientras observaba la nieve fuera de la ventana. Su voz era un susurro pero a la vez era extremadamente clara. Sentí que su alma se iba contigo, pero a pesar de todo me aferré a esas palabras.

¿Cómo puedo compensar tanta bondad? Todo lo que puedo hacer es disculparme contigo en mi corazón y seguir amándolo por

ambas. Él es mi vida. Candice, te estoy infinitamente agradecida por haberme devuelto la vida y la esperanza de un futuro.

Oro para que tú también puedas encontrar la felicidad.

Susanna Marlowe

Han pasado muchos años desde que leí en un artículo sobre la muerte de Susanna. Todavía esas palabras, leídas una sola vez, están grabadas en mi mente.

Susanna estaba muerta. En aquel momento me desplomé sobre el sofá, como desprovista de toda energía. Se me cortó la respiración y no podía dejar de llorar. En el periódico había una foto de Susanna, sonriendo y sentada en una silla de ruedas. Decía que trabajaba como escritora y

compositora de música para teatro, y algunos de sus trabajos ya habían sido utilizados en escena. Como era conocido, estaba vinculada a Terence Graham y siempre había vivido con él, luchando contra su afección. Sin embargo, el compromiso de ellos nunca se convirtió en matrimonio.

No había declaraciones por parte de Terence.

Querida Candy (de T.G.)

Querida Candy,

¿Cómo estás?

Ha pasado un año desde entonces... Transcurrido este lapso de tiempo, me había prometido a mí mismo escribirte, pero luego, dominado por la duda dejé que pasaran otros seis meses.

Sin embargo, ahora, me he armado de valor y decidí enviarte esta carta.

Para mí nada ha cambiado.

No sé si alguna vez leas estas palabras, pero quería que al menos tú supieras esto.

T.G

EPILOGO

Para el querido tío abuelo William

Querido Tío Abuelo William,

¿En qué cielo está viajando en este momento?

Nunca habría pensado que ser jefe de familia de los Ardlay requiera tal compromiso.

Desde agradecerle desde lo profundo de mi corazón por haber visitado el Hogar de Pony. Sé que está iniciando un nuevo proyecto empresarial y que

este es, por lo tanto, un período particularmente intenso para usted.

Y luego... Todavía me parece estar viviendo un sueño. ¿Cómo habría podido alguna vez imaginar que el Príncipe de la Colina...

Fuera el Señor Albert? En otras palabras usted, el Tío Abuelo William, ¡Es el Príncipe de la Colina! ¡Aún tiemblo por la sorpresa y la emoción!

Inmediatamente después de su confesión, Georges vino a recogerlo y, en un instante, usted desapareció de nuevo frente a mis ojos. Esto contribuye aún más para que todo me parezca tan irreal, y me siento casi como si mi cuerpo flotara en el aire. Nunca he olvidado al Príncipe de la Colina.

Realmente no creo que esta noche pueda conciliar el sueño.

Candy

Para la señorita Candice White Ardlay (de William Albert Ardlay)

Querida Candice,

Escribo en respuesta a tu carta. Lamento mucho haberme tenido que retirar inmediatamente después de haberte revelado una verdad tan importante. Me vuelvo a disculpar por la sorpresa que te causó mi inesperada confesión.

¡Estoy bromeando, Candy! Si realmente te escribiera de esta forma,

¡Supongo que pondrías una expresión de mucho disgusto! Por lo tanto, ¿Qué tal si también me escribes de la misma manera alegre con la que siempre hablamos?

Es normal que estés enojada. En efecto continué ocultándote mi identidad como Tío Abuelo y mi verdadero nombre: William A.

Ardlay.

No quiero justificarme, pero quiero que sepas que yo también me preguntaba si estaba haciendo lo correcto.

Todo lo que quería era solamente cuidar de ti con discreción. En cambio, ¿Quién habría dicho, lo mucho que tú cuidarías precisamente a ese “Señor Albert”? ¡Casi parece la trama de una novela barata!

Por esto, soporto sin protestar el hecho de que tú me llames formalmente “Tío Abuelo”, o que a veces me trates como si fuera un hombre demasiado mayor.

Sabía que te volvería a sorprender, pero había una última verdad que confesarte. Sin embargo quería encontrar el momento adecuado y, de ser posible, deseaba decírtelo en la misma estación en que nos encontramos la primera vez, sobre la Colina de Pony.

De esa manera, tenía como la impresión de poder volver a ser el chico de antes.

Querida Candy, te diste cuenta de inmediato. Me bastó ver tu rostro bañado de lágrimas para saber que todo te quedó claro.

Mi intención era quedarme contigo para explicarte todo con calma, pero fuimos interrumpidos por una persona inoportuna. Georges siempre termina por intervenir en los momentos más importantes.

Pero no me desaparecí, incluso me acompañaste al auto,

¿Recuerdas?

En este momento debo darle prioridad al trabajo, algo de lo cual jamás me he preocupado hasta ahora. Quisiera reunirme contigo enseguida, pero por un tiempo no me será posible librarme de los compromisos.

Candy, espero con ansias una carta tuya y me gustaría que esta vez te reflejara por completo.

Siempre cuídate y salúdame a la Señorita Pony, a la Hermana Lane y a los chicos.

William Albert Ardlay

Para el Príncipe de la Colina

Aunque se me encargó que hable de una manera más natural,

*¿Cómo puedo no sentirme nerviosa por escribirle al Príncipe de la Colina?
Bueno, respiremos profundamente...*

Querido Príncipe de la Colina...

¡Gracias por haberme respondido tan rápidamente!

¡El Señor William Albert Ardlay no hace otra cosa que sorprenderme! A una persona frágil como yo, ¡No le bastarían diez corazones para soportar todas estas revelaciones!

Creo que de ahora en adelante siempre lo llamaré "Tío Abuelo".

¡Al menos esto tendrá que soportarlo!

¡Sin embargo debo admitir que la manera en que él me reveló la verdad ha sido maravillosa! Estábamos sobre la Colina de Pony, dónde te vi por primera vez. Justo como entonces, había un cielo azul y despejado y se sentía el aroma de la hierba.

Cuando ese día el Tío Abuelo se presentó sin previo aviso en el Hogar de Pony, yo empecé a sentirme inexplicablemente agitada.

Las directoras enseguida se ofrecieron para ir a preparar el té y las galletas, pero yo me quedé ahí paralizada y aturdida: Cuando el Tío Abuelo entró en el orfanato, su expresión de hecho me parecía extrañamente diferente a la habitual... Como si fuera un chiquillo...

A veces me divierto tratándolo como si fuera un hombre mayor, pero en realidad él aparenta ser mucho más joven que la edad que tiene. Solo que, en aquel momento... Decir que parecía más joven quizá no es la expresión correcta... No puedo explicarme bien... En todo caso, tenía un aspecto diferente e hizo que mi corazón diera un vuelco.

El Tío Abuelo rechazó el té que le ofrecí y me dijo con seriedad:

"Candy, vayamos a la Colina de Pony"... Al recibir aquella invitación, en mi interior advertí un vago presentimiento, pero nunca habría imaginado lo que siguió. Cuando llegamos a la colina, por un momento permanecemos en silencio, luego, armándose de valor, él se giró hacia mí y con una sonrisa avergonzada, dijo: "Candy... ¿No creer que ha llegado el momento de que me devuelvas el broche?".

El tiempo retrocedió en un instante, y me volví a ver de niña, mientras lloraba. Frente a mis ojos, estaba el Príncipe de la Colina y me estaba sonriendo.

No pude evitar echarme a llorar y, entre lágrimas, enseguida dije:

"Yo... Soy más linda cuando sonrío, ¿Cierto?".

Con los ojos húmedos, tú me respondiste: "Ahora incluso eres linda cuando lloras, pequeña".

Tu voz estaba un poco quebrada. Sí, aquella era la voz del Príncipe... ¡Era sin duda su forma de hablar! Aquella voz que siempre había estado a mi lado, y que yo siempre escuchaba, pero nunca me di cuenta de nada... Sin embargo finalmente comprendí porqué siempre fue capaz de calmar mi corazón. De la misma manera, también comprendí el motivo por el cual el Tío Abuelo me había parecido diferente. El hombre que apareció repentinamente en el Hogar de Pony no era el Tío Abuelo, sino el Príncipe de la Colina.

No podía dejar de llorar, pero esta vez eran lágrimas de felicidad.

Príncipe, ¡Qué terrible eres! En la Casa de Magnolia muchas veces te mostré mi preciado broche, ¡E incluso te conté sobre ti! Si mal no recuerdo, un tal "Señor Albert" Estaba ahí simplemente escuchando... ¿Me pregunto si en aquel entonces ya había recuperado la memoria? ¡Tengo que aprovechar esta oportunidad para hacer todas las preguntas que pueda!

En silencio, te quedaste mirándome con dulzura hasta que no dejé de llorar. El viento soplaba sobre la colina y fue agradable sentirlo soplar sobre mis empapadas mejillas.

No podía creer que, bajo aquel cielo azul, tenía a mi lado al Príncipe de la Colina... Estaba embelesada en semejante visión.

Luego, de pie en la elevación, llegó el sonido de la bocina que Georges tocó, y regrese a la realidad. ¡Bah!

¡Siempre soñé con volver a encontrarte para poder preguntarte tantas cosas! Me gustaría saber que hacías ahí aquel día, por qué desapareciste repentinamente... Así que, ¿Por qué?

Pero me pondré al día la próxima vez que nos veamos. ¡Ahora sí que tengo tantas cosas que esperar con ansiedad!

Cambiando de tema, dentro de poco será mayo y la Colina de Pony se llenará de flores. ¿Así que qué día se está acercando? Exacto:

¡Es el cumpleaños de cierta persona (Y lo digo en voz alta)!

Bueno, querido Príncipe de la Colina, ¡Ahora te lanzaré un hechizo!

¡Alahela, blabla, geragorabon!

¡Ese día tendrás que venir al Hogar de Pony para ver a una chica que es linda tanto cuando llora como cuando ríe! Y el regalo que le traerás será un período de vacaciones: ¡Deberás pasar con ella mucho tiempo y hablarle de muchas cosas!3

La magia funcionará... ¡Eso espero!

Candy

Para la pequeña hechicera Candy (de Albert)

Querida Candy,

No es necesario que lances un hechizo tan extraño: ¡Recuerdo muy bien el cumpleaños de cierta persona! A propósito de esto, desde hace algún tiempo que ya estoy buscando un regalo para ti. ¡Me gustaría que el fruto

de mi sudor y lágrimas fuera un obsequio que pueda dejarte absolutamente extasiada!

Por lo tanto, por favor, perdóname si tu magia no va a tener efecto.

Yo mismo, más que nadie, realmente quisiera tomarme unas vacaciones, pero Georges afirma con gran seriedad que ya he descansado lo suficiente para el resto de mi vida. Y tiene razón.

No pongas esa cara de enojo, Candy. Más bien, ¿Por qué no vuelves a Chicago? También a Annie le gustaría festejar tu cumpleaños y, si vinieras aquí, para mí sería más fácil hallar un momento libre.

Cuando superes la desilusión, y te decidas a aceptar mi propuesta, inmediatamente enviaré un auto a recogerte. Desde luego me gustaría que también asistieran todos en el Hogar de Pony.

Ciertamente una fiesta organizada en el orfanato sería más hermosa, pero creo que Chicago tampoco está tan mal. Tus chicos

podrían tener un interesante viaje didáctico, y también me gustaría asegurarme de que las directoras pudieran descansar un poco.

Entonces, ¿Todavía estás disgustada? Sin embargo, cuando recibas mi regalo, ¡Estoy seguro de que me mostrarás una radiante sonrisa!

A pesar de todo, creo que tu magia en parte ha funcionado. Desde que recibí tu carta no hago otra cosa que pensar en el pasado.⁵

Me preguntaste qué estaba haciendo aquel día sobre la Colina de Pony, vestido con el traje tradicional escocés. Debes de saber que en ese entonces... Mejor dicho, desde que era aún más pequeño, me estaba estrictamente prohibido no solo salir libremente, sino también aparecer en público.

Como ya has tenido oportunidad de saber, era solamente un niño cuando me encontré ocupando el papel de jefe de familia de los Ardlay. Hay

razones complejas que me llevaron a esa situación: De hecho, para los Ardlay, lo que más cuenta es el lazo de la sangre.

Mi padre, William C. Ardlay, era un excelente hombre de negocios y había dirigido la familia desde que era joven. Su repentina muerte causó una gran inestabilidad y no estaba más que yo, en aquel entonces un niño de solo ocho años, quien lo podía suceder. El papel de jefe de familia se transfiere de William a William, en una línea de descendencia directa. La Tía Abuela Elroy, la hermana mayor de mi padre, y los ancianos de la familia, reflexionaron cuidadosamente sobre qué hacer, porque sabían que entre los Ardlay había personas interesadas en ocupar mi lugar.

No es necesario que conozcas los detalles de estos conflictos internos, ahora todo se ha resuelto bien.

De todos modos, los ancianos decidieron confiarme a mí el papel de jefe de familia y de hacerse cargo de todo hasta que yo no fuera lo suficientemente mayor. Siguiendo un plan muy bien trazado, se aseguraron de que en la familia e incluso en el ámbito empresarial, se corriera la voz de que el señor William A. Adlay era un hombre excéntrico, pero sumamente hábil en su trabajo. Por suerte, otra parte, a fuerza de escuchar la misma historia, la gente remitió por creérselo. Los efectos de este plan fueron verdaderamente aterradores. Con el tiempo, el recuerdo de mi persona desapareció de la memoria de mis parientes pequeños con quienes pasé mi

infancia. Ni siquiera sé bien cómo es que se llevaron a cabo las cosas. Yo era una especie de marioneta, y estuve muy solo.

Mi única compañía estaba representada por la discreta servidumbre

y

los

maestros

privados,

cuidadosamente

seleccionados y especializados en materias que iban desde la administración de negocios hasta derecho. De este modo, crecí rodeado de adultos de aspecto severo. Hasta que tuve a mi lado a mi hermana Rosemary, fui capaz de soportar todo con serenidad.

Ella era la única que podía entenderme, la única que comprendía y se preocupaba por mi situación y por mi identidad robada. Luego, lamentablemente, ella también me dejó.

Oh, Candy... En la familia de mi madre hay muchos casos de mujeres que murieron jóvenes. La misma suerte también le aconteció a mi madre, falleciendo inmediatamente después de haberme dado a luz. Mi hermana, mucho mayor que yo, por lo tanto fue para mí como una segunda mamá.

Ese día... Cuando te conocí, a una niña llorando, me había escapado de casa. No te ría: ¡También una fuga de un día es una fuga!

Recuerdo que en la segunda residencia de los Ardlay, en Lakewood, se estaba llevando a cabo una fiesta y, como siempre, se me había prohibido abandonar mi habitación. En esas ocasiones, Georges generalmente tenía cuidado de llevarme a un lugar lejano, pero aquella vez probablemente no le había dado tiempo.

Encerrado en mi gran habitación, estaba inmerso en el estudio.

Desde afuera se escuchaba las risas de los otros chicos de la familia y el sonido de la gaita. Yo estaba convencido de poder tocarla mejor que nadie, pero los únicos que me escuchaban eran la Tía Elroy, capaz de elogiarte manteniendo al mismo tiempo una expresión sombría, y el inexpresivo Georges. Ni siquiera tenía amigos de mi edad.

Cuanto más escuchaba aquella música, más insoportable me parecía la situación y me puse el traje tradicional escocés. De hecho, es la vestimenta habitual admitida para los jóvenes Ardlay para ocasiones formales.

En comparación a las fiestas celebradas en Chicago, pensé que asistirían pocos miembros importantes de la familia y que, vestido de aquella manera, ciertamente nadie se fijaría en mí.

En cambio, uno de los ancianos inmediatamente me descubrió y la Tía Elroy me regañó severamente diciendo que debía de comprender mi posición. Sentí una rabia que nunca había sentido antes.

Sabía que debía resistir solo un poco más, ya que pronto me marcharía para asistir a una universidad en Inglaterra, lejos de todos. La idea de poderme liberar de aquella vida asfixiante me consolaba, pero ese día parecía que nunca llegaría. Después de todo, incluso en Inglaterra pronto alguien me seguiría para vigilarme. Me pregunté hasta cuando continuarían teniéndome aislado de esa manera...

¿Quién era en realidad? Tenía diecisiete años, pero ni una pizca de libertad. Mi solo nombre parecía vivir su propia vida, mientras que yo llevaba aquella existencia anormal.

Me escapé de la residencia. Ya era bueno conduciendo, así que tomé un auto. Sabía que no pasaría inadvertido, vestido de aquella manera, pero me sentía tan oprimido que no me preocupé de nada más. No llevaba conmigo siquiera algo de dinero.

Era la primera vez que me sentí libre.

“¿Y entonces? ¡Yo soy William Albert Ardlay! ¿Qué quieres de mí?”. Tal vez al volante grité en realidad esas palabras. Conduje sin rumbo.

No sé por qué en cierto punto me detuve y ascendí aquella elevación. Tal vez lo hice porque su altura y sus dimensiones reflejaban a la perfección la imagen que tenía de una colina.

Tumbado en la hierba, el cielo me parecía inmenso y fue como si fuera absorbido en aquel azul. Las hermosas nubes blancas se desplazaban lentamente, transportadas por el viento. Las envidié por su libertad.

Mientras estaba ahí absorto, de pronto las nubes se separaron, tomando direcciones diferentes. Algunas se unieron en otras nubes, otras desaparecieron en el aire. En ese momento, Candy, me

estremecí. Ni siquiera las nubes eran libres: Cada una de ellas debía afrontar su propio destino. Llevadas por el viento, incluso ellas eran obligadas a alejarse y a tomar caminos inesperados.

¿Entonces por qué continuaban viajando con aquella tranquilidad?

Me puse a pensar en mi familia, en mi padre, en mi madre, en mi hermana y en Georges, siempre dispuesto a seguirme como si fuera una sombra. Luego pensé en la Tía Elroy, una mujer severa que, sin embargo, trataba de protegerme de cualquier forma.

Me di cuenta de que, a donde quiera que fuera, siempre sería un Ardlay. Quería ser libre, pero no podía renunciar a mi familia. Sin embargo, ya no tenía intención de dejar que alguien dirigiera mi vida. Quería tomar mis propias decisiones y elegir con mi cabeza.

Ante ese pensamiento, me sentí repentinamente más ligero.

Fue entonces que una niña subió corriendo por la colina, veloz como una bala, y con una mueca en su rostro. Sí, Candy: Eras tú.

Recuerdo bien el esfuerzo que hacías para no llorar. Comprendí que estabas esperando a estar sola sobre la altura para poderlo hacer. Tú imagen me golpeó el corazón.

Sabes, Candy, fue la primera vez que vi y escuché a alguien abandonarse en un llanto tan liberador y sincero. Y también fue la primera vez que pude imaginar una sonrisa tan maravillosa. No pude evitar dirigirte la palabra.

Sí, ese día me desaparecí de repente fue debido a Georges. Lo vi subir la colina y escapé por el otro lado, pendiente abajo, rápido como el viento. Tú estabas tratando de señalarme un punto al pie de la colina y hablabas sola en voz alta. Probablemente no te habías dado cuenta de que yo ya me había ido.

Sin embargo, Georges, es mucho más rápido y enseguida me atrapó. Me sorprendí al ver su rostro surcado por gruesas lágrimas. Es difícil sostenerle la mirada a alguien que llora sin siquiera decirte una palabra. La única otra ocasión en la que le había visto llorar en esa condición, fue cuando murió mi hermana.

Sobre esa colina yo descubrí la manera en que tenía que vivir.

Tampoco olvidé nunca a esa niña, por eso de inmediato te reconocí cuando te salvé después de que te precipitarás desde lo alto de la

cascada. En el cuello llevabas una cruz y mi broche. Por otro lado, no habías cambiado mucho respecto a nuestro primer encuentro (No te enojés).

Cuando me contaste sobre ti, sentí el deseo de hacerte feliz. Quería que la chica que tenía frente a mis ojos encontrara su felicidad; y estaba seguro de poderla ayudar.

Mi carta se volvió demasiado larga. ¿También esto será obra de tu magia?

Te espero en Chicago.

Albert

P.D.

Candy, puedo soportar cualquier cosa, ¿Pero podrías parar con esto de “Príncipe de la Colina”? Hace que me den escalofríos...

Para el señor Albert

Gracias señor Albert,

No pude evitar mojar con lágrimas la carta que me envió.

De ahora en adelante nunca más lo llamaré Tío Abuelo. ¡No tendrá que soportar más esta venganza mía!

Ahora lo siento incluso más cercano.

Por supuesto, ¡Todos en el Hogar de Pony y yo aceptamos con alegría su invitación!

¡No veo la hora de verle de nuevo en Chicago!

Candy la llorona

Para el señor Albert 2

¡Señor Albert! ¡Señor Albert! ¡Señor Albert!

¿Cómo dice? ¿Qué escucha muy bien aunque no le grite de este modo? El hecho es que estoy tan feliz que no puedo evitar continuar gritando su nombre... ¡Gracias, señor Albert!

¡Me parece haber recibido yo sola los festejos reservados para las chicas de todo el mundo!

¡No puedo dejar de pensar en esa enorme habitación que renovó por completo en color verde menta especialmente para mí! Esos muebles de madera hechos a mano, tan hermosos para tocarlos...

¡Su aroma! Y decir que me habría contentado con quedarme, como siempre, en la habitación de huéspedes. Ahora voy a querer regresar a menudo a la residencia de Chicago.

Cuando vi todos esos regalos sobre la mesa, simplemente no sabía cuál destapar primero. ¡Pero no había acabado ahí! ¡Estaba convencida de que el fruto de su sudor y lágrimas era precisamente aquella recámara reamueblada! En cambio, ¡El regalo que se apareció frente a mis ojos me dejó literalmente sin aliento!

¡Gracias, señor Albert!

¡Nunca habría podido imaginar que había recuperado a Cleopatra y a César! Cuando hicieron su entrada en el jardín, realmente no podía creer lo que veía. Esos son los caballos de los que me hacía cargo en la casa

Lagan, los animales con quienes me quedaba dormida y junto a quienes me despertaba por la mañana. Incluso después de haber sido adoptada, iba a escondidas al establo de los Lagan y, cuando supe que habían sido vendidos por separado, me sentí muy deprimida. César y Cleopatra eran muy unidos y yo podía percibir cuanto se cuidaban el uno al otro. ¿Cómo pudieron separarlos de ese modo? No podía perdonar a los Lagan ni el comportamiento de Neal y Eliza: Esos dos se interesan en algo solo por un tiempo y luego, cuando se cansan, se olvidan de ello por completo. Pero indudablemente, ¡Incluso el capricho de Neal de quererse comprometer conmigo debió haber sido algo similar!

¡Fue muy desagradable lo que ocurrió!

Los dos caballos de hecho envejecieron mucho, pero no han perdido la elegancia que corresponde a los pura sangre. Lo que más me conmovió es el hecho de que se hubieran acordado de mí.

Compitieron para enjugarme las lágrimas que descendían por mi rostro. Luego empezamos los preparativos para traerlos al Hogar de Pony... Oh, señor Albert, simplemente quiere hacerme llorar una y otra vez, ¿No es así?

Los chicos están entusiasmados con la idea de cuidarlos. En las cercanías también se encuentra el criadero de los Cartwright, y ciertamente César y Cleopatra podrán pasar una vejez tranquila sobre la Colina de Pony.

La señorita Pony y la Hermana Lane están felices por haber pasado unas maravillosas vacaciones. Dicen que no saben cómo pagarle, y apuesto a que pronto recibirá de su parte ¡Una larga carta de agradecimiento! Según parece, ¡Hacía más de veinte años que la Señorita Pony no ponía un pie en una gran ciudad! En cambio, la Hermana Lane, me confesó extasiada que revive en sueños la residencia de los Ardlay. Todavía se pregunta si todo ha sido real.

Lo mismo sucede con los chicos. No hacen otra cosa que hablar de Chicago y yo siempre les digo que, si algún día quieren volver, deben portarse bien. Cuando los amonesto solemnemente de esta manera, rápido ponen atención.

En esa ocasión también pude volver a ver después de mucho tiempo a Archie, Annie y Patty. Sin embargo, tal vez, mi magia se estaba desvaneciendo. De hecho tuve muy poco tiempo para hablar con usted.

Señor Albert, me parece muy ocupado... Temo por su salud. Incluso el Doctor Martin le dijo que no se fatigue demasiado, ¿Cierto? Me pregunto si la amnesia es una enfermedad que se vuelva a presentar... ¡Nunca más quiero vivir ciertos momentos!

Recuerdo aquellos días de incertidumbre y a la vez de tranquilidad, vividos en la Casa de Magnolia. No teníamos dinero, pero la pasábamos tan bien... Nunca olvidaré cuando me pidió que lo compartiéramos todo, las cosas buenas y las cosas malas. Yo quería que usted se recuperara pronto, pero por otro lado nuestra vida de hermano y hermana no me parecía tan mal... Bueno, ¡Ahora soy su hija adoptiva! Quizá debería empezar a llamarle... ¿Padre?

A propósito, ¿Cuándo le regresó la memoria? La próxima vez me gustaría que también me contara de su vida en África...

Me pregunto cuando le volveré a ver...

Su hermosísima hija adoptiva

Un rápido saludo para Candy (de Albert)

Querida Candy,

Te escribo una pequeña queja. Me habías prometido que ya no tendría que soportar tu venganza, ¿Cierto? ¿Y entonces que significa ahora esto de “Padre”? ¿Y luego qué quieres decir con

“Hermosísima hija”?

Sí, cierto, eres hermosísima... Quizás (¿Te hice enojar?), y ciertamente no se puede negar que tú seas mi hija adoptiva. De hecho lo había olvidado. Todavía soy joven, soltero, sin embargo, ya tengo una hija... Es algo que incluso me sorprende.

Incluso el término “Hija adoptiva” Suena insoportable a mis oídos.

No lo parecerá, pero soy un hombre sensible (¡No te rías!).

Cambiando de tema, me estoy dirigiendo a Sao Paulo. Te volveré a escribir una vez haya llegado. Me gustaría que les dijeras a la Señorita Pony y a la Hermana Lane que solamente hice lo que se espera de un buen padre adoptivo. ¿Padre adoptivo? ¡Ay, no! Lo he dicho yo solo...

Por favor, ¡Procura estar bien y salúdame a los chicos!

Albert

Para la quizás hermosísima Candy (de Bert)

Querida Candy,

Me encuentro en un hotel de Sao Paulo y son las dos de la mañana.

Finalmente estoy a solas.

Yo me encuentro muy bien, así que no te preocupes. Durante este tiempo realmente estoy disfrutando hacerme cargo del trabajo. No por nada, en mí corre la sangre de mi padre William.

Estoy feliz de que hayas pasado un espléndido cumpleaños, ¡Y me parece entender que la fiesta ha sido un éxito! Realmente te pido perdón por haberme tenido que marchar temprano.

Supongo que en este momento César y Cleopatra están descansando en el Hogar de Pony. Realmente son una hermosa pareja, y es magnífico constatar cuan unidos son. Me habría

gustado tanto que vieras su alegría cuando se reencontraron. No hay diferencia entre animales y seres humanos. Al contrario, quizás los animales son criaturas mucho más puras, ellos jamás te traicionan.

Tuve que dejar a Poupe en África, y fue una decisión que me costó mucho. En la última clínica veterinaria en la que trabajé ella era muy querida, por

eso pensé que tal vez era la opción más correcta.

Posteriormente, me comunicaron que murió por la vejez. Candy, ora tú también para que descanse en paz. Cuando me regresó la memoria, me alegré por haber evitado que Poupe se viera envuelta en el accidente acontecido en Italia. Sin embargo, al ver a César y Cleopatra, se me contrajo el corazón: Incluso a riesgo de morir en aquel desastre ferroviario, quizás ella habría preferido partir conmigo.

Me disgusta decirlo, pero no fui yo quien encontró a tus queridos caballos... Todo fue gracias a Georges. Realmente estoy admirado por su capacidad. Empiezo a comprender por qué lo llamas tu Caballero Blanco. Sin embargo, incluso a él se le dificultó encontrarme, cuando nadie sabía que había pasado conmigo.

Creo haber empezado a recuperarme de la amnesia cuando me llevaron a la clínica del Doctor Martin, después del accidente automovilístico. Hasta entonces, carias imágenes se me habían aparecido como si fueran destellos fugaces, pero a raíz de ese incidente sucedió que sentí un fuerte dolor de cabeza y me desmayé.

Me encontraba en el trabajo, en dónde me habían permitido que ocupara el puesto de lavaplatos. Cuando volví en mí era nuevamente yo mismo, Albert... mejor dicho, William Albert Ardlay.

Tendría que habértelo dicho de inmediato, pero no pude. Todavía hoy pienso que me equivoqué, pero no quería alejarme del calor de la vida que estábamos llevando. Sabía bien que, una vez que regresara a la casa Ardlay, tendría que ocupar mi papel de jefe de familia y ya no me habría sido posible escapar a la responsabilidad.

Aunque ese deseo mío era meramente egoísta.

Mi imprudente conducta causó grandes preocupaciones a muchas personas, pero si pude llevar la vida que quise, siempre fue gracias a los Ardlay y a la devoción que me ha mostrado Georges.

Querida Candy, quiero que sepas que no me limité a divertirme viajando por el mundo. Si me encontraba en Inglaterra, también era para darle seguimiento a los preparativos de un nuevo proyecto de negocios. Sin embargo, el hecho de que nos encontráramos por casualidad, me hace pensar en ese hilo misterioso que nos une y del cual siempre hablas.

Cuando terminé mi tarea y tranquilizándome al verte de nuevo serena en Londres, decidí dejar el Zoológico Blue River para llegar a mi tan amada África.

A donde quiera que fuera, nunca tuve que preocuparme por trabajo o por cómo iba a vivir. Eso también lo debo a mi pertenencia a la familia Ardlay. Siempre estuve preso de la duda de no poder hacer nada por mí mismo, pero el viaje a África me permitió afrontar este temor. Elegí marcharme cortando los contactos incluso con Georges, simplemente porque quería probar valerme por mí mismo.

También en África rondaba el alarmante presentimiento de la guerra, y quizá fue precisamente aquella atmósfera lo que me sacudió. Los negocios de los Ardlay estaban estables y pensé que, aunque me marchara por un buen tiempo, no habría problemas.

¿Cómo pude haber sido tan egoísta? Sabía bien, desde el principio, que muchas personas se angustiarían por mí, y ahora realmente me avergüenzo mucho por mi superficialidad.

Verme implicado en aquel accidente ferroviario en Italia, tal vez fue un castigo justo. En esos vagones viajaba un espía, y no era de extrañarse que un sujeto como yo, sin identidad y de un mísero aspecto, haya sido sospechoso.

Chicago. El nombre de esa ciudad, esa única palabra permaneció en mis recuerdos, fue capaz de salvarme y me trajo de vuelta hasta ti. Creo que me volví mucho más religioso de lo que alguna vez fui.

En el campamento de refugiados en el que me encontraba, si no hubiera sido por una amable persona dispuesta a ayudarme a regresar a Estados Unidos... Y si no me hubiera topado contigo...

Sabes, Candy, en aquel momento no era más que un hombre sospechoso, carente de recuerdos y de su propia identidad, pero tú no me abandonaste. Incluso cuando me dieron de alta en el hospital tú permaneciste a mi lado y me confortaste diciendo que un día, ciertamente, me curaría.

Hiciste todo esto por un hombre que te había ayudado una sola vez en su vida. Las palabras jamás podrán expresar mi gratitud hacia ti. Aunque en un futuro, quiero asegurarme de que tú puedas encontrar la felicidad.

Una vez que vuelva a Chicago, te prometo que me tomaré unas vacaciones e iré a visitarte.

Bert

Para el querido señor Albert 3

Querido Señor Albert,

¿Cuándo volverá de Sao Paulo y vendrá a visitarme al Hogar de Pony? Si de verdad me está tan agradecido, realmente espero que pronto se reúna conmigo.

Sin embargo, ¿De verdad lo llamaban “Bert”? ¡Qué lindo sobrenombre!

Bueno, hoy mi carta terina aquí. Quiero hablarle de todo cuando nos veamos en persona.

Su, quizás un poco avara en palabras,

Candy.

Para el señor William Albert Ardlay, alias Pequeño Bert

Me pregunto si en este momento el pequeño Bert aún está trabajando... Como siempre, acabo de regresar de la Clínica Feliz del Doctor Martin y apenas acosté a los chicos en la cama.

Pequeño Bert... ¡Realmente estoy muy feliz de que me haya confiado este sobrenombre! Es la manera como lo llamaba su hermana Rosemary, la

mamá de Anthony. Solo ella usaba esa expresión, ¡Pero ahora yo tengo el honor de poderle llamar de este modo!

Hoy escribo porque quisiera hablarle con un espíritu renovado. En esas pocas horas que pasamos en Lakewood, es como si una parte de mi hubiera renacido.

Sus visitas repentinas no le hacen mucho bien a mi corazón, pero el hecho de que me esté acostumbrando significa que también me estoy haciendo más fuerte, ¿Cierto? Esto vale también para las directoras.

¡El viaje en auto a Lakewood ha sido maravilloso!

Los lupinos, o más bien los bluebonnet, las rudbeckias, las trachymene y el perifollo silvestre... El camino que recorrimos estaba flanqueado por muchísimas flores y usted estaba muy asombrado de que yo murmurara todos sus nombres.

¡Gracias por haberse quedado tan admirado!

Era tan agradable el viento que entraba por la ventanilla completamente abierta y cuando mientras conducía, cantó aquella canción popular escocesa, me quedé completamente extasiada escuchándolo.

A la edad de trece años recorrí ese mismo camino, llena de desilusión por no llegar a ser una verdadera hija adoptiva.

Mientras me acercaba a la residencia de los Lagan, mi corazón sin embargo rebosaba a la vez de esperanza por la perspectiva de una nueva vida.

Pequeño Bert, ¿Puede imaginar mi emoción al encontrarme esta vez de vuelta en compañía del Príncipe de la Colina (Es la última vez, ¡Lo prometo!) y del Tío Abuelo William (También para esto será la última vez)?

No había nadie en la casa Lagan. Después de haber dejado el auto en la residencia de los Ardlay, nos dirigimos a lo largo del sendero que conduce a los tres portales.

Ya he vuelto varias veces a Lakewood, pero era la primera vez que lo hacía en su compañía y, durante nuestro paseo, yo estaba abrumada por un montón de sentimientos encontrados que ni siquiera podía hablar. Sentí que a usted también le pasó lo mismo.

Stair y Anthony... En mi corazón surgía el pensamiento de las personas que ya nunca podré encontrar. Supongo que para usted ese lugar tiene un mayor significado, ya que está ligado a su padre, a su madre, a quien solo conoce a través de retratos, y a su hermana Rosemary Brown.

Fui yo quien quise dirigirme hacia el bosque. Aquel mismo bosque en el que Anthony murió al caer del caballo.

El prado rodeado de rosas multiflora estaba lleno de campanillas y la brillante y titilante luz de la tarde, parecía casi dibujar una frontera entre dos mundos. Todo era tan hermoso que me eché a llorar.

De hecho recordé aquella cacería del zorro. Si tan solo no se hubiera llevado a cabo aquella batida de caza, organizada con motivo de mi presentación oficial como hija adoptiva, Anthony no nos habría dejado tan prematuramente.

"Fue mi culpa... Es culpa mía que Anthony..."

Cuando me puse a llorar, usted inmediatamente me abrazó con dulzura.

"Fui yo quien decidió adoptarte... Y fui yo quien quiso organizar la cacería del zorro".

Su voz llena de dolor me golpeó el corazón, haciéndome comprender que también usted, durante todo este tiempo, ha vivido compartiendo mí mismo pensar.

Perdóneme por haberme puesto a llorar de esa manera contra su pecho. Me temo que arruiné su camisa fina.

En realidad es cierto que ninguno de nosotros puede saber lo que nos espera a la vuelta de la esquina.

No fue culpa de nadie: Desde que llegué a esa consciencia, me siento como renacida.

¡Gracias, señor Albert!

Y luego fuimos a aquella habitación... La misma en la que supe quién era usted en realidad. Sobre el escritorio se encontraba mi diario. Usted... Quería devolvérmelo...

"Porque esto... Es algo valioso para ti".

Usted murmuró esas palabras mirando fuera de la ventana. Su voz era tan serena...

Mi diario habla casi por completo de Terry, y a menudo incluso he meditado en lo que hubiera hecho.

Ese diario está en este momento aquí cerca de mí, pero nunca lo he vuelto a abrir y tengo la intención de devolvérselo, del mismo modo que usted me devolvió el broche.

El paso del tiempo es cruel pero a la vez es maravilloso.

No sé qué le espera a nuestro mundo, pero estoy convencida de que los hermosos recuerdos viven en nuestro corazón, y son ellos los que nos dan el valor para afrontar la adversidad.

Realmente estoy agradecida con mis padres por haberme abandonado en el Hogar de Pony. ¡Gracias a ellos es que pude conocerlo! No tengo palabras para expresar mi gratitud.

Sí, señor Albert: He alcanzado mi felicidad.

Oh... Realmente no creo que siquiera pueda pegar el ojo esta noche. ¡Pero espero que el pequeño Bert pueda tener espléndidos sueños!

Con amor y gratitud,

Candy

Para Anthony Brown

Querido Anthony,

Pienso en ti muy a menudo, pero hasta ahora nunca pude escribirte.

La primera carta que te escribo solo puedo hacerlo desde mi corazón... Es algo muy triste.

Seguramente ya te encontraste con Stair y también con tu mamá.

Sabes, Anthony, fui a Lakewood. ¿Adivina con quién? Ah...

Mientras te hacía esta pregunta, me di cuenta de que tú nunca conociste al señor Albert. Por otro lado, Stair y Archie lo conocieron solamente hasta Londres.

Si hubieras conocido a esta persona, quizás habrías vuelto a ver en él a la señora Rosemary, tu mamá. De hecho, el señor Albert, no es otro que el Tío Abuelo William, y es a la vez el hermano menor de tu madre. Te has quedado sin palabras, ¿Cierto?

¿Recuerdas cuando te hablaba del Príncipe de la Colina, y te decía cuánto te le parecías? Imagina mi asombro cuando descubrí que él también es en realidad el mismo señor Albert.

Aquel muchacho que apenas recordabas era tu tío. No es tan extraño que te le parecieras tanto, ¿Cierto? ¿Ahora comprendes porqué me confundí por un momento, cuando nos conocimos en el Portal de las Rosas?

La primera vez que los vi ambos tenían el cabello de color rubio arenoso. Si el señor Albert hubiera conservado esa tonalidad, quizás habría intuido algo, pero cuando lo encontré al cabo de los años tenía el cabello castaño. Eso sin contar que llevaba barba y unas inquietantes gafas de sol.

Me parecía una persona tan lejana a ti... Sin embargo, ahora, me doy cuenta de que el color de ojos de ambos es el mismo: Un azul claro, como el cielo de la mañana.

Por lo que me ha contado, de pequeño él también tenía el cabello rubio, pero con el paso de los años el color se hizo más oscuro.

Durante sus viajes por el desierto, el tono se le acentuó aún más, pero después del accidente y a las varias vicisitudes que tuvo que afrontar, el cabello volvió a su color original.

En Lakewood entré por primera vez en el salón conmemorativo de los Ardlay y ahí pude admirar los muchos retratos de los antepasados de la familia. La pintura que retrata a la Señora Rosemary es la más hermosa que jamás haya visto. Tú todavía eras un bebé y tu madre sonreía feliz, sosteniéndote en sus brazos. No pude contener las lágrimas. Tú imagen de niño era verdaderamente dulce.

Recuerdo que una vez me hablaste de ella y me confiaste sus palabras: “Las flores mueren y renacen aún más hermosas. Las personas mueren y renacen aún más espléndidas en el corazón de los que se quedan”.

Cuando le cité esa frase al señor Albert, él se quedó escuchándome sin decir una palabra. Luego, después de un largo silencio, me contó los detalles del matrimonio de su hermana Rosemary y tu padre, el señor Vincent Brown.

Me confió como tu madre no se rindió ante la opinión de los Ardlay, completamente en contra a aquella unión debido a la diferencia de clase entre las familias. La señora Rosemary les dijo que la felicidad no depende del dinero o del prestigio social, sino de la posibilidad de vivir con la persona a la que se ama. Si ellos estaban decididos a impedírselo, ella estaba dispuesta a renunciar en cualquier momento al apellido de los Ardlay.

Rosemary era una persona dulce, pero también una mujer fuerte.

Tú también eras así Anthony: Dulce y fuerte a la vez. Si aún estuvieras vivo, me pregunto qué clase de hombre habrías llegado a ser.

En mi corazón aún vive tú última sonrisa. Cuando te fuiste, así repentinamente, yo estaba agobiada por el dolor y el solo hecho de poder

seguir respirando me parecía una injusticia. Me era insoportable pensar que, a pesar de que tú ya no estuvieras, el sol continuaba saliendo y poniéndose. Odiaba el hecho de sentir hambre y sed.

Estaba convencida de que nunca más me enamoraría de nadie como lo estuve de ti, pero entonces... Ya sabes lo que me paso, ¿No es así? En Londres me encariñé profundamente a una persona que se parecía a ti. En realidad, me parecieron similares solo por un instante, y quizá son personas completamente diferentes.

En todo caso, gracias a este muchacho descubrí que el amor tiene varias formas y que hay cosas que, una vez perdidas, no podemos recuperarlas más. Ya no podemos encontrar a quienes han dejado este mundo... Y es una realidad tan obvia, pero yo no podía aceptarla. Ahora en cambio... También sé que aunque se esté vivo, existen circunstancias en las cuales el destino no permite a dos personas estar juntas.

Después de todo, vivir significa acumular poco a poco estas experiencias. Sin embargo, si se sigue con vida, siempre hay lugar para la esperanza.

Es tu última sonrisa la que me da fuerza, y también sé que me has perdonado por todo.

Gracias, Anthony... Haberte conocido me dio una gran felicidad.

Tú, Stair y todas las personas que encontraré en mi camino, las cosas tristes y las cosas hermosas... Alimentándome de mis recuerdos, continuaré viviendo siendo siempre yo misma.

¿Quién sabe lo que me traerá el alba, envuelto en su luz blanca?

No sé por qué, pero cualquier cosa que el destino me aguarde, estoy ansiosa por afrontarla.

Sé que en este mundo no podremos encontrarnos más, pero cuando un día nos volvamos a encontrar juntos, quiero ser una persona de la cual se pueda estar orgullosa. Por eso me esforzaré en seguir mi camino y, como te he prometido, ¡Lo haré con una sonrisa!

Anthony... Sigue velando por mí.

Desde la estación en que florecen las rosas Dulce Candy Candy

*

El sol ya ha desaparecido.

La estancia está bañada por el azul claro del crepúsculo, y en la penumbra mis dedos parecían blancos. Lentamente, vuelvo a colocar mis numerosos recuerdos en el joyero con incrustaciones. El tiempo pasado, todo lo que he perdido, todo lo que he logrado alcanzar...

He aprendido a convivir con el destino, con sus luces y sus sombras. El destino no siempre es oscuro; A veces es capaz de emitir una luz resplandeciente.

Justo como dice la señorita Pony, nunca sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina.

Aunque se deba soportar un dolor tan grande que desgarrar el corazón, si lo afrontas sin miedo tendrás ciertamente, en la próxima esquina, un encuentro maravilloso y fascinante.

Estoy convencida.

Sentada en la silla, aguardo a que mis recuerdos dentro de mi alhajero se calmen, dejándolos ir en un respiro sereno. En la penumbra, yo también suspiro ligeramente.

En ese momento, de repente, la luz de la estancia se enciende.

-Candy, ¿Qué haces ahí en la oscuridad?

Escucho aquella voz dulce, capaz de hacer siempre que mi corazón lata con fuerza. Él está aquí, frente a la puerta, y me mira dirigiéndome aquella sonrisa que tanto adoro. No puedo creer que no escuché el sonido del auto que lo trajo devuelto a casa.

-¡Bienvenido!- exclamo con la voz entrecortada.

Me levanto saboreando la alegría de poder pronunciar aquella palabra, y me arrojo entre los brazos abiertos de mi amado.

FIN

POSTFACIO

Me habría gustado permanecer sumergida por un poco más de tiempo en el relato de esta historia, pero finalmente ha llegado el momento de escribir su postfacio.

Dentro de mí se agitan sentimientos encontrados: Me siento muy triste, pero al mismo tiempo en mi corazón sopla un viento ligero.

La novela Candy Candy, editada por Kodansha en una serie dedicada a la narrativa para adolescentes, se publicó en 1978. En aquel tiempo utilizaba el seudónimo de Kyoko Mizuki. Han pasado más de treinta años desde entonces.

En aquella época era de la opinión de que la versión en manga era más que suficiente, y casi tuve temor de un proyecto que, por el contrario, habría debido aceptar con gratitud.

Por otra parte, no fue fácil resumir en sólo tres grandes secciones más de dos mil páginas, y volver a escribir una historia redactada con las mismas manos resultó ser una empresa muy desafiante. Sin embargo, cambiando la parte final en una secuencia de cartas, logré añadir pequeños elementos que no fueron posibles introducir en la versión original.

Aquella misma obra fue republicada en 1990 (siempre en la serie de narrativa para adolescente Kodansha), pero bajo el nombre de Keiko Nagita.

Luego, en 1996, se produjo un incidente (para aquellos interesados en conocer más, los invito a realizar una búsqueda en la red para obtener más información): Después de varias vicisitudes, en el 2003 la BOOKING

(convertida luego en Fukkan) decidió publicar una nueva versión de la novela, esta vez sin ilustraciones. Todo esto no habría sido posible sin el sincero interés del director Wataru Satano y el apoyo de nuestros lectores.

En aquella ocasión, después de meditarlo largamente, decidí aceptar, tranquilizada por el hecho de que la venta se iba a realizar en la red y yo permanecería entonces menos expuesta. Después de todo, si era posible, también quería conservar el mundo de mi historia.

Incluso la propuesta que recibí en el 2006 por Shodensha, con intención de publicar la novela en edición de bolsillo, me llenó de dudas. En el 2007 sin embargo me enteré de que Yumiko Igarashi había anunciado, durante un evento en Taiwán, el nacimiento de una "nueva Candy Candy" y la publicación de una historia inédita. Para mí se trató de un evento extremadamente doloroso, pero también sentí una profunda sensación de liberación.

Fue entonces cuando tomé la decisión. Después de haber dado mi autorización para la edición de bolsillo, volví a releer la novela varios años después y me puse nuevamente a reflexionar.

Sentía un afecto indescriptible por la historia escrita treinta y dos años atrás, y me estaba preparando para afrontar su cuarta publicación. Entonces me pregunté si todo era perfecto, y si en aquellas páginas existía en realidad el universo que quería expresar. Sería la última historia que contaría sobre Candy, por eso quería que todo correspondiera a lo que tenía en mi corazón, de forma que no me arrepintiera.

Así, me convencí de volver a escribir todo de nuevo.

La empresa resultó ser más difícil de lo esperado y, dominada por las dudas, simplemente no pude continuar con el trabajo. Casi llegué a pensar en renunciar, cuando alguien vino a mi rescate: Se trataba de Candy.

Una vez terminada la escritura de una historia, lo que más me gusta hacer, es imaginar lo que sucedió "después" sin dejar de hablar en mi corazón con los personajes.

Naturalmente, también mi diálogo con Candy y sus amigos dura ya desde hace muchos años y siempre he continuado recibiendo noticias de ellos (¡).

La persona que se me apareció en aquel momento de dificultad era una Candy adulta, ahora próxima a afrontar el período de la Segunda Guerra Mundial (la continuación, que solo pensé para mí, representa el capítulo final).

Sonriéndome, me condujo a la elegante sala de estar en donde está colgado el cuadro de Slim. Desde la ventana abierta entraba el perfume de los narcisos y, mientras yo admiraba la pintura, me pareció escuchar detrás de mí la voz de Candy decir: “El pasado es algo doloroso y a la vez magnífico, ¿No crees?”

Impulsada por aquellas dulces palabras, volví a escribir la novela junto a mi protagonista, recordando con nostalgia el tiempo transcurrido.

Pero debo negarles algo a ustedes lectores, y se refiere al tema del famoso Él de Candy.

De hecho mi intención siempre ha sido la de mantener una deliberada ambigüedad sobre el asunto.

Esta novela podría definirse como incompleta. Adaptar una historia originalmente escrita para un manga revela inevitablemente las imperfecciones (debido a mi corta edad en aquel entonces y a lo relativo con mis limitaciones). Revelar con claridad la identidad de este Él requeriría entonces la redacción de una historia muy larga, algo que nunca sucederá.

Por otro lado, creo que revelar este detalle equivale a robar un sueño a ustedes lectores que nos han seguido por tantos años (Aunque puedo imaginar que habrá opiniones encontradas al respecto).

Por lo tanto, este dato permanecerá en secreto y (también lo digo con un poco de diversión) me gustaría que pudieran disfrutarlo por completo en el mundo de su imaginación.

En este momento siento dentro de mí una alegría misteriosa. Jamás habría pensado que un día la historia de Candy habría vivir primero bajo el formato de un relato para adolescentes (publicado por la editora Fukkan), y luego en la novela que tienen en sus manos.

Por supuesto, esto también ha sido posible gracias al cariño que siempre han mostrado hacia la protagonista y al apoyo de muchísimas personas.

La ayuda de Akira Higashiura, en aquel entonces jefe de redacción de la revista de manga

“Nakayoshi”, el apoyo del director Mitsui Shimizu, y la maravillosa capacidad para dibujar de Yumiko Igarachi (Por quien entonces sentía una inmensa gratitud), la serie de animación producida por Toei y su tema musical... La unión de todos estos elementos me ha traído la gran felicidad que siento ahora.

No quiero explicar más los motivos por los cuales la ilustradora y la autora de la historia original decidieron dividir sus caminos, pero definitivamente quiero expresar mi profunda gratitud a ustedes lectores. Gracias por no haber olvidado nunca esta obra.

Estoy convencida de que esta historia, ligada inicialmente al mundo de las imágenes, continuará expandiendo por siempre sus horizontes.

Quiero agradecerle al señor Hiroaki Abe de Shodensha por haberme apoyado con energía durante todos estos años. El proyecto de una edición de bolsillo se convirtió en un libro maravilloso.

También un agradecimiento para Eiji y Akane Sakagawa, a quienes estoy unida por un vínculo misterioso. Ellos son de hecho los artífices de las imágenes de la portada (de la edición original japonesa, la representación fotográfica de un jardín de rosas. Ndr) que, envuelta en una atmósfera fragante, tiene como tema la esperanza.

Y, ahora, un agradecimiento a todos aquellos que siempre me han apoyado. Me gustaría lanzar a cada uno de ustedes, con inmensa gratitud, ¡Una rosa Dulce Candy!

Oh, Señorita Pony, realmente es cierto que no podemos saber lo que nos espera a la vuelta de la esquina. Si continuamos nuestro camino con valentía y sin miedo, además, puede esperarnos una inmensa alegría, exactamente como la que siento en este momento.

Keiko Nagita

Document Outline

- [Portada](#)
- [Prefacio](#)
- [PROLOGO](#)
- [PRIMERA PARTE](#)
 - [Capitulo 1](#)
 - [Capitulo 2](#)
 - [Capitulo 3](#)
 - [Capitulo 4](#)
 - [Capitulo 5](#)
 - [Capitulo 6](#)
 - [Capitulo 7](#)
 - [Capitulo 9](#)
 - [Capitulo 8](#)
 - [Capitulo 10](#)
 - [Capitulo 11](#)
 - [Capitulo 12](#)
 - [Capitulo 13](#)
 - [Capitulo 14](#)
 - [Capitulo 15](#)
 - [Capitulo 16](#)
 - [Capitulo 17](#)
 - [Capitulo 18](#)
 - [Capitulo 19](#)
 - [Capitulo 20](#)
 - [Capitulo extra 1](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
 - [Capitulo extra 2](#)
 - [Capitulo 1](#)
 - [Capitulo 2](#)
 - [Capitulo 3](#)
 - [Capitulo 4](#)
 - [Capitulo 5](#)
 - [Capitulo 6](#)

- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [TERCERA PARTE](#)
 - [*\(I\)](#)
 - [*\(II\)](#)
 - [*\(III\)](#)
 - [*\(IV\)](#)
 - [*\(V\)](#)
 - [*\(VI\)](#)
 - [*\(VII\)](#)
 - [*\(VIII\)](#)
- [EPILOGO](#)
- [*FIN](#)
- [POSTFACIO](#)